HAYLEN BECK

SIN DEJAR RASTRO



black salamandra

SIN DEJAR RASTRO

HAYLEN BECK



Sin dejar rastro
Haylen Beck

ISBN edición en papel: 978-84-16237-35-7
ISBN libro electrónico: 978-84-17384-68-5
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación a plicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Here and Gone*
Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez

Ilustración de la cubierta: © Mark Owen / Trevillion Images

Copyright © Neville Singular Limited, 2017
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

A mis hijos

1

La carretera viraba a derecha e izquierda con un ritmo que hacía que a Audra Kinney le pesaran más y más los párpados a medida que iban pasando los hitos de los kilómetros. Ya había dejado de contarlos: sólo volvían más lento el viaje. Sus nudillos se quejaron cuando, con las palmas sudorosas, estiró los dedos en el volante.

Gracias a Dios, unos meses atrás había hecho revisar el aire acondicionado de su coche familiar, ya con ocho años a cuestas. Los veranos en Nueva York podían ser calurosos, pero no como aquí, no como en Arizona. «Es un calor seco», decía la gente. «Ya, seco como la superficie del sol», pensaba ella. Incluso a las cinco y media de la tarde, incluso con aquel aire que salía por las rejillas de ventilación, lo bastante frío como para ponerle la carne de gallina, si acercaba los dedos a la ventanilla su mano retrocedía como ante una tetera ardiendo.

—Mami, tengo hambre —se quejó Sean desde el asiento trasero.

Esa voz lastimera revelaba que estaba cansado y de mal humor, y que probablemente iba a ponerse difícil. Louise dormía junto a él en su sillita, con la boca abierta y el flequillo rubio empapado en sudor y pegado a la frente. En sus brazos iba *Gogo*, o los maltrechos restos del conejo de peluche que tenía desde que era un bebé.

Sean era un buen chico: todo el que lo conocía solía decirlo. Pero ese buen talante nunca se había hecho tan evidente como aquellos últimos días. Se le había exigido mucho y había aguantado. Audra lo miró a través del retrovisor: tenía las facciones afiladas de su padre, y también su pelo rubio, pero sus brazos y piernas eran largos como los de ella. Y aquellos últimos meses se habían alargado aún más, recordándole que su hijo, a punto de cumplir los once años, se acercaba ya a la pubertad. Se había quejado muy poco desde que habían salido de Nueva York, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias, y además había sido de mucha ayuda con su hermanita. De no ser por él, Audra podría haberse vuelto loca en aquella carretera.

¿Podría?

Lo que estaba haciendo, de por sí, no tenía nada de cuerdo.

—Hay un pueblo unos kilómetros más allá, podemos conseguirnos algo de comer, y con un poco de suerte habrá un sitio en el que quedarnos a pasar la noche.

—Espero que sí —contestó Sean—, no quiero dormir en el coche otra vez.

—Yo tampoco.

Como si le hubieran marcado la entrada, el dolor apareció entre los omoplatos de Audra. Dormir en el coche le había pasado factura: era como si los músculos de su espalda se le hubieran descosido, como si se estuviese abriendo y el relleno estuviera a punto de salírsele por las costuras.

—¿Cómo vais de agua ahí atrás? —preguntó mirando a Sean a través del retrovisor. Lo vio bajar la vista y le llegó el ruido del agua en la botella de plástico.

—A mí me queda un poquito, Louise ya se ha bebido la suya.

—Muy bien. Conseguiremos más en cuanto paremos.

La atención de Sean volvió a centrarse en el mundo que pasaba ante su ventanilla: elevaciones rocosas cubiertas de matorrales que se alejaban ondulantes de la carretera, cactus que recordaban a centinelas o a soldados que se rindieran levantando los brazos. Y sobre ellos, un manto de un azul intenso con leves pinceladas de blanco y trazos amarillentos allí donde el sol seguía su trayecto hacia el oeste y el horizonte. Un paraje precioso a su manera. Audra se habría empapado de él y habría sabido disfrutar del paisaje si las cosas hubiesen sido distintas.

Si no hubiera tenido que salir huyendo.

Aunque en realidad no tenía por qué huir. De hecho, podría haber dejado que las cosas siguieran su curso, pero la espera había sido una verdadera tortura: los segundos, los minutos, las horas sin saber nada… Así que hizo las maletas y salió corriendo. Como una cobarde, eso diría Patrick. Siempre le decía que era una mujer débil, aunque enseguida añadiera que la amaba.

Audra recordó uno de aquellos momentos. Estaban abrazados en la cama, el pecho de su marido se apoyaba en su espalda y con la mano le cubría un seno. Patrick dijo que la amaba, que, a pesar de todo, la quería; como si ella, una mujer como ella, no mereciera su amor. La lengua de su marido era como un dulce puñal, tan dulce que ella ni siquiera notaba que la había herido hasta mucho después, cuando yacía despierta con sus últimas palabras dando vueltas todavía en su cabeza, dando vueltas como piedras en un frasco de cristal, repiqueteando como…

—¡Mamá!

Un camión se les echaba encima haciendo luces. Audra dio un volantazo hacia la derecha para volver a su carril y el camión pasó a su lado con el conductor lanzándole una mirada asesina. Ella negó con la cabeza, parpadeó para quitarse la áspera sequedad de los ojos e inspiró profundamente.

Tampoco era que les hubiera ido de un pelo, pero había faltado poco. Audra maldijo por lo bajo.

—¿Estáis bien? —quiso saber.

—Ajá —contestó Sean con aquella voz gutural que siempre le salía cuando no quería que ella supiera que estaba asustado—. Creo que deberíamos parar pronto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Louise en tono soñoliento.

—Nada —respondió Sean—, vuelve a dormirte.

—¡Pero si no tengo sueño! —se quejó ella. Luego tosió con aspereza. Llevaba tosiendo así desde aquella mañana temprano y aquella tos parecía volverse más persistente con el paso de las horas.

Audra observó a su hija a través del espejo. Que Louise cayera enferma era lo último que necesitaba ahora mismo. Siempre había sido más enfermiza que su hermano, y además era menuda para su edad y un poco flacucha. Abrazando con fuerza a *Gogo*, la pequeña echó la cabeza hacia atrás y volvió a cerrar los ojos.

El coche ascendió y llegaron a un gran altiplano. El desierto se extendía a su alrededor y unas cumbres se alzaban en el norte. ¿Serían los montes San Francisco o las Montañas de la Superstición? Audra no lo sabía: tendría que echar un vistazo al mapa para confirmarlo. Aunque

tampoco importaba ahora mismo: lo único importante era la pequeña tienda que se veía más allá, a un lado de la carretera.

—Mamá, mira.

—Sí, ya la veo.

—¿Podemos parar?

—Claro.

Quizá tendrían café. Una buena taza de café bien cargado le permitiría conducir sin problemas durante los kilómetros que quedaban. Audra puso el intermitente para indicar que giraba a la derecha, tomó la vía lateral y luego cruzó de nuevo la carretera salvando la rejilla que impedía el paso del ganado a la pequeña explanada de tierra de un patio delantero. En el letrero de la tienda, en grandes letras rojas sobre un tablero blanco, se leía COMESTIBLES Y GRABADOS. Era una estructura de madera recorrida en toda su longitud por un porche con bancos; tras los cristales polvorientos de las oscuras ventanas se distinguían apenas unos débiles puntos de luz.

Cuando Audra se dio cuenta de que el único vehículo aparcado delante era un coche patrulla, ya era demasiado tarde. Desde ahí no podía distinguir si se trataba de un policía de carretera o del sheriff del condado.

—Mierda —soltó.

—Mamá, has dicho una palabrota.

—Lo sé, perdona.

Audra redujo la velocidad y la grava y la arenilla crujieron bajo las ruedas del coche familiar. ¿Debería dar la vuelta y salir de nuevo a la carretera? No: el sheriff o quien fuera que estuviera en aquel coche ya habría advertido su llegada para entonces; dar media vuelta levantaría sospechas y el poli se fijaría en ella.

Se detuvo delante de la tienda, tan lejos como pudo del coche patrulla sin que pareciera que guardaba las distancias. El motor vibró antes de apagarse y Audra se llevó la llave a los labios mientras pensaba: «Baja y ve en busca de lo que te haga falta, ¿qué tiene eso de malo? Nada: sólo soy alguien que necesita un café y quizá un par de refrescos y unas patatas fritas.»

Durante los últimos días había tenido plena conciencia de cada vehículo policial que veía. ¿Estarían buscándola? El sentido común le decía que no, que era algo muy improbable. Tampoco es que fuera una fugitiva, ¿no? Aun así, una pequeña y aterrada parte de su cerebro se aferraba al miedo y se empeñaba en decirle que estaban observándola, buscándola, incluso dándole caza.

Aunque si estuvieran buscando a alguien, sería a los niños.

—Espera aquí con Louise —dijo.

—Pero yo también quiero ir… —se quejó Sean.

—No discutas: necesito que cuides de tu hermana.

—Vaaale.

—Buen chico.

Cogió el bolso del asiento del acompañante y las gafas de sol del portabebidas. Cuando abrió la puerta, entró una bocanada de calor. Se bajó lo más deprisa que pudo y cerró para no dejar entrar el aire caliente. En cuanto salió, notó la fuerza del sol en las mejillas y los antebrazos: su piel clara y pecosa no estaba acostumbrada a semejante temperatura. El poco protector solar que tenía lo había utilizado para los niños, pero prefería quemarse y ahorrarse el dinero.

Cuando se puso las gafas de sol, se permitió observar brevemente el coche patrulla: una persona sentada al volante, imposible decir si era hombre o mujer. En el distintivo se leía: OFICINA DEL SHERIFF - CONDADO DE ELDER. Dio una vuelta completa sobre sí misma para estirar las piernas y contempló las colinas que se elevaban detrás de la tienda, la carretera desierta, la ondulante maleza que se extendía hacia el otro lado del altiplano. Al completar el círculo, echó otro vistazo al coche del sheriff: el conductor tomaba un trago de algo y no parecía prestarle atención.

Llegó al porche de hormigón, lo recorrió hasta la puerta y sintió la oleada de aire acondicionado al abrirla. Pese a su frescor, la corriente que escapó olía a aire viciado. Dentro, la penumbra la obligó a subirse las gafas de sol sobre la cabeza y, aunque hubiera preferido dejárselas puestas, se dijo que más valía que la recordaran por comprar agua que por andar tropezando con las cajas.

Sentada tras el mostrador, en el otro extremo de la tienda, una anciana con el pelo teñido de negro tenía un bolígrafo en una mano y una revista de crucigramas en la otra. No hizo ningún gesto para ver al cliente que acababa de entrar, lo cual a Audra le pareció perfecto.

Un refrigerador lleno de botellas de agua y de refrescos zumbaba en una de las paredes. Audra cogió tres botellas de agua y una de Coca-Cola.

—Perdone —dijo dirigiéndose a la anciana.

Sin levantar la cabeza, la mujer contestó:

—¿Mmm?

—¿Tienen cafetera?

—No, señorita. —La anciana señaló con el bolígrafo hacia el oeste—. En Silver Water, a unos ocho kilómetros siguiendo por ahí, hay una cafetería. Tienen un café bastante decente.

Audra se acercó al mostrador.

—Muy bien. Sólo esto, entonces.

Cuando dejó las cuatro botellas sobre el mostrador, se fijó en la vitrina de la pared. Había diez o doce pistolas de diferentes formas y tamaños: revólveres y semiautomáticas, por lo que ella sabía. Audra había pasado toda la vida en la Costa Este y, pese a saber que Arizona era la tierra de las armas, aquella visión le resultó alarmante. «Un refresco y una semiautomática, por favor», pensó, y la idea casi la hizo soltar una risotada.

La mujer registró las bebidas en la caja y Audra empezó a hurgar en el bolso temiendo por un instante haberse quedado sin dinero en efectivo. Por suerte, encontró un billete de diez doblado dentro de un recibo de supermercado, lo tendió y esperó a que le dieran el cambio.

—Gracias —dijo recogiendo las botellas.

—Mmm.

Durante aquel pequeño intercambio, la anciana apenas la había mirado y Audra se alegró de que fuera así. Si alguien le preguntaba, tal vez se acordaría de una mujer alta y con el pelo castaño rojizo, o tal vez no. Fue hasta la puerta y salió al muro de calor. Sean la miraba desde el asiento trasero del coche y Louise seguía durmiendo a su lado. Audra volvió a buscar con la mirada el coche patrulla.

Ya no estaba.

Vio una mancha oscura en el suelo, allí donde el poli había derramado la bebida, y el ligero rastro de unos neumáticos en la grava. Se protegió los ojos con la mano y observó los

alrededores; nada, el coche había desaparecido. El alivio que sintió a continuación la sorprendió: no se había dado cuenta de hasta qué punto la presencia de aquel vehículo policial la ponía nerviosa.

«Da igual. Vuelve a la carretera, ve hasta esa ciudad que ha mencionado la mujer y encuentra algún sitio donde pasar la noche.»

Audra se dirigió a la puerta trasera del coche por el lado de Louise y la abrió. Se agachó, le tendió una botella de agua a Sean y luego acarició a su hija para despertarla. La pequeña soltó un gruñido y movió las piernas.

—Despierta, cariño.

Louise se frotó los ojos y parpadeó mirando a su madre.

—¿Qué?

Audra quitó el tapón y acercó la botella a los labios de Louise.

—No quiero —dijo la niña con un gemido ronco.

Su madre hizo un poco de presión con la botella en la boca de Louise.

—Aunque no quieras, tienes que beber.

Inclinó la botella y un hilillo de agua se vertió entre los labios de la niña, que soltó a *Gogo* y se la arrancó de la mano para beber con fruición.

—¿Lo ves? —dijo Audra; entonces miró a Sean—. Bebe tú también.

Sean hizo lo que le decía mientras ella se sentaba al volante. Se alejó marcha atrás de la tienda, dio media vuelta y condujo hacia la rejilla para el ganado hasta salir a la carretera. No pasaba ningún coche y no tuvo que esperar en el cruce. El motor rugió mientras la tienda se encogía en el espejo retrovisor.

Los niños seguían callados, sólo se oía el ruido que hacían al beber y sus gemidos de satisfacción. Audra sostuvo la botella de Coca-Cola entre los muslos mientras desenroscaba el tapón y luego dio un largo trago sintiendo cómo las frías burbujas le provocaban un cosquilleo en la lengua y la garganta. Sean y Louise se rieron a carcajadas cuando soltó un eructo y ella se volvió para sonreírles de oreja a oreja.

—Ése ha sido bueno, mamá —dijo Sean.

—Sí, ha sido de los buenos —repitió Louise.

—Encantada de complaceros —replicó Audra mirando de nuevo hacia la carretera.

Todavía no había rastro del pueblo. Estaba a unos ocho kilómetros, según había dicho la anciana, y Audra había contado ya tres hitos, de modo que aún faltaba un poco. Imaginó un motel bonito y limpio, con ducha («Ay, Dios mío, una ducha») o, mejor incluso, con bañera. Se concedió la fantasía de una habitación de motel con televisión por cable donde los niños vieran dibujos animados mientras ella disfrutaba de un baño caliente dejando que el agua se llevara la suciedad, el sudor y el peso de todo lo ocurrido.

Pasaron un hito más y dijo:

—Ya no falta mucho, tres o cuatro kilómetros más, ¿de acuerdo?

—Genial —contestó Sean.

Louise levantó ambas manos y soltó un «¡bien!» en voz baja.

Audra volvió a sonreír sintiendo ya el agua de la ducha en su piel.

Justo en ese momento, su mirada cruzó el espejo retrovisor y vio que el coche patrulla los seguía.

2

Tuvo la sensación de que unas manos frías le aferraban los hombros y su corazón empezó a latir con fuerza.

—No dejes que te invada el pánico… —dijo en un susurro.

Sean se inclinó hacia adelante.

—¿Qué?

—Nada. Siéntate bien y asegúrate de llevar puesto el cinturón como es debido.

«No dejes que te invada el pánico. Es posible que no te esté siguiendo. Limítate a controlar la velocidad, no le des motivos para pararte.» La atención de Audra iba del cuentakilómetros a la carretera que tenía delante; mantuvo la aguja en torno a los noventa por hora mientras trazaba otra serie de curvas.

El coche patrulla guardaba las distancias: unos cincuenta metros, sin ganar terreno ni rezagarse. Continuaba ahí, siguiéndolos. Sí, los seguía, no cabía duda. Audra tragó saliva, aferró fuertemente el volante y notó el cosquilleo del sudor que resbalaba por su espalda…

«Tómatelo con calma», se dijo. «No pasa nada, no están buscándote.»

La carretera se había convertido en una larga recta y discurría bajo hileras de cables tendidos entre las torres de alta tensión que la flanqueaban. El asfalto parecía volverse más áspero a medida que avanzaban y el coche traqueteaba ligeramente. De nuevo había montañas en el horizonte. Clavó la vista en ellas: un punto en el que concentrar sus pensamientos.

«Ignora a ese poli, limítate a mirar al frente.»

Pero el vehículo empezaba a crecer en el retrovisor: el coche del sheriff se acercaba. Ahora podía incluso distinguir al hombre que lo conducía: cabeza grande, hombros anchos, dedos gruesos al volante…

«Quiere adelantarme», se dijo. «Vamos, pásame.»

Pero no la adelantó.

Otro kilómetro más y un letrero en el que se leía: SILVER WATER - PRÓXIMA SALIDA A LA DERECHA.

—Tomaré el desvío —dijo Audra—, saldré y él seguirá recto.

—¿Qué? —preguntó Sean.

—Nada, bébete el agua.

Un poco más allá se veía la salida.

Tendió la mano hacia la palanca del intermitente, pero antes de que sus dedos pudieran tocarla, oyó el ulular electrónico de la sirena una sola vez. A través del retrovisor, vio parpadear

las luces azules y rojas.

—No…

Sean estiró el cuello para mirar a través de la luna trasera.

—Mami, es la policía.

—Ajá.

—¿Va a hacernos parar?

—Eso parece.

Otro breve ulular de la sirena y el coche patrulla cambió de carril y aceleró hasta quedar a la altura del familiar. La ventanilla del acompañante descendió y el conductor señaló hacia un lado de la carretera.

Audra asintió, puso el intermitente y se metió en el arcén levantando tierra y polvo a su paso. El coche de policía redujo y se colocó detrás. Ambos vehículos se detuvieron, tan envueltos en polvo que Audra apenas podía ver el otro coche, excepto por las luces que aún giraban y parpadeaban.

Louise volvió a revolverse en su asiento.

—¿Qué pasa?

—Nos ha parado la policía —contestó Sean.

—¿Nos hemos metido en líos? —quiso saber la niña.

—No —respondió Audra, quizá con demasiada firmeza para resultar convincente—. Nadie se ha metido en líos. Seguro que no es nada. Quedaos ahí sentados y dejad que mamá se ocupe de esto.

Cuando el polvo se hubo disipado, vio que la puerta del coche patrulla se abría y que el poli se apeaba. Se detuvo unos instantes, se ajustó el cinturón, con la culata del arma asomando de la pistolera, y luego se inclinó de nuevo hacia el interior del coche para coger el sombrero. Era un hombre de mediana edad, unos cincuenta o cincuenta y cinco años, y con el pelo oscuro salpicado de canas. De constitución robusta, aunque no gordo, y con unos brazos poderosos: la clase de tipo que podría haber jugado al fútbol americano en su juventud. Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas de espejo y después de calarse el sombrero de ala ancha, del mismo tono ocre que el uniforme, se llevó una mano a la culata de la pistola y se acercó por el lado del conductor.

—Mierda —susurró Audra.

Durante todo el trayecto desde Nueva York habían ido por carreteras secundarias siempre que podían, evitando las autopistas, y no los habían parado ni una sola vez. Y ahora esto, tan cerca ya de California. Aferró con fuerza el volante para contener su nerviosismo.

El poli se detuvo ante la ventanilla de Louise y agachó la cabeza para echar un vistazo a los niños. Luego se plantó ante la de Audra, dio unos golpecitos en el cristal e hizo un gesto circular con la mano, indicándole que la bajara. Ella accionó el botón en la puerta y lo sostuvo mientras la ventanilla zumbaba y gemía.

—Buenas tardes, señora, haga el favor de apagar el motor.

«Actúa como si tal cosa», se dijo Audra mientras giraba la llave del contacto. «Todo va a salir bien, conserva la calma y ya está.»

—Buenas tardes —saludó—. ¿Ocurre algo, agente?

En la etiqueta sobre la placa se leía: SHERIFF R. WHITESIDE.

—Permiso de conducir y papeles del coche, por favor —repuso él con los ojos todavía ocultos por las gafas.

—Están en la guantera —contestó ella señalándola.

El poli asintió. Moviéndose despacio, Audra alargó la mano y apretó el botón de la cerradura; un batiburrillo de mapas, papeles y basura amenazó con caer hacia el asiento. Tras hurgar unos instantes, encontró los documentos. El hombre los estudió con rostro inexpresivo mientras las manos de ella volvían a asir el volante.

—¿Audra Kinney?

—Sí, exacto.

—¿Señora o señorita?

—Señora, supongo.

—¿Lo supone?

—Estoy separada, todavía no divorciada.

—Ya veo —dijo el policía devolviéndole los documentos—. Está muy lejos de casa.

Ella cogió los papeles y se los puso en el regazo.

—Vamos de viaje, a visitar a unos amigos en California.

—Ajá… —masculló el policía—. ¿Va todo bien, señora Kinney?

—Sí, por supuesto, todo bien.

El policía apoyó una mano en el techo del coche, se inclinó un poco y habló con voz gutural y arrastrando las palabras.

—Es que me parece un poco nerviosa, ¿tiene algún motivo para estarlo?

—No —contestó ella, consciente de que la mentira se le veía en la cara—. Es sólo que me pone nerviosa que me pare la policía.

—Le pasa a menudo, ¿no es eso?

—No… Sólo quería decir que las veces que me han parado me he…

—Supongo que querrá saber por qué la he parado hoy.

—Pues sí… quiero decir… no creo haber…

—La razón de que la haya parado es que el coche va sobrecargado.

—¿Sobrecargado?

—El eje trasero soporta demasiada presión, ¿por qué no se baja del vehículo y echa un vistazo?

Antes de que ella pudiera responder, el sheriff abrió la puerta y dio un paso atrás. Audra permaneció inmóvil, sentada con los papeles en el regazo, alzando la vista hacia él.

—Le he pedido que se apee del vehículo, señora.

Audra dejó el permiso de conducir y los documentos del coche en el asiento de al lado y se quitó el cinturón de seguridad.

—¿Mamá?

Se volvió hacia Sean:

—No pasa nada, sólo tengo que hablar un momento con el agente. Ahora mismo vuelvo, ¿vale?

Sean asintió y volvió a centrar su atención en el sheriff. Audra bajó y una vez más sintió el feroz ardor del sol en la piel.

El sheriff señaló hacia los neumáticos mientras rodeaba el coche hasta la parte trasera.

—¿Lo ve? No hay suficiente espacio entre el neumático y el arco de la rueda.

Apoyó las manos en el techo y presionó hacia abajo, haciendo que el vehículo se bamboleara sobre la suspensión.

—Mire esto. Las carreteras de por aquí no están bien, no hay dinero para mantener el asfalto en condiciones. Como se meta de lleno en un bache, va a tener verdaderos problemas. He visto a mucha gente perder el control del coche por una cosa así: se les revienta un neumático, se les rompe el diferencial o sabe Dios qué, y acaban volcando en una zanja o chocando contra un camión que viene por el otro carril. Y eso es de lo más desagradable, créame. No puedo permitir que siga con el coche así.

Audra sintió una oleada de tembloroso alivio: ese sheriff no sabía quién era, no estaba buscándola. Aun así, esa sensación quedó atenuada de inmediato por la insistencia del poli en retenerla. Necesitaba seguir viaje, pero no podía correr riesgos con aquel tipo.

—Me queda muy poco camino por delante —dijo señalando hacia el desvío cercano—. Voy a pasar la noche en Silver Water, allí podré librarme de unas cuantas cosas.

—¿Silver Water? ¿Se alojará en la pensión de la señora Gerber?

—Aún no lo tengo decidido…

El sheriff negó con la cabeza.

—Sea como sea, Silver Water todavía queda a un par de kilómetros y la carretera es estrecha, con cambios de rasante y curvas pronunciadas. De aquí hasta allí podrían pasarle muchas cosas… Le diré qué vamos a hacer: coja las llaves y véngase aquí detrás… Apártese de la carretera, por favor.

—Si me permitiera seguir un poco más, creo que…

—Señora, trato de serle de ayuda. Ahora limítese a coger las llaves del coche, como le he dicho, y venga a la parte trasera.

Audra se inclinó para pasar ante el volante y sacó las llaves del contacto.

—Mamá, ¿qué pasa? —quiso saber su hijo—. ¿Qué quiere?

—Todo bien, Sean, no pasa nada. Resolveremos este asunto en un instante. Tú quédate aquí quieto y ocúpate de tu hermana. ¿Podrás hacer eso por mí?

Sean cruzó los dedos.

—Sí, mamá.

—Buen chico —contestó Audra, y le guiñó un ojo.

Volvió con las llaves hasta donde la esperaba el sheriff —Whiteside, ¿no era eso?— y se las dio.

—Haga el favor de apartarse de la carretera —dijo él señalando la franja de tierra en el arcén —. No queremos que alguien se la lleve por delante, ¿no?

Audra hizo lo que le decía. Sean y Louise se retorcieron en sus asientos para mirar a través de la luna trasera.

Whiteside abrió el maletero.

¿Tenía permitido hacer eso? ¿Abrirlo así, sin más, y echar un vistazo dentro? Audra se llevó una mano a la boca y guardó silencio mientras el policía observaba las cajas, las bolsas con ropa y las dos cestas llenas de juguetes.

—Le diré qué puedo hacer por usted —concluyó él dando un paso atrás y poniendo los

brazos en jarras—. Trasladaré parte de estas cosas a mi coche para aligerar un poco el peso y la seguiré hasta Silver Water… Diría que la señora Gerber va a alegrarse de tener un cliente. Luego ya verá usted cómo se las apaña; tendrá que deshacerse de unas cuantas cosas, eso está claro. Hay una tienda benéfica, estoy seguro de que allí podrán ayudarla. Este pedazo de tierra es el más pobre de todo el estado y esa tienda es prácticamente la única que sigue abierta. Bueno, vamos a ver qué lleva aquí.

Whiteside se inclinó y levantó una caja para apoyarla en el borde del maletero. En la parte superior había sábanas y mantas dobladas. Debajo, todo eran toallas y ropa de cama, según recordaba Audra. Había metido las fundas de edredón y de almohada favoritas de los niños: *La guerra de las galaxias* para Sean, *Doctora Juguetes* para Louise… Vio los vivos tonos pastel cuando el sheriff empezó a hurgar en la caja.

Estaba a punto de preguntarle por qué estaba mirando ahí dentro cuando él se le adelantó.

—Señora, ¿qué es esto?

El sheriff se había incorporado, pero siguió apartando la ropa de cama que había en la caja con la mano izquierda. Por unos instantes, Audra permaneció inmóvil; su mente era incapaz de conectar aquella pregunta con una respuesta lógica.

—Sábanas y cosas de ese estilo… —contestó Audra finalmente.

El policía señaló el interior de la caja con la mano derecha.

—¿Y esto?

El miedo se encendió en ella como una luz. Creía haber estado asustada, pero no, aquello sólo había sido simple preocupación. Esto de ahora sí era miedo. Algo iba terriblemente mal y no conseguía entender qué era.

—No sé a qué se refiere… —contestó sin poder impedir que le temblara un poco la voz.

—Quizá debería echar un vistazo.

Audra se acercó a él con pasos lentos haciendo crujir la grava y la tierra bajo sus zapatillas deportivas. Se asomó para mirar en las oscuras entrañas de la caja. Había una forma allí que no conseguía identificar.

—No sé qué es eso… —dijo.

Whiteside hundió la mano derecha en la caja, asió una bolsa por el borde y la sacó a la cruda luz del sol.

—A ver si lo adivina —ironizó.

Estaba muy claro: era una bolsa de plástico de buen tamaño medio llena de hierba verde y seca.

Audra negó con la cabeza:

—Eso no es mío.

—Yo diría que tiene mucha pinta de ser marihuana. ¿Usted no?

El nudo de miedo en el pecho de Audra se extendió hacia sus brazos y muslos como si una jarra de agua helada hubiera empapado su ropa. Se apoderó del centro mismo de su ser. Sí, sabía qué era aquello, pero hacía años que no la consumía: llevaba los dos últimos completamente desenganchada de todo. No se había bebido ni una cerveza.

—No es mía —repitió.

—¿Está segura?

—Sí, lo estoy —contestó, pero una pequeña parte de ella se dijo que sí podía ser suya. ¿Era

posible que la hubiese guardado y que luego hubiera olvidado que estaba ahí, entre las sábanas? No, no era posible… ¿o tal vez sí?

—Ya, ¿y cómo explica que esto haya ido a parar al maletero de su coche?

—No lo sé… —respondió Audra, y se preguntó una vez más si sería posible, si podía ser que…

No, desde luego que no: llevaba sin fumar marihuana desde antes de casarse y se había mudado de piso tres veces. Era imposible que esa bolsa la hubiera seguido hasta ahí, por descuidada que fuera.

Notó que sus ojos se encendían, la amenaza de las lágrimas, un temblor incipiente en las manos… Pero tenía que mantener la calma. «Por los niños», pensó. «No dejes que te vean perder el control.» Se secó la mejilla con la palma de la mano, se frotó la nariz…

Whiteside sostuvo la bolsa a la luz del sol y la agitó.

—Bueno, pues vamos a tener que hablar sobre quién es el propietario de esto. Y debo decirle que me parece que aquí hay más de lo que podría considerarse normal para consumo propio, así que va a ser una conversación larga y seria.

Audra notó que las piernas le fallaban y apoyó una mano en el borde del maletero para mantener el equilibrio.

—Agente, le juro por Dios que eso no es mío y que no sé de dónde ha salido.

Al fin y al cabo, era la pura verdad, ¿no?

—Como ya le he dicho, señora, vamos a tener que hablar largo y tendido sobre todo esto. —Whiteside dejó la bolsa encima de las sábanas y se llevó la mano a las esposas del cinturón—. Voy a tener que arrestarla.

3

—¿Qué?

Las rodillas de Audra amenazaron con doblarse. De no haber estado apoyada en el coche, se habría caído al suelo.

—¿Mamá? —Sean se había quitado el cinturón y miraba por la luna trasera con los ojos muy abiertos—. Mamá, ¿qué está pasando?

Louise también la miraba fijamente con cara de miedo. Las lágrimas dejaron un rastro caliente en las mejillas de Audra. Volvió a enjugárselas con la mano.

—Esto no puede ser…

El rostro de Whiteside seguía sin mostrar emoción alguna.

—Señora, tiene que acompañarme a mi coche.

Audra negó con la cabeza.

—Pero… ¿y mis niños?

El policía se acercó un poco más a ella.

—Por el bien de sus hijos, será mejor que llevemos esto de forma civilizada —dijo bajando la voz—. Todo este asunto va a ser mucho más fácil para usted y para ellos si se limita a hacer lo que le digo. Acompáñeme.

Whiteside la asió del brazo y ella dejó que la llevara desde el maletero de su vehículo familiar hasta el capó del coche patrulla.

—¿Mamá? ¡Mamá!

—Dígale que todo va bien —ordenó Whiteside.

Audra miró hacia su coche.

—No pasa nada, Sean. Ocúpate de tu hermana. Tendremos esto resuelto en sólo unos minutos.

Cuando llegaron al coche patrulla, el sheriff le ordenó que se vaciara los bolsillos y lo dejara todo sobre el capó. Audra hurgó en sus vaqueros y dejó un montón de pañuelos de papel y monedas sueltas sobre el coche. Whiteside puso la bolsa de marihuana al lado.

—¿Eso es todo? Bien, ahora, deles la vuelta a los bolsillos.

Ella obedeció y el policía la cogió del brazo y le pidió que se diera la vuelta.

—Ponga las manos a la espalda.

Audra oyó un ruido metálico y sintió los firmes dedos de Whiteside en su muñeca.

—Tiene derecho a permanecer en silencio: cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado durante el interrogatorio; si no puede

permitirse un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Lo ha entendido?

Cuando notó el frío metal en sus muñecas, Audra oyó que se abría la puerta trasera de su coche y miró hacia atrás. Sean salió del vehículo a trompicones y aterrizó a cuatro patas en el arcén de tierra.

—¡Mamá, ¿qué pasa?! —exclamó mientras se ponía en pie.

Del interior del coche llegaba el llanto asustado de Louise, cada vez más fuerte.

—Todo va bien, Sean… —contestó Audra, pero el chico seguía acercándose.

—¿Entendido? —repitió Whiteside.

Sean corrió hacia ellos:

—¡Eh, suelte a mi madre!

—¡Sean, vuelve al…!

Whiteside dio un tirón y retorció las esposas, Audra sintió una oleada de dolor en las muñecas y los brazos. Soltó un chillido y Sean se detuvo en seco.

—¿Ha entendido cuáles son sus derechos? —preguntó Whiteside una vez más con la boca rozando la oreja de Audra.

—Sí, sí… —contestó ella entre dientes mientras el acero se le clavaba en la piel.

—Entonces, dígalo. Diga: sí, lo entiendo.

—Sí, lo entiendo.

—Gracias. —El policía se volvió hacia Sean—. Será mejor que vuelvas al coche, hijo. Dejaremos todo esto resuelto en un par de minutos.

Sean se irguió en toda su estatura; era alto para su edad, pero allí, en el arcén, parecía diminuto.

—Suelte a mi madre.

—No puedo hacer eso, hijo. Ahora, vuelve a subirte al coche. —Volvió a dar un tirón a las esposas para que Audra reaccionara, y, acercándose a su oído, susurró—: Dígaselo usted.

El dolor la hizo resoplar.

—Dígaselo o esto va a complicarse.

—Sean…, vuelve al coche —dijo ella, esforzándose en que no se le notara el miedo en la voz —. Escucha, tu hermana está llorando. Tienes que ir a ocuparte de ella. Vamos, sé buen chico, hazlo por mí.

Sean señaló a Whiteside.

—No le haga daño —le advirtió antes de darse la vuelta y volver hacia el coche familiar mirando por encima del hombro.

—Un chico valiente —dijo el sheriff—. Vamos a ver, ¿lleva algo punzante encima? ¿Cualquier cosa que pueda cortarme cuando empiece a cachearla?

Audra negó con la cabeza.

—No, nada. Un momento… ¿Va a cachearme?

—Exacto —le contestó Whiteside agachándose a su lado.

Le rodeó un tobillo con sus manos grandotas, apretó ligeramente y empezó a palpar la tela de los vaqueros.

—No puede hacer eso… —se quejó ella—. ¿No debería hacerlo una agente?

—Puedo hacerlo y por eso lo estoy haciendo. No va a recibir un trato especial sólo por ser

mujer. En otro tiempo, podría haber llamado a la comisaría de Silver Water para que me mandaran a una agente, pero sólo como cortesía hacia usted, no porque esté obligado a hacerlo. Ahora, sin embargo, eso ya no es posible: el alcalde clausuró la comisaría hace tres años porque el pueblo ya no podía permitírsela.

Sus manos fueron subiendo por la pantorrilla y el muslo de Audra, apretando, explorando, y entonces le puso el dorso de una mano en la entrepierna; sólo fue un instante, pero lo suficiente para que ella cerrara los ojos y sintiera que se le revolvía el estómago. Luego le cacheó las nalgas, registró los bolsillos traseros y bajó por la otra pierna antes de hurgar con ambos índices en las zapatillas deportivas. Finalmente, se incorporó de nuevo y sus manos recorrieron la espalda empapada en sudor y la rodearon para palpar el vientre, rozar apenas el contorno de sus pechos, ascender hasta los hombros y bajarle por los brazos.

Cuando dio por terminado el cacheo, Audra se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento todo el rato. Ahora dejó escapar el aire en una larga y temblorosa exhalación.

Sólo entonces oyó el llanto procedente de su coche, cada vez más alto, casi histérico.

—Mis niños… —susurró.

—No se preocupe por ellos —replicó Whiteside llevándola hacia la parte trasera del coche patrulla y abriendo la puerta lateral—. Cuidado con la cabeza.

Le apoyó una mano en la coronilla, presionó hacia abajo y la guió hacia el interior del vehículo.

—Los pies —añadió.

Por unos instantes, Audra se preguntó qué quería decir con eso; luego lo entendió y levantó los pies para meterlos en el coche. Cuando Whiteside cerró de un portazo, el mundo pareció silenciarse de repente.

—Ay, Dios… —dijo en un susurro sin poder contener las lágrimas—. Dios mío…

El pánico parecía vibrar en su cabeza, en su pecho, y amenazaba con llevarse por delante toda su cordura si no lo dominaba. Se obligó a inspirar profundamente, a retener el aire y luego a soltarlo poco a poco por la boca, apretando la punta de la lengua contra los dientes. Era el ejercicio de relajación que había aprendido cuando se estaba desintoxicando: «Céntrate en el ahora, busca algo con la mirada y concentra tu pensamiento en eso hasta que el mundo se estabilice.»

A través de la reja que separaba el asiento trasero del delantero, vio un desgarrón de unos cinco centímetros en la costura del reposacabezas de piel. Lo miró fijamente y tomo una larga bocanada de aire: inspira, aguanta, espira; inspira, aguanta, espira…

En la periferia de su visión, captó el movimiento de Whiteside hacia la parte trasera del coche y luego oyó cómo el maletero se abría y volvía a cerrarse. El policía volvió entonces a la parte delantera, cogió del capó la bolsa llena de marihuana y la dejó caer dentro de un sobre marrón junto con los restos de pañuelos de papel y las monedas que ella se había sacado de los bolsillos. Audra volvió a mirar fijamente el desgarrón en el reposacabezas y se concentró en respirar. La puerta del acompañante se abrió y Whiteside dejó caer ambos sobres en el asiento antes de agacharse para mirarla.

—¿Tiene familia por aquí cerca?

—No —contestó Audra.

—¿Y alguien que pueda venir a recoger a los críos?

—Tengo una amiga en California, en San Diego.

—Bueno, eso no va a sernos de mucha ayuda ahora mismo, ¿no? ¿Qué me dice del padre? ¿Dónde está?

—En Nueva York, pero ya no estamos juntos.

Whiteside soltó un bufido, pareció perderse en sus pensamientos durante unos segundos y luego asintió: había tomado una decisión. Alargó la mano y cogió el auricular de la radio.

—Collins, ¿estás ahí? —Guardó silencio unos instantes, escuchando con la cabeza ladeada —. Collins, ¿dónde estás?

Se oyó un chasquido seguido por una voz de mujer.

—Voy por Gisela Road, señor. ¿Necesita algo?

—Estoy en la carretera del condado, justo antes del desvío de Silver Water. Acabo de hacer un arresto por tenencia de drogas y tengo a dos críos en el coche de la sospechosa, de modo que voy a necesitar que te ocupes de ellos, ¿de acuerdo? Y mira a ver si puedes localizar a Emmet, me hace falta la grúa.

Siguieron unos segundos de silencio y después Whiteside volvió a hablar.

—¿Collins?

—Sí.

—¿Te parece que puedes localizarme a Emmet?

Otra pausa. Whiteside se humedeció los labios.

—¿Collins, sí o no?

—Sí, sí —contestó la mujer—. Deme cinco… diez minutos.

El sheriff le dio las gracias y dejó la radio de nuevo en su soporte. Sólo entonces volvió a mirar a Audra:

—Bueno, ahora nos quedaremos aquí sentados y esperaremos un ratito.

A través de la puerta abierta, Audra podía oír los sollozos de Louise, que penetraban en el pánico burbujeante de su cabeza.

—Oiga… Mis niños están llorando, no puedo dejarlos ahí.

El policía soltó un suspiro.

—Está bien, iré a ver cómo están.

—Espere, ¿no puedo…?

El portazo hizo que el vehículo se meciera sobre la suspensión. Mientras lo observaba dirigirse tranquilamente hacia su coche familiar, Audra rezó en silencio.

4

A través de la rendija de la puerta del maletero, que aún estaba abierta, Sean pudo ver cómo se acercaba aquel poli grandullón. Louise berreaba, abrazando a *Gogo*. El montón de relleno y jirones de color rosa que en otro tiempo había sido un conejo aún tenía dos ojos, aunque poco faltaba para que también los perdiera.

—Deja de llorar —dijo Sean—. Mamá ha dicho que todo va a salir bien, así que quédate tranquila, ¿vale?

No sirvió de nada. La niña siguió llorando y el volumen de sus sollozos aumentó aún más cuando el enorme policía cerró de un portazo el maletero. Luego rodeó el coche hasta la puerta de Sean, la abrió y se agachó para que sus ojos quedaran a la misma altura que los del chico.

—Qué tal andáis por aquí, chavales.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Sean.

El policía se limpió las comisuras de los labios con los dedos.

—Bueno, no puedo mentirte, hijo: tu madre se ha metido en un pequeño lío.

—Pero ella no ha hecho nada.

El sheriff Whiteside (Sean leyó el nombre en la chapa) se quitó las gafas de espejo y le mostró sus ojos grises. Algo en aquella mirada aterrorizó al niño hasta la médula; le dio tanto miedo que incluso notó dolor y presión en la vejiga, como si ya no pudiera aguantar más.

—Bueno, vamos a ver —explicó Whiteside—. Tu madre llevaba en el maletero algo que no debería llevar. Algo ilegal. Y ahora tengo que llevármela al pueblo para que podamos hablar sobre eso. Pero os prometo que todo va a salir bien.

—¿Qué es eso que llevaba? —quiso saber Sean.

El sheriff esbozó una sonrisita.

—Algo que no debería llevar, nada más. Todo va a salir bien.

Whiteside paseó entonces la mirada por el coche y escudriñó a los niños; Sean casi pudo sentir los ojos hurgando en su piel. Luego el sheriff se incorporó un poco para ver mejor a Louise y la examinó de la cabeza a los pies, deteniéndose en el cuerpo y las piernas. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento y paseó la lengua por los labios para humedecerlos antes de volver a hablar.

—Todo va a salir bien, chicos —repitió—. Os diré qué va a pasar. Como os decía, tengo que llevarme a vuestra madre al pueblo para hablar con ella, pero no puedo dejaros aquí solos. Así que mi ayudante, la agente Collins, va a venir para acompañaros a un sitio seguro en el que pueda cuidar de vosotros.

Louise soltó un gemido.

—¿Vamos a ir a la cárcel?

Whiteside sonrió, pero el brillo de aquellos ojos que tanto habían asustado a Sean seguía allí.

—No, tesoro. No vais a ir a la cárcel: la agente Collins va a llevaros a un lugar seguro.

—¿Adónde? —preguntó Sean.

—A un sitio seguro. No tenéis que preocuparos por nada, todo va a salir bien.

—¿Puedo llevarme a *Gogo*? —quiso saber Louise.

—Claro que sí, tesoro. La agente Collins estará aquí en un minuto y todo va a salir bien.

—No para de repetir eso.

Whiteside miró a Sean con la sonrisa desdibujándose en su cara.

—¿Qué?

Sean comprendió entonces qué era lo que le parecía extraño en los ojos del sheriff.

—No para de decir que todo va a salir bien, pero da la sensación de que tenga miedo.

La sonrisa de Whiteside se volvió más dura, pero el sheriff apenas parpadeó.

—No tengo miedo, hijo. Sólo quiero que ambos sepáis que todo va a ir bien. La agente Collins cuidará de vosotros, vuestra madre y yo tendremos resuelto este asunto en un momento y entonces podréis iros todos a casa. Eh, no me habéis dicho cómo os llamáis.

Sean apretó los labios.

Whiteside miró a Louise, que había dejado de sollozar para limitarse a hipar y sorberse la nariz.

—¿Cómo te llamas, tesoro?

—Louise.

—¿Y tu hermano?

—Sean.

—Bonitos nombres —comentó Whiteside con una sonrisa lo bastante amplia como para enseñar los dientes—. ¿De dónde sois?

—De Nueva York —contestó Louise.

—Nueva York… —repitió el sheriff—. ¿De verdad? Vaya, pues estáis muy lejos de casa.

—Nos mudamos a California —explicó Louise.

—Cállate —soltó Sean—, no tenemos por qué contarle nada.

Whiteside soltó una pequeña risita.

—Si la damisela quiere hablar conmigo, puede hacerlo, ¿no crees?

Sean se volvió hacia él con una mirada severa.

—Lo he visto en televisión: no tenemos por qué contarle nada de nada.

El sheriff volvió a mirar a Louise.

—Tu hermano mayor es un chico listo. Creo que algún día va a ser abogado, ¿qué opinas tú?

Louise abrazó con fuerza a *Gogo*.

—No sé.

—Bueno, sólo estamos charlando, pasando el rato, ¿no? Como suele hacer la gente. Únicamente quería comprobar que estuvierais bien, chicos. ¿Tenéis agua los dos?

Louise levantó su botella para enseñársela. Sean se limitó a mirar al frente.

—Vale, pues no dejéis de beber. Aquí fuera hace calor y no queremos que os deshidratéis.

Louise dio un largo trago. Sean siguió sin moverse.

Les llegó un rumor lejano y el sheriff miró carretera abajo.

—Ahí viene —dijo incorporándose.

Sean se asomó al reposacabezas delantero para mirar a través del parabrisas. Otro coche patrulla se acercó, aminoró la marcha y dio media vuelta delante de ellos. Luego dio marcha atrás por el arcén hasta que su guardabarros trasero quedó a sólo unos palmos del parachoques del coche familiar. Una mujer con un uniforme como el de Whiteside, pero más joven que él, se bajó del vehículo. Llevaba el pelo rubio recogido en la nuca, tenía una mandíbula bastante masculina y caderas estrechas.

La agente Collins pasó por delante del coche y se unió a Whiteside ante la puerta.

—Estos son Sean y Louise —dijo el sheriff—. Están un poco alterados, pero ya les he dicho que cuidarás bien de ellos, ¿a que sí?

—Por supuesto —respondió ella agachándose—. Hola, Sean; hola, Louise. Soy la agente Collins y voy a cuidar de vosotros; sólo por un tiempo, hasta que resolvamos todo esto. No os preocupéis, todo va a salir bien.

Sean sintió un dedo frío en el corazón cuando vio sus ojos azules; pese a su sonrisa y su voz dulce, parecía incluso más asustada que el sheriff.

—Bueno, ahora os venís conmigo, chicos.

—¿Adónde nos lleva? —quiso saber Sean.

—A un sitio seguro —respondió Collins.

—Pero ¿adónde?

—A un sitio seguro. Quizá podrías ayudar a Louise con el cinturón de seguridad.

Sean se disponía a responder que no, que no irían a ninguna parte, pero Louise se le adelantó:

—Puedo hacerlo sola. Este señor ha dicho que puedo llevarme a *Gogo*.

—Claro que sí —contestó Collins.

Antes de que Sean pudiera impedírselo, Louise ya se había soltado de la sillita y le pasaba por encima para coger la mano de Collins. Mientras la agente la ayudaba a bajar del coche, el chico se quedó donde estaba, sin moverse.

Collins le tendió la mano libre.

—Vamos.

Sean cruzó los brazos.

—No creo que deba.

—Sean, no tienes elección. Debes venir conmigo.

—No.

Whiteside se agachó y lo miró fijamente.

—Hijo, como te ha dicho la agente, en esto no tienes elección —dijo en un susurro—. Si es necesario, te arrestaré, te esposaré y te llevaré hasta el coche de la ayudante del sheriff. O puedes simplemente bajarte e ir con ella. ¿Qué decides?

—No puede arrestarme —contestó Sean.

El sheriff se acercó más y el temor en sus ojos se transformó en ira.

—¿Estás absolutamente seguro de que no, hijo?

Sean tragó saliva:

—De acuerdo.

Sean bajó del coche y Whiteside le puso la pesada mano en el hombro para guiarlo hacia el coche patrulla; Collins iba delante, con Louise cogida de la mano. La agente abrió la puerta trasera del coche y ayudó a la niña a subir.

—Muévete hasta el final del asiento, cariño —dijo al tiempo que le tendía la mano a Sean.

El chico se volvió para mirar hacia el coche del sheriff, tratando de ver a su madre a través del parabrisas. Sólo distinguió una forma difusa que podría o no haber sido ella. Los gruesos dedos de Whiteside le apretaron el hombro obligándolo a moverse hacia Collins.

—Vamos, adentro —dijo la agente poniendo una mano bajo su brazo para ayudarlo a subir al coche—. Hazme el favor de ponerle el cinturón a tu hermana, ¿quieres?

Sean se detuvo cuando vio la parte trasera cubierta por una lámina de plástico transparente; estaba sujeta con cinta adhesiva y tapaba el asiento, el respaldo, los espacios para los pies y los reposacabezas. Collins le dio un empujoncito en los riñones para que entrara del todo.

Cuando la puerta se cerró tras él, observó a través del cristal polvoriento cómo los dos policías hablaban con las cabezas muy juntas. La ayudante asintió ante lo que fuera que le decía Whiteside y luego el sheriff se volvió y echó a andar hacia su propio vehículo. Collins se quedó ahí unos segundos, con la mano en la boca y la mirada perdida. Por un instante, Sean se preguntó qué pensamientos la retendrían allí, pero entonces ella reaccionó, rodeó el coche, abrió la puerta del conductor y se sentó al volante.

Mientras accionaba la llave del contacto, se volvió a mirar a Sean.

—Te he pedido que ayudaras a tu hermana con el cinturón, ¿me haces el favor?

Sin apartar la mirada de Collins, Sean tiró del cinturón de Louise, se lo abrochó y luego se puso el suyo.

—Gracias.

La ayudante del sheriff metió la marcha, sacó el coche patrulla del arcén y aceleró alejándose del coche familiar en el que habían cruzado el país. La salida hacia Silver Water se fue acercando y Sean esperó que redujera y tomara el desvío…

Pero no lo hizo.

En vez de eso, pisó a fondo el acelerador al pasar ante la salida y Sean se volvió para ver cómo el letrero indicador y el desvío se alejaban tras ellos. El miedo que venía retorciéndole el estómago desde que el sheriff los había parado ascendió ahora hasta su pecho y su garganta. Las lágrimas brotaron, calientes y vergonzosas, y descendieron por sus mejillas hasta caer en la camiseta. Trató de contenerlas, pero no pudo, y tampoco pudo contener el sollozo que salió de su boca.

Collins se volvió para mirarlo.

—No te preocupes —dijo—, todo va a salir bien.

De algún modo, el hecho de que lo hubiese visto sollozar como un bebé hizo que se sintiera aún peor, añadiendo vergüenza al miedo, y lloró aún más fuerte. Lloraba por su madre, por su casa y por el tiempo que habían pasado juntos hasta que tuvieron que marcharse.

Louise alargó la manita para aferrar la suya.

—No llores —le susurró—. Todo va a salir bien: nos lo han dicho.

Pero Sean sabía que mentían.

5

Audra observó el coche patrulla alejarse emborronado por sus lágrimas. Había visto cómo la agente Collins y su jefe sacaban a sus hijos del coche y los llevaban al otro vehículo, y la mirada que le dirigía Sean, y había empezado a llorar cuando desaparecieron carretera abajo. El sheriff Whiteside volvía ahora tranquilamente hacia ella con las gafas de sol puestas y los pulgares en el cinturón, como si todo aquello fuera de lo más normal, como si una extraña no acabara de llevarse a sus hijos.

Una extraña, quizá, pero también una agente de policía. Fuera cual fuese el lío en que se había metido, la ayudante del sheriff cuidaría de sus hijos, estarían a salvo.

—Estarán a salvo —dijo, y su voz resonó en el coche. Cerró los ojos y lo repitió, deseando desesperadamente que aquella afirmación se convirtiera en realidad.

Whiteside abrió la puerta del conductor y se sentó al volante; su peso hizo que el coche se bamboleara. Luego la cerró, deslizó la llave en el contacto y encendió el motor. La ventilación cobró vida e insufló aire tibio en el interior.

Audra vio el reflejo de sus gafas de sol en el retrovisor y supo que la estaba observando; se sentía como una abeja atrapada en un frasco. Se sonó la nariz, tragó saliva y parpadeó para evitar las lágrimas.

—La grúa no tardará —dijo el sheriff—, y entonces nos pondremos en marcha.

—Esa mujer policía…

—La agente Collins, mi ayudante.

—Pues la agente… ¿Adónde se ha llevado a mis hijos?

—A un lugar seguro.

Audra se inclinó hacia adelante.

—¿Adónde?

—A un lugar seguro —repitió él—. Ahora mismo tiene otras cosas de que preocuparse.

Audra inspiró, soltó el aire; notó cómo brotaba la rabia, la contuvo.

—Quiero saber adónde llevan a mis hijos —insistió.

Whiteside permaneció inmóvil y en silencio unos instantes.

—Será mejor que se calle —dijo finalmente.

—Por favor, sólo dígame…

El policía se quitó las gafas y se volvió en el asiento para mirarla.

—He dicho que se calle.

Audra conocía esa mirada, y le heló el corazón. Esa mezcla de odio y rabia en los ojos del

sheriff: la misma expresión que había visto en su padre cuando estaba hasta las cejas de alcohol y necesitaba hacerle daño a alguien, habitualmente a ella o a su hermano pequeño.

—Lo siento —dijo en voz tan baja que apenas fue un susurro.

Como si fuera otra vez una niña de ocho años, confiando en que aquel «lo siento» mantuviera el cinturón de su padre en su sitio y no blandiéndose en el aire desde su puño. Se sintió incapaz de continuar mirando aquellos ojos y agachó la cabeza.

—Bien —concluyó él, y se volvió de nuevo hacia el desierto que había más allá del parabrisas.

Nuevamente reinó el silencio en el vehículo, excepto por el runrún del motor al ralentí, y a Audra la invadió una sensación de irrealidad, como si todo aquello fuera un sueño febril, como si presenciara la pesadilla de algún otro.

Pero ¿acaso no habían sido así aquellos últimos dieciocho meses?

Desde que había huido de Patrick llevándose consigo a Sean y Louise, los días, las semanas, los meses habían sido pura preocupación. El fantasma de su marido siempre estaba acechándola; la certeza de su presencia, de lo que quería arrebatarle, era como un velo que cubría constantemente sus pensamientos.

En cuanto Patrick supo que la había perdido, que ya no se sometería a él, había estado rondándola en busca de la única cosa que sabía que podía destruirla. Él no quería a sus hijos, al igual que nunca la había querido a ella: para Patrick eran sólo posesiones, como un coche o un buen reloj; una señal destinada a cuantos lo rodeaban: miradme, tengo éxito, vivo como hay que vivir. Audra había comprendido demasiado tarde que los niños eran simples piezas de la fachada que había construido a su alrededor a fin de crear la ilusión de ser un hombre decente.

Cuando ella consiguió liberarse por fin, la vergüenza hizo que Patrick se dejara llevar por una rabia que desde entonces no había hecho más que crecer. Y tenía muchos hilos sucios de los que tirar: el alcohol, la cocaína, las drogas con receta que la ayudaban a desintoxicarse… Aunque en su momento había justificado, e incluso alentado, esas flaquezas como un medio para mantenerla dominada (según la psicóloga, actuaba como su «facilitador»), ahora las usaba como armas para arrebatarle a sus hijos. Había mostrado las pruebas a los abogados y al juez, y entonces los de Protección de Menores habían acudido a interrogarla en el pisito de Brooklyn al que se había mudado para hacerle preguntas maliciosas e hirientes.

La última entrevista la había doblegado. Aquel hombre y aquella mujer, tan preocupados, preguntándole con voz amable si era cierto lo que les habían contado, y si los niños no estarían mejor con su padre, aunque fuera durante unas semanas, hasta que ella se hubiera desenganchado del todo.

—Ya lo estoy —había contestado—: llevo casi dos años sin tomar nada.

Y era verdad. De no haberse desintoxicado primero, no habría tenido fuerzas suficientes para dejar a su marido y llevarse a sus hijos. Los dieciocho meses transcurridos desde entonces habían sido una batalla, desde luego, pero ni una sola vez había vuelto a caer en las tentaciones que casi llegaron a matarla. Había forjado una vida para ella y los niños y conseguido un empleo estable de camarera en una cafetería. El sueldo no era gran cosa, pero tenía una pequeña reserva de dinero que había sacado de la cuenta conjunta antes de marcharse. Incluso había empezado a pintar otra vez.

Pero al hombre y a la mujer preocupados aquello no pareció importarles. Cada tanto se miraban con aquella expresión de lástima en sus rostros, hasta que Audra les rogó que se fueran.

—Preferiríamos que esto no tuviera que acabar en los tribunales —contestaron—, siempre es mejor que el padre y la madre solucionen las cosas entre sí…

Audra no pudo más y les gritó que se largaran de su casa y no volvieran nunca.

Pasó el resto del día en un estado de frenética agitación, temblando, deseando intensamente cualquier cosa que pudiera calmar un poco sus temores. Al final, se decidió por llamar a Mel, la única amiga que conservaba de la universidad, y Mel le había dicho: «Vente, ven a San Diego, al menos por unos días: tenemos sitio.»

En cuanto colgó el teléfono, se puso a hacer las maletas. Al principio sólo cogió ropa suficiente para unos cuantos días; luego se preguntó si meter juguetes y si los niños querrían su ropa de cama favorita, y poco a poco las bolsas de viaje se convirtieron en cajas y supo que no podrían coger un vuelo, que tendría que recurrir al viejo coche familiar que había comprado el año anterior… y que no iban a ser unos cuantos días, sino que sería para siempre.

No se detuvo a pensar en lo que estaba haciendo hasta que hubo cruzado medio Nueva Jersey. Cuatro días atrás, por la mañana, se había detenido en el arcén de la autopista presa de un pánico que parecía brotar de su interior como una explosión. Mientras Sean le preguntaba una y otra vez por qué se había parado, Audra se quedó ahí sentada, con las manos en el volante y luchando por controlar su agitada respiración.

Fue su hijo Sean quien la calmó. Se quitó el cinturón de seguridad, pasó al asiento delantero, le cogió la mano y se puso a hablarle con voz cálida y dulce. Unos minutos después, Audra recuperó el control y Sean se quedó allí con ella mientras planeaba qué hacer, adónde ir y cómo llegar.

Decidió que tomarían carreteras secundarias. No sabía qué pasaría cuando los de Protección de Menores comprendieran que se había largado llevándose a los niños, pero era posible que dieran aviso a la policía y emprendieran su búsqueda y la de su coche. Así que habían seguido rutas poco habituales, pasando por incontables pueblecitos, para llegar hasta donde estaban. Y no habían tenido problemas con la policía. Hasta ahora.

—Aquí llega —susurró Whiteside sacando a Audra de sus pensamientos.

Un poco más allá, una grúa tomó la salida de la carretera de Silver Water y viró hacia ellos. Se detuvo a unos metros de distancia y el conductor procedió a dar la vuelta hasta que la plataforma quedó de cara al coche familiar. Cuando empezó a dar marcha atrás, Audra pudo oír el rítmico pitido de alarma del pesado vehículo. Poco después, un tipo esquelético con un mono azul bajó de un salto de la cabina. Whiteside se apeó del coche patrulla y se encontró con él en la parte trasera de la grúa.

Audra los observó mientras hablaban, luego el conductor tendió un libro de albaranes para que Whiteside firmara, arrancó la primera hoja y se la dio. En ese instante, el hombre la miró con curiosidad. Lo hizo de una forma que hizo que se sintiera como un mono en una jaula del zoológico. Le dio tanta rabia que, si hubiera podido, le habría escupido.

Mientras el conductor ponía manos a la obra enganchando el cable de un cabrestante a la parte delantera de su coche, Whiteside volvió al vehículo policial. No pronunció palabra mientras se sentaba al volante, luego arrancó, saludó con un gesto al conductor de la grúa al pasar y el hombre aprovechó para echarle otro vistazo a Audra. Ella apartó la mirada.

Whiteside tomó la salida de Silver Water a toda velocidad y Audra tuvo que plantar los pies bien separados en el suelo para no perder el equilibrio. La carretera ascendía, tortuosa, colina arriba y no tardaron en dolerle las piernas por el esfuerzo de mantenerse recta. Aquel páramo,

con laderas marrones a ambos lados del camino salpicadas de verdes chumberas y ásperos matorrales, parecía no tener fin.

El sheriff conducía en silencio. Con sus ojos ocultos por las gafas de sol, iba echándole vistazos a través del retrovisor, y cada vez que la miraba ella abría la boca para hablar, para preguntar de nuevo por sus niños, pero él volvía la cabeza antes de que pudiera pronunciar palabra.

«Seguro que están bien», se decía una y otra vez. «Están con la ayudante del sheriff. Me ocurra lo que me ocurra, a ellos no les pasará nada. Todo esto es una terrible equivocación y en cuanto lo soluciones emprenderemos el camino de nuevo.»

A menos que descubrieran que había huido de Protección de Menores… Entonces probablemente los enviarían de vuelta a Nueva York para enfrentarse a las consecuencias. Pero eso era lo peor que podía ocurrir: no tenía por qué ser así. Por lo menos, Sean y Louise estarían a salvo hasta que Mel pudiera acudir a buscarlos.

«Ay, por Dios, Mel…» Audra la había llamado a lo largo del trayecto para decirle que estaban en camino y Mel le dio la callada por respuesta. Audra comprendió entonces que el ofrecimiento de acogerla como invitada en San Diego había sido un gesto de generosidad, pero sin expectativas de que lo aceptara. Pues santas pascuas: si Mel no los quería en su casa, a Audra aún le quedaba dinero suficiente para pasar una semana en un hotel barato. Ya daría con alguna solución.

Describieron una última y larga curva cuando el coche coronó la cima y apareció ante su vista una profunda ensenada, un lecho de terreno tan plano como el fondo de una cacerola. En el centro, una serie de edificios desparramados. Al pie de la ladera del fondo se veían cicatrices en naranja y rojo, formas poco naturales horadadas en la roca, al pie de las montañas. Whiteside inició el descenso tomando aquellas cerradísimas y vertiginosas curvas a gran velocidad y Audra tuvo que apoyarse en la puerta para no caerse de costado. A través de la ventanilla, vio las primeras viviendas allá abajo: casuchas y casas prefabricadas entre árboles esqueléticos y retorcidos. Las parcelas estaban rodeadas por vallas de tela metálica y algunas de aquellas casas tenían antena parabólica en el techo. En varias de ellas había camionetas o todoterrenos aparcados; en otras se veían neumáticos apoyados contra las vallas o piezas de coche amontonadas en el jardín.

El asfalto decolorado por el sol se transformó en tierra compactada cuando la carretera enfiló una larga recta, y el coche empezó a traquetear entre los baches. Al llegar a la altura de las casas prefabricadas que Audra había visto desde la cima, pudo comprobar que aún estaban más deterioradas de lo que parecían desde allá arriba. Varios propietarios habían hecho todo lo posible por alegrar las viviendas con pintura de vivos colores y campanillas que tintineaban al son de la brisa, en particular las que tenían letreros de EN VENTA clavados en el jardín, pero Audra podía captar el desamparo de aquel lugar a través del cristal.

Reconocía la pobreza cuando la veía porque sólo la separaba de ella una generación: sus abuelos maternos no habían vivido en el ardoroso desierto, sino bajo los cielos grises de la Pensilvania rural, pero su moribunda ciudad del acero tenía los mismos contornos miserables. En las ocasiones en que viajaban hasta allí desde Nueva York, ella jugaba en unos columpios oxidados en el jardín mientras su madre visitaba a los abuelos; el abuelo llevaba años sin trabajar y la perspectiva de ambos ancianos para sus últimos años era funesta.

Audra se preguntó por qué aquel lugar se llamaría Silver Water, «Aguas plateadas…». Sin

duda debía de haber un río o un lago por ahí cerca: aquellos pequeños asentamientos en el desierto se habían levantado forzosamente en torno a alguna fuente de agua. Pero ¿qué retenía a aquella gente allí? ¿Quién tomaba la decisión de vivir en un lugar tan duro, donde el sol te arrancaba la piel de la espalda a tiras?

Poco a poco, las casas que flanqueaban la carretera iban formando un pequeño núcleo que difícilmente podría llamarse calle. Entre las viviendas prefabricadas, había unas cuantas más permanentes, construidas en madera, pero con la pintura igualmente deteriorada. Un anciano con pantalones cortos y chaleco que comprobaba el correo en su buzón se volvió para levantar el índice y saludar al sheriff. Whiteside le respondió soltando la mano del volante un instante para hacer el mismo gesto. Mientras pasaban, el viejo entornó los ojos para observar a Audra.

Dejaron atrás un viejo taller de reparación de coches cerrado hacía tiempo y con el letrero descolorido; ahora las casas se alineaban a ambos lados, unas más cuidadas que otras, y el firme se había vuelto más liso y ancho. Estaban entrando en el pueblo, y la carretera se había convertido en una calle con aceras. Audra vio una iglesia de un blanco tan reluciente que le dolieron los ojos al mirarla. Desvió la mirada y, a través del parabrisas, distinguió edificios de una o dos plantas a lo largo de setecientos u ochocientos metros y comprendió que la calle mayor estaría al otro lado del puente de madera al que se estaban acercando.

Miró por encima de la barandilla mientras lo cruzaban, esperando que por debajo pasara un río, pero lo que vio fue un lecho seco y pedregoso con un lodoso riachuelo fluyendo a duras penas en el centro. Las aguas que daban su nombre al pueblo, plateadas o no, se habían desvanecido hasta quedar en casi nada, moribundas como el pueblo que tiempo atrás se había levantado a su alrededor. A pesar de su situación, y de lo nerviosa que estaba, Audra no pudo evitar sentir una pizca de tristeza por aquel lugar y sus gentes.

Ya en la calle mayor, pasaron ante ella oscuros escaparates de viejos comercios ahora cerrados. En muchos de ellos se veían letreros agrietados y descoloridos. Sólo quedaba una tienda de comestibles, otra de beneficencia y una cafetería. De ahí partían varias calles laterales y, por lo que pudo adivinar al pasar, estaban igual de desoladas. Finalmente, cuando llegaron al otro extremo, Whiteside entró en un aparcamiento junto a un edificio de un solo piso con las palabras DEPARTAMENTO DEL SHERIFF DEL CONDADO DE ELDER en letras oscuras sobre un letrero blanco. Había espacio para diez o doce vehículos, pero sólo estaba el de Whiteside.

¿Y el coche de la agente Collins?

Whiteside apagó el motor y permaneció unos instantes en silencio sin quitar las manos del volante. Entonces le dijo a Audra que esperara y bajó del coche. Fue hasta una rampa de hormigón con poca pendiente, flanqueada por una barandilla que llevaba hasta una puerta metálica en el lateral del edificio, escogió una llave del manojo que le colgaba del cinturón, abrió y luego volvió al coche. Sus dedos aferraron con fuerza el brazo de Audra cuando la ayudó a salir y la llevó hasta el edificio: unos segundos de calor abrasador antes del frescor relativo de la oficina.

Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la penumbra del interior, con sólo unos débiles y parpadeantes fluorescentes en el techo. Era una oficina de planta abierta con cuatro escritorios, uno de ellos con un terminal de ordenador que parecía tener al menos una década de antigüedad; el resto sin duda llevaba años sin utilizarse. Una barandilla de madera con la cancela cerrada con pestillo separaba la zona de escritorios del espacio delantero. Todo en aquella

comisaría tenía un aire de abandono; olía a humedad, pese al calor de la calle.

Whiteside apartó una silla con el pie y obligó a Audra a caminar de espaldas hacia ella hasta que no le quedó otra opción que sentarse. Luego rodeó el escritorio y encendió el ordenador, que soltó chasquidos y ronroneos al iniciarse, como un motor al que no le gustaran las mañanas frías.

—¿Adónde se ha llevado a mis hijos la agente Collins? —quiso saber Audra.

Whiteside apretó unas cuantas teclas para entrar en el sistema.

—Hablaremos de eso dentro de un momento.

—Sheriff, no quisiera ponerme difícil, de veras que no, pero necesito saber que mis hijos están a salvo.

—Como acabo de decirle, señora, hablaremos de eso dentro de un momento. Ahora pongámonos con esto. Cuanto antes lo dejemos solucionado, antes podré dejarla marchar. A ver, nombre y apellidos.

Audra colaboró sin rechistar en el proceso de facilitar detalles como su nombre, su fecha de nacimiento, su lugar de residencia… incluso cuando el sheriff le quitó las esposas y la hizo presionar un tampón con las yemas de los dedos para tomarle las huellas.

—Aquí hacemos las cosas a la antigua —comentó en un tono un poco más amable—, nada de esas chorradas digitales: no tenemos fondos para modernizarnos. Antes contaba con media docena de agentes y un ayudante para echarme una mano con estas cosas… De hecho, contaba con una comisaría como es debido. Ahora sólo quedamos la agente Collins y yo para mantener el orden en el pueblo, y Sally Grames, que hace tareas administrativas tres veces por semana. Aunque no es que tengamos mucho jaleo por aquí: es posible que usted sea la primera persona en un año que entra en esta comisaría por otro motivo que no sea estar borracha y armar follón.

Whiteside le tendió un dispensador de toallitas húmedas y Audra cogió una de encima, y luego otra, para limpiarse la tinta negra de los dedos.

—Bueno —dijo el sheriff—, no hace falta que hagamos las cosas más difíciles, ¿no? Supongo que si no vuelvo a ponerle las esposas se comportará como es debido, ¿lo hará?

Audra asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora tengo que hacer algunas comprobaciones para asegurarme de que no tenga antecedentes, pero dudo que los tenga. Como le he dicho, la cantidad de marihuana que llevaba en…

—No es mía —interrumpió Audra.

—Eso dice usted, pero hay gente a quien le parecería que es más cantidad de la que se destinaría a consumo propio. Sea como sea, si colabora y se muestra civilizada, podemos ser flexibles con eso. Tal vez podríamos considerarlo tenencia y olvidarnos de la posible intención de traficar, así que, si no intervienen otros factores, diría que la juez Miller le pondrá una pequeña multa y la regañará un poco. En realidad, nuestra juez suele celebrar los juicios las mañanas de los miércoles, pero voy a llamarla, a ver si puede venir para una sesión especial de comparecencia. De este modo, usted sólo tendrá que pasar aquí una noche.

Audra se disponía a protestar, pero el sheriff levantó una mano para silenciarla.

—Déjeme acabar. Pase lo que pase, voy a tener que meterla en una celda hasta mañana. Si está dispuesta a colaborar, en cuanto la tenga instalada haré esa llamada a la juez Miller. Pero si no, si me causa problemas, estaré encantado de esperar un par de días más. ¿Qué le parece? ¿Cree que podrá portarse bien?

—Sí, señor —contestó Audra.

—Perfecto —concluyó él levantándose.

Se dirigió hasta una puerta al fondo de la oficina, en la que se leía DETENCIONES, y empezó a buscar una llave en su llavero. Al ponerla en la cerradura, se detuvo y se volvió:

—¿Viene o qué?

Audra se levantó y lo siguió. Whiteside abrió la puerta y tanteó en busca del interruptor para, acto seguido, encender otra hilera de fluorescentes. Sosteniendo la puerta abierta, se hizo a un lado para dejarla pasar. Dentro había una pequeña mesa con la superficie desportillada y manchada y, sobre ella, un tazón de café con varios bolígrafos dentro. Más allá, se alineaban tres celdas: tres cuadrados con barrotes y suelo de cemento, cada uno con dos catres y retretes y lavabos con muros bajos de ladrillo a modo de mamparas.

Audra se detuvo, sintiendo cómo el miedo que burbujeaba en su interior crecía como la espuma. Sus hombros subían y bajaban ligeramente al ritmo de su respiración entrecortada. Incluso se mareó.

Whiteside entró rodeándola, se dirigió a la primera celda de la izquierda y abrió la puerta corredera con una llave. Cuando la deslizó, se oyó un chirrido de metal contra metal. Se volvió para mirarla; su rostro de mejillas caídas mostraba preocupación.

—La verdad es que no está tan mal. Es fresca, los catres no son demasiado incómodos y tendrá privacidad cuando la necesite. Una noche, eso es todo. Sólo falta que se quite los zapatos y el cinturón y los deje sobre esa mesa de ahí.

Audra miró sin ver el interior de la celda. Un escalofrío le recorrió la espalda y sintió como si tuviera los pies pegados al suelo de cemento.

Whiteside le tendió una mano.

—Vamos, cuanto más rápido entre y se instale, más deprisa podremos dejar solucionado todo esto.

Ella se desabrochó el cinturón y lo deslizó por las presillas de los vaqueros; luego se quitó las zapatillas deportivas ayudándose sólo con los pies y lo dejó todo sobre el escritorio. Sus calcetines susurraron sobre el suelo de linóleo cuando entró en la celda. Volvió a oír el chirrido de la puerta y se dio la vuelta para ver cómo se deslizaba y se cerraba ante ella. Whiteside hizo girar la llave en la cerradura.

Audra se acercó a los barrotes y se agarró a ellos. Miró a Whiteside a los ojos. Estaba a sólo unos centímetros al otro lado.

—Por favor —dijo sin poder evitar que le temblara la voz—. He hecho todo lo que me ha dicho. He cooperado. Por favor, dígame dónde están mis niños.

Whiteside le sostuvo la mirada.

—¿Qué niños? —preguntó.

6

Sean observó a través de la ventanilla la columna de polvo que se alzaba tras ellos cuando la agente Collins salió de la carretera para tomar un camino de tierra sin señalizar. Sin pensarlo, alargó la mano para asir la de Louise y notó sus deditos calientes y sudorosos. Se le revolvió el estómago cuando el coche empezó a dar bandazos en aquel tortuoso ascenso entre las montañas.

Aquel trayecto parecía durar siglos. Sean había estado atento a los letreros indicadores y parecía que el pueblo al que se habían dirigido con su madre no quedaba a más de dos o tres kilómetros de donde se habían parado, pero ahora llevaban muchos más en el coche, estaba seguro de ello.

La preocupación no lo había abandonado desde que habían subido al coche patrulla, aunque se las había apañado para dejar de llorar. «A un sitio seguro», había respondido la ayudante del sheriff cuando él le preguntó adónde iban. Lo preguntó tantas veces que ella le dijo que cerrara de una maldita vez el pico y se quedara tranquilo ahí atrás. Louise no había pronunciado palabra, se limitaba a abrazar a *Gogo* y a mirar por la ventanilla como si fueran de excursión.

El camino de tierra se había vuelto tan estrecho y desdibujado que Sean ya no sabía decir si era siquiera un camino. El coche traqueteaba y daba bandazos haciendo que su hermana y él dieran brincos en el asiento. Finalmente, el terreno se volvió más plano y se acercaron a una casucha en ruinas con el tejado hundido y los restos de las paredes ennegrecidos y calcinados por un antiguo incendio. Junto a ella había lo que a Sean le pareció una especie de garaje abierto: un simple armazón de madera con techo de chapa. A su sombra había una furgoneta aparcada.

Se quedaron prácticamente a oscuras cuando la agente Collins aparcó el coche patrulla junto al otro vehículo. Se apeó y fue hasta la puerta del lado de Louise. Cuando la abrió, entró una bocanada de calor.

—Vamos —dijo inclinándose mientras le desabrochaba el cinturón a la niña.

Antes de que Sean pudiera impedirlo, su hermana le soltó la mano y dejó que Collins la sacara del coche. A continuación la agente volvió a asomar la cabeza en el interior del vehículo.

—Tú también.

—No quiero —contestó Sean.

Collins asió con más fuerza la mano de Louise.

—Tengo a tu hermana —dijo.

Sean notó cómo el sudor en su espalda se volvía frío. Tendió la mano para soltar el cinturón y dejó que la cinta se deslizara. Titubeó un instante, pero finalmente cruzó el asiento trasero para bajar del coche.

—Toma —le dijo Collins poniendo la mano de Louise en la suya—. Quedaos aquí.

Cerró la puerta del coche patrulla y se dirigió hasta la parte trasera de la furgoneta mientras hurgaba en el bolsillo de sus pantalones en busca de la llave. El otro vehículo tenía la pintura color crema moteada de herrumbre y estaba casi en tan malas condiciones como la casa. Las puertas traseras crujieron cuando Collins las abrió. Retrocedió un paso y les mostró la oscura boca de lobo.

—Entrad —ordenó.

Louise dio un paso adelante, pero Sean la retuvo.

—No.

Collins señaló hacia la oscuridad.

—Venga, vamos.

Sean negó con la cabeza.

—No.

—No me crees problemas —insistió ella con expresión severa.

—No pensamos entrar ahí —terció Sean.

Collins dio un paso hacia ellos, se puso en cuclillas y se acercó un poco más, mirando a Louise.

—Querida, tu hermano está siendo tonto. Tenéis que meteros ahí para libraros de este calor. Si no lo hacéis, vuestra madre se encontrará en un lío todavía más gordo. Es posible que incluso tenga que pasarse un montón de tiempo en la cárcel.

—Eso es mentira —soltó Sean.

—Louise, cariño, no querrás que tu mamá se meta en un lío más gordo, ¿a que no? Tú no quieres que vaya a la cárcel, ¿verdad?

Louise negó con la cabeza.

—Vale, pues entonces…

Cuando Collins tendió una mano hacia la niña, Sean alargó la mano y empujó a la agente. No muy fuerte, pero lo suficiente para que perdiera el equilibrio. Collins abrió mucho los ojos, sorprendida, e hizo aspavientos con los brazos tratando de impedir lo que sin duda estaba a punto de ocurrir.

Sean no esperó a verla caer boca arriba. Se volvió y echó a correr arrastrando a Louise detrás de él. La niña chillaba y daba traspiés, y a punto estuvo de caerse, pero el impulso de su hermano la hizo seguir adelante. Sean seguía las huellas de los neumáticos pensando: «Ve hasta la carretera, para un coche. Pase lo que pase, corre… Corre tan deprisa como puedas.»

—¡*Gogo*!

Sean se permitió mirar por encima del hombro y vio el maltrecho conejo rosa rebotando en la tierra del camino. Más allá, Collins se ponía en pie con los ojos llenos de furia.

—¡Ya volveremos a buscarlo! —gritó dando un tirón a la mano de Louise—. Volveremos, te lo prometo.

Siguió adelante corriendo cada vez más rápido y con su hermana bamboleándose tras él. De algún lugar tras ellos llegaban los gritos y maldiciones de Collins, que los increpaba y les exigía que se detuvieran. Cuando emprendieron el descenso por la ladera, Sean, que llevaba unas deportivas, empezó a resbalar, y en las partes más empinadas se veía obligado a bajar de culo para no caer hacia adelante; Louise, sin embargo, conseguía seguirlo y mantenerse en pie.

—¡Alto! —retumbó la voz de Collins en las escarpadas cumbres que los rodeaban—. ¡Deteneos, por el amor de Dios!

Sean la ignoró intentando dar con la carretera que se hallaba en algún lugar entre las colinas y aquel sendero. «Sigue corriendo, nada más.»

Ante él tenía ahora una pequeña elevación, quizá un sitio en el que refugiarse. Sean agachó la cabeza, afianzó los pies en el terreno y aupó a su hermana. Sintió un tirón en el hombro cuando los pies de Louise se levantaron del suelo.

Justo en ese momento oyó el restallido de un disparo que lo ensordeció y, más por instinto que de forma consciente, se arrojó al suelo llevándose consigo a Louise. La niña soltó un grito y rodó lejos de él. Sean miró atrás y vio a Collins en lo alto de la ladera con la pistola señalando al cielo y un rastro de humo que se llevaba la brisa. La agente aferró el arma con ambas manos y apuntó hacia ellos. Sólo entonces, haciendo crujir la tierra bajo sus pies con sus pesadas botas, empezó a bajar la cuesta dirigiéndose hacia él.

Sean se incorporó con la tierra quemándole las palmas de las manos, consiguió ponerse de rodillas y, al volverse, se encontró con la pistola de Collins apuntando a su cabeza desde sólo unos palmos de distancia.

—No te muevas —dijo la agente.

Se quedó inmóvil y vio cómo ella alargaba la mano para agarrar a Louise por la camiseta y ponerla en pie de un tirón. Luego apuntó con la pistola a la cabeza de la niña. Louise se quedó mirándolo con los ojos y la boca muy abiertos. Se había desgarrado los pantalones y tenía rasguños y sangre en las rodillas.

—¿Quieres que la mate? —le preguntó Collins con lágrimas de rabia empañándole los ojos —. ¿Es eso lo que quieres?

Sean levantó las manos en un gesto de rendición y negó con la cabeza.

Collins soltó a Louise y bajó la pistola. Su pecho se agitaba con cada respiración. Se limpió el sudor de la cara con el dorso de la mano libre dejándose un rastro de polvo y suciedad en la piel.

—Muy bien —dijo con voz temblorosa—, ahora volveremos arriba.

Cuando Sean ayudó a su hermana a levantarse, se dio cuenta de que él también se había lastimado los codos y las rodillas. Sus vaqueros estaban rotos, igual que los de Louise. Collins señaló ladera arriba y Sean cogió de la mano a su hermana y empezó a subir otra vez hacia la casa. La agente iba tras ellos, caminando con dificultad. Por el camino, Sean se agachó para recuperar a *Gogo* y se lo tendió a Louise. La niña cogió al conejo rosa y lo abrazó con fuerza mientras hacía pucheros y se sorbía la nariz.

Ambos guardaron silencio cuando Sean levantó a su hermana para meterla en la furgoneta. Luego la siguió con cuidado, evitando las astillas del suelo de madera. Una vez dentro, estrechó a Louise en sus brazos. La niña se hizo un ovillo en su regazo y Sean empezó a acunarla como hacía su madre con él siempre que estaba asustado. Cuando se volvió para mirar a la agente Collins, vio el miedo en su rostro.

La ayudante del sheriff apuntó hacia ellos con su teléfono móvil y Sean oyó un ronroneo sintético y un clic cuando les hizo una fotografía.

Luego cerró las puertas con estrépito y una oscuridad aterradora los engulló.

7

Audra daba vueltas en la celda. Iba de una punta a otra, llegaba hasta los barrotes y vuelta a empezar, una y otra vez. Había pasado una hora, quizá más, y tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. Había estado chillando y desgañitándose hasta que sus pulmones no pudieron más, hasta que sus ojos se empañaron y empezó a llorar.

Ya no le quedaban lágrimas, pero el miedo y la rabia aún se peleaban en su cabeza, cada uno amenazando con imponerse, con hacer pedazos la poca cordura que conservaba. Cada vez le costaba más controlarse y el agotamiento amenazaba con hacerla claudicar. Le apetecía tanto hacerse un ovillo en uno de esos catres y olvidarse de todo… pero de algún modo seguía allí, en pie, dando vueltas a la celda sin parar.

Cuando Whiteside pronunció aquellas dos palabras, por un segundo Audra se quedó inmóvil y en silencio, mirándolo fijamente. Hasta que fue capaz de preguntar: «¿Qué quiere decir?»

Whiteside no respondió, se limitó a darle la espalda, a caminar hasta la puerta de los calabozos y a salir cerrándola tras él. Los gritos de Audra habían reverberado en las paredes hasta que ya no pudo gritar más, ahora se limitaba a poner un pie delante del otro: era lo único que le permitían sus fuerzas. Tenía la sensación de que, si dejaba de hacerlo, se volvería loca ahí dentro, de modo que seguía dando vueltas, una y otra vez.

El tintineo de unas llaves la hizo detenerse en seco. Estaba de espaldas a la puerta y oyó cómo se abría. Oyó los pesados pasos del sheriff en el suelo de cemento y luego la puerta que volvía a cerrarse.

—¿Ha acabado ya de chillar? —quiso saber Whiteside.

Audra se volvió y se acercó a los barrotes.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué he querido decir con qué? —repuso él sin mostrar ninguna emoción, como si todo aquello lo aburriera.

—Con lo que ha dicho sobre mis hijos. ¿Dónde están?

El sheriff apoyó los codos en los barrotes y le devolvió la mirada.

—Usted y yo vamos a tener que hablar…

Audra golpeó los barrotes con fuerza y un dolor ardiente recorrió todos los huesos de su mano.

—¿Dónde están mis niños?

—A ver, primero tiene que calmarse.

—¡Que le den por culo! ¿Dónde están mis niños?

—Si se tranquiliza, podremos hablar de eso.

Ella trató de gritar, pero se le quebró la voz.

—¡¿Dónde están mis niños…?!

Whiteside se apartó de los barrotes.

—Muy bien, como quiera. Podemos hablar de eso en otro momento.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

Audra se aferró a los barrotes y suplicó:

—¡No, por favor, vuelva!

Él miró por encima del hombro.

—¿Está dispuesta a calmarse?

—Sí —contestó ella asintiendo con energía—. Estoy tranquila.

—De acuerdo. —Whiteside se sacó las llaves del cinturón mientras volvía a la celda y señaló el catre del fondo—. Siéntese ahí, haga el favor.

Audra titubeó y el sheriff añadió:

—Vamos, vaya a sentarse o volveré a irme.

Ella hizo lo que le decía y se sentó en el catre. Cuando metió la llave en la cerradura, Whiteside le dijo que se sentara sobre las manos y Audra obedeció. Él deslizó la puerta sobre la guía, entró y volvió a cerrarla. Apoyó la espalda en los barrotes y guardó las llaves.

—¿Está tranquila? —quiso saber.

—Sí, señor.

—Bien. Pues ahora trataré de contarle lo ocurrido lo mejor que pueda. Quiero que se quede donde está y que se lo tome con calma. ¿Le parece que podrá hacer eso?

—Sí, señor.

—Muy bien. Voy a decirle algo sobre sus hijos, algo que no va a gustarle. Aun así, quiero que permanezca tranquila. ¿Procurará seguir tranquila, lo intentará de verdad?

—Sí, señor —contestó Audra, con un hilo de voz que apenas oyó ella misma.

Whiteside se examinó las uñas frunciendo el ceño, dejó pasar unos segundos, inspiró profundamente y la miró a los ojos.

—Pues verá, que yo recuerde, usted no iba con ningún niño…

Audra negó con la cabeza.

—Pero ¿qué dice? Sean y Louise estaban en el coche cuando me ha hecho parar. Y su ayudante, como quiera que se llame, ha venido a llevárselos.

—Yo no lo recuerdo así —repuso Whiteside—, lo que yo recuerdo es que le he dado el alto y usted iba sola. He llamado por radio a la agente Collins para que me ayudara a cachearla y luego le he pedido que localizara a Emmet para que viniera con la grúa a llevarse su coche. Hemos esperado su llegada y entonces la he traído hasta aquí para tomarle los datos. Nada de niños.

—¿Por qué dice eso? Sabe que no es verdad. Estaban ahí. Usted los ha visto, ha hablado con ellos. Por el amor de Dios, haga el favor de decirme…

Whiteside se impulsó para alejarse de los barrotes y puso los brazos en jarras.

—Pues verá, lo que está diciendo plantea un serio problema.

—Por favor, sólo…

—¡Cállese! —El sheriff levantó una mano—. Estoy hablando yo. Me está diciendo que

llevaba a dos niños en ese coche cuando salió de Nueva York. Ahora está aquí, en Silver Water, y no hay rastro de ningún niño. Suponiendo que en efecto emprendiera el viaje con ellos, debo preguntarle: ¿dónde están?

—Su ayudante… Ella los…

—Señora Kinney, ¿qué ha hecho con sus hijos?

Audra oyó un estruendo lejano, como el de una estampida, un huracán o el bramido de un millar de animales. El frío atenazó el centro mismo de su alma, como si hubiera caído en un lago helado. Se quedó mirando al sheriff, con el sonido del palpitar de su corazón creciendo dentro de ella hasta ahogar todo lo demás, incluso aquel clamor salvaje y distante.

Whiteside dijo algo. Ella no supo qué, no llegó siquiera a oírlo.

Y entonces la distancia entre ambos se esfumó y Audra arremetió contra él para aporrearle la cara con los puños y hacerlo caer. Se montó a horcajadas en su pecho y le arañó la piel; luego volvió a apretar los puños y los dejó caer una y otra vez mientras el sheriff volvía la cara primero a un lado y luego al otro, con los golpes rebotando en sus mejillas.

Audra no supo decir cuánto tiempo pasó montada encima de él, golpeándolo sin parar, pero no se detuvo hasta que sintió la carnosa mano del sheriff en el centro de su pecho, entre sus senos, y fue consciente de que en realidad no podía hacerle daño a aquel hombre. Era demasiado corpulento, demasiado fuerte para ella. Entonces el sheriff le dio un empujón que la hizo salir despedida hacia atrás y flotó ingrávida por un instante para luego caer al suelo hiriéndose en los codos y dándose un golpetazo en la nuca contra el suelo de cemento.

Noqueada, Audra vio a través de los puntitos negros que oscilaban en sus ojos a Whiteside alzarse sobre ella y luego agacharse con una porra telescópica en una de sus manazas. Ella levantó los brazos y las rodillas de manera instintiva y él la golpeó con fuerza en las piernas. El dolor la atravesó, lacerante y brutal; habría gritado de haber tenido voz para hacerlo. Entonces aquellas manos enormes la cogieron con fuerza por los hombros y la pusieron boca abajo como si fuera insignificante y Whiteside le hincó una rodilla en los riñones.

Ella trató de tomar aliento para suplicar, para pedir clemencia, pero apenas pudo soltar un jadeo. Whiteside le agarró la muñeca izquierda, tiró del brazo hacia atrás, casi descoyuntándoselo, y luego hacia arriba; Audra tuvo la certeza de que iba a arrancárselo de cuajo hasta que notó el aro metálico en la muñeca. Sin dejar de sujetarle la mano izquierda, el sheriff le agarró entonces la muñeca derecha e hizo lo mismo; el dolor fue tan intenso que estuvo a punto de desmayarse.

Cuando tuvo las muñecas esposadas, Whiteside siguió agarrando las esposas y se inclinó hasta que ella notó su aliento en la oreja.

—Tus hijos ya no están —dijo en un susurro—. Si eres capaz de aceptarlo, es posible que sobrevivas a esto; y si no puedes, pues…

Audra notó entonces que el peso del sheriff se apartaba; oyó el tintineo de las llaves y cómo se abría y cerraba la puerta de la celda.

Y sola, en el suelo, se echó a llorar.

8

Danny Lee subió los tres tramos de escaleras de dos en dos. Una vez arriba, se detuvo para dejar que su pulso volviera a la normalidad. Luego echó a andar pasillo abajo, contando las puertas bajo la luz mortecina, hasta llegar a la 406: el número que le habían dado los padres del niño.

Un buen chico, según la señora Wu, pero últimamente había cambiado: «Dejó de contarnos cosas, se volvió muy arisco y apenas hablaba con nadie. Ya no nos respetaba.»

Danny conocía la historia: la había oído ya muchas veces.

La puerta vibraba al ritmo de las notas graves de la música *hip-hop* que retumbaba en el interior. «Deben de volver locos a los vecinos», se dijo. Aunque era muy improbable que los vecinos llegaran a quejarse.

Aporreó la puerta con el puño y esperó. No hubo respuesta. Volvió a aporrearla. Siguió sin haber respuesta. Dio unos golpes más con el puño y añadió un par de patadas para dejar claras sus intenciones.

La puerta se abrió unos centímetros y apareció la cara de un joven al que Danny reconoció vagamente: uno de los hijos de Harry Chin.

—¿Qué coño haces? —gritó el joven—. Llama una sola vez más si quieres quedarte sin mano, hijo de la gran…

La suela del zapato de Danny se estampó contra la puerta y lanzó al hijo de los Chin hacia atrás. No cayó al suelo por los pelos y soltó una maldición mientras se apoyaba con una mano en la pared.

Danny entró y recorrió la habitación con la mirada. Media docena de jóvenes, el chico Chin incluido, clavaron sus ojos en él. Cinco estaban sentados en un sofá y en un par de butacas alrededor de una mesita de café llena de marihuana suelta y porros ya liados. También vio una pequeña bolsa de lo que parecía cocaína, varias rayas en la superficie de vidrio y otra bolsa con metanfetamina, aunque no parecía que la hubieran compartido todavía.

El joven Chin lo miraba con los ojos desorbitados; el brillo del sudor en su frente y las fosas nasales enrojecidas revelaban que se había metido como mínimo un par de rayas de coca. Pero Danny no buscaba a aquel chico: su única preocupación era Johnny Wu, el más joven, que estaba sentado en el centro del sofá. Tenía una sombra de vello sobre el labio superior y granos en la nariz y la frente. Apenas un crío, en realidad.

—Johnny, te vienes conmigo —dijo.

El chico no contestó.

Danny oyó un chasquido detrás de su oreja izquierda. Volvió la cabeza y vio al chico de los

Chin y el 38 que blandía en la mano amartillado y a punto.

—Saca tu puto culo de aquí —amenazó el joven— antes de que te vuele la cabeza.

Danny no dijo nada.

—Eh, tío —dijo otro de los chavales—, que ése es Danny Dou Yei.

Chin se volvió hacia su amigo.

—¿Danny qué?

«Sólo es un críо», se recordó Danny, «nada más». Fue muy fácil: no tuvo más que levantar una mano, atrapar su muñeca y retorcérsela con fuerza. La pistola fue a parar al suelo con un golpe sordo y el chico cayó de rodillas. Soltó un chillido y Danny le retorció aún más el brazo. Sintió cómo crujían los tendones bajo la carne.

Danny se volvió hacia el chaval del sofá.

—No me llames así.

El joven en cuestión bajó la mirada y murmuró:

—Perdona, Lee-*suk*.

Los demás asintieron e hicieron una leve reverencia tratando de mostrarle el respeto que merecía. Danny volvió a centrar la atención en el joven Chin.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que no deba partirte el maldito brazo?

El chico soltó un gemido. Danny le retorció un poco más la muñeca.

—Te he hecho una pregunta.

El joven abrió y cerró la boca.

—Perdón… Lee-*suk*.

Danny lo soltó y el chico se desplomó en el suelo llevándose la muñeca al pecho.

Johnny Wu se limpiaba las uñas sin levantar la mirada.

—Vamos —insistió Danny—, tus padres te esperan.

Johnny encendió un porro y le dio una buena calada.

—Que te jodan —soltó.

Los demás chicos se estremecieron. Uno de ellos cogió a Johnny del brazo y dijo:

—Ve con él y ya está, tío. Haz lo que dice Lee-*suk*.

—Que os jodan a todos, yo no voy a ninguna parte. Ya podéis bajar la cabeza y considerarlo vuestro amiguito; adelante, sed todo lo nenas que queráis, a mí no me da miedo.

—Escucha a tus amigos —dijo Danny—, vámonos.

Johnny dio otra calada, lanzó una larga bocanada de humo al aire y miró a Danny a los ojos.

—Que te jodan.

Danny se inclinó, agarró una pata de la mesita de café y la lanzó hacia un lado desparramando hierba y polvo blanco por toda la habitación. La mesa se estampó contra la pared y el cristal se hizo añicos. Los otros chicos se apartaron cuando Danny dio un paso adelante y le arrancó el porro de la boca a Johnny de un bofetón. Luego le rodeó el cuello con ambas manos y lo levantó del sofá. El chico soltó un grito ahogado cuando lo arrastró por la habitación y lo arrojó contra la pared. Le estampó otro bofetón que le cruzó la cara y los ojos del chico se llenaron de lágrimas.

—Así que ahora eres un tío duro, ¿no es eso?

Su mano se abrió paso de nuevo hasta el rostro de Johnny, a pesar de que el chico intentaba

protegerse, y le dio otro bofetón.

—¿Eres un pandillero?

Bofetón.

—¿Estás dispuesto a medirte conmigo?

Bofetón.

—Pues adelante.

Bofetón.

—Vamos, inténtalo si eres tan hombre, chaval.

Johnny se deslizó pared abajo protegiéndose la cabeza con las manos.

—¡Basta, basta! ¡Lo siento! ¡Basta!

Danny alargó las manos y lo levantó por el cuello de la camisa.

—Sal de aquí de una puñetera vez.

Cuando Johnny ya salía dando traspiés por la puerta, Danny Lee le dio una patada en el culo y a punto estuvo de hacerlo caer. Miró con severidad a los demás chicos. Ninguno de ellos le devolvió la mirada (de pronto tenían más interés en sus zapatos o sus uñas), y Danny salió siguiendo a Johnny y cerró la puerta tras él. El chico lo miró ahora convertido en un crío que esperaba instrucciones.

Danny señaló hacia la escalera.

—Vamos.

En Jackson Street, el viento que soplaba directamente de la bahía de San Francisco volvía el aire húmedo y frío. Danny se ciñó la chaqueta, empujó a Johnny por la espalda y le dijo que siguiera andando. El chico no llevaba más que una camiseta de manga corta del equipo de los 49ers y la carne se le puso de gallina.

Dejaron atrás el luminoso escaparate de un salón de belleza, de cuyo interior brotaba el sonido de mujeres charlando, y un mercado de marisco con su intenso olor a pescado y sal. En aquella calle todo estaba relativamente tranquilo, sobre todo comparado con el barullo y el resplandor de Grant Avenue, donde las aceras estaban perpetuamente atiborradas de turistas que visitaban Chinatown. Mejor que mejor, así las probabilidades de que el chico echara a correr y se perdiera entre la multitud eran menores.

Johnny miró atrás por encima del hombro.

—Eh, ¿por qué te llaman Danny Dou Yei?

—Cierra el pico y sigue andando.

El joven volvió a mirar atrás.

—Dou Yei: «el Cuchillo»; uno no se gana un nombre así por las buenas.

—Tu madre me dijo que eras un chico listo —repuso Danny—, demuestra que tiene razón y cierra el pico.

—Venga, tío, dime sólo…

Danny atrapó al muchacho por el hombro, lo obligó a darse la vuelta y lo arrojó contra la persiana cerrada de un negocio de restauración al por mayor. El metal se cimbró y retumbó bajo su peso cuando Danny agarró al chico del cuello y apretó su tráquea con fuerza.

Al verlos, dos jóvenes parejas de turistas que pasaban por allí decidieron que aquello no era asunto suyo y se escabulleron a toda prisa.

Danny acercó su rostro al del muchacho hasta que los ojos de ambos quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Vuelve a preguntármelo sólo una vez más y te enseñaré por qué me llaman así.

Johnny parpadeó y Danny aflojó la presión en su garganta.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Ya no te interesa saberlo?

—No, Li-*suk* —contestó el chico con voz ronca.

—Bien —dijo soltándolo y dándole otra patada en el culo—, pues ahora muévete.

Una caminata de media hora, con Johnny de morros y arrastrando los pies y Danny dándole empujoncitos, los llevó hasta la casa de los Wu en Richmond. Abrió la puerta la señora Wu, que soltó un grito ahogado y llamó de inmediato a su marido hablando en cantonés.

—¡Es Li-*gor*! Ha traído a Johnny a casa!

El señor Wu acudió a la puerta, se inclinó respetuosamente ante Danny y fulminó a su hijo con la mirada. El chico no dijo nada cuando pasó ante su padre para entrar en el pequeño vestíbulo, donde lo esperaba su madre. Ella trató de abrazarlo, pero Johnny se escabulló y desapareció en el interior de la casa.

—Gracias, Li-*gor* —dijo la señora Wu asintiendo con los ojos húmedos—. Muchísimas gracias.

La mujer le dio un codazo en el costado al señor Wu, que enseguida reaccionó y sacó la cartera. Dos billetes de cien dólares. Asió la muñeca de Danny con la mano izquierda, volvió a asentir y le puso el dinero en la palma con la derecha. El orgullo de Danny bien podría haberle dictado que devolviera esos doscientos dólares, pero su lado racional le recordó que aún debía el alquiler. Deslizó el dinero en el bolsillo y dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—Ténganlo vigilado —dijo—. Es probable que durante un tiempo esté demasiado avergonzado para volver a ese piso, pero nunca se sabe. No sean demasiado duros con él, no le den motivos para volver a marcharse.

—No lo haremos —contestó la señora Wu, que se volvió hacia su marido y le clavó una mirada severa—. ¿Verdad que no?

El señor Wu bajó la vista al suelo.

—No queremos líos —dijo—. ¿La Tríada va a…?

No acabó la frase, no hacía falta.

—Veré qué puedo hacer —respondió Danny.

Menos de una hora más tarde, encontró a Panza de Cerdo sentado en un taburete en un rincón del bar Golden Sun, un tugurio de copas ubicado en un segundo piso en un callejón que daba a Stockton Street, la clase de callejón que los turistas se apresuraban a evitar procurando no fijarse en los tipos que merodeaban por allí.

A Panza de Cerdo (Kow Yook, en su idioma) casi le colgaba la barriga entre los muslos, y la camisa se le abría entre botón y botón revelando la camiseta blanca que llevaba debajo. El sudor le perlaba constantemente la frente y solía llevar un pañuelo para secársela. Corría el rumor de que había sido su abuela quien, impresionada por su apetito y su volumen, le había puesto aquel apodo de Panza de Cerdo cuando aún era pequeño, y así lo conocían todos. Tenía un vaso de ron en la mano, que alternaba con sorbos de cerveza mientras veía un partido de baloncesto universitario en el televisor que estaba instalado en un rincón del bar. Danny sabía que el ron era puro paripé, que lo haría durar toda la velada y se contentaría con un ligero colocón de cerveza.

Antes las cosas eran muy distintas: hubo un tiempo en el que Freddie *Panza de Cerdo* Chang se habría metido entre pecho y espalda una botella entera de ron sin apenas notarlo. Ahora ya no, no desde hacía tres años, cuando había atropellado con el coche a un joven sin techo entre los almacenes y descampados en el extremo de Hunter's Point. Se había quedado sentado en el coche durante media hora, todavía muy ebrio, antes de llamar a Danny, y Danny lo había ayudado a ocuparse del asunto, pese a que todo aquello lo asqueaba hasta la médula, porque Panza de Cerdo era un hermano de la Tríada y uno no le dice que no a un hermano.

La única condición que había puesto era que Freddie dejara de beber, y el gordo lo había conseguido (más o menos) con la ayuda de Danny. Desde entonces, por lo que él sabía, Panza de Cerdo había permanecido prácticamente sobrio, de modo que Danny podía vivir con aquello que había ayudado a ocultar a su viejo amigo y de vez en cuando podía pedirle un favor.

Como ahora.

—Eh, Danny Dou Yei —saludó Panza de Cerdo cuando se le acercaba por la barra vacía—. ¿Qué vas a tomar?

—Café descafeinado —contestó Danny.

Él también llevaba años sin probar el alcohol, ni siquiera cerveza, y ya era tarde para más cafeína: dormir ya le costaba bastante sin ella. Ocupó el taburete junto a Panza de Cerdo y asintió con la cabeza, en un gesto de agradecimiento, cuando el camarero le dejó delante una taza y le sirvió de una cafetera de cristal.

—¿Qué tal andas? —quiso saber Panza de Cerdo.

—Bien, ¿y tú?

—No tan bien —contestó Freddie encogiéndose de hombros—. Mis rodillas… a ratos me duelen un huevo. Es la maldita artritis, según los médicos. Dicen que tengo que perder peso, que debo aliviar la presión en las articulaciones.

—También le sentará bien a tu corazón.

—Vaya, ya habló el doctor Danny.

—Natación.

Panza de Cerdo se volvió hacia él.

—¿Perdona?

—Nadar es bueno para la artritis. Es un buen ejercicio, pero no te casca las articulaciones.

La barriga de Panza de Cerdo se meneó.

—Vete a tomar por culo, tío. ¿Natación? ¿De verdad me ves en la piscina con un Speedo apretado y uno de esos gorritos de goma?

—¿Por qué no? Consíguete un flotador, o quizá unos manguitos.

—Sí, claro, y me meto en el agua para que venga algún cabrón y me pegue un arponazo.

Danny sonrió con un sorbo de aquel café recalentado en la boca, que luego tragó.

—Supongo que ya sabes por qué estoy aquí —dijo.

Panza de Cerdo asintió.

—Sí. He recibido una llamada, te estaba esperando.

—Los Wu son buena gente —explicó Danny—. La señora Wu conocía a mi madre. Johnny, su hijo, no es ningún pandillero; es un buen chico, o al menos lo era hasta hace poco. Le iba bien en la escuela. Habría terminado el bachillerato el año que viene; quizá aún pueda hacerlo si consigue mejorar las notas. Tal vez incluso acabe haciendo una intentona con la universidad.

La alegría se esfumó de la cara de Panza de Cerdo. Sus ojos perdieron brillo.

—Deberías haber acudido a mí primero.

—¿Y qué habrías hecho tú?

—Quizá nada —repuso Freddie—, o quizá algo, pero la elección era mía, no tuya. Me puenteas: me haces parecer un gilipollas a ojos de todos mis muchachos. Todavía no he llamado a Cabeza de Dragón; cuando lo haga, va a decirme que te rompa las rodillas o quizá que te corte un par de dedos. ¿Qué le digo entonces?

Cuando Danny iba a abrir la boca, un movimiento en la pantalla del televisor lo distrajo: imágenes borrosas de la cámara de un circuito cerrado: una celda, un policía de pie a un lado, una mujer sentada en un catre al otro. De pronto, la mujer se arrojaba sobre el policía, lo hacía caer al suelo y la emprendía a arañazos y puñetazos con el hombretón.

—Convéncelo de que no lo haga… —dijo volviendo a centrar la atención en Panza de Cerdo —. Dile que Johnny Wu era demasiado blando para esa vida, que habría dado más problemas que otra cosa, que os he hecho un fav…

Dos palabras en la televisión hicieron que se interrumpiera. «Niños desaparecidos», había dicho la locutora. Volvió a mirar la pantalla.

—Lo intentaré —dijo Panza de Cerdo—. No sé si me escuchará, pero lo intentaré sólo porque te quiero como a un hermano. Pero si vuelves a hacer una faena de mierda como ésa…

En el teletipo al pie de la imagen del noticiero se leía: «La mujer salió hace dos días de Nueva York con sus hijos, pero el sheriff del condado no encontró ningún niño en el coche cuando la detuvo por una infracción de tráfico.»

La misma escena otra vez: la mujer que arremetía contra el policía.

Un nuevo plano de la presentadora con una expresión grave en su rostro: «La policía estatal y varios agentes del FBI se dirigen ahora hacia la pequeña población de Silver Water, Arizona, para interrogar a esta mujer todavía no identificada e intentar averiguar el paradero de sus dos hijos. Les daremos más detalles sobre esta noticia a medida que recibamos más información.»

Panza de Cerdo dijo algo, pero Danny ni siquiera lo oyó: seguía con la vista clavada en la pantalla del televisor pese a que la presentadora había pasado a comentar otra noticia. Una mujer que viaja sola con sus hijos y entonces la para un poli y los críos desaparecen.

Danny sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Se le había acelerado el pulso y apenas podía respirar.

«No», se dijo negando con la cabeza. «Ya te has equivocado antes, es probable que esta vez también te equivoques.»

La mano de Panza de Cerdo le agarró el brazo.

—¿Qué pasa, tío?

Danny se volvió bruscamente hacia él y se lo quedó mirando mientras la cabeza le daba vueltas.

—Hostia, tío, que me estás asustando…

Danny se bajó del taburete.

—Tengo que irme. ¿Todo bien entre tú y yo?

Panza de Cerdo se encogió de hombros.

—Ajá, todo bien.

—Gracias, *dailo* —le contestó Danny poniéndole una mano en el brazo para darle un

apretón.

Luego salió del bar sin mirar atrás. Antes de que sus pies hubiesen pisado la acera, ya tenía el teléfono en la mano y tecleaba con el pulgar en busca de más información sobre aquella mujer que había sido detenida en Arizona y cuyos hijos habían desaparecido.

Mientras la pantalla se llenaba con una lista de resultados, se preguntó si la mujer tendría un marido, un marido cuyo mundo estuviera ahora mismo haciéndose pedazos, como le había pasado a él cinco años atrás.

9

Sean estaba sentado en el suelo con la espalda contra la pared y abrazándose las rodillas. Tenía una manta sobre los hombros. Había acomodado a su hermana en el único colchón que encontró y sus párpados se movían a un ritmo regular dictado por el sueño. Aún tenía en la mano un envoltorio de barrita de chocolate: la ayudante del sheriff les había dejado un envase de barritas de chocolate y caramelo, unas cuantas bolsas de patatas fritas y un paquete de botellas de agua. Les había dicho que volvería después con unos bocadillos. Sean no creía que fuera a volver.

Hacía frío en aquel sótano, y notaba la humedad del aire en los pulmones. Olía a moho, a musgo y a hojas pudriéndose. Tanto el suelo como las paredes se habían revestido con madera y la tierra compactada era visible entre los tablones. Sean se preguntaba cómo era posible que aquello no se derrumbara encima de ellos y los enterrara vivos.

La cabaña era muy vieja, o al menos eso le había parecido por lo poco que había podido verla cuando se acercaban al claro. Collins los había hecho bajar de la furgoneta en un sendero en medio del bosque y luego caminar a buen ritmo entre los árboles. Él se había alegrado de andar un poco después de todo aquel rato en la furgoneta, pero Louise había lloriqueado durante todo el trayecto, tosiendo cada vez más. Se había hecho pis encima y se quejaba de que sus vaqueros estaban fríos y le escocían. Sean apenas había conseguido aguantar las ganas de orinar, ahí sentado en la oscuridad.

Por lo visto, había ido refrescando durante el trayecto. Mientras habían estado en aquella casucha, la sombra había impedido que la furgoneta se volviera un horno, pero en el viaje hacía cada vez más calor y el aire se había ido volviendo denso y pesado. Sean notaba los cambios de rasante en la carretera, más subidas que bajadas, y al cabo de un rato empezó a sentir una presión creciente en los oídos, como si estuviera en un avión. Iban a algún lugar más alto, quizá en aquellas montañas que habían parecido perseguirlos en el horizonte cuando cruzaban Arizona con su madre al volante. No sabía mucho de geografía, pero sí recordaba vagamente que, por el norte, el desierto de Arizona se elevaba en una cordillera a muchos cientos de metros sobre el nivel del mar y daba paso a bosques. Eso explicaría que la temperatura hubiera bajado tan deprisa y que su hermana y él estuvieran sudando en un momento dado y temblando de frío al siguiente.

Cuando se le escapó el pis, Louise había empezado a llorar de desesperación y vergüenza, tosiendo cada vez más fuerte, pese a que Sean le dijo que no pasaba nada, que nunca se lo contaría a nadie. Ahora se sentía culpable por haberse apartado un poco del charco de orina que se había formado en el tablero del suelo de la furgoneta cuando debería haber estrechado en brazos a su hermana. Por muy avergonzada que estuviera Louise por no haber podido aguantar,

mucho más lo estaba él por no haber sabido consolarla.

Recordaba con claridad el momento en que la furgoneta había salido de la carretera, cuando empezó a traquetear y a dar sacudidas al tomar una pista de montaña. No mucho después le llegó el ruido de las ramas que arañaban y golpeaban el exterior. ¿Qué clase de árboles había en Arizona? Terreno alto y clima más fresco. Supuso que serían abetos. Cuando la furgoneta se detuvo y la agente Collins abrió las puertas, Sean comprobó que estaba en lo cierto.

Los dos se protegieron los ojos con la mano, aunque a esa hora el sol ya estaba más bajo que los árboles y el cielo tenía ya un color azul lechoso.

—Abajo —dijo Collins.

Sean y Louise no se movieron de donde estaban.

La ayudante del sheriff tendió una mano.

—Vamos, venga. Aquí estaréis bien, no hay nada que temer.

Sean tuvo ganas de decirle que era una mentirosa, pero mantuvo la boca cerrada.

—He tenido un accidente —dijo Louise—, estoy toda mojada.

Por un momento, Collins la miró extrañada, pero luego asintió dando a entender que lo comprendía.

—No pasa nada, tesoro; tengo ropa limpia para ti, ven.

Louise se acercó a gatas a la parte trasera de la furgoneta y dejó que Collins la ayudara a bajar. La agente se volvió de nuevo hacia el chico cogiendo a Louise de la mano.

—Sean, de verdad que no pasa nada. Todo va a salir bien, sólo tienes que venir conmigo.

Sean sopesó sus opciones y comprendió que no tenía ninguna: no podía permanecer en aquella furgoneta para siempre. Si echaba a correr, sin duda la agente Collins le pegaría un tiro… y a su hermana también. Así que se puso en pie y caminó hasta el portón trasero de la furgoneta, ignoró la mano que le ofrecía la ayudante del sheriff y bajó de un salto. El terreno bajo sus zapatillas deportivas era blando, alfombrado por las agujas de pino caídas durante años y años, y con pequeñas piñas abiertas aquí y allá. La brisa era fresca comparada con el aire enrarecido y caliente de la furgoneta.

Dio una vuelta entera mirando a su alrededor. Un sendero estrecho en un bosque y sólo árboles y más árboles en todas direcciones, tan altos que sólo alcanzaba a ver sus copas echando atrás la cabeza.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Louise.

Collins abrió la boca para contestar, pero Sean se le adelantó:

—¿En un sitio seguro?

La ayudante del sheriff le dirigió una mirada dura con la mano libre en la culata de la pistola.

—Exacto —dijo—, en un sitio seguro. Demos un paseo.

Se llevó a Louise de la mano y a Sean no le quedó otra opción que seguirla.

Al cabo de un buen rato llegaron a una vieja cabaña de troncos con tablones en las ventanas y en la puerta y partes del tejado amenazando con hundirse a causa del abandono. Collins subió por los peldaños del porche y, evitando pisar los tablones rotos, abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave. El interior estaba a oscuras, Louise se detuvo en el umbral.

—No quiero entrar ahí.

—Tranquila, no hay nada que temer. —Collins volvió a dirigirle a Sean aquella mirada de hielo y se llevó de nuevo la mano a la culata de la pistola—. Dile que no hay nada que temer.

Sean subió al porche y cogió la otra mano de Louise.

—Así es, aquí dentro no hay nada de qué asustarse. Sólo está oscuro. Yo entraré contigo.

Collins lo miró y asintió satisfecha, después le sonrió a Louise.

—¿Lo has oído? Tu hermano no tiene miedo, vamos.

Una luz tenue se colaba en la cabaña, la suficiente para revelar unos muebles viejos amontonados a un lado y una trampilla en el centro del suelo. Era más o menos de un metro por un metro y tenía un cerrojo con un candado que parecía nuevo. Collins soltó la mano de Louise, se agachó y abrió el candado. Asió el pasador del cerrojo y, antes de abrirlo, volvió a mirar a Sean.

—Te portarás como es debido, ¿verdad? Vas a ayudarme… porque si no lo haces, si la cosa se pone fea…

Dejó que la amenaza pendiera en el aire frío entre ellos.

—Sí, señora.

—Bien —contestó la agente y luego descorrió el cerrojo y levantó la trampilla soltando un gruñido.

Un par de cadenas impedían que la portezuela se abriera del todo y cayera al suelo, sosteniéndola ligeramente inclinada sobre la abertura. Louise se quedó ahí, con los pies firmemente plantados sobre los tablones de madera.

—Está demasiado oscuro —dijo.

Collins tiró de ella para acercarla un paso más a la trampilla.

—Hay una luz, la encenderé. Funciona con una batería grande: podéis dejarla encendida todo el rato que queráis.

—No, yo quiero ir con mamá. —Louise trató de soltarse, pero Collins la sujetaba con firmeza.

—Sean, díselo tú.

El chico vio que los dedos de Collins se cerraban de nuevo en torno a la culata de la pistola y al mirarla a los ojos se dio cuenta de que estaba asustada. La dureza de la expresión de su rostro parecía decirle que las cosas podían ponerse feas de verdad; por malas que fueran ya, podían volverse mucho peores, aunque ella no quisiera que pasara nada de eso.

—Veremos a mamá muy pronto —dijo Sean guiando a Louise hacia la portezuela—, te lo prometo.

Louise empezó a llorar otra vez y él tuvo que contener sus propias lágrimas. Collins se sacó la linterna del cinturón e iluminó con ella la boca de la trampilla, revelando los empinados escalones que descendían hacia la oscuridad. Sean podía sentir en sus dedos cómo su hermana temblaba de miedo. Le rodeó los hombros con el brazo. Collins soltó la mano de la pequeña para que Sean pudiera ayudarla a bajar por los escalones de uno en uno, despacio y con calma, y con los pesados pasos de la ayudante del sheriff un par de peldaños por detrás. Así descendieron hasta el sótano.

El suelo de aquella especie de zulo estaba recubierto de madera que crujía y se curvaba ligeramente bajo sus pies. Collins se acercó a la pared del fondo, en la que se apoyaba una vieja estantería. Sobre ella había una lámpara eléctrica conectada a una gran batería, como había dicho la ayudante del sheriff. Accionó el interruptor y una suave luz amarilla inundó la estancia. Sean vio los artículos que alguien había dejado allí (un colchón, un par de cubos y papel higiénico,

botellas de agua, barritas de chocolate, unos cuantos libros y cómics…) y sintió un nuevo temor, más frío e intenso que el de antes.

Todo aquello había sido perfectamente planeado: esas cosas llevaban allí semanas, quizá meses, esperando a unos niños como ellos.

—Comed algo —dijo Collins sacando un par de barritas del paquete y arrojándolas sobre el colchón. Cogió dos botellas de agua del paquete y las dejó en el suelo—. Y bebed.

Cogió otra bolsa más grande y hurgó en su interior. Fue sacando varias prendas, como pantalones y ropa interior, y comprobando las etiquetas antes de volver a guardarlas. Finalmente, encontró unos vaqueros gastados y unas braguitas que parecían más o menos de la talla de Louise. Le hizo un gesto a la niña indicándole que se acercara.

—Vamos a quitarte esa ropa mojada que llevas.

—No —contestó Louise—, mamá dice que no debo dejar que nadie me quite la ropa si no es ella o mi profesora del colegio.

—Tu madre hace bien en decirte eso, pero resulta que yo soy una agente de policía, así que no pasa nada. No puedes quedarte con esa ropa mojada puesta.

Una vez más, Collins miró a Sean para que colaborara y él le dio un empujoncito a su hermana.

—Adelante, no pasa nada.

Sean observó cómo la agente Collins desvestía a su hermana, la lavaba con una toallita húmeda y le ponía ropa limpia. ¿Por qué estaba vigilándola de esa forma? No lo tenía muy claro. Sabía que había adultos malos que deseaban hacerles cosas a los niños, tocarlos como no era debido, pero si veía algo fuera de lugar, una mano que se posaba donde no tocaba, ¿qué haría? No tenía ni idea. En cualquier caso, siguió observando hasta que la agente acabó de vestir a Louise.

Collins se incorporó de nuevo.

—Ahora, comed algo y bebed un poco de agua. Volveré esta noche con unos bocadillos.

No dijo nada más y subió por la escalera hasta la trampilla. La portezuela se cerró con estrépito y Sean notó la presión en los oídos y un frío extraño. Nunca se había sentido así. Tenía tantas ganas de llorar que parecía incluso que le dolieran los ojos, pero sabía que si lo hacía, si daba la más mínima muestra del terror que sentía, la frágil mente de su hermana se haría añicos. De modo que se sentaron uno al lado del otro en el colchón y se comieron las barritas de chocolate. Luego abrieron una bolsa de patatas fritas, pero antes de que pudieran acabarla Louise anunció que estaba cansada. La niña se tumbó y Sean la tapó con una manta y trató de recordar uno de sus cuentos favoritos, el del ratón, el bosque profundo y oscuro y el monstruo, que resultó ser bastante real después de todo.

Pasaron las horas. A Sean le hubiera gustado tener su reloj para saber cuánto tiempo había transcurrido. Su padre le había regalado uno en su último cumpleaños porque según él un hombre debía tener un buen reloj, pero Sean no consiguió acostumbrarse a la sensación de llevarlo en la muñeca. El cuero pegajoso, aquel cierre tan complicado, el frío del metal… Siempre le quedaba demasiado apretado o demasiado suelto. Dejó de ponérselo al cabo de unas semanas y Audra no dijo nada, aunque era un reloj muy caro. Según Patrick, costaba más que los relojes que llevaban la mayoría de los adultos: a su padre le importaban esas cosas.

Se llevó la mano derecha a la muñeca izquierda, donde la piel aún conservaba el recuerdo del

reloj. A veces soñaba con su padre, eran sueños furiosos y aterradores de los que despertaba sin aliento y un tanto confuso. Sabía que debería odiar a Patrick Kinney, aunque ésa era una emoción demasiado intensa tratándose de un hombre al que había visto tan poco en su vida. En el desayuno, y a veces en la cena, habían compartido mesa alguna que otra vez, pero nunca habían tenido grandes conversaciones. De cuando en cuando, su padre se interesaba por sus notas, por sus amigos y profesores, apenas un par de preguntas que él contestaba atrancándose con las palabras, y ahí acababa la cosa.

En general, cuando pensaba en su padre sentía un extraño vacío en su interior, como si nunca hubiera tenido un padre; al menos no en el sentido auténtico de la palabra.

Ahora ya daba igual. El reloj estaba en una de las cajas que se habían quedado en el maletero del coche de su madre.

Louise gimió, se movió, ni despierta ni dormida del todo, y tosió varias veces. Estaba resfriada y tenía mucha mucosidad. Sean resistió el impulso de tenderse a su lado, cerrar los ojos y…

¿Qué era eso? Un zumbido que le llegaba a través de las paredes del sótano, cada vez más audible.

De pronto, el sonido se interrumpió en algún lugar sobre ellos y entonces Sean oyó un chasquido metálico. Se preguntó si sería la agente Collins que volvía a por ellos, como había dicho.

Una parte de él se reavivó con la esperanza de que los sacara de allí, de que los llevara de nuevo con su madre. Pero la parte adulta de la cabeza de Sean, esa que Audra llamaba «el Viejo Sabio», le dijo que no, que no iban a ningún lado; al menos no a un lugar mejor.

Se oyeron pisadas en los tablones del suelo de la cabaña y Louise se incorporó como un resorte. Al oír el ruido del candado abrió mucho los ojos y ahogó un grito.

—Tranquila —le dijo Sean.

No pudo evitar encogerse cuando el cerrojo se descorrió sobre sus cabezas, emitiendo un ruido parecido al disparo de un rifle. Luego vino el crujido de la trampilla y los gruñidos de Collins cuando la levantaba y la dejaba caer hacia el otro lado. La ayudante del sheriff escudriñó el interior y, una vez satisfecha, bajó por la escalera con una bolsa de papel marrón en la mano derecha. Ya no llevaba uniforme, ahora iba con vaqueros, una chaqueta y botas de motorista. Sean comprendió entonces qué había producido aquel extraño zumbido.

Collins lo miró y señaló el sitio vacío en el colchón junto a Louise. Sean se levantó, todavía envuelto en la manta, cruzó el sótano y se dejó caer en el colchón junto a su hermana. Notó el calor de su hombro cuando sus cuerpos se tocaron. Collins dejó la bolsa de papel en el suelo, se arrodilló y la abrió. Su aliento olía a tabaco. Hurgó en la bolsa y sacó dos sándwiches.

—Mantequilla de cacahuete y mermelada, ¿va bien?

El hambre echó por tierra la cautela del chico, que alargó una mano para coger uno y lo mordió. Su estómago rugió cuando su paladar notó el sabor dulce y salado de la mantequilla y Sean no pudo evitar un suspiro de satisfacción.

Cuando tragó el primer bocado, dijo:

—Parece cansada, ¿qué hora es?

—Sí, estoy cansada —contestó Collins tendiéndole un sándwich a Louise—. Es cerca de medianoche, creo.

Louise negó con la cabeza.

—No me gusta la corteza.

Collins le acercó más el sándwich, insistiendo.

—Cómetelo y ya está.

—Mi mamá se la quita.

La agente la miró con dureza; luego soltó un suspiro, extendió la bolsa de papel en el suelo y puso el sándwich encima. Hurgó en el bolsillo trasero y sacó lo que parecía una barra de metal. Con la otra mano extrajo una hoja de aspecto amenazador de la barra y tiró de ella hasta que se oyó un chasquido. Sean nunca había visto un cuchillo plegable, pero había oído hablar de ellos y asumió que se trataba de eso. Collins se puso a cortar los bordes del sándwich hasta que le quitó toda la corteza, después lo cogió y se lo tendió de nuevo a Louise.

—Cómetelo —ordenó.

La niña lo cogió, le dio un primer mordisco y luego se lo zampó todo sin apenas masticar. La expresión de la policía se suavizó mientras guardaba la navaja.

—Sé que ambos tenéis miedo —dijo—, pero no debéis tenerlo. Vais a estar bien, igual que vuestra madre. Todo va a solucionarse, quizá no mañana, pero sí pasado, o dentro de tres días como mucho. Y os diré qué va a pasar: vais a hacer un pequeño viaje.

—¿Unas vacaciones? —preguntó Louise.

Collins sonrió.

—Sí, serán como unas vacaciones.

—¿Adónde? —quiso saber Sean.

—Vais a alojaros con un señor muy simpático.

—¿Nuestro padre?

Collins titubeó y finalmente contestó:

—Un hombre simpático.

—¿Dónde? —insistió Sean.

—Vais a ir a su casa. Es una casa bonita, muy grande.

—¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está su casa?

La sonrisa de Collins vaciló.

—Es un hombre agradable y tiene una casa muy bonita. Va a cuidar muy bien de vosotros. —La agente se inclinó para mirar a Louise a los ojos—. ¿Y sabes una cosa?

Louise parpadeó.

—¿Qué?

—Vuestra madre también estará allí.

—Creo que todo eso es mentira —terció Sean.

Collins se volvió para mirarlo y él estuvo a punto de retroceder.

—No me llames mentirosa, Sean.

El niño bajó la cabeza.

—Volveré por la mañana —añadió Collins poniéndose en pie—. Dormid un poco, los dos, e intentad no preocuparos.

Mientras Collins subía por los peldaños haciéndolos crujir, Sean cogió la manita de Louise. La trampilla se cerró, madera contra madera, el cerrojo se corrió y el candado tintineó

ligeramente. Sean se tendió en el colchón, atrajo a su hermana hacia sí y echó la manta por encima de ambos tratando de no pensar en aquel hombre simpático y en su bonita casa.

10

Foro privado 447356/34
Administrador: RR
Miembros: DG, AD, FC, MR, JS
Título del tema: Este fin de semana
Tema iniciado por: RR

De: RR, miércoles, 20.23 h

Caballeros, doy por hecho que todos han recibido mi mensaje. Un posible vendedor ha establecido contacto. La mercancía es excelente, a juzgar por la fotografía. Hay daños menores, pero nada digno de preocupación. La comprobación inicial ha resultado satisfactoria, el vendedor parece auténtico. Llevaré a cabo más comprobaciones, por supuesto, pero por el momento estoy satisfecho.

Puesto que la mercancía consiste en una pareja en buenas condiciones, sugiero que ofrezcamos tres millones (de dólares), lo que supone una contribución de quinientos mil por parte de cada uno de nosotros. Espero haber recibido sus contribuciones por transferencia bancaria a mediodía del viernes como muy tarde, suponiendo que sigamos siendo todos solventes, claro, ja, ja. Voy a ofrecer una prima de doscientos cincuenta mil si la mercancía no sufre mayores daños, pero cubriré esa cantidad de mi propio bolsillo.

Se habrán dado cuenta de que ha habido cambios en la lista de miembros. A raíz de su conducta en nuestra última reunión, CY ya no formará parte de nuestro foro. Me ha garantizado su discreción y yo le he garantizado que cualquier desliz por su parte tendrá consecuencias. Sin embargo, también tengo noticias más agradables. Permítanme que les presente a JS, cuyo fiador es DG. He indagado personalmente en los antecedentes de JS y no he encontrado motivo alguno de preocupación, así que, por favor, denle la bienvenida a nuestro grupito. Si todo va bien, tendrán la oportunidad de conocerlo en persona durante la velada del sábado.

Hablando del tema, la próxima reunión se celebrará en el sitio habitual. Mi chófer los recogerá en el aeropuerto; como siempre, les ruego que no traigan a nadie de su propio personal. Sé que son de su confianza, pero cuanta menos gente esté al corriente, más seguros estaremos todos. Confirmen su asistencia, por favor, y háganme saber sus horarios de llegada, pero procuren que sea entre las 16.00 y las 18.00 h.

Hasta entonces, cuídense y no duden en plantear cualquier duda que tengan.

De: DG, miércoles, 20.36 h

Gracias, RR, ahí estaré, cómo no. Le daré mi hora de llegada lo antes posible. Y todos los demás, por favor, denle la bienvenida a JS a nuestro grupo: es un viejo amigo de la universidad y un buen tipo.

De: JS, miércoles, 20.41 h

Mensaje borrado por el administrador del foro.

De: RR, miércoles, 20.54 h

JS, comprendo que es un recién llegado al grupo, pero haga el favor de mostrar un poco más de tacto. Sí, éste es un foro privado, pero aun así se requiere discreción. Nuestras reuniones son divertidas, por supuesto, pero sigue tratándose de un asunto serio, con serias consecuencias para todos nosotros si algo saliera mal.

De: JS, miércoles, 20.54 h

Caballeros, mis más sinceras disculpas por mi salida de tono… ¡sin duda no ha sido la mejor toma de contacto con el grupo! Lo que pretendía decir, simplemente, era que les doy las gracias a todos por haberme admitido como miembro, en especial a DG, que ha respondido por mí. Espero verlos a todos el sábado; ya he reservado el vuelo, llega a las 16.55 h.

De: AD, miércoles, 21.06 h

Me apunto. Volveré a escribir con mi hora de llegada.

De: MR, miércoles, 21.15 h

Yo también, y gracias, RR, por haberse ofrecido a cubrir la prima. Muy generoso por su parte. Aterrizo el sábado a las 17.40 h. ¿Se apunta alguien a nueve hoyos rápidos la mañana del domingo?

De: FC, miércoles, 21.47 h

Disculpen que los tenga a todos esperando una respuesta. Tengo un compromiso previo el sábado por la tarde y he estado tratando de ver si podré salir a tiempo. Confío en que sí, pero les haré saber si puedo o no mañana por la mañana.

De: RR, miércoles, 22.12 h

Gracias por sus rápidas respuestas, caballeros. FC, he podido echar un mejor vistazo a la fotografía y le aseguro que no querrá perderse esto. Despeje su agenda y véngase para acá, amigo mío, no lo lamentará. Son preciosos, de verdad que lo son.

11

Audra iba y venía del sueño a la vigilia en lentas y aterradoras oleadas. Cada vez que se sumía en la oscuridad, una nueva pesadilla la atenazaba y despertaba sobresaltada sobre el fino colchón del catre, presa del pánico, desorientada y con un dolor lacerante en hombros y muñecas. Así transcurrió la noche, hora tras hora, hasta que perdió la noción del tiempo. Para cuando la luz del alba se coló a través del tragaluz de su celda, la quietud de aquel lugar se había vuelto tan densa que le pareció que podría aplastarla.

En una de las ocasiones en las que despertó en medio de la noche, había descubierto a Whiteside observándola desde el otro lado de los barrotes y se había quedado allí tendida, paralizada, temiendo moverse por si él entraba y la agredía de nuevo. Al cabo de un par de minutos, sin decir nada, el sheriff se había dado la vuelta y había salido de la zona de detención.

Al principio, Whiteside le había recordado a su padre, pero ahora pensaba que se parecía mucho a su marido. Se acordaba perfectamente de las noches en que despertaba en la cama que compartían y se encontraba a Patrick sentado en el otro extremo de la habitación, observándola. Una sola vez cometió el error de preguntarle qué hacía; él cruzó la habitación en menos tiempo del que a ella le llevó tomar aliento, la agarró del pelo y la arrastró hasta sacarla de la cama. Cuando la tuvo allí, en el suelo, se inclinó sobre ella y le dijo que aquélla era su casa y aquél su dormitorio, y que no tenía por qué darle explicaciones.

Se habían conocido diez años antes. Audra Ronan había trabajado durante seis meses en una galería de arte de la calle 19 Este que se llamaba Block Beautiful, como el barrio de casas unifamiliares donde estaba ubicada. Por las tardes, se dedicaba a pintar. El empleo le gustaba y a mediodía podía ir andando hasta Union Square a comprar comida para llevar. El sueldo era terrible y apenas podía permitírselo, pero lo que sacaba en comisiones de ventas ocasionales le daba para ir tirando. A veces le alcanzaba para ir a la gran librería de Barnes & Noble en el extremo norte de la plaza, o hacia el sur, Broadway abajo, hasta la librería Strand, donde se daba el gusto de comprarse algo en la sección de arte. Durante todo ese tiempo mantuvo contacto con los marchantes de los artistas cuyas obras pasaban por la galería, y un par de ellos, que habían visto sus pinturas, le dijeron que los tomara en cuenta cuando se sintiera preparada para empezar a vender.

Sin embargo, por alguna razón nunca se sintió preparada. Empezaba cada cuadro con la esperanza de que la visión que tenía en la cabeza se plasmara en el lienzo exactamente como la imaginaba, pero eso nunca ocurría. Su amiga Mel le decía que era demasiado perfeccionista, que era un caso clásico del efecto Dunning-Kruger: quienes más talento tienen son incapaces de reconocerlo en sí mismos, y quienes menos tienen son incapaces de advertir hasta qué punto

carecen de él. Audra dedicaba muchas horas a leer artículos sobre los estudios de Dunning y Kruger y sobre el síndrome del impostor, tratando de convencerse de que podía dejar atrás esa sensación de fracaso. En uno de esos artículos, encontró una cita de *Como les guste*, de Shakespeare:

El necio cree que es sabio, pero el sabio sabe que es necio.

Lo imprimió con letra grande y lo clavó en la pared de su pequeño estudio.

Había probado la cocaína porque oyó decir que hacía que la gente se sintiera más segura de sí misma. En la universidad había fumado maría, como todo el mundo, e imaginaba que la cocaína no sería muy distinta. Pero descubrió que le daba náuseas y que no soportaba que el cerebro le chisporroteara de aquella forma, de modo que dejó de consumirla tan deprisa como había empezado. Todavía fumaba algún porro que otro, aunque no muy a menudo; unas veces la relajaba, pero otras la ponía muy nerviosa.

Lo que sí hacía era beber.

Había empezado en las continuas fiestas de la facultad y siempre era la que más tiempo seguía en pie. Tenía fama de aguantar bien la bebida. Después de la universidad dejó de beber tanto: sólo se lo permitía los fines de semana. Pero, con el tiempo, a medida que más y más lienzos fallidos se acumulaban en el rincón de su estudio, empezó a beber otra vez. No tardó en hacerlo todas las noches.

Aun así, lo mantenía bajo control, o al menos eso era lo que se decía a sí misma.

—Simplemente, ofrece algunas obras a un marchante —insistía su amiga Mel—, a ver qué pasa. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

El rechazo, eso es lo que podía ocurrir. Si el marchante le decía que su obra era buena, pero no lo suficiente, le arrebataría la poca autoestima que le quedaba. De modo que siguió intentando pintar la obra perfecta, que nunca llegó.

Una noche, Patrick Kinney acudió a la inauguración de una nueva exposición. Audra estaba poniendo una pegatina roja en un gran lienzo en el que alguien acababa de dejarse veinticinco mil dólares cuando oyó una voz amable a su espalda.

—Disculpe, señorita, ¿este cuadro está vendido?

Audra se volvió hacia aquella voz y vio a un hombre alto y delgado, unos diez años mayor que ella, con un traje tan bien cortado que casi parecía formar parte de él. Cuando el tipo sonrió y repitió «¿señorita?», comprendió que llevaba un rato ahí, paralizada, mirándolo.

—Disculpe —dijo notando que se sonrojaba—. Sí, se ha vendido hace unos minutos.

—Qué pena —comentó él—. Me gusta.

Audra se aclaró la garganta.

—Quizá podría enseñarle otros.

—Quizá —contestó él.

A Audra la impresionó la forma en que la miraba a los ojos, su absoluta confianza en sí mismo. Sabiéndolo o no, fue toda suya a partir de entonces. Tuvo que obligarse a apartar la mirada.

—¿Está pensando en una inversión o simplemente quiere algo para colgar en la pared?

—Ambas cosas —repuso él—: me mudé a mi casa hace seis meses y todavía no tengo una

sola cosa que mirar, aparte de la televisión o la ventana.

Mientras ella lo paseaba por la galería, Patrick le contó que tenía un piso en el East Village lleno de paredes desnudas. Aquella noche compró dos piezas por un total de cuarenta y dos mil dólares. Se marchó con un recibo… y el número de teléfono de Audra.

Ella se emborrachó el día de su primera cita: media botella de sauvignon blanc antes de salir del apartamento para encontrarse con él. «Para los nervios», se dijo. En algún momento de la velada tuvo que excusarse para ir al lavabo del restaurante a vomitar. A la mañana siguiente, despertó en su propia cama con una resaca atronadora y una vergüenza morbosa y grasienta.

«Se acabó», se dijo. «La he cagado.» Se llevó una buena sorpresa cuando Patrick la llamó por la tarde y preguntó cuándo podía volver a verla.

Cuatro meses después, le propuso matrimonio y ella aceptó, consciente de que era una locura incluso mientras se abrazaban. Vislumbró por primera vez la verdadera naturaleza de Patrick una semana después, cuando la llevó al apartamento de sus padres, en el Upper West Side, para presentársela.

Aquella tarde, Patrick fue a su estudio. Entró con la llave que ella le había dado y Audra se quedó tras el biombo que separaba la cama del resto del apartamento. No tenía dinero para unos muebles decentes, así que su ropa colgaba en percheros metálicos o yacía doblada en cestas de alambre. Llevaba toda la tarde con los nervios a flor de piel por aquella cena. ¿La aceptarían los padres de Patrick? Ellos eran ricos de toda la vida, mientras que su propia madre provenía de un recóndito rincón de Pensilvania, y su padre, de Ohio, y ninguno de los dos había pasado por la universidad. Los padres de Patrick olerían desde el primer instante la pobreza que emanaba de ella y le dirían a su hijo en un aparte que podía aspirar a algo mejor.

Había elegido su atuendo con mucho cuidado. Sólo disponía de tres vestidos buenos, cuatro pares de zapatos decentes y unas cuantas piezas de bisutería, de modo que no tenía muchas opciones entre las que elegir, pero aun así había considerado detenidamente lo que iba a ponerse.

Salió temblorosa de detrás del biombo, haciendo todo lo posible por moverse con la elegancia de la que siempre había creído carecer.

Patrick se quedó inmóvil en el centro de la habitación, mirándola con rostro inexpresivo.

Cuando ya no pudo soportarlo más, Audra preguntó:

—¿Y bien? ¿Apruebo?

Hubo otra pausa y finalmente Patrick contestó:

—No.

Audra sintió que algo se resquebrajaba en su interior.

—¿No tienes otra cosa? —preguntó él frunciendo los labios y endureciendo las facciones.

—Me gusta este vestido. El color me queda bien y…

—Audra, ya sabes lo importante que es para mí esta noche. —Se frotó la frente con las yemas de los dedos—. Veamos, ¿qué más tienes?

Ella estaba a punto de discutir, pero algo en la voz de Patrick le advirtió que no lo hiciera.

—Ven tú mismo a verlo.

Patrick la siguió a la zona del dormitorio, al otro lado del biombo, y se quedó mirando los dos vestidos que aún colgaban en el perchero. Audra cogió uno y lo sostuvo contra su cuerpo, luego hizo lo mismo con el otro.

—Ésos ya te los había visto —dijo él—: los llevas constantemente.

—Lo siento, pero no tengo dinero para gastar en ropa. Me apaño lo mejor que puedo con lo que tengo.

Patrick consultó su reloj, que aquella noche era un aparatoso Breitling.

—Ya no hay tiempo para ir a comprar otra cosa. Madre mía, Audra, sabías perfectamente lo mucho que quería impresionarlos y ahora tengo que llevarte con esa pinta.

—Lo siento —repitió ella conteniendo las lágrimas—. Podemos anularlo, decir que me encuentro mal.

—¡No digas estupideces! —repuso él, y los dientes de Audra rechinaron cuando se contuvo para no replicar—. Vámonos ya o llegaremos tarde.

Patrick paró un taxi en la calle y no hablaron en todo el trayecto hasta Manhattan. Mientras él pagaba el taxi, Audra esperó en la acera dándole la espalda y observando cómo se mecían bajo la brisa nocturna los árboles de Central Park. Patrick la cogió del brazo para guiarla hacia los peldaños de piedra del edificio de sus padres.

Mientras subían hacia el ático en el ascensor, se inclinó hacia ella y le susurró:

—Oye, no te pases bebiendo, no me hagas quedar en ridículo.

Finalmente, la velada no resultó del todo desagradable. Patrick hizo gala de todo su encanto, como siempre, y su madre se deshizo en elogios a Audra: qué guapa era, ¿y a que vestía bien? Y el anillo, qué preciosidad… ¿De dónde era? ¿Y cuánto había costado? Vaya, ¿también era irlandesa? ¿Y de dónde venía su familia?

Audra hizo que la copa de vino le durara la velada entera: apenas se mojaba los labios mientras que Patrick y su madre vaciaban dos botellas entre ambos.

El padre de Patrick, Patrick sénior, sólo bebió agua y apenas habló en toda la noche, limitándose a hacer unos cuantos comentarios puntuales aquí y allá. La madre, Margaret, en cambio, llevó la batuta de la conversación entre ocasionales ladridos al servicio. Y cómo la miraba Patrick. Por un instante, Audra deseó que la mirara así también a ella, pero semejante idea le resultó demasiado incómoda para siquiera volver a planteársela.

Después, Patrick la llevó a su apartamento (nunca se había quedado a pasar la noche en el estudio de Audra) y una vez allí fueron directamente al dormitorio. La poseyó con tanta fuerza que ella tuvo que morderse los nudillos para ahogar un grito. Cuando hubo acabado, sudoroso y sin aliento, rodó hacia un lado y le cogió la mano.

—Esta noche has estado bien —dijo—. Gracias.

Mientras Patrick dormía, Audra tomó la decisión de romper el compromiso. Se largaría y punto. Detestaba que él hubiera conseguido encontrar en su interior aquel nudo de inseguridad que manipulaba con tanta destreza. ¿Una vida entera de eso? No, gracias.

Se pasó las dos semanas siguientes tratando de decidir cómo romper con él, cómo encontrar el momento idóneo, el lugar adecuado. Pero Patrick se mostró tan encantador y amable durante esos quince días que la idea de dejarlo fue perdiendo terreno en su cabeza. Luego se dio cuenta de que se le retrasaba el período y ya no volvió a pensar en marcharse.

Habían pasado casi doce años desde entonces, y la cama de su estudio en Brooklyn se había visto sustituida por el catre de una celda en Arizona.

«¿Habrá sido Patrick quien ha hecho esto?», se preguntó. ¿Habrá sido capaz?»

Suponía que Whiteside se habría pasado allí toda la noche, vigilándola. La cámara instalada en un rincón del techo había estado enfocándola todo el tiempo, con la lucecita roja encendida.

Le había dado la espalda, pero podía sentirla entre sus omoplatos, ardiente como un láser. Poco después, cuando las sombras en la zona de detención se volvieron más definidas, Audra se dio la vuelta hasta quedar boca arriba y clavó su mirada en la cámara una vez más, observando cómo la observaban.

Y entonces la luz se apagó.

Audra permaneció inmóvil unos segundos, esperando a que volviera a encenderse. Al ver que no era así, se incorporó hasta quedar sentada. Sintió una punzada de dolor cuando sus magullados pies tocaron el suelo, pero no hizo caso. En algún lugar de su interior se disparó una alarma que le indicaba que aquello no estaba bien, que no podía ser: la cámara no debía apagarse, ¿por qué iban a…?

Antes de que pudiera terminar de hacerse aquella pregunta, se abrió la puerta de la zona de detención y Whiteside entró en los calabozos seguido de la agente Collins. Las manos de Audra se aferraron al borde del catre al tiempo que su corazón se aceleraba. Whiteside se dirigió a grandes zancadas hasta la puerta de la celda, sacó las llaves y la abrió.

—¿Qué…? —soltó Audra con el miedo haciéndole levantar la voz.

Whiteside se hizo a un lado para dejar pasar a Collins y luego entró tras ella.

—¿Qué quieren?

Ninguno de los dos agentes habló mientras se acercaban a ella. Audra levantó las manos en un gesto reflejo de rendición.

—Por favor, ¿qué van a…?

En un solo movimiento, Collins agarró a Audra del brazo, la levantó y la arrojó al suelo de la celda. Audra se quedó ahí, espatarrada, sintiendo el dolor en cada una de sus heridas, en las palmas, en los codos… Se protegió la cabeza con los brazos esperando un golpe de cualquiera de los dos.

—Por favor…

Collins le aferró el cuello de la camiseta y la obligó a ponerse de rodillas. Audra alzó la vista hacia el rostro inexpresivo de Whiteside y abrió la boca para volver a hablar, para suplicarle, pero Collins la agarró del cuello y la obligó a agachar la cabeza de modo que sólo podía ver al sheriff de cintura para abajo.

Lo suficiente para verlo sacar un revólver de detrás de la espalda.

—Dios mío, no…

Whiteside apoyó el cañón en la cabeza de Audra.

—Dios mío, por favor, no lo haga… —Sintió una punzada de dolor en la vejiga—. No, por favor, por favor…

El sheriff amartilló la pistola y un sonido metálico rebotó entre las paredes y los barrotes. Collins aferró con más fuerza su cuello.

Audra juntó las manos como si rezara.

—Por el amor de Dios, no lo haga, por favor…

Se oyó un único y sonoro «clac» cuando Whiteside apretó el gatillo y el percutor golpeó en una recámara vacía.

Audra soltó un grito, un gemido largo y gutural. Collins le soltó el cuello y Whiteside volvió a esconder la pistola en el cinturón.

Cuando salieron, ella se desplomó en el suelo. Se hizo un ovillo, con las rodillas contra el

pecho y las manos en la cabeza. Y, bajo la luz mortecina de aquel amanecer, pese a que no era creyente, rezó.

12

El sheriff Ronald Whiteside salió tras la agente Collins por la puerta lateral que daba a la rampa de acceso para discapacitados. El sol estaba aún cerca del horizonte, prometiendo un día caluroso y arrancando destellos a los cromados de los dos coches patrulla aparcados allí. Collins sacó del bolsillo de la camisa un paquete de tabaco y un mechero. Encendió un cigarrillo, dio una larga calada y volvió a guardar el paquete mientras exhalaba un humo azul que se quedó flotando en el aire, pues no había brisa alguna que pudiera llevárselo.

—¿Quiere que me quede por aquí? —preguntó.

—No. Ve a echarles un vistazo a esos dos. Asegúrate de que estén bien. Diré que estás de patrulla.

La agente dio otra calada.

—Ese crío puede darnos problemas.

—No si lo manejas como es debido. Dame un pitillo.

Collins se quedó mirando la mano que alargaba hacia ella.

—Si usted no fuma.

—Estoy considerando empezar a hacerlo. —Chasqueó los dedos—. Vamos, dame uno.

Collins volvió a sacar el paquete del bolsillo y se lo pasó junto con el mechero. El sheriff cogió un cigarrillo, se lo llevó a los labios y accionó el encendedor. El humo le llenó los pulmones y no pudo evitar toser para sacarlo de nuevo. Cuando le devolvió el paquete a Collins tenía los ojos llorosos. Llevaba veinte años sin fumar un cigarrillo y notó con placer el chisporroteo de la nicotina en el cerebro. Dio otra calada y esta vez la retuvo más tiempo dentro.

—Aún no es demasiado tarde… —dijo Collins.

Whiteside negó con la cabeza.

—Cállate.

—Le devolvemos a los críos, la hacemos prometer que no dirá nada de lo que hemos hecho y simplemente nos olvidamos de todo el…

—¡Maldita sea, cierra el pico de una vez! —exclamó él, aunque lamentando de inmediato su arrebato de ira—. Ya estamos metidos de lleno en esto y vamos a llegar hasta el final. Tuviste ocasión de echarte atrás ayer, cuando te llamé por radio. Supongo que recuerdas en qué quedamos.

La llamada para pedir la grúa de Emmet. Habían hablado del tema durante meses: cuando él encontrara a los niños idóneos en la situación adecuada, la llamaría por radio y le pediría el camión grúa de Emmet. Lo único que debía hacer ella si quería echarse atrás era decir que no

conseguía ponerse en contacto con Emmet.

—Ya lo sé, pero…

—Pero ¿qué?

Collins negó con la cabeza.

—Es que nunca creí de verdad que llegaríamos a hacerlo. Una cosa era hablar del asunto y otra… Ni siquiera ayer, cuando me llamó por radio, me lo creí del todo; sólo después, cuando tuve que ir hasta la cabaña a llevarles comida, me dije: «Madre mía, esto va en serio.» Y no sé si soy lo bastante fuerte para seguir adelante.

—Ya está hecho —terció Whiteside—. Si lo dejamos ahora, ya podemos entregarnos a los federales.

Collins guardó silencio y alzó la vista hacia las montañas sacudiendo al mismo tiempo la ceniza del cigarrillo; cuando volvió a hablar, se había consumido ya hasta la mitad.

—Debería usted haberla matado —soltó.

—¿Yo? Tú también estabas allí…

—Vale, de acuerdo… deberíamos haberla matado ahí mismo, en la carretera, y luego haberla enterrado en algún sitio y librarnos del coche.

—No es así como lo quiere el comprador —contestó Whiteside—: quiere que todos los indicios apunten al padre o la madre. De otro modo, se iniciaría una búsqueda de los cuerpos. Así, hay alguien a quien echarle la culpa. Sólo tenemos que mantenerla asustada hasta que sufra un colapso nervioso. Con un poco de suerte, ella misma nos ahorrará el trabajo.

—Aun así —insistió Collins—, todo sería más sencillo si estuviera muerta.

Whiteside se sacó el revólver del cinturón y se lo tendió a Collins sujetándolo por el cañón.

—Muy bien. Hay una caja de munición del treinta y ocho en el cajón de mi escritorio. Ve y cárgalo, vuelve a la celda y métele una bala en la cabeza. O mejor: llévatela al desierto y hazlo allí.

La agente Collins lo miró con rabia.

Whiteside le puso la culata de la pistola en la mano.

—Vamos, adelante, hazlo.

Collins tiró el pitillo al suelo y lo aplastó con la bota. Volvió a mirar a Whiteside con cara de pocos amigos, bajó por la rampa y fue hasta su coche. El motor rugió cuando salía del aparcamiento. El sheriff volvió a meterse la pistola en el cinturón, bien embutida en los riñones. Dio otra chupada al cigarrillo; aquel calor áspero se volvía más placentero con cada inhalación.

La agente Collins tenía razón, por supuesto: lo más sencillo habría sido llevarse a esa Kinney bien lejos desierto adentro, meterle una bala en la cabeza y dejársela a los cuervos y a los coyotes. Pero no era así como el comprador quería llevar esos asuntos. Y había un detalle que no le había contado a Collins: por lo que sabía, al comprador, el Ricachón, como lo llamaban algunos, le gustaba que la cosa tuviera seguimiento en las noticias: disfrutaba con la angustia de otros.

Whiteside se preguntó si habría novedades.

Apuró el cigarrillo, aplastó la colilla en el suelo y se dirigió a la puerta del acompañante de su coche patrulla. Una vez dentro, abrió la guantera, metió la mano hasta el fondo y hacia arriba y dio con la bolsita sujeta en la parte inferior del salpicadero. Sacó el móvil barato y lo encendió. Cuando éste se conectó, abrió el navegador de internet y luego una ventana privada para no dejar

huella en el historial ni recibir *cookies* que luego pudieran rastrearse. Navegó hasta un servidor *proxy* y luego tecleó de memoria la dirección URL del foro, una intrincada serie de números y letras. Vio aparecer una pantalla de acceso e introdujo sus claves.

Había un mensaje nuevo para él. Hizo clic en el enlace.

De: ZorroRojo
Asunto: Re: Artículos en venta
Mensaje:

Estimado señor:

Gracias por su oferta. Hemos hecho las comprobaciones pertinentes y estimamos que su mercancía es auténtica y segura. Nuestra oferta es de tres millones de dólares ($3.000.000). Hemos advertido que ambos artículos presentan daños de poca importancia. Se le abonará una cantidad adicional de doscientos cincuenta mil dólares (250.000) si no se producen más daños. Estas cifras son definitivas y no negociables, confiamos en que le parezcan adecuadas.

El intercambio deberá tener lugar entre las 15.00 y las 16.00 h del sábado, no se aceptará ninguna otra franja horaria. Le ruego confirme si está de acuerdo con dichas condiciones. Si acepta, nos pondremos en contacto con usted en el término de veinticuatro horas para acordar cómo se efectuará la transferencia.

No hace falta recordarle que cualquier intento de trastocar esta operación será objeto de rápidas y severas represalias.

Saludos cordiales,

ZorroRojo

—¡Madre mía! —exclamó Whiteside.

Notaba un sudor frío por todo el cuerpo. Tres millones. No, tres millones doscientos cincuenta mil. Los miembros del foro habían dicho que habría una prima si eran dos, pero no había previsto que fuera tan alta.

Un año atrás, el sheriff Ronald Whiteside había matado a un hombre por quince mil dólares y le había parecido una fortuna… hasta que se lo pateó todo. Ese encargo se lo habían hecho en el mismo foro.

Hay un recoveco oscuro en las cloacas de internet donde los pervertidos, los pedófilos, los aficionados al porno con violaciones y asesinatos reales, la peor escoria de la humanidad, se encuentran para comerciar con sus sórdidos placeres; la red oscura, la llaman: un nombre elegante para un lugar donde, por perverso que uno sea, siempre había alguien peor.

Y allí, en un rincón fuertemente protegido y blindado, existe un foro, un tablón de anuncios destinado a policías y militares que pueden proporcionar determinados servicios. En caso de necesitar esa clase de servicios, sólo hay que publicar un mensaje en el foro. A Whiteside lo había introducido un viejo amigo del ejército. Tras semanas de comprobaciones le permitieron acceder a niveles más profundos. Seis meses después ya estaba en el núcleo principal: el lugar donde podía ganarse dinero de verdad.

El objetivo había sido un traficante de escasa importancia que vivía en Phoenix. Whiteside nunca supo por qué lo querían muerto. Quizá tuviera una deuda cuantiosa o amenazara con

convertirse en informante. La verdad es que le daba igual: se limitó a aceptar el trabajo y a llevarlo a cabo. Tras unos días vigilándolo y siguiéndolo, le voló los sesos ante un bar en los bajos fondos de Tolleson y luego se dio a la fuga en una motocicleta que se había agenciado en un desguace. Procuró ocultar su rostro en todo momento con el casco, aunque estaba claro que en aquel bar en particular nadie iba a soplarle una palabra a la policía. El dinero apareció en una cuenta que había abierto en el extranjero a la mañana siguiente.

Sencillo.

Después de eso, accedió a otro nivel en el foro, uno cuya existencia desconocía: un núcleo dentro del núcleo. Y allí se hablaba de grandes cantidades de dinero; no de decenas de miles, sino de cientos de miles. Y había un tema abierto con una petición bien simple de un comprador interesado en una mercancía muy específica y dispuesto a pagar por ella cantidades de siete cifras. Una secuencia de instrucciones, métodos, requisitos… y una dirección de correo electrónico por si alguien estuviera en condiciones de satisfacer esa solicitud.

En ese momento, con manos temblorosas, Whiteside volvió a leer el mensaje y luego hizo clic en «responder».

Para: ZorroRojo
Asunto: Re: Artículos en venta
Mensaje:

Estimado ZorroRojo:

Gracias por su rápida respuesta. Le confirmo que su oferta me parece aceptable y quedo a la espera de sus instrucciones.

Saludos cordiales,

AZMan

Hizo clic en «enviar» y esperó la confirmación de que el mensaje hubiera llegado al destinatario.

Hecho.

Apagó el teléfono, lo devolvió a su bolsita y lo escondió de nuevo bajo el salpicadero.

13

Audra estaba allí sentada, en silencio. Llevaba esposas en las muñecas; una cadena las ataba a una argolla metálica sujeta a la mesa. La habitación, construida con bloques de hormigón ligero pintados de gris plomo, tenía un viejo suelo de linóleo desconchado y un sucio ventanuco de cristal esmerilado reforzado con tela metálica. La superficie de melamina de la mesa había saltado aquí y allá, dejando al descubierto el contrachapado de debajo. La comisaría entera estaba así, rayando en la ruina, como si la gente de allí simplemente hubiera arrojado la toalla.

Se le ocurrió que, si daba un buen tirón, quizá podría arrancar la argolla de la mesa. Y entonces ¿qué? Pues que el agente que había en la puerta la tendría boca abajo en el suelo en cuestión de segundos: eso es lo que pasaría.

El policía miraba al frente. No había movido un solo músculo en la hora que ella llevaba en la sala de interrogatorios, ni siquiera para aclararse la garganta. Audra había intentado hablar con él, preguntarle por sus hijos, exigirle un abogado… nada. Era un hombre robusto, todo bíceps y panza, con puños carnosos. Su uniforme era de un color crema casi idéntico al del sheriff; si no se lo hubieran dicho, no habría sabido que era un policía estatal.

Llamaron a la puerta y Audra giró bruscamente la cabeza hacia allí. El agente se volvió y la abrió unos centímetros. Hubo un intercambio de susurros y a continuación el policía se hizo a un lado para permitir que entrara un joven bien vestido. Traje conservador, corbata sin estampado. El guardia había anunciado que venían los del FBI y aquel joven tenía que ser uno de ellos.

Llevaba un trípode con las patas plegadas y una pequeña cámara montada encima. Tras un minuto de ajetreo y ajustes varios, la tuvo plantada en un rincón con el objetivo enfocando a Audra. Apretó un botón y luego otro que le permitió girar la pantalla para poder verla. Una vez satisfecho, asintió e hizo ademán de marcharse.

—Perdone —dijo Audra.

El tipo del FBI la ignoró y asió la manija de la puerta.

—Señor, por favor.

Él se detuvo y se volvió de nuevo hacia ella.

—Por favor, señor, dígame qué está pasando.

El tipo se permitió esbozar una sonrisa compungida.

—Estaremos con usted dentro de un momento, señora.

Cuando el agente abrió la puerta y el del FBI se disponía a salir, Audra exclamó:

—¿Han encontrado a mis hijos? ¿Están buscándolos?

La puerta se cerró. Audra agachó la cabeza, se llevó las manos a la boca y susurró:

—Malditos.

El policía la miró.

—¿Perdone?

Audra le sostuvo la mirada.

—¿Están buscando a mis hijos?

—Yo no sé nada sobre eso, señora.

El agente volvió a centrar la atención en la pared del fondo.

—¿Dónde puedo conseguirme un abogado?

El poli siguió en silencio.

Audra suspiró, extendió las palmas sobre la mesa y se obligó a mantener la calma. Tenía que controlarse. Encontró una grieta en la melamina que parecía un rayo negro. La miró fijamente, siguiendo sus líneas y ramificaciones, centrándose en los detalles hasta que sintió que el orden volvía a reinar en su interior.

Otra llamada a la puerta, más fuerte esta vez, y el policía de guardia tuvo que apartarse cuando se abrió de par en par. Entraron una mujer y un hombre, ambos con traje, el de ella mejor planchado. Era alta, de miembros largos y piel negra, con el pelo afro cortado muy corto y unos ojos brillantes que sugerían una profunda inteligencia. El hombre arrastraba los pies detrás de ella. Una mata de pelo rubio entrecano coronaba su cabeza y tenía la cara macilenta de un fumador. Tosió para aclararse la garganta, apartó una silla y se dejó caer. La mujer siguió de pie con un iPad bajo el brazo, un cuaderno de notas y un bolígrafo.

—Señora Kinney, soy la agente especial Jennifer Mitchell, de la Brigada de Intervención Inmediata en Desapariciones de Menores del FBI, con sede en Los Ángeles. ¿Puedo sentarme?

Audra se limitó a asentir.

La agente Mitchell sonrió, le dio las gracias y ocupó una silla. El tipo puso cara de irritación y volvió a toser. Audra captó un hedor a tabaco flotando sobre la mesa.

—Este caballero es el detective Lyle Showalter, de la División de Investigación Criminal del Departamento de Seguridad Pública de Arizona, con sede en Phoenix. El detective Showalter está presente estrictamente en calidad de observador. Permítame ser clara: soy yo quien está al mando de la investigación sobre el paradero de sus hijos.

Mientras Showalter hacía un gesto de exasperación con los ojos y compartía una sonrisita con el policía, Audra abrió la boca para decir algo, pero Mitchell la silenció levantando una mano.

—Antes de que empecemos —dijo— hay una serie de cosas que debería saber. En primer lugar, aunque está detenida por posesión de marihuana, este interrogatorio no tiene nada que ver con eso. En segundo lugar, como no está bajo arresto en relación con la desaparición de sus hijos, no tiene derecho a la presencia de un abogado durante este interrogatorio, pero es libre de ponerle fin en cualquier momento. No obstante, debo advertirle que la falta de cooperación en este asunto no va a serle de ayuda. Y, finalmente… ¿ve esa cámara?

Audra asintió con la cabeza.

—Esa cámara está grabando el interrogatorio, y debo advertirle que compartiré todo lo que grabe con cuantos investigadores o agencias crea necesarios para avanzar en esta investigación. Señora Kinney, ¿comprende todo lo que acabo de decirle?

—Sí, señora —contestó Audra con un hilo de voz.

Mitchell señaló los grilletes en las muñecas de Audra.

—Agente, no creo que eso sea necesario.

El policía buscó la aprobación de Showalter, que asintió de inmediato. Sólo entonces abandonó su posición en la puerta, se acercó sacándose una llave del bolsillo, abrió las esposas y las dejó caer sobre la mesa.

—¿Es ésa la misma ropa que llevaba puesta cuando la arrestaron ayer? —preguntó Mitchell señalando con el bolígrafo.

—Sí —respondió Audra.

Mitchell cerró los ojos y exhaló un suspiro. Volvió a abrirlos y dijo:

—Deberían haberle quitado esas prendas: se consideran pruebas. En cuanto hayamos acabado aquí, le conseguiremos otra ropa para que se cambie. Bueno, ¿empezamos ya?

—Vale —contestó Audra.

Mitchell sonrió.

—¿Está cómoda? ¿Quiere un poco de agua?

Audra negó con la cabeza.

—Señora Kinney… Audra… ¿puedo llamarla Audra?

Ella asintió.

Mitchell inspiró, sonrió y preguntó:

—Audra, ¿qué hizo con sus hijos?

Audra sintió que la cabeza le daba vueltas y se le llenaba de lucecitas. Se agarró al borde de la mesa para no perder el equilibrio. Su boca se abrió y se cerró sin conseguir pronunciar palabra alguna.

—Audra, ¿dónde están?

«Tranquila», se dijo. «Razona con ella. Explícate.»

Todavía agarrada a la mesa, inspiró profundamente, llenándose los pulmones.

—Ellos se los llevaron.

—¿Quiénes?

—El sheriff y su ayudante; esa mujer… no me acuerdo cómo se llama —contestó Audra levantando la voz y señalando hacia la pared como si Whiteside estuviera al otro lado con la oreja pegada al hormigón.

—¿Se refiere al sheriff Whiteside y a la agente Collins?

—Sí, Collins, así se llama. —Audra fue consciente del tono de irritación de su voz, volvió a respirar y trató de suavizarlo—. La agente Collins se llevó a Sean y a Louise mientras yo estaba en el coche del sheriff esperando a la grúa.

—¿Está diciendo la verdad?

—Claro que sí: ellos se los llevaron.

—Ya veo —Mitchell esbozó una sonrisita amable—. El caso es, Audra, que el sheriff Whiteside no lo recuerda así. Me ha contado esta mañana que, cuando la detuvo en el arcén, no había ningún niño en su coche.

—Miente —soltó Audra clavándose las uñas en las palmas.

—Y la agente Collins sostiene que no estaba en las inmediaciones de la carretera del condado cuando el sheriff la detuvo. Dice que condujo hasta allí para ayudar a Whiteside a cachearla.

—Ella también miente, ¿es que no lo ve?

—También he hablado brevemente con un tal señor Emmet Calhoun, hará una media hora, y me ha asegurado que no había ningún crío cuando llegó para remolcar el coche. En su momento le pareció un poco raro, por la sillita de niño y una serie de cosas que vio ahí dentro. Según él, la única persona que estaba allí era usted: la vio en el asiento trasero del coche patrulla del sheriff Whiteside.

—¡Pero él llegó después! —exclamó Audra, tan alto que Showalter se encogió un poco—. Claro que no los vio, ¡llegó después de que se hubieran llevado a mis hijos!

Mitchell apoyó las palmas sobre la mesa y extendió los dedos como quien alisa una sábana.

—Audra, necesito que se tranquilice. Necesito que lo intente, hágame ese favor, ¿quiere? No puedo ayudarla a menos que se calme.

—Estoy tranquila —respondió Audra bajando la voz—. Estoy tranquila, pero quiero que me devuelvan a mis hijos. Ellos se los llevaron. ¿Por qué no están ustedes buscándolos?

Showalter habló por primera vez.

—Tenemos un helicóptero rastreando la zona de aquí a Scottsdale desde el amanecer. Mis colegas se han coordinado con los departamentos de policía y del sheriff de los condados vecinos para organizar partidas de búsqueda. No se preocupe, señora Kinney, hiciera lo que hiciese con esos críos, vamos a encontrarlos.

Audra dio una fuerte palmada en la mesa.

—¡Yo no hice nada con ellos! Son Whiteside y Collins quienes los tienen, por el amor de Dios… ¿por qué se niegan a escucharme?

Mitchell la miró a los ojos durante unos instantes y luego se volvió para coger el iPad que había dejado en la mesa. Introdujo una contraseña y la pantalla se iluminó.

—Audra, tengo que enseñarle algo.

Ella se apoyó en el respaldo de la silla con el miedo oprimiéndole el pecho.

Mitchell continuó:

—Unos agentes de la oficina de campo en Phoenix han llevado a cabo un registro preliminar de su coche, antes de que vaya a parar al depósito de la División Criminal para un análisis más exhaustivo. Han tomado unas cuantas fotografías. ¿Reconoce esto?

Abrió una imagen en la pantalla y le mostró el iPad para que pudiera verla. Audra reconoció la camiseta a rayas de Sean. Tenía una mancha de un marrón rojizo en la pechera.

—Espere, eso no…

Mitchell deslizó un dedo por la pantalla para reemplazar la imagen por otra.

—¿Y esto?

El interior del coche de Audra, el pie del asiento trasero, la parte de atrás del respaldo del asiento delantero, la puerta trasera del lado del acompañante. Mitchell iba indicando varios puntos en la imagen utilizando el bolígrafo.

—Yo diría que eso son manchas de sangre, ¿usted qué opina?

Audra negó con la cabeza.

—No, a Sean… le sangra mucho la nariz. Ayer mismo le pasó. Tuve que parar en el arcén y ayudarlo. Luego limpié un poco el coche, pero no pude hacerlo bien: no había tiempo, empezaba a oscurecer.

Mitchell volvió a deslizar el dedo. Otra imagen.

—Oh, Dios mío… —soltó Audra.

—Audra, dígame qué ve en esta foto.

—Los vaqueros de Louise —contestó ella. Se echó a temblar y volvieron a aflorar las lágrimas—. Ay, Dios… y sus braguitas.

—Estaban debajo del asiento trasero —explicó Mitchell—. Alguien los habrá metido allí, ¿no?

—¿Cómo…?

—Audra, ¿puede distinguir esto? —Mitchell apoyó la punta del bolígrafo en la imagen—. Los vaqueros se ven desgarrados y manchados de sangre. Y, aunque aún no lo sabemos a ciencia cierta, también tienen toda la pinta de estar húmedos de orina. ¿Hay algo que quiera contarnos al respecto?

Audra estudió la fotografía, los vaqueros, los tulipanes cosidos a modo de bolsillos.

—Louise los llevaba puestos.

—Su hija llevaba esos vaqueros —repitió Mitchell—. ¿Cuándo los llevaba puestos?

—Cuando ella se la llevó.

—¿Cuando quién se la llevó?

—La agente Collins. Cuando se llevó a mis hijos, Louise llevaba puestos esos pantalones. Pero no estaban rotos y no tenían sangre.

—Entonces ¿cómo acabaron estos vaqueros en su coche? Después de que se lo llevara la grúa, ¿cómo llegaron hasta allí?

Audra negó con la cabeza. Las lágrimas surcaron sus mejillas y cayeron, gruesas y pesadas, sobre la mesa.

—No lo sé, pero fueron el sheriff y su ayudante… Ellos se llevaron a mis hijos, ellos saben dónde están. Por favor, oblíguelos a decirlo.

Una idea brotó en su cabeza, tan clara y radiante que soltó un grito ahogado. Se llevó una mano a la boca.

Mitchell se reclinó en el asiento.

—¿Qué pasa?

—Las cámaras… —dijo Audra notando un burbujeo en la cabeza que la hizo marearse—. Los coches de policía, todos llevan cámaras, ¿no? Lo he visto en televisión… cuando paran a un vehículo lo graban todo, ¿no es así?

Mitchell esbozó una sonrisa triste.

—No, Audra, en el condado de Elder no es así: el coche patrulla de la agente Collins tiene casi quince años y nunca se le ha instalado una cámara. En cuanto a la que lleva el vehículo del sheriff Whiteside, dejó de funcionar hace tres años y nunca ha habido dinero suficiente en el presupuesto para arreglarla.

—¿Y un GPS, no tienen nada de ese estilo?

—No.

El peso de todo aquello volvió a caer sobre sus hombros: el miedo, la rabia, la impotencia… Cuando Mitchell empezó a hablar de nuevo, Audra se tapó los ojos con las manos.

—A ver, he tomado nota de lo que me ha dicho sobre el sheriff Whiteside y la agente Collins y voy a hablar con ellos al respecto, créame. Pero ahora mismo, incluso sin tener en cuenta los indicios que hemos encontrado en su coche, es su palabra contra la de ellos. Ya he hablado con

otras personas, por ejemplo la dueña de la cafetería en la que tomó algo ayer por la mañana. Me ha confirmado que Sean y Louise estaban con usted y, por lo que sé, ella es la última persona que los vio juntos. Asegura que usted parecía nerviosa.

—Claro que parecía nerviosa —dijo Audra a través de las manos—: trataba de huir de mi marido.

—También he hablado con él.

Las manos de Audra cayeron de su rostro.

—No, no me diga que… No tenga en cuenta nada de lo que le cuente: es un mentiroso.

—Aún no sabe qué me ha dicho.

—¡Es un mentiroso de mierda! —Audra volvió a alzar la voz—. No me importa qué le haya podido contar. Él está detrás de todo esto: ha comprado a Whiteside y a Collins para que me quitaran a mis hijos.

Durante unos segundos, Mitchell no dijo nada. Simplemente dejó que el silencio sofocara la ira de Audra.

—He hablado con Patrick Kinney esta mañana temprano mientras esperaba para embarcar en el aeropuerto de Los Ángeles en dirección a Phoenix. Me ha hablado de los problemas que tuvo usted en el pasado. Problemas con el alcohol, la cocaína…

—Lo de la cocaína fue hace mucho, antes de los niños, antes de Patrick incluso.

—Es posible, pero con el alcohol es distinto, ¿no? Y qué me dice de los fármacos de prescripción. Me ha contado que tres médicos le extendían recetas de estimulantes y tranquilizantes como si fueran caramelos, me ha contado que hubo un tiempo en que apenas podía reconocer a sus propios hijos.

Audra cerró los ojos y susurró:

—Maldito sea. Él ha hecho esto, sé que ha sido él.

—El señor Kinney me ha dicho que lleva intentando recuperar a sus hijos desde que usted se fue y se los llevó.

—Ahí lo tiene, ¿lo ve? —dijo Audra ignorando la expresión irritada de Mitchell—. Estaba intentando quitármelos. Le pagó al sheriff para…

—Déjeme acabar, Audra. Hace meses que los de Protección de Menores de Nueva York la amenazan con quitarle a los niños para devolvérselos a su padre. Por eso hizo las maletas a toda prisa y salió corriendo hace cuatro días, ¿no es así?

—No estaba dispuesta a permitir que él me quitara a mis…

—Cuénteme qué pasó, Audra. —Mitchell se inclinó sobre la mesa alargando las manos hacia ella y le habló en voz baja y con dulzura—. Yo misma tengo tres hijos y un ex marido. Tengo la suerte de poder contar con mi madre para ayudarme, pero aun así dan mucho trabajo. Criar hijos es duro, muy duro, y también estresante, ¿verdad? Pese a lo muchísimo que los quiero, cuando aprietan demasiado sólo soy capaz de aguantar hasta cierto punto. En mi opinión, deberían darles una medalla a todas las madres sólo por aguantar aunque sea un día con sus hijos…

Se inclinó aún más hacia Audra, clavándole sus grandes ojos castaños, y añadió con una voz grave y dulce como la miel:

—Así que cuénteme qué pasó. Llevaba conduciendo cuatro días seguidos, estaba cansada, asustada, el calor empezaba a volverla loca. Quizá Sean y Louise estaban fastidiando en el asiento trasero, ya sabe cómo son a veces los críos. Quizá no paraban de pedirle cosas que no

podían tener, pese a que ya les había dicho que no un centenar de veces. Quizá estaban gritando y llorando sin parar, cada vez más fuerte, y no había forma de hacerlos callar. ¿Hizo algo para remediarlo, Audra? ¿Se detuvo en algún lugar del desierto y los hizo callar a la fuerza? Quizá sólo pretendía reñirles, tal vez darles algún cachete en la pierna o en el brazo o quizá zarandearlos un poco, nada más. Sé que no quería ir más allá, yo misma he deseado zarandear un poco a mis hijos en montones de ocasiones, pero usted perdió el control por unos instantes, sólo durante una fracción de segundo, nada más, y la cosa se le fue de las manos. ¿Fue eso lo que ocurrió, Audra? Sé que eso la corroe por dentro: sólo tiene que contármelo, y podremos ir en su busca y todo esto habrá llegado a su fin. Cuéntemelo y ya está, Audra… ¿qué hizo? ¿Qué hizo con ellos?

Audra se quedó mirando a Mitchell. La rabia ardía en su pecho.

—¿Creen que les he hecho daño a mis hijos?

Mitchell parpadeó.

—No lo sé, ¿es así?

—Mi hijo y mi hija están solos en alguna parte y no están buscándolos porque creen que yo les he hecho daño.

La misma sonrisa dulce, la misma voz aterciopelada.

—¿Ha sido así?

Sin apenas ser consciente de ello, Audra vio cómo su mano derecha salía disparada hacia la agente y le propinaba un bofetón. Mitchell se encogió, con rabia en los ojos, y ella sintió que le escocía la mano.

Audra se levantó de golpe.

—¡Maldita sea, encuentre a mis hijos!

Ni siquiera vio cómo se le echaba encima el guardia, sólo notó su mole arremetiendo contra su cuerpo y el suelo que subía hasta ella. Dio con el pecho contra el linóleo, quedándose sin aire en los pulmones, y sintió cómo la rodilla del policía se hincaba en su espalda y cómo sus manos la agarraban de las muñecas para obligarla a poner los brazos atrás.

Audra mantuvo la mirada clavada en Mitchell, que estaba de pie ante la pared del fondo y respiraba con dificultad.

—Encuentre a mis hijos.

14

—¡Vaya! —soltó Whiteside apartando la mirada del alimentador de vídeo en la pantalla del portátil para centrarla en el joven agente del FBI que lo había instalado, para añadir luego, con ironía—: No ha estado mal.

El tipo del FBI (el agente especial Abrahms, si Whiteside recordaba bien) no dijo nada, se limitó a apretar unas cuantas teclas y a hacer aparecer y desaparecer ventanas en la pantalla.

Había instalado el portátil en el escritorio del fondo de la oficina de planta abierta, así que no sólo Whiteside estaba mirando la pantalla, sino también un puñado de polis estatales. Un par más hablaban por teléfono para organizar la operación de búsqueda. Ya habían colgado en la pared un mapa de Elder y los condados circundantes con una chincheta roja en el punto en que Whiteside había dado el alto a Audra Kinney y otras señalando los últimos movimientos de la sospechosa. Un cordel que iba de una a otra proporcionaba una idea aproximada de la ruta que había seguido esos últimos días. Aquella noche llegarían más federales y polis estatales al condado, y aún más a la mañana siguiente. El motel de Gutteridge estaba a reventar. Ya se hablaba de la posibilidad de trasladar toda la operación al edificio del ayuntamiento.

La agente Collins rondaba de aquí para allá por los escritorios de la comisaría, cruzando alguna que otra mirada con Whiteside. Un par de policías estatales trataron de ligar con ella y se vieron rechazados con bastante dureza.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y salió Audra Kinney con el policía de guardia sujetándola de un brazo con una de sus manazas y Showalter sujetándola del otro. El sheriff se levantó, fue hacia la pared del fondo y se apoyó en ella. Collins se acercó para ponerse a su lado.

Audra los vio y apretó los dientes con rabia. No dejó de clavarles la mirada mientras los dos agentes la llevaban de vuelta a la zona de detención.

—¡¿Dónde están mis hijos?! ¿Qué han hecho con ellos? ¿Cuánto les ha pagado mi marido? Digan la verdad, malditos cabrones. Confiesen dónde están mis hijos. ¿Me oyen? Si no lo hacen, les juro que voy a…

Su voz se apagó en un lamento amortiguado cuando la puerta se cerró tras ella.

—Mantén la sangre fría —dijo Whiteside lo bastante bajo para que sólo lo oyera Collins.

—Lo estoy intentando —respondió ella con voz temblorosa.

—Con intentarlo no basta. Si pierdes el control, estamos muertos.

—¿Cree que no lo sé?

—Recuerda lo que viene después —dijo el sheriff—, lo que podrás hacer con ese dinero.

—No me servirá de mucho si…

—Cállate.

Mitchell se acercaba a ellos con el iPad en una mano y el cuaderno y el bolígrafo en la otra. Su mirada fue de Whiteside a Collins y de nuevo al sheriff; su expresión era impenetrable. Entonces sonrió y dijo:

—Sheriff Whiteside, ¿tiene un minuto?

—Sí, por supuesto.

Dejó a Collins donde estaba y se dirigió hacia la puerta lateral de la comisaría con la agente Mitchell tras él. Cuando empujó hacia abajo la barra que abría la puerta, entró una bocanada de calor. Whiteside la sostuvo abierta para que la agente saliera y luego la cerró tras él. Una franja de sombra en ese lado del edificio los protegía del sol, pero el sheriff pareció acusar el peso del aire caliente. El resplandor metálico de la flota de coches patrulla de la policía estatal y de los monovolúmenes negros de los federales lo obligó a entornar los ojos.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Mitchell señalando hacia las montañas—. Esas vetas naranjas que parecen peldaños.

—Es una mina de cobre —contestó Whiteside—, aunque lleva tiempo cerrada. Era una mina a cielo abierto: todo el trabajo se hacía en la superficie. El color rojo es de la arcilla con la que cubrieron la tierra expuesta cuando la mina cerró. Se supone que sirve para proteger el medio ambiente: impide que, con la lluvia, se filtren ácidos y quién sabe cuántas cosas más en los acuíferos, aunque por aquí apenas llueve lo suficiente para mojar un pañuelo. El caso es que a ese procedimiento lo llaman «rehabilitación». ¿No le parece genial? Rehabilitaron la mina como si se tratara de un traficante recién salido de prisión.

Mitchell se protegió los ojos del resplandor mientras estudiaba la ladera.

—¿Qué ocurrió con la mina? ¿Por qué la cerraron?

—Dejó de ser rentable: no sacaban lo suficiente para compensar la inversión, de modo que ¡puf! Se acabó. Este pueblo vivía de esa mina. Todo el puñetero condado, de hecho. Lo crea o no, éste era antes un lugar de gente acomodada, un sitio donde un joven podía formar una familia con la certeza de que podría mantenerla. Aún queda un montón de cobre ahí arriba, pero los ejecutivos decidieron que salía más barato dejarlo en la tierra y se acabó lo que se daba. El mundo sigue necesitando cobre, lo necesita más que nunca para fabricar todos nuestros portátiles y teléfonos móviles y qué sé yo, pero lo quiere barato. Tarde o temprano, espere y verá, los tipos que manejan el dinero van a darse cuenta de que es más rentable traerse todo el cobre de China, como ya hicieron con el acero, y entonces el país entero se irá a la mierda. La cosa empieza en sitios como éste, pero no acaba aquí: los pueblos viven o mueren según lo que algún universitario imberbe de la Ivy League teclee en su calculadora o apunte en su hoja de cálculo. El cierre de esa mina fue una sentencia de muerte para nosotros. Los que estaban en condiciones de trabajar se marcharon hace mucho, los que quedan sobreviven con lo poco que les da la Seguridad Social y sólo están esperando a morirse, igual que Silver Water.

—Supongo que por eso no tiene dinero para arreglar la cámara de su patrulla —terció Mitchell.

Whiteside dejó escapar el aire de sus pulmones en una larga exhalación antes de volverse hacia ella.

—Agente especial Mitchell, ¿cuánto cobra usted?

Ella negó con la cabeza.

—No pienso responder a eso.

—Bueno, pues yo llevo cinco años seguidos con recortes de salario. O eso o perdía mi puesto, así me lo planteó el alcalde. Apuesto a que usted paga más en impuestos de lo que yo gano en total. El año pasado incluso renuncié voluntariamente a tres meses de sueldo para que hubiera dinero con que pagarle a la agente Collins: por ridícula que sea mi paga, la de ella es peor, y ella la necesita más que yo. Ahora mismo podría estar usted plantada en el pedazo de tierra más pobre de Estados Unidos, y yo dispongo de un presupuesto de alrededor de cuatro perras y un chicle para mantenerlo a salvo.

Mitchell apretó los labios y se quedó mirando durante unos segundos las montañas distantes. Luego dijo:

—Ya se imaginará que tengo que hacerle cierta pregunta.

Whiteside asintió.

—Sí, me lo imaginaba. Adelante, hágala.

—¿Hay algo de verdad en lo que ella dice? ¿Tuvieron usted o la agente Collins algún papel en la desaparición de los hijos de Audra Kinney?

Mitchell lo miró a los ojos y él le sostuvo la mirada.

—Usted ya sabe que no. Es una fantasía. Es posible que ella lo crea. A veces es más fácil inventar una historia que enfrentarse a la realidad.

—Es posible —concedió Mitchell—, pero tengo que investigar todas las posibilidades, le guste o no.

—No tengo nada que ocultar —respondió Whiteside.

—Estoy segura de que es así. Haré que el agente especial Abrahms envíe ese vídeo al analista de conducta de la oficina de campo, en Phoenix. No tardaremos en saber si esa mujer miente o no. Y haré que mi equipo lleve a cabo un registro minucioso del asiento trasero del coche patrulla de Collins. Si las acusaciones de Audra Kinney no son ciertas, no tienen de qué preocuparse, ¿no cree?

—En efecto —coincidió Whiteside—, no tengo de qué preocuparme.

Mitchell sonrió ligeramente, asintió y abrió la puerta. Entró en la comisaría y dejó que la puerta se cerrara sola.

Whiteside apoyó una mano en la pared para no caerse.

15

Audra habría gritado de haber tenido voz para hacerlo. Cada vez que lo intentaba, lo único que salía de sus labios era un susurro estrangulado. Recorría la celda de aquí para allá conteniéndose para no darse de cabezazos contra los barrotes.

Sentía una presión constante en el pecho y la angustia la acechaba por todas partes, amenazando con abatirse sobre ella y arrebatarle el control, de modo que decidió concentrarse en la rabia: la rabia le resultaba ahora más útil que el miedo.

Todos se habían negado a escucharla, todos, como si lo que les había dicho no contara para ellos. Cuando vio entrar a la agente Mitchell en la sala de interrogatorios, había tenido la certeza de que ella, por ser mujer, consideraría al menos que su historia podía ser cierta. Pero no, pese a no llevar uniforme, Mitchell no era más que otra poli, incapaz de ver más allá de lo que Whiteside les había puesto en las narices: no quería complicarse la vida.

Según el reloj de la pared, pasaron unos cuarenta y cinco minutos antes de que la agente especial Mitchell entrara con un envase de poliestireno en una mano, una bolsa de plástico en la otra y una gran bolsa de papel bajo el brazo. Audra siguió paseándose de aquí para allá mientras la agente se acercaba a la celda.

—¿Ha comido algo desde ayer?

Como si esas palabras lo hubieran despertado, el estómago de Audra soltó un largo y profundo rugido. Dejó de pasearse y se encogió cruzando los brazos para rodearse el vientre.

—Ya suponía que no —añadió Mitchell—. He conseguido esto en la cafetería que hay calle abajo. Huele bastante bien.

Dejó el envase en la mesa de la entrada junto con una servilleta y un tenedor de plástico y la bolsa de papel.

—Pero primero quiero esa ropa que lleva. Acabo de pasarme por la tienda de beneficencia y le he conseguido algunas cosas. He tenido que adivinar la talla, pero por el momento deberían servirle. No tenían ropa interior, de modo que he metido un par de prendas mías.

Mitchell abrió la puerta de la celda, la deslizó hacia un lado y le lanzó la bolsa de ropa, que aterrizó a sus pies. Ella no se movió ni hizo ningún ademán de cogerla.

—Necesito su ropa —insistió la agente—. No quisiera tener que pedirle a uno de esos polis estatales que la desnude a la fuerza. La cámara está apagada y yo me daré la vuelta.

Mitchell se volvió de espaldas y Audra abrió la bolsa y sacó una camisa y unos vaqueros. Encontró también un sujetador deportivo con pinta de ser más o menos de su talla, dos bragas y un único par de calcetines. Se desnudó y volvió a vestirse tan deprisa como pudo.

Luego entregó su ropa a la agente Mitchell, que la metió en la bolsa vacía y la dejó sobre la mesa. Entonces cogió el envase de poliestireno, el tenedor y la servilleta y los llevó hasta la celda. Audra no se movió.

—Vamos, necesita comer.

Audra se acercó y cogió el envase de las manos de la agente. Cuando lo abrió, el aroma a ternera, tomate y arroz fue una avalancha para sus sentidos. Su estómago volvió a rugir y su boca se llenó de saliva.

—Chili con carne —dijo Mitchell—. Curioso, ¿verdad? Cuanto más caluroso el lugar, más ardiente la comida. Lo lógico sería pensar que la gente querría algo más refrescante.

Audra retrocedió hasta el catre, se sentó y atacó la comida con el tenedor de plástico. No pudo evitar soltar un gemido de placer mientras masticaba.

—También le he traído esto —añadió Mitchell sacándose una pequeña botella de plástico de Coca-Cola del bolsillo de la chaqueta—. ¿Puedo entrar?

Audra asintió, mientras tragaba un bocado, como si ejerciera algún control sobre quién podía entrar o salir de aquella celda. La agente señaló la cámara en el rincón.

—No nos están vigilando, pero sé que no intentará ninguna estupidez.

—La apagaron anoche —explicó Audra.

La agente cruzó la celda, dejó la botella de Coca-Cola en el catre y se sentó junto a Audra.

—¿La apagaron?

—Whiteside y Collins. Entraron aquí durante la noche y me encañonaron con una pistola. Whiteside me la puso en la cabeza y apretó el gatillo. Creí que iba a morir.

—Ésa es una acusación muy grave —dijo Mitchell.

—Una acusación muy grave… —repitió Audra—. ¿Más grave que llevarse a mis hijos o menos?

Mitchell se inclinó hacia ella.

—Audra, tiene que entender en qué posición se encuentra. El sheriff Whiteside y la agente Collins cuentan con años de servicio público a sus espaldas y expedientes impecables. ¡El sheriff incluso es un héroe de guerra, por Dios! Prestó servicio en la Primera Guerra del Golfo, le dieron un par de medallas y todo eso. Usted, en cambio, es una antigua adicta que huye de Protección de Menores. ¿Qué valor cree que tiene su palabra contra la de ellos?

La carne y el arroz perdieron todo su sabor: se volvieron ceniza en su lengua. Dejó caer el tenedor en el envase, puso el recipiente sobre el catre y se limpió la boca con la servilleta.

—Tenga —dijo empujando la comida hacia Mitchell.

—Audra, quiero ofrecerle mi ayuda. No la rechace.

—¿Puedo hacer una llamada telefónica?

—No sé qué habrá visto en televisión, pero no crea que tiene derecho a…

—¿Puedo hacer una llamada?

Mitchell cerró los ojos, volvió a abrirlos y se levantó.

—De acuerdo.

Hurgó en el bolsillo de su chaqueta, sacó un teléfono móvil y tecleó una contraseña para desbloquearlo.

—Se da cuenta de que al otro lado de esa puerta hay diez o doce policías con la intención de

hacerla picadillo, ¿verdad?

—Sí —contestó Audra.

—Vale, pues actúe en consecuencia.

Audra se puso en pie, fue hasta el otro extremo de la celda y tecleó el único número que se le ocurrió. Hubo unos instantes de silencio, sólo roto por el ronroneo del tono de llamada, antes de que contestara una voz de mujer.

—¿Diga?

Audra abrió la boca, pero se encontró con que no salía nada de ella. Escuchó el siseo de la señal que llegaba desde California. «Yo debería estar allí ahora», se dijo. «Junto al mar, con Sean y Louise, y no atrapada aquí de esta manera.»

—¿Diga? ¿Quién llama, por favor? Si es un periodista, no quiero…

—¿Mel?

Hubo un instante de silencio:

—¿Audra? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. Cómo me alegra oír tu voz.

—Audra, ¿qué está pasando?

—Necesito ayuda.

—¿Sabe la policía que me estás llamando? ¿Llamas desde la cárcel?

—Ajá… —Se obligó a que su voz sonara alegre—. Ya lo sé, es una locura, ¿verdad? Yo en la cárcel… Mel, ¿puedes ayudarme?

—Madre mía, la prensa no ha parado de llamarme durante toda la mañana preguntando por ti. Sólo he contestado ahora porque esperaba que me llamaran del colegio de Suzie, ¿qué quieres?

—Quiero que me ayudes, Mel, estoy metida en un lío. No sé qué habrás visto en televisión, pero yo no fui. El sheriff me ha tendido una trampa. Él y su ayudante, ellos tienen a mis hijos. Creo que, si pudiera conseguir a alguien, un detective privado o algo así, tal vez podría ayudarme. Si tuviera dinero para pagarlo, yo misma contrataría a uno. Pero no lo tengo, Mel. Y tampoco a nadie más a quien acudir. ¿Puedes ayudarme?

Audra oyó la respiración de su amiga: inhalaba, exhalaba; inhalaba, exhalaba… Mitchell, con rostro inexpresivo, no le quitaba los ojos de encima.

—Quieres dinero —dijo Mel.

—Sí —contestó Audra—, ¿puedes ayudarme?

—Lamento haberte conocido —soltó Mel—. No vuelvas a llamarme.

Un clic, seguido de una serie de pitidos.

Audra se quedó mirando el teléfono. Tuvo ganas de estrellarlo contra la pared. Tuvo ganas de destrozarse la cara con él, pero se tragó la rabia e impidió que su energía destructiva saliera al mundo. Ya había hecho eso demasiadas veces en su vida y nunca resolvía nada. Aferró con fuerza el teléfono con ambas manos y se obligó a pensar.

¿A quién más podía recurrir?

Sus padres habían muerto hacía mucho. Su único hermano, que vivía en Seattle, se ganaba la vida a duras penas como músico. Aunque hubieran tenido alguna clase de relación, un dólar no le duraba más rato en el bolsillo del que invertía en llegar andando al bar más cercano.

¿Quién, entonces?

—¿Ya ha acabado? —quiso saber Mitchell.

—Espere.

Cerró los ojos con fuerza, intentando pensar en alguien. Quien fuera. Sólo acudía un nombre a su cabeza, y no estaba dispuesta a marcar ese número, no lo haría aunque su vida dependiera de ello.

—¿No quiere llamar a su marido? —preguntó Mitchell como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿De qué iba a servirme eso?

—Es el padre de sus hijos.

—Cierto. Es mi marido y el padre de mis hijos, y también la clase de hombre que le pagaría a alguien para que se llevara a los niños sólo para conseguir que me venga abajo. Lleva un año y medio tratando de aplastarme, no voy a permitírselo ahora.

Se rindió, fue de nuevo hasta el catre y le devolvió el móvil a la agente Mitchell.

—Tiene mucho en que pensar —dijo poniéndose en pie.

Audra no contestó. Se sentó en el catre y hundió la cabeza entre las manos mientras Mitchell salía de la celda y cerraba la puerta tras ella.

Los recuerdos la arrastraron como un río fluyendo sobre un lecho de roca, llevándosela lejos.

Los primeros meses de su matrimonio con Patrick habían ido bien. Se casaron en el ayuntamiento, con sólo unos pocos invitados. Al principio, la madre de Patrick se llevó un disgusto, incluso llegó a utilizar la expresión «boda de penalti», pero la idea de tener un nieto acabó conquistándola, y cuando Margaret estaba contenta, Patrick estaba contento, o al menos tan contento como era posible tratándose de él. Para entonces, Audra se había acostumbrado a sus críticas constantes como quien se acostumbra a un dolor de muelas o a una articulación con artrosis. Pero con el embarazo su empeño en criticar se transformó en una insistente preocupación por la vida que ella llevaba en su seno. De repente, su piso de dos dormitorios y dos baños en el Village ya no servía. La madre de Patrick insistió en que se mudaran más cerca de ellos, en el Upper West Side.

—Pero no podemos permitírnoslo —había protestado Audra.

—Vosotros quizá no —fue la respuesta de Margaret—, pero yo sí.

Fue entonces cuando Audra se enteró de que el estilo de vida de Patrick dependía más de la indulgencia de su madre que de su empleo en Wall Street. No era que le faltara el dinero: desde cualquier punto de vista era un hombre rico, pero no tanto como la gente que vivía en el Upper West Side. Así pues, cuando Audra estaba embarazada de cinco meses se mudaron a un piso de tres dormitorios y dos baños en una de las calles por encima de la Ochenta Oeste. A diferencia del de su suegra, no tenía vistas al parque, aunque por supuesto superaba todas las expectativas que Audra hubiera tenido nunca.

Pero incluso con todo aquel espacio seguía sin haber una habitación en la que ella pudiera pintar. Mientras la madre de Patrick elegía revestimientos para las paredes y moquetas y contrataba a los mejores profesionales para llevar a cabo las obras, Audra movía su caballete de rincón en rincón procurando no derramar un amarillo ocre o un siena tostado, no dejar un pincel demasiado cerca de una cortina ni volcar una lata llena de aguarrás o de aceite de linaza.

Algunos días ni siquiera pintaba: el olor le daba náuseas y el bebé la incomodaba cuando se

sentaba a trabajar. Esos días se convirtieron poco a poco en la mayoría, y para cuando Sean nació, llevaba semanas sin tocar un pincel.

Al volver la vista atrás, recordaba aquella primera semana con su bebé recién nacido con absoluta claridad. Había querido darle el pecho a pesar de que a la madre de Patrick le parecía una tontería (si su hijo había salido adelante perfectamente con un biberón, sin duda su nieto también lo haría), pero Audra había insistido y, por supuesto, aquel asunto no dependía de la vieja arpía. Había invertido semanas en leer sobre el tema y en ver vídeos en YouTube, entonces una novedad en internet, embelesada por la simple belleza de aquel acto. Según averiguó, podía resultar difícil al principio, pero no debía preocuparse porque el bebé no tardaría en pillarle el truco.

El pequeño Sean, sin embargo, no parecía pillarle el truco y, cuando por fin lo conseguía, a ella le dolía tanto que se le saltaban las lágrimas. Y cómo lloraba él: el hambre hacía que su llanto sonara como una motosierra a máxima potencia. Nada de biberones, decían todos: aunque Audra se sacara la leche, el biberón echaría por tierra cualquier posibilidad de amamantarlo. De modo que había sostenido derecho a Sean sobre una rodilla para verterle la leche en la boca con una tacita diminuta. Audra contenía las lágrimas cuando veía que la mayor parte del alimento que tan terribles dolores le había costado extraerse se derramaba por la barbilla y el pecho de su hijo, que seguía llorando ante la expresión severa e implacable de Patrick y Margaret.

La cosa duró casi una semana. El médico pesó a Sean y afirmó no estar preocupado porque no hubiera ganado peso, asegurando que no tardarían en resolver lo de darle el pecho. Pero la madre de Patrick no quería ni oír hablar del tema.

—Estás matando de hambre a mi nieto —le dijo Margaret la sexta noche, cuando Audra cogía de la nevera un vaso de la leche que se había sacado.

—No, no es así.

El cansancio hacía que su cerebro le pareciera una ciénaga densa y pesada en el interior del cráneo. Todavía le ardía y molestaba la entrepierna, aunque el desgarro no había sido muy grande y las pérdidas de sangre habían disminuido en las últimas veinticuatro horas. Sin embargo, aún notaba el abdomen como si lo hubieran utilizado de saco de boxeo o la hubieran vuelto del revés, y la permanente irritación de sus pezones hacía que le dolieran los pechos, que cada vez estaban más duros y grandes. Hasta el más minúsculo movimiento parecía requerir un esfuerzo agotador, pero Audra seguía adelante.

—Por el amor de Dios, ¿acaso no lo oyes? —Margaret señaló la puerta, a través de la cual llegaban los alaridos de Sean—. Dale un biberón y acaba de una vez con esto.

—No —contestó Audra—, quiero seguir intentándolo. El médico ha dicho que…

—Me da igual lo que haya dicho el médico: sé reconocer el llanto de un niño que sufre.

Audra cerró la nevera de un portazo.

—¿Crees que yo no lo oigo? —Intentó no levantar la voz, pero no pudo evitarlo—. ¿Crees que ese llanto no me taladra la cabeza noche y día?

Margaret la fulminó con la mirada durante largos segundos y luego dijo:

—Por favor, no me levantes la voz.

—Entonces no me digas cómo tengo que alimentar a mi bebé.

Margaret abrió mucho los ojos, salió de la cocina pisando fuerte y cerró la puerta tras ella. Audra maldijo por lo bajo y vertió un poco de leche en la tacita que usaba para alimentar al niño.

La metió unos segundos en el microondas y se la llevó a la sala de estar, donde Patrick la esperaba con las manos en los bolsillos. Sean seguía dando alaridos en el moisés.

—Pensaba que lo habrías cogido en brazos —le dijo ella—: necesita consuelo.

—¿Qué le has dicho a mi madre? —quiso saber Patrick.

—Le he dicho que se largara. No con esas palabras, pero es lo que le he dado a entender.

Audra dejó la taza con la leche caliente sobre la mesa de centro y cogió un paño de muselina de los que había doblados en un montón. Lo agitó para abrirlo y se lo puso en el brazo.

—Está muy molesta —dijo Patrick.

—Me importa una…

Sin que ella pudiera esperarlo, Patrick le dio un sonoro bofetón y Audra sintió una ardiente bola de dolor hinchándose en la cara interior de su mejilla. Se tambaleó hacia atrás, con la visión borrosa, y apoyó la mano en el brazo del sofá para mantenerse en pie.

Patrick se quedó inmóvil ante ella, parpadeando y con la boca crispada.

—Lo siento… —dijo sin mover apenas los labios—. Ha sido sin querer… no era mi intención hacer eso, quiero decir. Por favor, no te enfades.

Audra esperó a que las oleadas de mareo remitieran y luego dijo:

—Tengo que darle la leche al bebé.

—Claro —contestó Patrick, que se dio la vuelta y salió de la habitación con las manos de nuevo en los bolsillos y la mirada clavada en la moqueta.

Audra se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Luego fue hasta el moisés y cogió a Sean. Era tan pequeño, tan delicado… como una rosa a la que se le caerían los pétalos si le soplaras con demasiada fuerza. Su llanto se volvió más quedo cuando acurrucó su carita en el cuello de su madre.

«Prueba otra vez», se dijo Audra.

Fue con él hasta el sofá y se tendió de lado, se abrió la bata y guió la boca del bebé hasta su pecho. El crío se retorció, pataleando con sus diminutos pies contra su vientre. Audra le puso el pezón en el labio superior y él abrió de inmediato la boquita.

«Por favor, Dios. Esta vez sí, por favor…»

Los labios del bebé se cerraron en torno a su pezón.

«Ay, Dios mío, por favor…»

No notó dolor. Sí cierta presión, pero no el dolor intenso que había sentido en otras ocasiones. Observó cómo se movían los labios del pequeño al succionar y cómo sus pequeñas mejillas se llenaban. Luego, el bebé hizo una pausa, y entonces tragó.

—Sí —susurró Audra—. Eso es, jovencito, así se hace.

Las lágrimas le surcaban las mejillas y caían en el pelo del niño.

—Buen chico.

Durante la hora siguiente, Sean mamó hasta saciarse. No paró ni siquiera cuando Audra se lo puso en el otro pecho. Ella soltaba risitas de alegría, olvidando la huella caliente dejada por la mano de su marido.

Cuando Sean acabó de mamar, casi desfallecido por el atracón, Audra vertió la leche de la tacita en el fregadero de la cocina y llevó a su hijo al dormitorio. Lo envolvió en un pañal limpio y el niño apenas se movió cuando lo dejó en la cuna, junto a su cama. Entonces Audra se abandonó entre las sábanas y dejó que la almohada le ciñera la cabeza en su fresco abrazo. Cerró

los ojos y no volvió a ser consciente de nada hasta que la luz del sol que entraba a través de la ventana del dormitorio le rozó la mejilla.

Se incorporó en la cama y desenredó las piernas de las sábanas. Echó un vistazo al reloj sobre la mesita de noche: eran poco más de las seis de la mañana. ¿Cuánto tiempo había dormido? Siete horas por lo menos. Tendió una mano hacia la cuna, se asomó al interior y la encontró vacía.

—¿Sean?

Había sentido miedo antes en su vida: en las ocasiones en las que se escondía de su padre y oía sus duras pisadas en la escalera cuando él subía en su busca cinturón en mano, o aquella vez que se había quedado atrapada en lo alto de uno de los juegos del parque, sin atreverse a bajar y sin nadie cerca para ayudarla. Pero lo que sentía ahora era muy distinto… Lo que sentía ahora era como una fría daga clavada en el corazón y retorciéndose.

Apartó las sábanas y echó a correr hacia la puerta. Salió del dormitorio al pasillo y, entre el ruido de sus pies descalzos golpeando los tablones barnizados del suelo, empezó a llamar a gritos a su hijo.

Margaret y Patrick alzaron la vista hacia ella cuando irrumpió en la sala de estar. Sonreían, ¿por qué?

Entonces vio a Sean en los brazos de Margaret… con la tetina de un biberón en la boca. Los carrillos se le hinchaban al succionar y exhalaba aire por la nariz después de cada trago.

—¿Qué es eso? —preguntó Audra, señalando el biberón.

—Leche adaptada para bebé —contestó Margaret con una sonrisa aún más amplia—. Mira cómo se la toma, ¡qué hambre tiene este crío!

—Mamá la ha traído esta noche —dijo Patrick, como si eso supusiera una generosidad tremenda por su parte—. Es su segunda toma. Se la zampa que da gusto.

—No podía soportar oírlo llorar de esa forma —explicó Margaret—, sobre todo cuando tenemos una farmacia de la cadena Duane Reade a la vuelta de la esquina. ¿Sabías que ahora puedes comprarla preparada y en tetrabrik, como si fuera zumo de naranja?

Audra se llevó una mano al pecho: aún podía sentir ahí la calidez del contacto de su hijo.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó.

—No ha sido ninguna molestia —contestó Margaret—. Como te decía, la farmacia está aquí mismo. Y es muy fácil de preparar: sólo tienes que meter el biberón en el microondas y…

—¡¿Por qué has hecho esto?!

Sean se estremeció al oírla gritar. Las sonrisas se esfumaron de las caras de Patrick y Margaret. Se la quedaron mirando.

—Quiero alimentarlo yo.

—Si tanto significa para ti… —Margaret sacó el biberón de la boca de Sean y se lo tendió—. Toma, adelante.

—¡No! —Audra se agarró los pechos—. ¡Quiero darle de mamar!

Las comisuras de los labios de Margaret se curvaron en un gesto de desagrado.

—La verdad, no veo qué tiene de malo el…

—Dame al niño —exigió Audra cruzando la habitación con las manos extendidas.

Margaret se puso en pie.

—Muy bien. Pero no lo olvides: la salud de tu hijo es más importante que tu orgullo.

Audra le arrancó a Sean de los brazos y lo apretó contra su pecho; el niño empezó a resoplar y lloriquear.

—Ahora me gustaría que te fueras —soltó.

Patrick se levantó como un resorte del sofá, dispuesto a replicar, pero Margaret lo silenció con un ademán.

—No pasa nada, cariño, es lógico que tenga las emociones a flor de piel. Las primeras semanas son siempre las más duras.

Cuando su suegra se dirigía hacia la puerta que daba al pasillo, Audra añadió:

—Creo que hay algo que debes saber.

Margaret se detuvo y se volvió hacia ella enarcando una ceja.

—Anoche, tu hijo me pegó.

La mujer se volvió entonces hacia Patrick, que se miró los pies.

—También es duro para el padre, pero no debería haber hecho eso. Aunque supongo que te lo merecías.

Margaret salió del apartamento y el silencio reinó a su espalda hasta que Patrick habló con una voz vacilante y llorosa.

—No vuelvas a hacer nunca más una cosa así —susurró.

—¿O qué?

—Lo que pasa entre nosotros queda entre nosotros.

—Voy a acostar a Sean para que duerma un poco —le respondió Audra—. Me daré una ducha y luego haré las maletas.

—No tienes adónde ir —terció Patrick.

—Tengo amigos.

—¿Qué amigos? ¿Cuándo fue la última vez que viste a uno de esos gilipollas que se las dan de artistas?

—No hables así de ellos.

Sean se revolvió en sus brazos, inquieto ante su ira creciente.

—Como quieras, pero dime: ¿cuándo viste a alguno de tus amigos por última vez?

Como no se le ocurría una respuesta a esa pregunta, Audra se dio la vuelta, entró en el dormitorio y cerró la puerta. Le puso un pañal limpio a Sean y se dirigió al cuarto de baño del dormitorio. Se dio una ducha y sus lágrimas se mezclaron con el agua caliente y fluyeron hacia el desagüe. Notó una sensación de frío en las entrañas al aceptar que Patrick estaba en lo cierto: no tenía adonde ir. Mientras habían sido novios, él nunca había querido frecuentar a sus amigos y Audra se había ido alejando de ellos. Había salido silenciosamente de su órbita para internarse en la de Patrick.

Luego se secó, se envolvió en el albornoz y se tendió en la cama para observar a Sean a través de los barrotes de la cuna. Escuchó su respiración y se dejó llevar por ella.

Varias horas más tarde, el bebé se despertó, de nuevo hambriento. Audra lo sacó de la cuna y volvió con él a la cama, donde trató de darle el pecho otra vez.

Se negó a mamar y ella derramó amargas lágrimas de derrota.

Aun así, lo intentó varias veces más durante el día y el crío siguió retorciéndose, inquieto, negándose a aferrar el pezón con sus labios. Volvieron aquellos alaridos que parecían taladrarle

la cabeza. Las tacitas de leche que se había sacado no lo satisfacían y además la mayor parte se derramaba y desperdiciaba. De vez en cuando vislumbraba a Patrick observándola en silencio. Sabía perfectamente qué era lo que estaba esperando.

A las diez en punto de aquella noche, veinticuatro horas después de la primera y última vez que Sean mamaría de su pecho, Audra fue hasta el armario junto a la nevera y sacó uno de los pequeños tetrabriks de leche adaptada. Era tan fácil como había dicho Margaret: sólo había que verterla en el biberón y calentarla en el microondas, así de simple.

Se sentó en el sofá, con Sean zampándose el biberón y sintió un gran vacío en su interior. Entonces Patrick se le acercó y se sentó a su lado. Le rodeó los hombros con un brazo y le besó el cabello.

—Esto es lo mejor —dijo—, para ti y para él.

A Audra ya no le quedaban fuerzas para discutir.

16

Danny Lee veía las noticias mientras hacía gimnasia en su sala de estar. Levantaba un par de pesas de diez kilos de los muslos a los hombros y volvía a bajarlas, controlando la respiración, sin precipitarse ni en la subida ni en el descenso, haciendo trabajar los bíceps. Series de diez repeticiones, treinta segundos entre una serie y la siguiente.

Emitían la imagen de aquella mujer abalanzándose contra el sheriff una y otra vez. No había surgido nada nuevo en toda la tarde, pero él seguía mirando.

Pasó a hacer levantamientos laterales, ahora con pesas de seis kilos. Un mechón de pelo empapado en sudor le cayó sobre los ojos y sacudió la cabeza para apartarlo. En las noticias, un detective de la División de Investigación Criminal del Departamento de Seguridad Pública de Arizona hablaba de partidas de búsqueda y batidas aéreas. El televisor pasó entonces a mostrar la imagen de un helicóptero de la policía describiendo círculos sobre una carretera desierta y luego a varios equipos de hombres de uniforme rebuscando entre matorrales, piedras y cactus, y a dos agentes encorvados sobre un mapa que se había extendido en el capó de un coche patrulla.

Enseguida apareció una fotografía de la mujer, tomada del archivo policial: su rostro traslucía miedo y desconcierto. Según explicó el presentador, tenía un largo historial de adicciones: alcohol, drogas con receta… y dos años atrás había sufrido una sobredosis. Aquello había destrozado su matrimonio, y últimamente había tenido encima a los de Protección de Menores, que trataban de quitarle la custodia de los niños para dársela al padre, así que había metido a los críos en el coche y se había largado. Cuatro días después, había aparecido en Arizona.

Pero los niños ya no estaban con ella.

Entonces mostraron una fotografía de los pequeños. Había sido hecha dos años atrás, y ambos sonreían de oreja a oreja entre montones de papel de envolver roto y juguetes navideños. Luego el presentador, dirigiéndose a la cámara, dijo que la búsqueda de Sean y Louise Kinney seguía en marcha para intentar encontrarlos antes de que fuera demasiado tarde. No consiguió disimular cierto tono dramático que apuntaba a que ya era demasiado tarde y no había esperanzas de encontrar con vida a aquellos niños.

Danny dejó las pesas en el suelo, desentumeció los hombros y se masajeó los músculos con los nudillos. Cerró los ojos durante unos instantes para saborear el hormigueo de cansancio que recorría sus brazos y su espalda y el torrente de oxígeno que le entraba al inspirar por la nariz y espirar por la boca.

El rostro de Mya resplandeció en sus pensamientos.

Ya hacía cinco años que la había perdido, seis semanas después que a Sara. Mya sencillamente no había podido soportarlo. Danny había tratado de mantenerse entero por ella, era

lo único que podía hacer. Pero, cerca del final, Mya no hacía sino preguntarle una y otra vez si la creía.

¿Creía que aquellos policías se habían llevado a Sara?

Claro que sí, por supuesto que la creía.

Pero ella debió de haber visto algo en sus ojos, alguna sombra de duda. ¿Acaso no se había hecho él aquella pregunta algunas noches? ¿Y si la policía tenía razón? ¿Y si Mya mentía? ¿Y si los polis y los federales tenían razón, y de verdad había hecho aquella cosa horrible?

Cuando Mya se suicidó, los polis dejaron de buscar a Sara, pero Danny no. Aunque toda lógica indicaba que muy probablemente estaría muerta, tenía que continuar buscándola hasta que no quedara rastro alguno que seguir. Por poco sentido que tuviera, incluso ahora conservaba una chispa de esperanza en su interior, como una vela que se negara a apagarse: quizá Sara estuviera viva, en alguna parte…

Era poco probable, pero no imposible.

Y ahora había aparecido esa mujer en Arizona. Le recordaba a Mya… Ambas eran blancas, por supuesto, pero había algo más: un ligero parecido en los pómulos, en la línea marcada de la mandíbula, en la curva de los labios…

—¿Te han arrebatado a tus hijos? —preguntó Danny a la sala de estar desierta.

Se regañó por hablar solo como un chiflado, apuró la botella de agua que había en la mesita y apagó el televisor. Diez minutos después estaba metiéndose en su cama fría y vacía. Mya nunca había dormido allí. Cuando murió, Danny se sintió incapaz de dormir en la misma cama que habían compartido y la había cambiado por otra. Aun así, echaba de menos el leve ronroneo de la respiración de su mujer, la forma de su cuerpo, hecho un ovillo bajo las sábanas, cómo lo miraba con la cara apoyada en las manos…

Mya lo había salvado, eso era indudable. De no haber sido por ella, habría acabado entre rejas; quizá habría sido un tipo importante en la cárcel, pero estaría entre rejas al fin y al cabo. Ella sabía que lo llamaban Danny *el Cuchillo*, pero nunca le preguntó por qué y él nunca se lo contó.

Danny había sido captado por la Tríada a los quince años. Panza de Cerdo había respondido por él y lo acogió bajo su ala. A los dieciséis, vivía en un apartamento a unos metros de Stockton Street con otros cinco jóvenes con más rabia que cerebro. Recaudaban unas cuantas deudas aquí, vendían unas cuantas papelas allá… A los diecinueve, trabajaba en la entrada de un burdel asegurándose de que los borrachos se quedaban fuera y los puteros tenían la pasta en efectivo para pagar por sus placeres, asegurándose de que ningún hombre abofeteara a las chicas con excepción de sus dueños, los chulos.

Fue allí donde llamó la atención de Cabeza de Dragón. Un marinero borracho con el uniforme de faena de la Armada entró cuando Danny se había tomado un descanso para echar una meada, y quien fuera que vigilara la puerta no tuvo valor para impedirle el paso. El marinero le había roto la nariz a una chica y se negaba a marcharse. Danny salió del servicio, agarró al tipo y lo arrojó escaleras abajo. Ya en la calle, sacó el cuchillo y empezó a darle cuchilladas hasta que apareció Panza de Cerdo y le dijo que parara. Freddie se encargó de llevarse al maltrecho marinero y dejarlo tirado en un muelle. Danny nunca supo si había sobrevivido o no. En todo caso, no sería el último hombre al que mataría.

Danny nunca ascendería mucho: por listo que fuera, era demasiado útil en las calles. Se las apañaba demasiado bien con el cuchillo. Machacó a un montón de gente.

Hasta que conoció a Mya.

La primera vez que la vio, estaba sentada en la mesa de al lado mientras él comía con Panza de Cerdo y sus amigos en el restaurante que había bajo el burdel. Todo el mundo se burló cuando aquella chica blanca se levantó de su mesa para acercarse a la de ellos y, en el cantonés más musical que Danny había oído nunca, les espetó:

—Deberíais vigilar ese lenguaje vuestro, sobre todo en público. ¿Qué pensarían vuestras madres si os oyeran?

Mya volvió con su amiga aparentemente derrotada, luego la cogió del brazo y la guió hasta la barra, donde habló con el cajero antes de marcharse.

Cuando llegó la cuenta a la mesa de Danny, Panza de Cerdo la sostuvo en alto con el brazo estirado.

—¡Se han equivocado! —gritó—. ¿Quién se ha tomado esto?

La cuenta circuló por la mesa sin que nadie acertara a responder.

Pero Danny sabía perfectamente qué había ocurrido. Para cuando Panza de Cerdo llamó de nuevo al camarero, él ya estaba partiéndose de risa.

—Esa señorita —explicó el camarero— ha dicho que ustedes se habían ofrecido a pagar su cena.

Por unos instantes, Panza de Cerdo se quedó callado e inmóvil, con los ojos echando chispas, hasta que echó atrás la cabeza y soltó una risotada que hizo temblar su barriga.

Danny tardó una semana en encontrarla y una semana más en convencerla de que saliera con él. Dos semanas después se había enamorado perdidamente de ella, y supo que nunca volvería a ser capaz ni de respirar sin su aprobación.

Mya daba clases a media jornada en el Departamento de Estudios Asiáticos de la Universidad de San Francisco mientras preparaba el doctorado. Había pasado casi toda su infancia en Hong Kong, donde su padre, banquero, había tenido su centro de operaciones hasta que regresó a Estados Unidos recién diagnosticado del cáncer que acabaría con su dinero y con su vida. Ella hablaba con fluidez el cantonés, tenía un buen nivel de mandarín y nociones de coreano y japonés. Los amigos de Danny creían al principio que era una simple turista atraída por el exotismo del chico duro que podía exhibir como un trofeo ante los otros blancos, y así se lo habían advertido.

Pero ellos se equivocaban, Danny lo sabía con absoluta certeza. El día en que se casaron, Mya se convirtió en la primera persona que lo llamaba por su nombre chino desde que lo hiciera su madre en el lecho de muerte: Lee Kai Lum.

Fue Mya quien lo devolvió al buen camino, quien lo animó a utilizar sus contactos para ayudar a los chavales a salir de las pandillas y a colaborar con la policía y la comunidad para convertir su barrio en un lugar mejor de lo que era, no peor.

Danny le propuso matrimonio el día que Mya le dijo que estaba embarazada y le contó que le había dado muchas vueltas y había estado a punto de decidirse a abortar antes de aceptar que podía ser madre. Danny le juró que nunca la abandonaría, que la vida que llevaba dentro, aunque sólo fuera un puñado de células, formaba parte de él también y que, por tanto, él formaba parte de Mya. Les gustara o no, estaban unidos para siempre, ¿por qué no hacerlo realidad?

Cuando aquellos polis pararon a Mya en una carretera solitaria y le arrebataron a Sara fue como si le hubiesen pegado un tiro en la cabeza. La mataron entonces, aunque siguiera viviendo

durante las seis semanas que tardó en rendirse. Y ni siquiera su muerte, ni la de Sara, consiguieron romper el vínculo que había entre ellos. Lentamente y sin cesar, Mya había estado tirando de él hacia su tumba.

Pero aún tenía asuntos que resolver.

Cada aliento le parecía una deuda con ella, como si los cinco años que habían pasado hubieran sido un simple préstamo. ¡Dios, cuánto las echaba de menos! Era como si su mujer y su hija fueran huesos que le hubieran arrancado del cuerpo, sobre todo en noches como aquélla, cuando lo único que tenía eran los fantasmas en su cabeza.

Sin saber cómo, en algún momento de la hora siguiente el sueño se apoderó de él y se lo tragó entero. Lo acosaron pesadillas sangrientas, como siempre, pero en esa ocasión había rostros nuevos entre los habituales: dos niños y su madre. Todas las cosas que no podía cambiar, que no podía alcanzar, estaban ahí; aunque quizá si se esforzara lo suficiente, si sangrara lo suficiente, podría llegar a apresarlas.

Despertó sobresaltado en la oscuridad, con el corazón a cien por hora y los pulmones a punto de estallar. Sus nervios parecían rezumar electricidad, como si fueran cables de cobre. Consultó el reloj: era poco más de medianoche.

Cuando su corazón se apaciguó y él volvió a respirar normalmente, apartó las sábanas y se levantó de la cama. En ropa interior, salió del dormitorio y bajó por la escalera. Cuando llegó al piso de abajo, se preguntó para qué había bajado hasta allí.

—Tengo sed —dijo en voz alta.

Se pasó el dorso de la mano por la boca y pensó: «Sí, tengo sed.» Se acordó del envase casi lleno de zumo de naranja que tenía en la nevera y cruzó sin hacer ruido la sala de estar hasta llegar a la cocina. Cogió un vaso del armario y se sirvió generosamente. Apuró la mitad de un solo trago, cerró la nevera y se dio la vuelta.

Su ordenador portátil estaba sobre la mesa, cerrado.

Sin pensarlo dos veces, se sentó, dejó el vaso a un lado y abrió la tapa. Cuando la pantalla se iluminó, introdujo su contraseña. El navegador se abrió por la página principal de Google.

Tecleó: «Vuelos San Francisco Phoenix.»

—Vaya… —susurró cuando una lista de páginas de viajes y tarifas de billetes llenó la pantalla—, así que esto es lo que voy a hacer.

17

La noche se le estaba haciendo muy larga a Sean. Si es que aún era de noche. La temperatura había bajado, ya no hacía fresco, sino frío, y en la quietud del exterior reinaba un silencio más profundo. Louise llevaba gran parte del día y de la noche durmiendo a intervalos, y su frente estaba caliente al tacto pese a que temblaba y se quejaba de que tenía frío.

Sean era consciente de que su hermana estaba enferma, pero no sabía qué hacer. Tendría que pedirle algún medicamento a la agente Collins cuando volviera…

Si es que volvía.

No había vuelto por allí desde aquella mañana, cuando les trajo más sándwiches, patatas fritas y fruta. Sean se había zampado dos plátanos y un buen puñado de patatas, Louise le había dado un mordisco a una manzana y desde entonces no había comido nada.

—¿Cuándo podremos irnos de aquí? —había preguntado Sean.

—Mañana, tal vez —fue la respuesta de Collins—, o pasado mañana como muy tarde.

—La policía estará siguiendo nuestro rastro —dijo Sean—. Habrá partidas de búsqueda. Así que no creo que vayan a movernos de aquí hasta que se sientan seguros, hasta que crean que no van a pillarlos.

Collins sonrió.

—Eres un chico listo. Yo también tengo un hijo, ¿sabes? Un año menor que tú, más o menos.

—¿Cómo se llama?

Collins vaciló, pero finalmente decidió contestar:

—Michael. Mikey, en realidad.

—¿Y cómo es?

La expresión en los ojos de la agente se volvió distante.

—Listo, como te decía, y divertido.

—¿Y tiene padre?

Ella negó con la cabeza.

—Ya no está con nosotros. Si te soy franca, era un poco gilipollas.

—El mío tampoco está con nosotros —explicó Sean—, supongo que también es un gilipollas.

—No deberías usar palabras como ésa.

Sean ignoró la regañina.

—¿Qué le gusta hacer a Mikey? ¿Practica algún deporte?

—No —contestó Collins—. Se enferma muy a menudo. Tiene un problema de corazón y eso

implica que no puede hacer ese tipo de cosas. Pasa mucho tiempo en cama y tiene que tomar muchas medicinas, así que casi siempre está leyendo libros de historietas, cómics y esa clase de cosas.

—Yo también —repuso Sean—. No me refiero a lo de quedarme en la cama, sino a los cómics. Me encantan. A lo mejor podría conocer a Mikey, quizá podríamos ser amigos…

De repente, Collins reaccionó: su mirada se endureció y apretó los labios. Alargó la mano y agarró a Sean de la camisa para acercarlo. El niño notó su aliento caliente en la piel.

—Sé lo que estás haciendo, mierdecilla. Eres listo, pero tampoco te lo creas tanto. No intentes ganarte mi simpatía.

Sean la miró a los ojos mientras hablaba y no vio ira en ellos. Collins no fue capaz de sostenerle la mirada y la apartó con un rubor en las mejillas. Se incorporó, subió por la escalera, cerró la trampilla tras ella y puso el cerrojo. Sean oyó el motor de la moto y cómo el sonido se hacía más agudo cuando aceleraba y se alejaba a través del bosque.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Un día entero? Sencillamente no lo sabía.

Alargó la mano sobre el colchón y posó la palma en la frente de Louise. Seguía ardiendo y estaba empapada en sudor. Louise gimió y le apartó la mano con brusquedad.

—No te preocupes, conseguiré que los dos salgamos de aquí. Encontraremos a mamá, nos iremos a San Diego e iremos a la playa, como ella nos prometió. ¿Me oyes?

Louise parpadeó.

—Sí, te oigo —susurró.

—Bien, ahora durmamos un poco.

La observó cerrar los ojos, la rodeó con el brazo, sintiendo el cuerpecito caliente contra el suyo, e intentó dormir él también. El sueño llegó como una sombra, deslizándose sobre él, y no fue consciente de nada más hasta que el ruido de la trampilla al abrirse lo despertó bruscamente.

Parpadeando, alzó la mirada hacia el rectángulo de luz y la silueta de Collins, que bajaba por la escalera con una bolsa de comida en la mano.

—Creo que Louise está enferma.

Collins dejó la bolsa en el suelo y se acercó al colchón. Se agachó, tendió la mano para palpar la frente de Louise y luego bajo su camiseta. La niña apenas se movió.

—Me cago en la leche —exclamó la agente.

Sean se incorporó hasta quedar sentado.

—Tiene que traerle medicinas.

—No sé si podré conseguirlas.

—¿Y si se pone peor?

—Vale, vale —concedió Collins incorporándose—. Asegúrate de que beba mucha agua. Quítale la manta y quizá también la camiseta. Intenta que le baje un poco la temperatura, yo volveré más tarde.

Se dio la vuelta y se encaminó de nuevo hacia la escalera. Sean la llamó.

—¿Agente Collins?

La ayudante del sheriff se detuvo y miró por encima del hombro.

—Gracias —añadió Sean.

Ella parpadeó varias veces. Se volvió, subió por la escalera y cerró la trampilla sin contestar.

18

A Audra le dolía la cabeza. El mundo se había estirado tanto, se había vuelto tan fino, que le parecía que podía rasgarlo con una uña. Todo se movía a sacudidas demasiado lentas o demasiado rápidas y todo el mundo pronunciaba palabras sin sentido. Una parte de ella sabía que aquello era puro agotamiento, pero la otra tenía la sensación de moverse a través de un sueño, de que nada de aquello era real, de que estaba pasándole a otra mujer, en otra ciudad, mientras ella lo observaba todo como si se tratara de algún extraño programa de televisión.

Había pasado la noche despierta, tendida en el catre, observando la luz roja de la cámara, esperando a que se apagara y temiendo que, cuando eso sucediera, ellos entrarían de nuevo para encañonarla con aquella pistola. En ciertos momentos se preguntaba si aquello habría pasado de verdad. ¿Habría sido tan sólo un sueño, una de esas pesadillas que te persiguen hasta la vigilia? Aun así, a pesar de todo, se había quedado dormida en algún punto sólo para despertar otra vez como si se arrastrara entre alquitrán, con el corazón desbocado y los pulmones incapaces de conseguir el aire que necesitaban.

Cuando abrió los ojos, Whiteside estaba de pie a su lado.

Se agachó junto al catre.

—Tienes que olvidarte de ellos —dijo—. Ya no están y punto.

Paralizada, Audra no pudo ni levantar el puño para intentar golpearlo.

Una parte de su cabeza preguntó: «¿Estoy soñando? ¿Está él realmente aquí?»

La mano del sheriff apareció ante sus ojos, con los dedos abiertos como si estuvieran a punto de coger un vaso de agua. Se cerraron en torno a su cuello. Hicieron presión. Sólo un poco, lo suficiente para hacerle daño.

—No creas que no sería capaz, si tuviera que hacerlo.

Entonces la soltó y se incorporó, se dio la vuelta y salió de la celda.

A solas de nuevo y con el corazón palpitando muy deprisa, Audra soltó un grito ahogado. Su pecho subía y bajaba, ávido de aire.

No hubiera sabido decir cuánto tiempo tardaron en remitir las oleadas de pánico que siguieron a ese instante, sólo que en el exterior, en el mundo, el sol había ascendido ya, tiñendo cuanto la rodeaba de oscuros tonos azules y grises.

Al cabo de un rato, ya no estaba tan segura de que Whiteside hubiera estado allí: podía haber sido un fantasma creado por su cerebro privado de sueño. Otro fragmento de su cordura que se desprendía y caía.

Quizá ésa fuera la intención del sheriff: meterse en su cabeza y quebrarla desde dentro;

mantenerla asustada porque una persona asustada es fácil de controlar. Eso mismo había hecho Patrick durante todos aquellos años en que estuvieron juntos.

Patrick la había hecho dudar de cada aspecto de su personalidad, la había sometido a un acoso constante, buscando desequilibrarla, hasta que apenas fue capaz de distinguir el suelo del techo. Todas las mañanas le reprochaba que tuviera resaca, todas las noches llegaba a casa con una botella más; un día la llamaba patética por necesitar las pastillas y al día siguiente se ocupaba de que le extendieran otra receta.

Todo empezó la noche de su derrota, cuando se vio obligada a darle el primer biberón a Sean. Patrick llegó del trabajo con una botella de vino blanco y se la enseñó mientras ella alimentaba al niño.

—¿Para qué es eso? —quiso saber Audra.

—Si no le das el pecho —contestó Patrick—, no pasa nada si te tomas una copa.

—No quiero beber —replicó ella.

No se había acercado al alcohol desde que descubrió que estaba embarazada, y cuando el bebé nació había jurado no volver a hacerlo. Se había perdido demasiadas noches en aquella nebulosa, no estaba dispuesta a arrastrarse de nuevo en aquel fango.

Patrick se encogió de hombros y asintió.

—Vale. La dejaré en la nevera por si cambias de opinión.

Si Audra hubiera tenido la lucidez suficiente para preguntarle por qué había traído a casa aquella botella de vino, por qué quería verla borracha otra vez tras todos aquellos meses de sobriedad, las cosas podrían haber sido muy distintas. Pero nunca llegó a preguntárselo: estaba demasiado deshecha para pensar con claridad.

Cada noche, Audra se levantaba varias veces para darle de comer al bebé, y cada día se sentía más debilitada mentalmente: dormir empezaba a parecerle una vaga y extraña posibilidad, no algo que pudiera suceder en realidad. Una mañana, Margaret apareció por ahí y se ofreció a ocuparse del niño para que Audra descansara. Ella intentó oponerse, pero la insistencia de Margaret y las duras miradas de Patrick acabaron por derrotarla. Le tendió a Sean a su suegra y se fue al dormitorio, donde soñó que su leche había envenenado al niño, que lo había hecho enfermar. Despertó con una desgarradora tristeza que no la abandonó con el lento paso de las horas.

Aquella noche vio la botella de vino en la nevera y, a pesar de que tenía mucha sed, consiguió ignorarla.

Una noche más durmiendo de forma intermitente y con sueños tóxicos bastó para que sintiera que algo se había roto entre ella y su bebé. Sean estaba aferrado a ella, succionando el biberón, pero ella juzgó que le había fallado a su hijo, que había perdido algo que jamás podría recuperar, por mucho que lo deseara.

Por la mañana, Margaret volvió a aparecer, y una vez más Audra le entregó al bebé. Cuando se fue a la cama, tuvo la sensación de que el colchón y las sábanas se convertían en arenas movedizas y deseó que se la tragaran, deseó quedarse para siempre en aquella oscuridad.

Aquella noche se sirvió una copa de vino, pero sólo una.

La noche siguiente se tomó otra copa, y una segunda.

Un día después apareció otra botella de vino en la nevera. Audra se acabó la primera y abrió la segunda. No paró de beber hasta que estuvo tan borracha que se desvaneció en el sofá. Patrick

la despertó por la mañana y le dijo que debería sentirse avergonzada.

Aquella noche, sin embargo, trajo a casa una botella de vodka.

Ahora, mirando atrás, Audra se decía que también entonces debería haber preguntado por qué, pero el atractivo de la nebulosa etílica es demasiado fuerte para resistirse cuando lo único que una desea es olvidarse de todo.

Pasaron las semanas y los días y las noches se desdibujaron hasta convertirse en brumosas borracheras y empalagosas resacas. La niñera llevaba ya casi cuarenta y ocho horas en la casa cuando Audra advirtió su presencia. Jacinta, se llamaba: una guapa joven venezolana que la miró con expresión de lástima cuando se encontraron en el pasillo.

—No estás en condiciones de cuidar de Sean —explicó Patrick—, de manera que he contratado a alguien.

Audra pasó cuatro días en la cama, de la que sólo salía para ir en busca de otra botella que Patrick hubiera dejado para ella en la nevera o los armarios. Al quinto día, acudió a su casa un médico al que Audra no reconoció. Olía mal, a sudor y a humedad enmascarados por una loción para después del afeitado. Le hizo unas cuantas preguntas, garabateó algo en un bloc y arrancó la hoja para dársela a Patrick. Su marido volvió al cabo de una hora con un frasco de pastillas y un vaso de agua. Ella rechazó el agua, se zampó dos pastillas con un buen trago de vodka a palo seco y se metió en la cama.

Según recordaba, en esa época se sentía como si se la hubiera tragado un desagüe y no tuviera fuerzas para salir trepando. Cada vez que tomaba la decisión de no beber o de no tomar pastillas, aparecía Patrick con una copa llena o agitando otro frasco.

A veces se preguntaba por su hijo. Un día, mientras cruzaba el salón de camino a la cocina, la sorprendió ver a Sean caminando hacia los brazos de Jacinta. Iba dando pasitos vacilantes, haciendo aspavientos con las manos y soltando risitas.

—¿Cuándo ha empezado a hacer eso? —preguntó, de pronto consciente de que podían haber pasado meses sin que ella se enterara.

—Hace una semana —contestó la chica—. Ayer lo vio hacerlo y me preguntó lo mismo.

Audra parpadeó.

—¿Eso hice?

—¿Quiere cogerlo en brazos?

Audra no contestó. Fue hasta la cocina y se agenció otra botella de vino.

Se acordaba perfectamente del tercer cumpleaños de Sean. Se celebraba una pequeña reunión en el piso de los padres de Patrick y él había escondido el alcohol y las pastillas: le dijo que la quería sobria.

—No me pongas en evidencia, no me hagas pasar vergüenza.

Aquella mañana, la niebla se había disipado en su cabeza, y cuando se contempló en el espejo después de ducharse vio que tenía unas ojeras oscuras y profundas y las mejillas macilentas. La piel caía flácida sobre su rostro, pero hizo cuanto pudo con el maquillaje y se puso la ropa nueva que le había traído Patrick. Se presentó ante él poco antes de salir, sólo tenía que andar unas pocas manzanas hacia el sur.

—Darás el pego —soltó su marido con un suspiro de resignación.

Echó a andar junto a Patrick por Central Park West, con Jacinta delante llevando de la mano al pequeño Sean, que apenas vacilaba ya al caminar. El ruido del tráfico parecía burbujear en su

cabeza y el aire fresco le hacía sentir un cosquilleo en la piel. Era consciente del tacto de la ropa contra su cuerpo, del peso de sus pies en el suelo. A pesar de que le dolían los párpados, sentía algo que llevaba sin experimentar mucho tiempo: se sentía viva.

—Patrick… —susurró.

—¿Mmm? —él siguió mirando al frente, no se volvió hacia ella.

—Quizá debería buscar ayuda.

Patrick dejó de andar y no contestó. Audra también se detuvo. Parecían dos islas, ahí de pie, separados por la gente que fluía como agua a su alrededor.

—Quizá debería hablar con alguien sobre el alcohol y las pastillas, tratar de cambiar.

Patrick permaneció en silencio, pero su mandíbula se movió cuando hizo rechinar los dientes.

—Ni siquiera sabía que era el cumpleaños de mi hijo hasta que me lo has dicho.

Brotaron las lágrimas, que notó calientes en las mejillas.

Patrick le cogió la mano y se la apretó con fuerza, tanto que le hizo daño.

—Hablaremos de eso cuando volvamos a casa. Haz el favor de controlarte, no me dejes en ridículo ante los amigos de mi madre.

—¿Por qué me tienes en este estado? —le preguntó Audra—. ¿Por qué sigues conmigo siquiera? Para ti no soy una esposa y tampoco soy una madre para mi hijo. ¿Por qué no prescindes simplemente de mí?

Patrick volvió a apretarle la mano, aún más fuerte, y ella tuvo que morderse el labio para no gritar.

—¿Acaso pretendes humillarme? —Se le acercó más—. ¿Eso quieres? Porque si es así, voy a molerte a palos aquí mismo, en plena calle. ¿Quieres que haga eso?

Audra negó con la cabeza.

—Entonces cierra la puta boca y sigue andando.

Audra se secó las mejillas, se sonó la nariz, recuperó el control y siguió caminando al lado de su marido con los huesos de la mano doloridos.

En casa de sus suegros, la gente se arremolinaba entre las mesas en las que se habían dispuesto canapés y copas de vino espumoso. Audra observaba las burbujas, se imaginaba sintiendo su dulzor en la lengua, al tragarlas. Patrick y ella estaban sentados a una mesa en el centro del salón, con Sean en una sillita y Jacinta dándole un trozo de pastel.

El padre de Patrick permanecía callado en un rincón con las manos temblando en el regazo, víctima de una demencia que ahora era evidente para todos. Los invitados lo ignoraban, al igual que su mujer y su hijo. Desde el otro extremo del salón, sus ojos de mirada perdida se clavaron en los de Audra sólo unos unos breves segundos, pero lo suficiente para que ella se preguntara si el anciano la veía. ¿Reconocía en Audra, como ella en él, a un alma perdida y solitaria en una habitación llena de gente?

Margaret vino a sentarse con Audra y su hijo Patrick. Tras ella iba el padre Malloy, el sacerdote que había bautizado a su hijo y que sonreía abiertamente. Margaret asió la mano de Patrick.

—A ver, vosotros dos —dijo—, ¿no va siendo hora de que me deis otro nieto? No podemos permitir que Sean sea hijo único, como Patrick.

Patrick se ruborizó y sonrió cuando su madre le dio un apretón en la rodilla y, en ese momento, Audra vislumbró el papel de aquella mujer en su matrimonio. Sintió un largo

estremecimiento y empezó a contar los minutos para irse cuanto antes de aquella casa y refugiarse en la bruma del alcohol.

19

Danny salió con el coche de alquiler del aparcamiento del aeropuerto Phoenix Sky Harbor y siguió las instrucciones del GPS hacia el Ak-Chin Pavilion, al oeste de la ciudad. Según le habían dicho, allí cerca había un bar-restaurante mexicano muy popular entre los lugareños.

¡Maldito calor! Estaba acostumbrado al fresquito de San Francisco, donde nunca hacía ni mucho frío ni mucho calor, no como aquí: aquel puñetero aire le hervía en la garganta. Había cometido el error de apoyar la mano en el capó del Chevrolet al recogerlo y tuvo que apartarla enseguida, como si hubiera tocado un fogón eléctrico.

El trayecto consistió en veinte minutos por la autopista y luego una serie de giros hacia aquí y hacia allá hasta que apareció ante su vista el enorme anfiteatro de la sala de conciertos. Recorrió dos manzanas hacia el oeste y enseguida encontró el restaurante. Un letrero pintado a mano sobre la puerta, grandes letras rojas, cactus verdes con sombrero. A esas horas, había sitio de sobra junto al bordillo; aparcó el coche.

Apoyó los dedos en la manija de la puerta del Chevrolet e hizo acopio de valor. El aire acondicionado del coche apenas había empezado a refrescarlo y el sudor le empapaba los riñones y resbalaba por sus glúteos. Abrió la puerta y el calor le soltó un rugido.

Unos cuantos pasos lo llevaron hasta la puerta del restaurante. En la entrada, un chorro gélido manaba del aparato de aire acondicionado situado sobre el dintel. Se quedó unos instantes en el umbral, saboreando la sensación en su cuerpo, hasta que se le acercó una joven hispana y cogió un menú de la mesa que había junto al letrero de POR FAVOR, ESPERE AQUÍ A QUE LE ATIENDAN.

—¿Mesa para uno? —preguntó con una radiante sonrisa en el rostro.

Danny le sonrió a su vez.

—Hola, ¿qué tal? Vengo a ver a George, creo que me está esperando.

La sonrisa de la chica se evaporó.

—Espere aquí —dijo, y cruzó a toda prisa hacia la barra para hablar con un hombre grandote.

El tipo llevaba el pelo negro engominado y peinado hacia atrás y los brazos cubiertos de tatuajes. Miró a Danny mientras la chica le hablaba, luego levantó el auricular de un teléfono, pronunció unas palabras, escuchó, volvió a colgar y le dijo algo a la chica.

La camarera, ahora claramente nerviosa, volvió hasta donde estaba Danny.

—Por aquí, por favor —dijo.

La siguió hacia el sombrío interior del restaurante, zigzagueando entre las mesas y el puñado de comensales de la tarde. Sobre el hueco de una puerta cubierto por una cortina de canutillo un

letrero rezaba: COMEDOR PRIVADO. La chica deslizó una mano entre las hileras de la cortina y las apartó para dejar pasar a Danny. Una vez cruzado el umbral, los canutillos tintinearon y susurraron a sus espaldas cuando la camarera volvió a soltarlos.

En la habitación había una gran mesa redonda, lo bastante grande para que se sentaran cómodamente diez o doce comensales, o más, si estaban dispuestos a que sus codos se tocaran. La habían puesto para una reunión, con un mantel blanco y limpio, cubiertos y vasos relucientes. En una de las sillas estaba George Lin.

—Cuánto tiempo, Danny Dou Yei.

—Diez años —contestó él.

—Me apenó enterarme de lo de tu mujer y tu hija: nadie debería tener que encajar una mierda como ésa. Ven, siéntate.

Danny rodeó la mesa y se sentó dejando dos lugares entre él y George; es decir, algo más de un brazo de distancia: no le tenía miedo a George Lin, pero eso no significaba que confiara en él.

Paseó la mirada por la habitación.

—¿Mexicano?

—Cuando estoy en Arizona —respondió George.

—¿Cómo puedes soportar este calor?

—Vaya, ¿no te gusta? En San Francisco, el clima siempre es húmedo y frío; aquí es verano todo el año. ¿Por qué crees que me mudé a este sitio? Incluso tengo una piscina en el jardín.

Danny negó con la cabeza.

—No creo que pudiera aguantarlo: al cabo de un tiempo me volvería loco.

George sonrió.

—Chico, pues refréscate un poco, tómate un helado, bebe un trago de agua y estarás bien. En todo caso, no estás aquí para hablar del tiempo.

George metió una mano bajo el mantel para coger algo de la silla que tenía al otro lado: un sobre grande y acolchado arrugado y medio roto. Cuando lo dejó sobre la mesa, lo que había dentro dio un pesado golpetazo.

—Aquí tienes —dijo George apoyándose de nuevo en el respaldo e indicando el sobre con un ademán—. Échale un vistazo, comprueba que te vaya bien.

Danny acercó el sobre, lo abrió ligeramente con los dedos y miró en su interior, luego lo puso boca abajo y dejó sobre la mesa un revólver Smith & Wesson modelo 60, tres cajas de munición y un *speedloader*, un accesorio de recarga rápida. George dio un golpecito con el dedo en cada una de las cajas.

—Punta hueca calibre .357, encamisada en cobre calibre .357 y encamisada calibre .38 especial. A menos que estés pensando en empezar una guerra, imagino que con esto quedarás cubierto.

Danny cogió la pistola, apuntó con el corto cañón hacia la pared y abrió el tambor para comprobar que las cinco recámaras estuvieran vacías. Lo hizo girar, lo cerró e hizo tres disparos en vacío.

—Servirá —concluyó. Volvió a meter el revólver y la munición en el sobre.

George tendió la mano con la palma hacia arriba. Danny hurgó en el bolsillo para sacar un rollo de billetes de cien y fue poniendo dinero en la mano de su colega. Cuando George pareció satisfecho, preguntó:

—¿O sea que vas a hacer prácticas de tiro mientras estés por aquí?

—Algo parecido. —Danny cogió el sobre y se levantó para irse—. Me ha encantado volver a verte, George.

Cuando se dirigía a la cortina de canutillo, su colega añadió:

—Sea lo que sea lo que tengas entre manos, Danny Dou Yei, ten cuidado, ¿vale?

Él miró por encima del hombro.

—Lo intentaré.

Pasó entre las hileras de canutillo y volvió a cruzar el restaurante con el paquete bajo el brazo. La joven que lo había recibido le dedicó una sonrisa nerviosa cuando Danny pasó de camino a la puerta. Justo cuando llegaba al chorro fresco del aire acondicionado, se le ocurrió algo. Se volvió hacia la chica otra vez.

—Oye, ¿hay alguna ferretería por aquí cerca?

20

El tipo del traje alargó la mano sobre la mesa y dijo:

—Me llamo Todd Hendry, soy defensor de oficio.

La cadena tintineó cuando Audra extendió la mano para saludarlo.

—¿Que es qué?

—Soy su abogado.

La luz fluorescente de la sala de interrogatorios brilló en el pecoso cuero cabelludo del abogado cuando dejó una carpeta fina, un bloc de notas y un bolígrafo sobre la mesa y se sentó.

—¿Para qué ha venido? —quiso saber Audra.

—No puede comparecer sin representación. Bueno, sí que puede, pero no se lo aconsejo.

—¿Comparecer?

—Por la acusación de tenencia con fines de lucro —explicó Hendry—. La vista preliminar es dentro de una hora. ¿No se lo han dicho?

—No, lo único que han hecho es interrogarme sobre mis hijos.

Otra sesión con Mitchell la noche anterior y una más aquella misma mañana a primera hora. Las mismas preguntas una y otra vez, las mismas respuestas. No importaba cuántas veces le repitiera a la agente del FBI que Whiteside y Collins se habían llevado a Sean y a Louise y que su marido tenía que estar detrás de todo aquello, Mitchell no paraba de volver al punto de partida para hacerle aquella pregunta de nuevo, y siempre con aquella bondad en los ojos y en la voz.

Aquella mañana, durante un breve descanso en el interrogatorio, a solas con el guardia en la misma sala de siempre, una idea se había colado con sigilo en su aturullado cerebro: ¿y si en efecto les había hecho daño a sus hijos? ¿Y si tenían razón? Quizá su mente era incapaz de enfrentarse a la verdad, de modo que había creado una realidad paralela… porque nada de todo aquello acababa de parecer real, ¿no?

Eso era lo más cerca que había estado de venirse abajo. Había sentido cómo se desmoronaba como una pared sin cimientos.

Hendry abrió la carpeta (un informe policial o algo así), accionó el pulsador del bolígrafo y lo sostuvo con la punta muy cerca del bloc.

—Bueno, cuénteme qué pasó exactamente la mañana del cinco.

Audra se lo contó: la tienda junto a la carretera, el coche de Whiteside aparcado fuera, cómo se había alejado ella carretera abajo, las luces parpadeantes en el retrovisor, cómo la había parado y registrado.

—Espere un momento… —dijo Hendry—. Antes de que el sheriff Whiteside abriera el

maletero de su coche, ¿le pidió su consentimiento para hurgar en su interior?

—No —contestó Audra.

—¿Era visible la bolsa de marihuana desde el exterior del vehículo?

—Para empezar, nunca estuvo en mi coche: él la plantó allí para…

Hendry levantó una mano.

—Oiga, por el momento mejor no decir nada sobre que hayan plantado cosas en su coche. Suponiendo, sólo suponiendo, que la marihuana estuviera en efecto ahí, donde él la encontró, ¿habría sido visible desde fuera del vehículo?

—No —respondió Audra—. Hurgó bajo unas mantas para encontrarla. Pero no estaba…

—Es cuanto necesito saber —interrumpió Hendry con una sonrisa.

La juez Miller miró por encima de las gafas hacia algún lugar más allá del hombro de Audra.

—Sheriff Whiteside, ¿es cierto esto? —preguntó, y las arrugas de su rostro se volvieron más marcadas cuando frunció los labios—. ¿No pidió consentimiento para registrar el vehículo?

Audra volvió la cabeza, vio a Whiteside levantarse de su asiento entre la multitud de espectadores, aferrando el sombrero, y oyó cómo se aclaraba la garganta.

—No, su señoría —respondió—. No es cierto: sí tenía el consentimiento para llevar a cabo el registro.

—La versión de la acusada es distinta —terció la juez—. Necesito algo más que su palabra, sheriff.

Whiteside le sostuvo la mirada, enderezó la espalda y levantó la cabeza.

—Mi palabra es cuanto tengo; si con eso no le basta…

—No, con eso no me basta, sheriff. Intentemos aplicar un poco de sentido común a todo esto, ¿le parece?

Whiteside pareció encogerse varios centímetros. Su párpado inferior izquierdo tembló ligeramente.

Entre los miembros de la prensa que ocupaban la zona del fondo de la sala de reuniones del ayuntamiento, reinó un repentino silencio. En un intento de reproducir la distribución de un tribunal, se habían dispuesto varias mesas, dos de ellas frente a frente para la defensa y la acusación. La juez Miller presidía la vista en una mesa central con una expresión cansina en el rostro. Se quitó las gafas y las dejó junto al cuaderno de notas que tenía delante.

En cuanto habían llegado, Hendry había ido derecho al hombre de mediana edad de la otra mesa, el del traje demasiado ajustado y viejo, y habían estado un buen rato susurrándose al oído. «El fiscal», había supuesto Audra. Hendry ya le había explicado que Joel Redmond comparecería esperando una simple declaración de culpabilidad por un delito menor. Desde luego, no pareció preparado para lo que le decía Hendry. Cuando el abogado volvió a su sitio, el fiscal se arrellanó en la silla negando con la cabeza y un instante después se levantó y fue hasta donde se sentaba Miller. La juez también sacudió la cabeza cuando Redmond volvió a su mesa para recoger sus cosas.

Ahora, la juez Miller volvió a tomar la palabra.

—Veamos, de modo que ve usted un coche y considera que va sobrecargado. Le da el alto y se encuentra una mujer sola al volante…

Audra hizo ademán de hablar, pero Hendry la asió de la muñeca, silenciándola.

—¿Qué le hizo pensar, en esas circunstancias, que había un motivo probable para registrar el

vehículo? —La juez levantó una mano antes de que el sheriff pudiera responder—. Deje que conteste por usted: nada. No tenía ninguna buena razón para registrar el vehículo, de modo que tampoco la tenía para pedir consentimiento. Por tanto, me inclino a creer la versión de los acontecimientos que da la acusada.

Whiteside movió los pies con nerviosismo y le dio vueltas a su sombrero, que tenía en las manos.

—Verá, su señoría… Abrí el maletero con la intención de trasladar algunas cajas a mi coche para disminuir el peso sobre el eje trasero del coche de la acusada y, puesto que ya estaba ahí, me pareció que el permiso para registrarlo se daba por sobreentendido.

—Sheriff Whiteside, ¿acaso se ha convertido usted en un agente de policía en los últimos cinco minutos?

—No, su señoría.

—¿En los últimos cinco días? ¿Cinco semanas? ¿Cinco meses?

Whiteside soltó un suspiro.

—No, su señoría: pasé a formar parte de este departamento cuando dejé el ejército, en 1993.

—Así pues, lleva casi un cuarto de siglo siendo agente de policía —terció ella con un asomo de sonrisa en su boca de piñón.

—Sí, su señoría.

El rostro de la juez se endureció y sus ojos verdes se clavaron en Whiteside como dos rayos láser.

—Entonces sabe perfectamente bien que ese maletero era una puñetera propiedad privada y que no le correspondía a usted ni abrirlo ni hurgar en él, y también que, por tanto, nada que haya encontrado en ese coche es admisible como prueba ante ningún tribunal, ni siquiera ante uno de medio pelo como éste.

—Por supuesto, su señoría.

La mirada de Whiteside se encontró con la de Audra. Otro temblor en el párpado.

La juez Miller volvió a ponerse las gafas y garabateó algo en el cuaderno.

—El señor Redmond me ha comunicado que va a ahorrarnos a todos desperdiciar más tiempo y que soltará este caso como si fuera una patata caliente. Sheriff Whiteside, no me apasiona que me pidan que arrastre el trasero hasta el condado de Elder sólo para encontrarme con que habría hecho mejor quedándome en casa. ¿Le ha quedado clara la magnitud de mi descontento, sheriff?

—Sí, su señoría.

La juez Miller volvió a centrar la atención en Audra.

—Señora Kinney, según tengo entendido, no ha sido usted arrestada en relación al paradero de sus hijos ni se la acusa de ningún otro delito. Por lo tanto, es libre de marcharse.

Audra luchó contra el deseo de llorar. Los periodistas empezaron a murmurar y bisbisear como un motor que se hubiera encendido de golpe. El fiscal cerró su maletín, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—No obstante… —añadió la juez, pero enseguida se detuvo y dio un golpetazo en la mesa con su huesuda mano—. ¡Maldita sea, cierren el pico ahí atrás! Salgan de la sala si necesitan berrear como un hatajo de buitres. —Esperó unos instantes a que volviera a reinar el silencio—. No obstante, tengo entendido que el detective Showalter tiene algo para mí.

—Sí, su señoría —intervino Showalter, poniéndose en pie—. ¿Puedo acercarme al estrado?

—Hágalo.

Showalter pasó junto al escritorio en el que se sentaban Audra y su abogado. No la miró en ningún momento, fue derecho a la juez y le tendió un sobre de manila.

—Su señoría —dijo—, como sabrá, hay una investigación en marcha centrada en Audra Kinney para desentrañar la desaparición de sus hijos. Esta mañana he viajado de regreso a Phoenix para solicitar al Juzgado de Familia una orden especial contra la señora Kinney, una orden que le impide salir de los límites territoriales de Silver Water hasta que nuestra investigación haya concluido.

La juez Miller sacó una carta y un formulario del sobre y los miró brevemente.

—¿Dispone de alojamiento la señora Kinney?

—Su señoría, he hablado con la señora Anne Gerber, propietaria de la pensión River View. Lleva algún tiempo sin alojar a nadie, pero ha accedido a alquilarle ahora una habitación a la señora Kinney para las próximas noches.

—Muy bien —declaró la juez Miller—. Señora Kinney, ¿lo ha entendido? Tiene la libertad de abandonar esta sala, pero no la de salir del pueblo. Si pone un solo pie más allá de su límite territorial, volverá de cabeza a una celda, ¿queda claro?

Audra había dejado de escuchar.

Era libre.

Se agarró a la mesa cuando la recorrió una oleada de vértigo.

Iba a salir de aquella celda.

Qué más daba que no pudiera ir más allá de los límites del pueblo… Tampoco quería hacerlo. Pero ahora podría tratar de encontrar a sus hijos. No sabía cómo, no tenía ni idea, pero por lo menos ahora dispondría de espacio para pensar.

—Sí, su señoría —contestó.

La juez Miller se dispuso a recoger sus cosas.

—Este tribunal queda disuelto —anunció—. Buenos días a todos.

Audra se puso en pie.

—Señora, ¿puedo hablar un momento con usted, por favor?

La juez Miller se quitó las gafas una vez más, exhaló un suspiro y le indicó que se acercara con un largo y huesudo dedo.

Audra obedeció sin saber si las piernas la sostendrían durante los pocos pasos que la separaban de la mesa de la juez, pero consiguió llegar y, una vez allí, se agachó para que los ojos de ambas quedaran al mismo nivel.

—Señora, quisiera…

—Por favor, diríjase a mí como «su señoría».

—Su señoría, necesito ayuda.

—Cariño, eso no es una novedad para nadie.

Audra señaló hacia atrás por encima del hombro, en dirección al sheriff Whiteside.

—Ese hombre, él y su ayudante, se llevaron a mis hijos Sean y Louise. Creo que mi marido les pagó para que lo hicieran. Necesito recuperar a mis niños: son cuanto tengo en este mundo; sin ellos, me moriré. Por favor, ayúdeme. Tiene que hacer algo, por favor.

La juez Miller le brindó una sonrisa amable. Alargó una mano sobre la mesa para coger la

muñeca de Audra.

—Querida, la única ayuda que puedo ofrecerle es un consejo: limítese a decir la verdad; pase lo que pase, le digan lo que le digan, diga la verdad. Es lo único que le sirve de ayuda a la gente en todos los casos, ¿me oye?

Sus dedos apretaron más la muñeca de Audra.

—Limítese a contarles qué hizo con sus hijos. Dígales dónde están los cuerpos y todo esto habrá acabado, se lo prometo.

21

El trayecto andando desde el ayuntamiento hasta la pensión duró menos de cinco minutos, pero a Audra se le antojó una eternidad. Hendry se había negado a escoltarla, diciéndole, mientras se alejaba, que el sobreseimiento del caso lo había eximido de sus responsabilidades. Cuando todos se apiñaron en torno a la mesa del tribunal improvisado, el sheriff Whiteside se ofreció a hacerlo, pero Audra dijo que no, que prefería enfrentarse ella sola a los periodistas.

—Y una mierda —soltó la agente especial Mitchell—. Yo iré con usted, Audra. Detective Showalter, agente especial Abrahms, ustedes también vienen. Vámonos.

Showalter dio un paso atrás para alejarse de la mesa.

—No, no… Yo no, gracias.

—No era una petición, detective —replicó Mitchell—. Abrahms, quítese la chaqueta.

Audra se resistió levemente cuando los fuertes dedos de Mitchell la asieron del brazo para levantarla de la silla, pero luego se dejó conducir hacia la puerta. Casi todos los periodistas habían salido ya de la sala de reuniones y podía oírlos murmurar ante la entrada principal del ayuntamiento, a la espera de hacerle una foto y quizá unas preguntas. A su llegada, los había visto apretujados en la improvisada sala del tribunal, y oyó cómo una oleada de murmullos contenidos la sobrevolaban cuando la vieron entrar con esposas en las muñecas y sendos policías estatales sujetándole los brazos. Ahora estaban ahí fuera, sueltos en la jungla y, por lo que se oía, dispuestos a morder.

Mitchell miró a Whiteside.

—¿No hay otra salida?

—La de incendios, que da a un lateral —contestó indicando con un pulgar en esa dirección —. Hay que cruzar por ahí, por el vestíbulo principal, y luego a la derecha. Es probable que tenga alarma, pero…

Mitchell no esperó a oír el resto. Se llevó a Audra hacia las grandes puertas batientes que daban al vestíbulo, que se cerraron a sus espaldas. Una le dio a Showalter en la rodilla y el detective soltó una maldición.

Doce o catorce agentes de policía se volvieron para mirar. El vestíbulo se había convertido en una especie de centro de operaciones. Había un gran mapa de Arizona montado sobre un caballete y, en él, unas chinchetas rojas trazaban una línea que cruzaba el estado. Los polis observaron cómo Mitchell guiaba a Audra entre ellos hacia la puerta de doble hoja que quedaba a la derecha. Un letrero verde sobre la barra antipánico señalaba que era una salida de emergencia. Mitchell no aflojó el paso hasta llegar a la puerta. Una vez allí, se detuvo y le hizo una indicación con la cabeza a su colega.

Abrahms cubrió con su chaqueta la cabeza y los hombros de la detenida, dejando sólo una estrecha abertura para que pudiera ver. Audra pudo oír cómo Mitchell accionaba la barra, pero no pudo verlo, y luego le llegó el estruendo de la alarma y sintió el calor del sol de la tarde cuando la llevaron hasta la calle. No muy lejos de allí, hubo gritos entre los periodistas:

—¡Allí! ¡Allí está!

—En marcha —ordenó Mitchell.

Con Abrahms y Mitchell sujetándole los brazos, Audra avanzó a trompicones por el suelo del callejón, cruzó un aparcamiento y dio vuelta a una esquina que daba a la acera. A sus espaldas, el ruido de pies que corrían y las voces que gritaban su nombre.

—¡Audra, ¿dónde están sus hijos?!

—¡¿Les hizo daño, Audra?!

—¡Audra, ¿qué ha hecho con Sean y Louise?!

La mano de Mitchell apretó con más fuerza la parte superior de su brazo.

—Siga con la cabeza gacha, no deje de caminar.

Lo único que Audra podía ver eran sus propios pies rozando la acera agrietada. Oía cómo las pisadas que venían de atrás se acercaban corriendo y la adelantaban.

—A ver, a ver… Retrocedan, apártense de en medio. —Era la voz de Showalter, con tono severo y enfadado.

—Audra, ¿dónde están los cuerpos de sus hijos?

De no haber sido porque Abrahms y Mitchell la sostenían en pie, Audra se habría caído al suelo. Aquello fue un mazazo. «Creen que he matado a mis hijos…» Era lo que pensaban las autoridades, por supuesto, pero entonces comprendió que todo el mundo creía lo mismo y la mera idea la dejó horrorizada.

—Por aquí —dijo Mitchell, y tiró de ella para recorrer otro callejón, de vuelta a la calle mayor.

Seguían rodeándolos las pisadas, las preguntas, los gritos, las acusaciones. Audra se concentró en mover los pies y no tropezar: sólo podía pensar en huir de los periodistas que la acosaban.

«¡Los perros, los perros…! ¡Me están persiguiendo!»

Un recuerdo repentino: el de una niñita cerca del jardín de su abuelo y los terriers del vecino corriendo tras ella, ladrando y enseñando los dientes.

«¡Socorro, me están persiguiendo!»

Tuvo deseos de echar a correr, azuzada por la adrenalina y el miedo.

—Ya casi estamos —dijo Mitchell—, ya casi…

Al llegar a un corto tramo de peldaños de madera, Audra finalmente tropezó. Sus escoltas la sujetaron, pero no pudieron evitar que se golpeara la espinilla y la rodilla con el borde de un escalón. Las voces que se alzaban a su alrededor, las preguntas, subieron de tono, y oyó las mismas palabras una y otra vez: «daño… cuerpos… daño… hijos…», y los nombres: no paraban de gritar los nombres de sus hijos; tuvo ganas de chillarles que se callaran, que la dejaran en paz, que no volvieran a pronunciar una sola vez los nombres de Sean y Louise.

Cuando Abrahms y Mitchell la ayudaron a ponerse en pie, se abrió una puerta y Audra se vio engullida por el fresco interior del edificio. Oyó cómo se cerraba la puerta a sus espaldas con un gran golpe y al otro lado la voz de Showalter que les decía a los periodistas que retrocedieran,

que ya era suficiente y que retrocedieran de una vez.

Con los brazos libres por fin, Audra se quitó la chaqueta de la cabeza y la tiró al suelo. El corazón le latía con tanta fuerza que lo sentía en las sienes y el cuello. La adrenalina se había convertido en una especie de vibración que recorría todo su cuerpo cuando trataba de respirar; se sentía mareada. Se apoyó en una pared, la frente contra el antebrazo.

—Estará bien —dijo Mitchell también sin aliento—, sólo tómeselo con calma.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Audra entre jadeos.

—Es usted un notición. —Mitchell se agachó, cogió la chaqueta y se la devolvió a Abrahms —. ¿No lo sabía?

Audra miró a través del vidrio de la puerta y vio el muro de hombres y mujeres con micrófonos y cámaras. Showalter, con las manos en alto, trataba de aplacarlos.

—Madre mía —soltó Audra.

—Ya se preocupará por ellos más tarde —dijo Mitchell—, ahora buscaremos un sitio donde pueda descansar.

Audra miró a su alrededor y descubrió que estaba en el vestíbulo de lo que en otro tiempo debió de haber sido una casa magnífica, con su amplia escalinata y altos techos. Había un pequeño mostrador de recepción al pie de la escalera y, detrás, un tablón con una decena de ganchos en los que en otro tiempo penderían las llaves, ahora vacíos. Todo el lugar desprendía cierto tufo a moho: el olor del desuso, del abandono, de puertas que se mantenían cerradas.

Una anciana se hallaba de pie junto al mostrador y sus ojos grises miraban severamente a Audra.

Mitchell apoyó la palma de la mano en la espalda de Audra invitándola a cruzar el vestíbulo y acercarse al mostrador.

—Audra, ésta es la señora Gerber. Ha accedido muy amablemente a alquilarle una habitación para las próximas noches.

Audra estaba a punto de darle las gracias, pero la señora Gerber se le adelantó.

—Como madre, me gustaría sacarla a patadas a la calle —soltó—, pero como cristiana que soy no voy a echarla. Vamos a ver… hace casi un año que no alquilo una habitación, de modo que no espere demasiado. La he aireado lo mejor que he podido y he cambiado las sábanas, etcétera, pero nada de prepararle comidas: no estoy dispuesta a compartir la mesa con usted, así que tendrá que arreglárselas por su cuenta.

La señora Gerber hurgó en el bolsillo de su rebeca y sacó una larga llave de latón con una cinta de cuero y el número tres apenas legible. Audra tendió una mano temblorosa, pero la casera la ignoró y dejó la llave en la palma de Mitchell.

—Gracias, señora —dijo la agente—, la encontraremos por nuestra cuenta.

Le pidió a Abrahms que esperara allí y luego condujo a Audra a la escalera y al primer piso. Ella esperó mientras Mitchell daba vuelta a la llave, abría la puerta y se hacía a un lado para dejarla entrar. La habitación era modesta, con una cama de matrimonio y un cuarto de baño. La única ventana daba a un jardín; más allá, un pequeño callejón y la parte trasera de otra casa.

La agente Mitchell dejó la llave sobre una cómoda.

—Cierre con llave cuando me vaya. Volveré esta noche y le traeré algo de comer, más ropa, cosas para lavarse. ¿De acuerdo?

—Gracias por todo —dijo Audra.

La expresión de Mitchell se volvió más dura, como si la gratitud de Audra la hubiera ofendido. Se acercó un paso más.

—Mientras yo esté fuera, quiero que piense muy en serio lo que va a contarme: sus hijos llevan desaparecidos cuarenta y ocho horas por lo menos; tengo la esperanza de que estén vivos, pero toda mi experiencia me dice que no es así, y también que usted sabe dónde están. Cuando vuelva, quiero que me lo diga: se me está acabando la paciencia con usted, Audra. Ahora ya sólo queda una manera de arreglar las cosas, ya sabe qué debe hacer.

La agente se dirigió hasta el rincón en el que había un viejo televisor de tubo catódico encima de una cómoda. Apretó un botón y la pantalla parpadeó y mostró una imagen distorsionada y temblorosa. Fue pasando canales hasta que dio con uno de noticias.

Audra vio su propia cara y sintió un escalofrío de temor.

—Será mejor que vea esto —añadió Mitchell y arrojó el mando a distancia sobre la cama de camino a la puerta—, a lo mejor la ayuda a pensar.

22

—Enseguida —decía una presentadora—, los nuevos y perturbadores detalles que han surgido en el caso de los niños Sean y Louise Kinney, desaparecidos en Silver Water, Arizona.

El presentador que la acompañaba se volvió hacia la cámara.

—Y, créanme, no querrán perderse el nuevo giro de una historia que tiene en ascuas a todo el país.

—Ay, Dios mío —soltó Audra poniendo las manos a ambos lados de la pantalla, como si las imágenes pudieran hacer reventar el televisor.

Acto seguido sonó la fanfarria de la sintonía del programa y apareció el logotipo del canal girando a través del espacio. Luego vino una pausa para la publicidad: el anuncio de un medicamento antidepresivo con receta. La imagen en tonos grises de una mujer iba adquiriendo colores radiantes mientras contaba cuánto se alegraba de haber hablado con su médico al respecto; después, una voz masculina en *off* daba una lista de los posibles efectos secundarios, incluyendo pensamientos suicidas. De no haber estado conteniendo el aliento a la espera de la siguiente sección de noticias, Audra se habría reído.

De nuevo la fanfarria del programa, otro logotipo giratorio y los locutores reaparecieron.

—Bienvenidos otra vez —dijo la presentadora—. Como les decíamos antes de la pausa, han salido a la luz nuevos detalles perturbadores en el caso de los niños desaparecidos, Sean, de diez años, y Louise, de seis. La madre de los niños fue arrestada la tarde del miércoles en las afueras de la pequeña población de Silver Water, Arizona, por tenencia ilícita de drogas. La mujer, de treinta y cinco años, había partido de Nueva York cuatro días antes con sus hijos en el asiento trasero. Cuando el sheriff del condado de Elder detuvo su coche por una infracción de tráfico de poca importancia, no había rastro de los niños. Hoy, en un giro inesperado del caso, la acusación de tenencia ha quedado desestimada en una vista judicial: la juez Henrietta Miller ha declarado ilegal el registro del coche. Nuestra corresponsal en Silver Water, Rhonda Carlisle, amplía la noticia.

La imagen dio paso a un plano de una joven de color en la calle mayor del pueblo. Tras ella podía verse merodear a otros miembros de la prensa.

—Sí, Susana… aquí, en Silver Water, se viven hoy escenas dramáticas, pues la juez Miller considera que el sheriff Ronald Whiteside no había solicitado el necesario consentimiento para registrar el vehículo familiar que conducía Audra Kinney, lo que vuelve inadmisibles las pruebas físicas halladas en el coche. La juez no ha tenido otra opción que desestimar el caso y la señora Kinney ha quedado en libertad, aunque no del todo…

Plano de Audra encorvada ante la juez, que le tiende la mano; luego otro de Audra

apresurándose calle abajo con la chaqueta en la cabeza, flanqueada por Mitchell y Showalter; todo esto con la voz de la corresponsal de fondo.

—Un detective de la División de Investigación Criminal del Departamento de Seguridad Pública de Arizona exhibió una orden del Juzgado de Familia en Phoenix que impedirá a Audra Kinney salir de los límites territoriales de Silver Water mientras esté en marcha la investigación sobre la desaparición de sus hijos.

Plano de Audra tropezando en los peldaños de la pensión y de Mitchell ayudándola a levantarse.

—Kinney se aloja en una casa de huéspedes de la zona en lo que, a todos los efectos, es un arresto domiciliario. El FBI y la policía estatal concentran la búsqueda de los niños desaparecidos en la ruta que Kinney siguió de este a oeste de Arizona, utilizando para ello los datos del GPS de su teléfono móvil. Saben que entró en dicho estado desde el norte de Nuevo México alrededor de veinticuatro horas antes de que el sheriff del condado de Elder le diera el alto. Al parecer, varios testigos de una cafetería de carretera aseguran que vieron a los niños esa misma mañana, de modo que las autoridades saben que, fuera lo que fuese lo que les pasó a Sean y a Louise, ocurrió en Arizona.

Nuevo plano del plató: el presentador dirigiéndose a la corresponsal, cuyo rostro puede verse en un recuadro.

—Rhonda, tengo entendido que han salido a la luz ciertos detalles perturbadores sobre Audra Kinney, la madre de los niños desaparecidos.

Vuelta a Silver Water.

—En efecto, Derek. Como se ha sabido ya por distintas fuentes, Audra Kinney se separó de su acaudalado marido hace dieciocho meses y se llevó a sus dos hijos del apartamento que compartían en el Upper West Side a un pequeño estudio de una sola habitación en Brooklyn. La abuela de los niños ha hablado hoy con los periodistas ante su casa, cerca de Central Park, y ha transmitido una imagen preocupante de Audra Kinney, señalándola como una mujer con un amplio historial de problemas de salud mental y, al parecer, adicta a diversas sustancias.

Rhonda Carlisle se quedó mirando la cámara con una expresión seria y preocupada en el rostro.

—Oh, no… —dijo Audra.

Y entonces apareció en la pantalla Margaret Kinney, con su pelo teñido de rojo y su cara pálida y glacial. Estaba de pie, en la acera de su edificio, con un conserje esperando para dejarla entrar. A su lado, el padre Malloy esbozaba una expresión de cálida compasión.

—Maldigo el día en que mi hijo conoció a esa mujer —declaró Margaret—. Estos últimos años, la vida de mi hijo ha sido un infierno por culpa de las pastillas y el alcohol… vino y vodka, sobre todo… y los antidepresivos y tranquilizantes que lograba que le recetara el médico. Ella apenas conocía a esos niños; prácticamente era yo quien se ocupaba de criarlos, junto con la niñera.

—Mentirosa —soltó Audra—, eres una maldita mentirosa.

—Antes de que mi hijo y ella rompieran, las cosas iban de mal en peor, y ya apenas podía levantarse de la cama. Después tomó una sobredosis y acabó ingresada en el hospital. Mi hijo, por puro cariño, hizo todo lo que pudo por conseguir que se repusiera, pero entonces ella se marchó con los niños. Él lleva dieciocho meses tratando de recuperarlos porque con ella no

estaban a salvo. Los de Protección de Menores se mostraron de acuerdo, estaban a punto de conseguir una orden para obligarla a entregárselos a su padre y en aquel momento se largó, y ahora, esto… ¿Cómo dice?

Frunció el entrecejo y ladeó la cabeza, escuchando.

—Sí —contestó—. Sí, estoy muy preocupada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. El padre Malloy le puso una mano en el hombro.

—Intentamos ser positivos, he estado rezando día y noche, pero me temo lo peor para esos pequeñines.

Volvió a ladear la cabeza y se secó una lágrima.

—¿Que qué le diría? Pues le diría: «Cuéntanos qué hiciste con ellos.»

Cuando Margaret miró a la cámara, la angustia podía adivinarse en su rostro. Su determinación se había esfumado y casi parecía que el padre Malloy tenía que sostenerla.

—Audra, sea lo que sea lo que hayas hecho con mis nietos; estén donde estén, por favor, dínoslo. No nos tortures de esta forma. No puedo soportarlo. Patrick está hecho trizas, todos aguantamos a duras penas. Haz lo único decente que puedes hacer a estas alturas: di la verdad.

Desapareció de la imagen y Rhonda Carlisle y la calle mayor de Silver Water ocuparon su lugar.

—Unas palabras muy impactantes de Margaret Kinney, abuela de los niños desaparecidos. Conectamos de nuevo con el estudio.

Reaparecieron los presentadores, que le dieron las gracias a la corresponsal.

—¿Y qué pasa con Whiteside? —le preguntó Audra al televisor—. ¿Qué pasa con Collins?

Le dio una fuerte palmada a la pantalla; la imagen se esfumó y luego volvió a aparecer.

La expresión de la presentadora se volvió más sombría.

—Por supuesto, les tendremos al corriente de cualquier novedad, pero ya hace casi cuarenta y ocho horas que los niños desaparecieron… —Se volvió hacia su colega—. Derek, a estas alturas, las autoridades deben de temerse lo peor, sin duda.

Derek asintió con gravedad.

—Diría que eso nos pasa a todos.

Audra volvió a dar una palmada en la pantalla.

—¡Están vivos, hijo de puta!

Derek miró de nuevo a la cámara.

—Volveremos dentro de una hora con una cuestión: ¿quién es Audra Kinney? De atractiva joven que se casó con un miembro de una de las familias de la élite neoyorquina a madre adicta a las drogas que presuntamente ha cometido el peor crimen imaginable. Más información después de la pausa.

Audra golpeó con el puño el botón de apagado, despellejándose los nudillos.

—Malditos seáis todos.

Sintió una intensa y caliente oleada de ira. Lo que decían, prácticamente, era que había matado a sus hijos y luego los había arrojado en algún lugar del desierto. Ni una sola mención de lo que ella le había contado a Mitchell: nadie ponía en duda la versión de Whiteside. La ira se convirtió en frío temor cuando comprendió lo que debía de estar pensando el país entero: que era un monstruo… Nunca les había prestado mucha atención a las redes sociales: Facebook, Twitter, etcétera, pero no le costaba imaginar qué andarían diciendo. Estarían haciéndola picadillo.

Se refugió en un rincón de la habitación y se llevó las manos a la cabeza. Trató de cubrirse el cráneo con las manos. Notaba un peso aplastante sobre los hombros, una opresión en el pecho.

—Contrólate —se dijo—, quieren que te vengas abajo.

Desde aquel rincón podía ver el jardín y, más allá, la cerca un poco maltrecha; y al otro lado, encaramado para disfrutar de mejores vistas, a un joven con una cámara de vídeo que apuntaba hacia ella.

—Dios mío…

Fue hasta la ventana y bajó la persiana.

Luego se dejó caer en la cama, dobló las rodillas contra el pecho y se rodeó las piernas con los brazos.

Tendida en aquella semipenumbra, recordó una habitación de hospital muy lejos de allí, una habitación en la que había despertado con una chirriante presión detrás de los ojos, confusa y asustada. Según le explicó un médico, había sufrido una sobredosis. La niñera la había encontrado en el suelo de su dormitorio, medio desnuda y apenas consciente. De no ser por ella, era probable que hubiese muerto. Los sanitarios de la ambulancia le habían hecho un primer lavado de estómago después de inyectarle adrenalina.

Unas horas después, aquella misma noche, Patrick acudió a visitarla. Sólo estuvo con ella unos minutos.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? —le espetó.

Al día siguiente, tuvo otra visita. Llevaba un sencillo hábito gris con un crucifijo al cuello. Se hacía llamar hermana Hannah Cicero, y le preguntó por qué había tomado tantas pastillas y por qué se las había tragado con vodka. Audra le contestó que no se acordaba.

—¿Tomó usted una sobredosis a propósito? —quiso saber la hermana Hannah—. ¿Trataba de suicidarse?

—No me acuerdo —repitió Audra.

Y luego se preguntó: ¿lo había intentado? ¿Había llegado finalmente al punto en que morir parecía mejor opción que vivir? Sabía que aquellos últimos meses habían sido terribles, que había llegado a tener la certeza de que, si ella se fuera, nadie la echaría en falta.

—¿Le gustaría rezar? —preguntó la monja.

—No soy creyente.

—No pasa nada —repuso la hermana Hannah—: además de monja soy psicóloga titulada, y puedo ejercer cada una de estas profesiones por separado.

—Psicóloga… —repitió Audra recordando la conversación que había mantenido con Patrick el día en que Sean cumplía tres años.

Su hijo tenía entonces poco más de ocho y Louise ni siquiera cuatro. Ante la insistencia de Patrick, Audra había dejado de beber en cuanto la prueba de embarazo dio positivo y supieron que llevaba otro bebé en el vientre. Le permitieron seguir tomando pastillas, pero reduciendo las dosis. Cuando Louise nació, Margaret apareció de nuevo para ocuparse de todo. En esta ocasión, Audra ni siquiera intentó darle de mamar. De hecho, no recordaba haberle dado a Louise ni un solo biberón. Tres días después del nacimiento de la niña, Patrick le compró una botella de vino, de modo que se sumió una vez más en el abismo.

—¿Le apetece hablar? —le preguntó la hermana Hannah.

Audra no contestó. Se volvió de costado, dándole la espalda.

—¿Prefiere que me vaya?

Abrió la boca para decir que sí, pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. El silencio que siguió resultó tan aterrador que finalmente se vio obligada a decir algo.

—No sé nada de mis hijos.

—¿Sabe sus nombres?

—Sean y Louise.

—Bueno, ya es algo. ¿Cuántos años tienen?

—Ocho y tres. Bueno, creo que Louise tiene ya casi cuatro; no estoy segura.

—Eso ya es algo más. Intente pensar en una tercera cosa.

Audra lo consideró unos instantes.

—Louise tiene un conejito rosa que se llama *Gogo*.

—¿Qué siente en el corazón cuando piensa en sus hijos?

Audra cerró los ojos y se concentró en el dolor que sentía en el pecho.

—Que los echo de menos, que les he fallado, que no los merezco.

—Nadie merece a sus hijos —fue la respuesta de la hermana Hannah—: no son un premio que le dan a una por ser buena chica. Tengo entendido que fue una niñera quien la encontró inconsciente. ¿Quién la contrató?

—Mi marido —contestó Audra—. Dijo que yo no estaba en condiciones de cuidar a mi hijo. Lleva en nuestra casa desde entonces. Veo a mis hijos en la mesa, a la hora de cenar, y me dan un beso de buenas noches; los veo en el desayuno y me dan un beso de buenos días. Me llaman «madre» y a Patrick, «padre»: no nos llaman «mamá» o «papá». Eso no está bien, ¿verdad? Yo debería ser su mamá…

—Así es. Supongo que la cuestión, entonces, es por qué no lo es.

—Ya se lo he dicho: no los merezco.

—Chorradas —soltó la hermana Hannah—. Si vuelve a decirme eso le doy una patada en el culo. ¿Patrick también bebe?

—No —respondió Audra—. Como yo, no.

—¿Qué me dice de las pastillas, los antidepresivos, etcétera? ¿Los toma él también?

—No, nunca.

—¿Qué opina él de que usted beba?

Audra notó la boca seca. Imaginó el frío dulzor del vino en su lengua, la sensación que le dejaba en la garganta.

—Cuando estoy borracha, se quita de en medio —explicó—; por la mañana, cuando estoy con resaca, me dice que no valgo una mierda, luego, cuando vuelve a casa del trabajo, me trae más. Suele ser vino, y a veces vodka.

La hermana Hannah guardó silencio unos instantes y luego preguntó:

—¿También le consigue él las pastillas?

—Sí. Lo que no entiendo es por qué. ¿Por qué me quiere tener cerca? ¿Qué saca con eso? Si no soy ni madre ni esposa, ¿de qué le sirvo?

Otro silencio. Audra sentía la mirada de la hermana Hannah clavada en su espalda.

—Dígame, ¿tiene usted amigos?

—No —contestó Audra—, ya no.

—Pero los tenía.

—Antes de que nos casáramos, pero a Patrick no le caían bien.

—De manera que usted y sus amigos acabaron por distanciarse —concluyó la hermana Hannah.

—Ajá.

—¿Sale alguna vez por ahí con Patrick? ¿A comprar, a dar un paseo, adonde sea?

—No —respondió Audra.

—¿Le ha pegado alguna vez?

Audra sintió que se hundía en la almohada, que se encogía bajo las sábanas.

—A veces, pero no a menudo.

Notó la mano de la hermana Hannah en el hombro.

—Audra, escúcheme con mucha atención. No es la primera mujer que pasa por esto y Dios sabe que no va a ser la última. He sido testigo de toda clase de abusos. Créame, no sólo adoptan la forma de palizas: su marido es un facilitador. La tiene ebria y drogada para que esté tranquila y resulte fácil de manipular. No la quiere, pero por alguna razón no puede dejarla marchar. Debe comprenderlo: la tiene prisionera. El alcohol y la medicación son las cuerdas que la tienen atada.

—¿Y qué puedo hacer? —quiso saber Audra—. ¿Cómo salgo de esto?

—Abandónelo. Limítese a marcharse. Cuando le den el alta, no vuelva a casa. Puedo conseguirle sitio en un lugar de acogida para mujeres maltratadas donde estará a salvo. Allí, Patrick no podrá tocarla.

—Pero mis hijos…

—No puede ayudarlos hasta que se haya ayudado a sí misma. Primero necesita ponerse bien y entonces podrá preocuparse por ellos.

—Ahora quiero dormir —zanjó Audra y se hizo un ovillo bajo las sábanas.

Antes de que la monja hubiera salido de la habitación, ya se había dormido.

23

Danny le dio un mordisco al sándwich de dos pisos. No estaba mal: un beicon bastante bueno y un pavo no demasiado seco. Le había quitado las rodajas de tomate: no le gustaba el tomate.

Estaba sentado en un reservado junto a la ventana. La camarera se detuvo para servirle más café. También estaba bueno, pero el servicio era lento. Se imaginó que aquel sitio llevaba años sin ver tantos clientes.

—Gracias —dijo. Se limpió la boca con la servilleta—. Oiga, ¿qué está pasando aquí?

La camarera (en su credencial ponía SHELLEY) soltó una carcajada, pero luego la sonrisa se esfumó de su cara.

—¿En serio no lo sabe?

Danny volvió a mirar hacia la calle, a los periodistas que vagaban como zombis en busca de un rastro de carne.

—¿Qué tendría que saber?

—Perdone, es que había dado por hecho… —Hizo un gesto con la mano, como intentando explicarse—. Quiero decir… usted no es de por aquí, así que he supuesto que era un periodista, como ellos.

Danny sonrió.

—No, sólo estoy de paso. La señora de la tienda que hay junto a la carretera me ha dicho que aquí servían un buen café. Y tenía razón. Bueno, ¿y qué pasa aquí?

—Ay, Dios mío… —contestó Shelley deslizándose en el asiento frente al suyo con la cafetera en la mano—. Es terrible. No había visto nada parecido en toda mi vida: en este pueblecito, o en lo que queda de él, la mayor noticia es que alguien se tire un pedo en público.

Danny resopló y alzó las cejas.

Shelley bajó la voz y señaló hacia la barra con el pulgar.

—Hace un par de días, el sheriff Whiteside paró a una mujer.

Danny miró hacia el otro extremo del bar y vio al sheriff, un tipo grandullón, ancho de espaldas y de cintura. Estaba sentado en el taburete como si fuera un trono y él, el rey de aquellas tierras.

—Encontró drogas en su coche —continuó Shelley, hablando en susurros bien audibles—. Según las noticias, era hierba, la suficiente como para pensar que traficaba con ella, pero he oído decir que había otras cosas: cocaína, cristal y qué sé yo. Así que va y la arresta, y resulta que la mujer había salido de Nueva York tres o cuatro días antes con sus dos hijos, pero éstos ya no estaban en el coche cuando Ronnie, el sheriff, le dio el alto. La mujer tiene todo un historial de

problemas mentales, etcétera, y creen que les hizo algo a los niños, quizá en algún lugar del desierto.

—Madre mía —repuso Danny—, ¿y qué suponen que pasó?

—Dios sabrá —contestó Shelley negando con la cabeza—, pero han hecho venir a la policía estatal y al FBI para que se hagan cargo de la investigación. No quiero ni pensar qué les habrá hecho a esos pobres críos. Rezo para que estén vivos en alguna parte, pero en el fondo de mi corazón no creo que lo estén, la verdad es que no.

—¿Cree que ella les hizo daño?

—¡Ay! Estoy segura de que los mató —respondió Shelley—: acabó con las vidas de esos pequeñines, lo tengo tan claro como que usted y yo estamos sentados aquí. Ojalá confesara qué hizo con los cuerpos, así al menos sabríamos eso. ¿Qué tal está el sándwich?

—Bueno —contestó Danny.

—Tiene suerte de haber pillado algo. Harvey, mi jefe, tuvo que ir anoche hasta Phoenix con el coche en busca de provisiones. No teníamos tanto movimiento desde que cerraron la mina de cobre. Anoche, la cosa llegó a tal punto que no quedaba ni una taza de café.

Le dio unas palmaditas en la mano a Danny.

—Bueno, que le aproveche su comida. Encantada de hablar con usted.

—Yo también, Shelley —le contestó él con su sonrisa más radiante.

Ella se la devolvió y se deslizó en el asiento para salir del reservado.

Antes de que Danny pudiera acabar de masticar otro bocado de sándwich, una sombra se cernió sobre su mesa. Alzó la vista, el sheriff lo miraba desde arriba.

—¿Qué tal le va? —preguntó Whiteside.

—Bastante bien —contestó Danny—, ¿y a usted?

—Ah, pues bastante bien, teniendo en cuenta el percal. No he podido evitar oír su conversación con Shelley.

—Una mujer encantadora —comentó Danny.

—Pues sí, lo es, y la pobre va muy agobiada desde ayer. Asegúrese de dejarle una buena propina, ¿quiere?

—Claro —respondió Danny.

—Bueno, como le decía, no he podido evitar oír su conversación. ¿De modo que no está usted con esa gente de la prensa?

—No, señor.

—Ya. Pues, mire, me parece un poco extraño, la verdad.

—¿En serio?

—En serio —respondió Whiteside—. ¿Le importa que me siente?

Danny indicó el asiento frente a él.

—Por favor.

El sheriff se deslizó a su lado, haciéndose sitio sin importarle que su hombro tocara el de Danny.

—Como le decía, me parece bastante extraño. Lo que quiero decir, si me permite, es que está claro que no es usted de por aquí.

Danny no alteró el volumen ni el tono de su voz.

—¿Y qué le hace pensar algo así?

—Bueno, pues voy a decírselo simple y llanamente porque a mí no me van esas chorradas de la corrección política. Verá, Silver Water es tan inmaculadamente blanca como puede llegar a serlo una población. Desde que la mina cerró, no hay ni siquiera un hispano en todo su término territorial; hay un par de familias mormonas, pero ésa es toda la diversidad que encontrará por aquí.

—Ya veo —terció Danny.

—¿Sí? ¿Ve adónde quiero llegar? Entonces, si no está con los de la prensa, ¿qué hace usted aquí?

—Sólo estoy de paso —contestó Danny—: he oído decir que en este local servían un buen café.

—Sí, el café es bueno, pero eso no acaba de dejarme tranquilo. Verá, Silver Water es un pueblecito bastante aislado. La verdad es que por aquí no se llega a ningún lado, no es un sitio de paso. A menos que tenga algún asunto o algún negocio aquí, la gente no suele parar en este pueblo. En particular los caballeros como usted.

Danny sonrió.

—¿Como yo?

—Ya sabe a qué me refiero.

—Pues no, no lo sé.

Whiteside se rascó la barbilla.

—Asiático-americano… ¿es así como los llaman hoy en día?

—Chino ya me está bien —respondió Danny.

—Chino, japonés, coreano… Como si quiere ser de Mongolia Exterior, me importa un carajo. —Whiteside se acercó más a él—. Lo que quiero decir es que resulta que está de paso en un pueblo por el que nunca pasa nadie y justo en este momento, con todo este follón. ¿Va usted a decirme que es una coincidencia?

Danny sostuvo la mirada del sheriff.

—No sé de qué otro modo llamarlo.

—Vale, pues es una coincidencia. Estupendo. Pero si se queda por aquí más tiempo del que le lleve acabarse ese sándwich, me sentiré menos inclinado a verlo de esa manera. ¿Me he expresado con claridad?

—No estoy seguro —repuso Danny—. Déjeme ver si lo entiendo. ¿Me está diciendo que, cuando me haya acabado el sándwich y el café, tengo que marcharme del pueblo porque no tengo pinta de ser de por aquí? ¿Es eso lo que dice?

El sheriff asintió.

—Pues sí, más o menos es eso.

—Porque no soy blanco.

Whiteside no contestó y aguzó la mirada.

—En primer lugar —dijo Danny—, no tiene autoridad para ordenarme que me vaya del pueblo. En segundo, diría que a algunos de esos periodistas les parecería interesante que me diga que me marche por el color de mi piel.

Whiteside se lo quedó mirando con una expresión glacial.

—Como quiera, yo ya le he dado mi opinión —dijo mientras se deslizaba hasta el final del

asiento—. Espero no verlo más por aquí una vez que haya acabado. Dejémoslo en eso.

El sheriff se puso en pie y cogió el sombrero de encima de la mesa. Cuando ya se disponía a irse, Danny dijo:

—Sé lo que ha hecho.

Whiteside se detuvo y se volvió.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído.

El sheriff rodeó entonces con sus gruesos dedos el brazo de Danny.

—Creo que usted y yo deberíamos salir ahí fuera y hablar un poco más.

Danny le sonrió.

—No, creo que prefiero quedarme aquí y acabar de comer.

—No me pongas a prueba, muchacho —Whiteside se inclinó y bajó la voz—. Si me presionas, yo haré lo mismo, más te vale creerlo. Y ahora, ven conmigo.

—Mire a su alrededor —contestó Danny—. Este sitio está lleno de periodistas. ¿Cuántas cámaras es capaz de contar? Y ahí fuera, en la calle. ¿Qué cree que puede hacer, delante de toda esa gente? Y ahora quíteme la puñetera mano de encima.

Los músculos de la mandíbula de Whiteside se contrajeron. Apretó más el brazo de Danny y luego lo soltó.

—Te estaré vigilando —susurró. Luego se incorporó, se puso el sombrero y, en voz alta para que lo oyera todo el restaurante, añadió—: Disfrute del resto de su comida. Y, como le he dicho, asegúrese de dejar una buena propina: la pobre Shelley va muy agobiada estos días.

Shelley le ofreció una sonrisa de oreja a oreja desde el otro lado de la barra y el sheriff se tocó el ala del sombrero antes de dirigirse a la puerta. Ya en la calle, y de camino a la comisaría, clavó la mirada en Danny al pasar ante la ventana.

Éste se tomó su tiempo con el sándwich, disfrutando de cada bocado. Observó la casa de huéspedes de enfrente mientras comía y se preguntó qué estaría haciendo Audra Kinney en esos momentos. Volviéndose loca, supuso. A lo mejor ni siquiera había estado en condiciones de comer algo.

Apartó el plato y apuró la taza de café. Justo un instante después, Shelley volvió a aparecer a su lado.

—¿Quiere echar un vistazo a la carta de postres?

—No, gracias —Danny sacó la cartera de su bolsillo—. Dígame qué le debo.

—Claro —contestó ella dándose la vuelta—. Ahora mismo le traigo la cuenta.

—Espere —dijo Danny—. ¿Hacen comida para llevar?

24

Audra mantuvo por primera vez un contacto real con sus hijos durante las semanas siguientes a su salida del hospital. Los primeros días que pasó en casa durmió mucho: horas de oscuridad salpicadas por pesadillas aterradoras. Al tercer día, ya había perdido la cuenta de las veces que se había despertado jadeando y con las sábanas hechas un lío a su alrededor. Apenas comía. La mañana del cuarto día, cuando Sean estaba en el colegio y Louise dormía una siesta, Jacinta llamó a la puerta del dormitorio.

—Adelante —dijo Audra, parpadeando para alejar el sueño.

Jacinta entró con una bandeja en la que había tostadas con mantequilla, una barrita de chocolate, una manzana y dos tazones de café. Sin pronunciar palabra, dejó la bandeja en la cama. Cogió un tazón y se lo puso en las manos a Audra; el otro se lo llevó a la silla que había bajo la ventana, donde se sentó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Como si tuviera la peor resaca de la historia de las resacas —contestó Audra llevándose una mano a la frente.

—La he oído gritar —dijo Jacinta—. El señor Kinney no me permite atenderla, pero he entrado a hurtadillas cuando él se ha ido a trabajar.

—¿De verdad lo ha hecho? No lo recuerdo…

—He visto esto antes. —Jacinta bajó la mirada hacia su café—: mi padre era alcohólico. Lo pasaba aún peor que usted cuando trataba de dejarlo. Tenía alucinaciones. Decía que se le aparecía el demonio, que había gallinas corriendo por el suelo y que el demonio las cogía y les partía el pescuezo. Si usted sólo tiene pesadillas, entonces la cosa no está tan mal. Hace ya una semana de la sobredosis, ya debería haber pasado lo peor.

—En el hospital me contaron que usted me había encontrado: me salvó la vida.

Jacinta se encogió de hombros.

—Sólo llamé a la ambulancia.

—Aun así, se lo agradezco.

—Debería comer algo, le hará bien.

Audra negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—De todas formas tiene que comer. Se sentirá mejor. Aunque sólo sea la barrita de chocolate.

Audra cogió la barrita, una Milky Way, y le quitó el envoltorio. El chocolate y el caramelo se

mezclaron en su lengua; ¡Dios santo, qué rica estaba! El resto desapareció en cuestión de segundos.

Jacinta sonrió.

—Ya se lo decía.

Audra tomó un sorbo de café intenso y humeante y lo sintió en la garganta y el estómago, calentándola por dentro. Jacinta señaló el frasco de pastillas sobre la mesita de noche, estaba medio vacío.

—¿Está tomándolas otra vez?

—Me las trae mi marido —contestó Audra esquivando la pregunta.

—Perdone que se lo diga. —Jacinta bajó la vista—. Pero creo que no debería tomarlas.

Junto a las pastillas, había una botella de vino vacía y un vaso en el que quedaba un poco. Jacinta posó su mirada en ellos y su expresión se nubló.

—¿Qué pasa? —quiso saber Audra.

—Ayer la llamaron por teléfono. Estaba durmiendo, y el señor Kinney en el trabajo. Era una señora del hospital.

—La hermana Hannah… —susurró Audra.

—Exacto.

—¿Qué dijo?

—Preguntó cómo le iba. Si estaba tomando pastillas, si bebía algo.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que yo de eso no sabía nada.

—No lo he hecho —dijo Audra.

—¿No ha hecho qué?

—No he vuelto a tomar pastillas, ni a beber.

Jacinta señaló la botella y el vaso que había sobre la mesita de noche.

—Pero…

—Lo tiro todo por el retrete —dijo Audra—. No se lo diga al señor Kinney.

Jacinta sonrió.

—No se lo diré. Y me alegro: él no debería darle esas cosas.

—Es un facilitador… —le explicó Audra—. Las utiliza para controlarme, pero se acabó.

—¿Puedo confesarle algo? —preguntó Jacinta.

Audra asintió. Le rugió el estómago, miró las tostadas de la bandeja y cogió una. La mantequilla salada se deshizo en su lengua.

—El señor Kinney no me cae bien. Habría dejado este empleo hace tiempo de no ser por lo mucho que quiero a sus hijos. Se lo digo de verdad. Además, con usted tal como estaba y el señor Kinney siempre fuera, no podía marcharme. Si me hubiera ido, no habrían tenido a nadie.

Audra engulló lo que quedaba de la tostada.

—Muchas gracias. No voy a volver a estar así.

—Estupendo —respondió Jacinta, y su rostro se iluminó—. Louise no tardará en despertarse de la siesta, ¿quiere venir a levantarla conmigo?

—Sí, me gustaría.

—De hecho, tengo que ir a buscar a Sean al colegio dentro de una media hora. Suelo

llevarme a Louise, pero a lo mejor podría quedarse aquí con usted, ¿no?

—De acuerdo.

Audra se puso la bata y poco después estaba en el suelo de la sala de estar jugando con una niñita a la que apenas conocía. Louise había protestado un poco cuando fue ella, en lugar de Jacinta, quien la sacó de su camita, pero no tardó en conformarse. En ese momento, iba sacando juguetes de un cesto grande en el rincón para llevárselos a su madre, uno a uno, y explicarle cómo se llamaban: quería enseñarle a jugar con ellos.

Su favorito era *Gogo*, casi intacto en aquel entonces.

Apenas una hora más tarde, Louise estaba sentada en el regazo de Audra con un libro de cuentos abierto cuando se abrió la puerta del salón. Sean se quedó de pie en el umbral, con la mochila del colegio, mirándola con frialdad y cautela.

—Hola —dijo Audra.

Jacinta le dio un empujoncito en el hombro.

—Anda, ve a saludar a tu madre.

Sean entró en la habitación, dejó la mochila en el suelo cerca del cesto de juguetes, se quitó el abrigo y lo dejó caer junto a la mochila.

—Sean —dijo Jacinta desde el umbral—, aquí no dejamos las cosas en el suelo, ¿a que no?

—No —respondió el chico.

—Vale. Sólo por esta vez, tráemelas y yo las guardaré donde toca.

Sean recogió la mochila y el abrigo y se los acercó. Jacinta cerró la puerta, dejándolo con la vista clavada en el suelo de madera. Tardó unos instantes en volverse de nuevo para mirar a Audra.

—¿Has tenido un buen día en el colegio? —preguntó ella.

Sean se encogió de hombros y siguió mirándola.

—¿Quieres venir a sentarte conmigo y oír una historia?

—Esos cuentos son para críos.

—¿Qué clase de historias te gustan?

—Los libros de historietas —respondió él—, los cómics de superhéroes.

—¿Quieres enseñarme algunos?

Sean fue hasta el aparador, abrió una puerta, sacó una caja de plástico, cogió cinco o seis cómics y los desplegó en el suelo.

—Los X-Men —explicó, señalando—. Éste es Lobezno y éste, el Profesor X. Y estos dos son de *La guerra de las galaxias*: hacen cómics además de películas. Y éste de aquí es mi favorito.

—Spiderman —dijo Audra.

—¿Lo conoces?

—Claro que sí: de pequeña leía muchos cómics. Se los robaba a mi hermano; se ponía furioso cuando no los encontraba, pero nunca se enteró de que estaban debajo de mi cama.

Sean sonrió y se quedaron ahí, en el suelo de la sala de estar, durante tres horas. Entonces Jacinta apareció de nuevo y dijo que Patrick no tardaría en llegar a casa. Audra les dio un beso a sus hijos y se volvió a la cama.

Las cosas siguieron así durante seis meses. Patrick traía una botella tras otra de alcohol, un

frasco de pastillas tras otro y, día tras día, Audra los vaciaba en el retrete. Antes de cenar, se enjuagaba la boca con vodka o vino, sólo lo suficiente para que le oliera el aliento. Por la noche, la cocinera les servía la cena y comían en silencio. De algún modo, Sean intuía que más valía no mencionarle a su padre las sesiones de juegos; en cuanto a Louise, sencillamente nunca sacó a colación el tema.

Hasta cierta noche de septiembre.

Durante la cena, la niña, que para entonces tenía cuatro años y medio, preguntó:

—¿Podemos tomar helado?

Patrick, que se había arremangado la camisa y aflojado la corbata, no alzó la vista del artículo que estaba leyendo en el teléfono móvil.

—No —contestó—, nada de helado las noches entre semana. Tomad un poco de fruta.

Louise miró hacia el otro extremo de la mesa.

—Mamá, ¿podemos tomar helado?

Audra respondió demasiado rápido, hablando sin arrastrar las palabras:

—Pregúntale a tu padre —dijo. Entonces se corrigió, parpadeó, fingió que le pesaban los párpados.

Demasiado tarde: Patrick se había dado cuenta.

—No hace falta que se lo preguntes a tu madre —contestó sin dejar de mirar a Audra—: ya me lo has preguntado a mí y te he dicho que no.

Audra cogió su copa de vino de la mesa, se la llevó a los labios y la hizo tintinear contra los dientes antes de tomar un sorbito. Volvió a dejarla con demasiada fuerza, dejando que se derramara un poco.

—Escucha a tu padre —dijo con voz de borracha.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Patrick.

—Mejor que nunca —contestó Audra con una fingida mueca de desdén—. Me voy a la cama.

Se levantó de la mesa y se alejó sin mirar atrás. En la cama, tapada hasta la barbilla, escuchó las voces de sus hijos mientras Jacinta los ayudaba a lavarse los dientes y les contaba cuentos. Luego reinó el silencio en la casa durante un buen rato. Quizá se quedara dormida, no lo sabía con seguridad, pero de pronto fue consciente de que Patrick estaba de pie junto a la mesita de noche: notó su mirada en la espalda.

Audra oyó cómo levantaba la botella de vodka para comprobar cuánto quedaba en su interior, cómo cogía el frasco de los antidepresivos, que tintineó cuando examinó el contenido. Luego se hizo el silencio, pero él se había quedado ahí de pie, observándola. Deseando que se fuera, Audra procuró que su respiración fuera regular y profunda.

Finalmente, Patrick dijo:

—Sé que estás despierta.

Ella permaneció inmóvil, inspirando y espirando.

—Piensa en todas las cosas que podría hacerte —dijo él con una voz terriblemente calmada —. Podría abrir esa ventana y arrojarte al vacío. ¿Crees que alguien pensaría que no ha sido un suicidio? O tal vez podrías abrir la caja fuerte del armario, encontrar la pistola ahí dentro y volarte los sesos, o llenar la bañera y cortarte las venas.

Se apoyó en la cama y su peso hizo rodar a Audra hasta que se quedó mirándolo, ya sin

fingir.

—El caso —continuó Patrick— es que eres una colgada, una alcohólica y una adicta a las pastillas, y todo el mundo lo sabe. ¿Quién dudaría de que te has suicidado? Mañana mismo voy a pedirle al doctor Steinberger una nueva receta para ti; después, pasaré por la licorería, y entonces haremos que las cosas vuelvan a la normalidad en esta casa.

Patrick se incorporó y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, cuando él se fue a trabajar, Audra le pidió a Jacinta que le quitara a Sean el uniforme del colegio mientras ella hacía una llamada telefónica. Contestó la hermana Hannah, que le dio la dirección de un lugar de acogida en Queens y le aseguró que estarían esperándolos a ella y a los niños.

Jacinta la ayudó a bajar por la escalera con todo lo que podían llevarse. Abrazó a los niños en la acera, con lágrimas en los ojos. Cuando el taxista cargaba el equipaje en el maletero, Audra estrechó a la niñera entre sus brazos.

—Ten cuidado —dijo—, va a ponerse furioso.

—Ya lo sé —contestó Jacinta—, tendré cuidado.

Sean y Louise le dijeron adiós con la mano mirándola desde la luna trasera del taxi. La niña lloró un poco, consciente de que no volvería a ver a Jacinta; se aferró a *Gogo* y Audra le enjugó las lágrimas de las mejillas. Mientras iban acurrucados los tres en el asiento trasero del taxi, Audra sentía miedo, pero también alegría.

Eso había ocurrido dieciocho meses atrás, y habían pasado dos años desde que había dejado el alcohol y las pastillas. Juró que jamás volverían a separarla de sus hijos: no importaba que Patrick fuera a por ella con todo lo que tenía, apremiado por su madre, ella se aferraría a los niños hasta sus últimas fuerzas.

Y sin embargo, a pesar de todo, se los habían arrebatado.

En la pensión, se dio una larga ducha bajo un gran chorro de agua caliente. Subió la temperatura hasta donde pudo aguantar y se frotó con energía hasta enrojecerse la piel. La suciedad parecía habérsele incrustado en cada arruga y cada pliegue de la piel, y ni siquiera al cabo de media hora consiguió sentirse limpia.

Pero se sintió más despejada. Por agotada que estuviera, empezó a ensamblar de nuevo las cuarenta y ocho horas previas hasta dotarlas de cierto orden. Por un instante, volvió a dudar de sí misma: ¿y si ellos tenían razón? ¿Y si había hecho algo terrible y simplemente no era capaz de admitirlo? Y entonces recordó la cara de Sean mientras la defendía del sheriff Whiteside. Su Sean, todo un hombrecito, saliendo en su defensa. Casi sonrió al pensarlo, antes de acordarse de los sollozos de Louise, aterrada en el asiento trasero del coche.

Las cuarenta y ocho horas transcurridas desde entonces parecían haberse comprimido de modo que dos días semejaban dos horas, pero sus hijos habían estado en algún lugar durante todo ese tiempo, muertos de miedo, preguntándose por qué no habría ido ella a rescatarlos todavía.

No, no había duda alguna. Audra sabía que la agente especial Mitchell se equivocaba: ella no les había hecho daño a sus hijos. Y también se equivocaba en otra cosa: Sean y Louise estaban vivos. Lo sentía en los huesos. No se trataba sólo de esa chorrada de la intuición de madre: la lógica más pura y dura indicaba que era así. Whiteside y Collins no se habrían llevado a sus hijos sólo para matarlos, estaba claro que sacaban algo de aquello: los niños tenían algún valor. Y sólo lo tenían si estaban vivos.

Pero ¿quién pagaría a alguien para que le quitaran a sus hijos? Sólo había una respuesta que tuviera sentido: imaginaba a su marido haciendo entrega de un fajo del dinero de su madre, deslizando un sobre en la mano de Whiteside.

Era una idea aterradora, pero significaba que Sean y Louise estaban vivos. Y si sus hijos estaban vivos, podía recuperarlos. La cuestión, sencillamente, era cómo podía hacerlo.

Audra cerró el grifo, salió de la ducha y cogió una toalla del colgador. Unos minutos después, tenía el cuerpo seco y el pelo mojado. Se vistió con los mismos vaqueros viejos y la camisa que le habían dado el día anterior. Todavía olían a sudor, pero al menos su cuerpo estaba limpio.

Se sentó en la cama, junto a la mesita de noche y el viejo teléfono que había encima. «Tengo que hacer algo», se dijo, «lo que sea». Hasta la cosa más insignificante sería mejor que quedarse ahí sentada, sabiendo que sus hijos estaban solos en algún lugar del desierto.

Alguien llamó a la puerta y Audra dio un respingo. Se levantó, cruzó la habitación y puso la cadena. Luego abrió sólo un resquicio, cinco o seis centímetros. La casera, la señora Gerber, esperaba fuera con el rostro arrebolado por el esfuerzo de subir la escalera.

—Hay un hombre que me insiste en hablar con usted —dijo sin aliento—. Le he dicho que no, pero se niega a irse. Dice que necesita hablar con usted ahora mismo, casi se ha abierto paso a patadas…

—¿Un hombre? ¿Cómo se llama?

—Se niega a decírmelo. Le he exigido que me dijera quién es y qué quiere, pero se ha limitado a apartarme para entrar. Me dan ganas de avisar a uno de esos agentes de policía para que lo eche de aquí.

—¿Qué aspecto tiene?

La señora Gerber pareció contraerse mientras pensaba; finalmente, se encogió de hombros.

—Pues tiene pinta de no ser de por aquí. Está esperando abajo, en el comedor.

Audra cerró la puerta y siguió a la casera por la escalera hasta el vestíbulo.

—No me gusta nada —dijo la señora Gerber por encima del hombro— que aparezcan extraños y entren casi a la fuerza. A mi edad, no necesito esta clase de líos. Está ahí dentro.

Audra siguió el dedo de la señora Gerber hacia una puerta de doble hoja, frente al pie de la escalera. Una de ellas estaba entreabierta, pero no vio a nadie dentro. Se acercó, preguntándose si debería llamar primero. Qué idea tan absurda; empujó la puerta y entró.

El hombre se incorporó en la silla, al lado de la mesa vacía. Su rostro apenas era visible en la penumbra de la habitación, pero ella lo conocía muy bien.

—Hola, Audra —dijo Patrick Kinney.

25

Audra tuvo ganas de dar media vuelta, cerrar de un portazo y echar a correr, pero no fue capaz.

—¿Qué quieres? —preguntó secamente.

Patrick se quedó sentado, con la chaqueta colgando del respaldo de la silla y una mano sobre la mesa. Llevaba un reloj de buen tamaño: Rolex, Tag Heuer, uno de esos relojes caros, enormes y feos.

—Necesito hablar contigo —dijo con un ligero temblor en la voz—. Siéntate.

Audra iba a contestarle que no quería hablar con él, pero de pronto se le ocurrió una idea. Fue hasta la mesa y se sentó dejando dos sillas entre ella y su marido.

Era una habitación grande con una ventana en saliente en el centro. Un visillo de encaje impedía que pudieran verlos desde la calle. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de gran tamaño de sitios conocidos y de habitantes famosos de Arizona en tonos sepia. Había una foto de boda sobre la repisa de la magnífica chimenea: una joven señora Gerber del brazo de su flamante marido. Se la veía feliz. Audra supuso que ella también debía de haber sido feliz con Patrick en algún momento, aunque no recordaba nada semejante.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó.

—¿A ti qué te parece?

—¿Quieres ayudarme o quieres hacerme daño?

Patrick no pudo ocultar su irritación. Su apuesto rostro se ensombreció.

—Quiero recuperar a mis hijos.

—Y yo —dijo ella.

A él le temblaron los párpados: una señal inequívoca de que la rabia crecía en su interior.

«Cuidado», pensó ella. «No te fíes.»

—Eres la única que sabe dónde están —dijo Patrick—, quiero que me lo digas.

—No hagas eso —soltó ella.

—¿Que no haga qué?

—No me mientas, no finjas. Ambos sabemos la verdad.

Él se la quedó mirando durante unos instantes y luego dijo:

—¿De qué estás hablando?

—¿Quieres que lo diga en voz alta?

Patrick levantó la mano de la mesa, apretó el puño y se lo llevó a los labios. Su anillo de la hermandad universitaria brilló bajo la luz.

—Sí, dímelo —dijo.

Audra lo miró a los ojos haciendo frente a su ira.

—Tú estás detrás de todo esto —lo acusó—: les pagaste a Whiteside y Collins para que se llevaran a nuestros hijos.

Patrick apretó más el puño y negó con la cabeza.

—¿De quién estás hablando?

—Basta —dijo Audra—, me doy por vencida. No sé cómo lo hiciste, pero lo has conseguido. Has ganado. Dime qué quieres y lo tendrás, siempre y cuando yo sepa que Sean y Louise están a salvo.

Patrick se frotó las sienes con las yemas de los dedos. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y respiró con fuerza.

—Estás chiflada —contestó.

La voz de ella tembló al tiempo que subía de tono.

—Por el amor de Dios, dime qué quieres.

Él dio una fuerte palmada en la mesa.

—¡Quiero que me digas dónde están mis hijos!

—Basta, Patrick, tú ya sabes dónde…

—¡No, no lo sé! —la interrumpió él, golpeando de nuevo la mesa—. ¿Acaso has perdido el maldito juicio? ¿No has visto las noticias o qué?

—Sólo unos minutos, acaban de soltarme…

—Te la tienen jurada y van a machacarte. Todas las cadenas, los informativos de todos los canales… en todos y cada uno de ellos aparece tu cara a pantalla completa mientras preguntan qué has hecho con nuestros hijos. Saben lo que hiciste antes de esto, lo de la bebida, las drogas, la locura. Saben que huiste de Protección de Menores. Lo retransmiten sin parar. Dicen que eres un peligro para ti misma y para nuestros hijos. No hay un alma en este país que no te considere un monstruo, que no crea que les has hecho daño a Sean y a Louise. Me llaman a todas horas del día para que haga una declaración. Por el amor de Dios, si hasta han llamado a mi madre, ¿cómo crees que se siente teniendo que afrontar esto?

Audra dejó escapar una risa crispada.

—Vaya, joder, no quisiera molestar a Margaret…

Patrick se levantó de un salto con los puños apretados y dio un paso hacia ella, pero se contuvo, bajó las manos y negó con la cabeza.

—Sólo quiero a mis pequeños —dijo—. Por favor, dime dónde están.

En medio de todo aquello, estuvieran donde estuviesen los niños, él se preocupaba sólo de sí mismo y de su madre. «Ni siquiera tiene la sensatez de disimular», pensó Audra, «de aparentar que de verdad le importan».

Pero si realmente tuviera escondidos a Sean y a Louise, buscaría aparentar que le importaban: era lo bastante listo y manipulador como para encubrir sus verdaderas intenciones.

Allí sentada, Audra lo comprendió de repente: Patrick no sabía dónde estaban Sean y Louise, y no lo sabía porque él no tenía nada que ver con todo aquello. La única esperanza a la que se había aferrado se desmoronó ante ella; sintió cómo la habitación se helaba a su alrededor.

—Ay, Dios mío… —exclamó llevándose una mano a la boca—. Si no los tienes tú…

Patrick se plantó ante Audra, imponente, cerrando los puños.

—Te lo preguntaré una vez más.

—Si no los tienes tú, ¿quién los tiene? —Audra se llevó ambas manos a la cara y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás—. Dios mío, no, no…

—Tienes que acabar de una vez con esto —dijo Patrick—, eres la única que puede poner fin a esta situación. Dime dónde están.

A ella se le ocurrió una idea, la misma que había tenido antes de hablar con Mel.

—Un detective privado —dijo.

—¿Qué?

—Tiene que haber alguno bueno en Phoenix. Usa tu dinero, págale a alguien para que investigue a Whiteside y a Collins, descubre en qué andan metidos. Tú puedes hacerlo.

Lo miró, apretando las manos ante él.

Patrick sacudió la cabeza.

—Menuda zorra chiflada…

Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y fue hacia la puerta.

—¿No lo harás? —preguntó Audra.

Él tendió la mano hacia el pomo.

—Zorra chiflada.

—Patrick… —dijo ella.

Su marido se detuvo y, cuando se dio la vuelta, ella se fijó por primera vez en cuánto había envejecido, en las profundas arrugas que surcaban su rostro: era un hombre roto.

Audra se enjugó una lágrima de la mejilla:

—Me llevó demasiado tiempo entender de qué ibas, ¿sabes? Entender qué querías de mí.

—Ahora no es el momento —repuso él.

—Me parece un momento tan bueno como cualquier otro. ¿Recuerdas que te lo pregunté una vez? En el cumpleaños de Sean, cuando volví a estar sobria. Te pregunté por qué me tenías así, borracha y drogada. Ya te había dado a nuestro hijo, podrías haberme echado de una patada. Pero no lo hiciste, y tuve que estar al borde de la muerte para entenderlo.

Patrick hundió las manos en los bolsillos y dejó que su mirada se perdiera más allá de ella.

—¿Para entender qué?

—Nunca quisiste un matrimonio —le contestó ella—, nunca quisiste una familia: sólo te importaban las apariencias, querías parecer normal, hacer feliz a tu madre. Y en cuanto le di los nietos que quería, ya no te resultaba útil, así que me mantuviste drogada hasta las cejas y me quitaste de en medio. Al fin y al cabo, estaba de más. Pero eso me hizo plantearme otra cuestión. Verás, no recuerdo haber tomado esa sobredosis. Sí, ya sé que la mayor parte del tiempo ni sabía dónde estaba, pero no recuerdo haber tomado esa decisión. ¿La tomaste tú por mí, Patrick?

Ahora sí que la miró, y había odio en sus ojos.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Intentaste matarme?

—¡Basta! —gritó Patrick.

—¿Basta de qué? —preguntó Audra poniéndose en pie al tiempo que levantaba la voz—. ¿Basta de replicarte? ¿De hacerte enfadar?

Patrick dio un paso más, tiró la chaqueta al suelo y distribuyó el peso entre ambas piernas.

—Éste no es buen momento para tus putos juegos, Audra. Vas a decirme dónde están mis

hijos ahora mismo o…

—¿O qué? —Ahora fue ella quien dio un paso hacia él—. ¿Me darás una paliza? ¿Me golpearás donde no se vean las contusiones? ¿Me vas a…?

Los gruesos dedos de la mano derecha de Patrick se cerraron con fuerza en torno a su cuello y la levantó contra la pared hasta que las puntas de sus pies apenas rozaron la alfombra. Las fotografías enmarcadas se estremecieron cuando su nuca impactó contra el revoque. Audra plantó la palma derecha sobre el pecho de Patrick. Mientras él apretaba todavía más, ella fue desplazando los dedos hacia arriba en busca de un punto sobre el cuello de la camisa. Sentía la presión en los oídos, detrás de los ojos…

Patrick levantó el puño izquierdo mostrándole los duros nudillos.

—Vas a decirme dónde están o te juro por Dios que…

Audra alineó los dedos apretándolos firmemente y arremetió contra la sensible escotadura entre la nuez y la garganta de su marido. Imprimió fuerza con el brazo desde el hombro, manteniendo la presión pese a que él se echó hacia atrás. Antes de que quedara fuera de su alcance, cerró el puño y, con los nudillos por delante, golpeó una sola vez, con fuerza, en el mismo punto.

Los ojos de Patrick parecieron salirse de sus órbitas y se llevó las manos al cuello. Trastabilló hacia atrás en dirección a la mesa, arrastrado por su propio peso, hasta que sus piernas golpearon contra el borde de madera. Entonces se dio la vuelta y se apoyó como pudo sobre la superficie de la mesa, manteniendo el equilibrio con una mano y aferrándose el cuello con la otra.

—Respira —dijo Audra apartándose de la pared.

Patrick la miró fijamente mientras boqueaba.

—Vamos, respira —repitió ella, moviendo las manos como si estuviera dirigiendo a un cantante—. Respira hondo, despacio y con calma. Aprendí esto en las clases de defensa personal. Nunca había tenido que recurrir a ello, pero no está mal saber que funciona.

Patrick se dejó caer en la silla de la que había saltado hacía menos de un minuto. En su rostro no quedaba rastro alguno de ira. Ahora se le veía tal como era: un hombre patético y débil, esclavo de su madre.

—Escúchame —dijo Audra—. Óyeme bien. Nunca más volverás a ponerme la mano encima, nunca. No te pertenezco, ni mis hijos tampoco; no formamos parte de tus bienes. Nunca has querido de verdad a los niños, pero yo sí. Voy a encontrar a Sean y a Louise. Puedes ayudarme o quitarte de en medio, tú decides.

Patrick tosió y escupió en la alfombra.

—Estás loca…

—Ya me lo imaginaba —dijo ella—. Vete de aquí y no vuelvas.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Crees que voy a desentenderme sin más?

Audra señaló hacia la puerta.

—Largo, ahora mismo.

Patrick se puso en pie, tosió y escupió de nuevo. Recogió la chaqueta del suelo y fue hacia la puerta. Sin volverse a mirarla, dijo:

—Esto te va a pesar.

—Lo sé —respondió Audra.

26

Patrick salió de la habitación y unos instantes después Audra oyó un coro de voces cuando los periodistas lo rodearon. Miró hacia la ventana que daba a la calle y los vio a través del visillo de encaje como cuervos abalanzándose sobre carroña. Guardaron silencio mientras Patrick decía algo ante los micrófonos y las grabadoras que rodeaban su rostro y, al momento, se alzó una algarabía de voces cuando dio por terminada su declaración y empezó a abrirse paso.

Eran unos monstruos, todos ellos: demonios necrófagos en busca de carne. Y sin embargo, era a ella a quien señalaban como una bestia, una mujer sin escrúpulos, la asesina de sus propios hijos.

Audra observó cómo Patrick se abría paso hasta un coche aparcado en doble fila mientras los periodistas lo perseguían y acosaban. Hizo sonar el claxon para que se apartaran y luego arrancó con un chirrido de neumáticos, obligándolos a correr para apartarse.

Una vez perdido el foco de su atención, la gente se dispersó formando grupos más pequeños. Las locutoras se dedicaron a retorcarse el maquillaje; los locutores, a retocarse el pelo; los cámaras y los técnicos de sonido hicieron una piña; otros se encaminaron hacia la cafetería que había al otro lado de la calle.

—¿Soy un monstruo? —preguntó Audra a la habitación vacía.

—¿Lo es?

Se volvió en redondo y vio a la señora Gerber en el umbral de una puerta al fondo de la habitación: una puerta cuya existencia ni siquiera había advertido. Comprobó, por encima del hombro de la casera, que daba a la cocina.

—No, no lo soy —contestó Audra.

La señora Gerber miraba al suelo con los labios apretados.

—¿Ha escupido ese hombre en mi alfombra?

—Sí —dijo Audra—, ¿lo ha oído usted todo?

—Ajá —contestó la casera—, y lo he visto.

—Lo siento —dijo Audra, y se volvió para irse.

—¿Que lo siente? No sea estúpida: demasiadas mujeres se disculpan por la conducta de los hombres.

Audra no supo qué contestar, se dirigió hacia la puerta que daba al vestíbulo.

—Mi marido también me pegaba… —dijo la señora Gerber—. Era bien curioso. Todo el mundo creía que era un hombre encantador. Cada vez que iba a la compra, por ejemplo, alguien me comentaba: «Ayer vi a tu Jimmy, menudo encanto de persona», pero la verdad es que no

tenían ni idea de cómo era. Ni siquiera cuando yo llevaba mangas demasiado largas para el tiempo que hacía se les ocurría preguntar por qué. Sencillamente, todos estaban convencidos de que era un tipo estupendo.

—Siento mucho oír eso —dijo Audra.

—¡Deje ya de disculparse por todo, por el amor de Dios! La gente dice lo mismo sobre Ronnie Whiteside: que es un buen tipo, un héroe de guerra… pero yo sé qué clase de hombre es en verdad: lo he visto con mis propios ojos.

—Cuénteme —pidió Audra.

La señora Gerber suspiró y sus estrechos hombros se encogieron bajo la rebeca.

—Una noche, no mucho después de que cerraran la mina, yo estaba en el piso de arriba contemplando la calle. Antes había un bar enfrente, el de McGleenan; no era nada del otro mundo. El caso es que vi a Lewis Bodie salir dando tumbos, apenas capaz de poner un pie delante del otro. Bodie había recibido una indemnización de la mina por haber perdido su empleo, como muchos de los hombres de por aquí, pero se estaba gastando el dinero más deprisa que la mayoría: en bebida. Salió haciendo eses del bar y se dio de bruces con el sheriff Whiteside. Hablaron un poco y advertí que Bodie se ponía más y más nervioso. Recuerdo haber pensado: «Cierra el pico y vete a casa, Bodie, o acabarás en una celda», y justo en ese momento el sheriff le soltó un guantazo en la mandíbula. Bodie se desplomó como un saco de arena y me dije: «Bueno, seguramente se lo ha buscado…», pero la cosa no acabó ahí…

La señora Gerber se volvió hacia la ventana dejando que su mirada se perdiera en la calle.

—De pronto, Whiteside se lanzó contra él: parecía dispuesto a matarlo. Lo golpeó una y otra vez. El sonido de sus puños y sus botas llegaba hasta mí. Podía oír cómo Bodie lloraba y suplicaba, pero Whiteside no se detuvo ni siquiera cuando el pobre hombre dejó de lloriquear: siguió machacándolo. Cuando por fin paró, se quedó ahí de pie, respirando agitadamente. Luego se agachó, cogió la cartera de Bodie y se agenció el dinero que encontró en ella. Recuerdo haber pensado que, de haber sido otro el autor de aquella paliza, habría llamado al sheriff, pero ¿a quién iba a llamar en ese caso?

»A la mañana siguiente, cuando volví a mirar a través de la ventana había una ambulancia del Gutteridge General ante la oficina del sheriff. Por lo visto, Lewis Bodie había muerto en su celda durante la noche. Yo jamás le dije una palabra a nadie…, pero ahora la oigo decir a usted que Whiteside tiene a sus hijos y… Sí, de él puedo creerlo, pero ¿de Mary Collins, con un niño enfermo…?

—Pues sí —repuso Audra.

—Por aquí todos creen que Ronnie Whiteside es un buen tipo, igual que lo pensaban de mi marido, pero yo sé que no lo es… Sólo dígame una cosa.

—¿Qué?

La señora Gerber se la quedó mirando desde la otra puerta con ojos severos, cortantes como cuchillos. Audra reparó en que ambas se hallaban de pie en un umbral y supuso que eso debía de significar algo, pero no se le ocurrió qué.

—¿Les hizo algún daño a sus pequeños?

—No, señora Gerber —contestó Audra sosteniendo su mirada.

La anciana asintió.

—Muy bien, pues suba a su habitación y trate de dormir un poco. Más tarde le llevaré un café

y quizá un poco de pastel.

—Gracias, me encantaría.

La señora Gerber asintió una vez más y desapareció en dirección a la cocina. Audra salió al vestíbulo y subió los dos tramos de escaleras. Cuando se acercaba a su habitación, reparó en que la puerta estaba entreabierta unos centímetros. Recordaba que no había echado la llave, pero estaba segura de haberla cerrado. Claro que era una casa vieja, de ésas en las que los tablones del suelo crujen, las ventanas vibran y las puertas a veces no cierran bien…

Entró en la habitación y apoyó el hombro contra la puerta para cerrarla. Pasó la cadena y fue hasta la cama. Estaba tan agotada que apenas podía mantener los ojos abiertos cuando se sentó en el borde del colchón y se quitó los zapatos.

Sólo entonces, al levantar la cabeza, vio en el rincón al hombre con una bolsa de papel de estraza en la mano.

27

Un mar de micrófonos rodeaba el atractivo rostro de Patrick Kinney.

—Quinientos mil dólares —dijo— por recuperar a mis hijos. Sé que a estas alturas las posibilidades de encontrarlos con vida son pocas. Aun así, la recompensa sigue en pie. Ya sea para abrazarlos o para enterrarlos, quiero a mis hijos de vuelta.

—Mierda —soltó Mitchell cerrando la tapa del portátil en el que se reproducía el vídeo de la noticia.

—Pues sí —admitió Showalter con un codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano—, eso no es bueno para nosotros.

Whiteside se había plantado detrás de ambos a mirar.

—Pero no cambia nada, ¿no?

Mitchell se volvió en su silla y lo miró como si fuera idiota.

—No nos ayudará a encontrarlos, por supuesto, pero significa que las líneas de teléfono estarán colapsadas por imbéciles llamando con el símbolo del dólar entre ceja y ceja.

—Entonces será mejor que llame a Phoenix —replicó Whiteside— y haga que su departamento de campo nos envíe unos cuantos polis de uniforme más.

Showalter esbozó una sonrisita.

Mitchell se puso en pie.

—Gracias por la sugerencia. Si me disculpa, tengo dos niños perdidos a los que encontrar.

—Oh, venga ya —soltó Whiteside—. Sabe muy bien que esos críos están muertos. ¿Cuándo va a quitarse de en medio y dejar que Showalter y los estatales arresten a esa mujer? Mató a sus hijos, sabe que lo hizo: los mató y se deshizo de ellos en el desierto.

—No, sheriff Whiteside —respondió Mitchell—, no lo sé, y usted tampoco: no sabremos nada a ciencia cierta hasta que encontremos a Sean y a Louise. Estaré en el ayuntamiento, si me necesita.

Salió por la puerta lateral y dejó que se cerrarse tras ella.

Whiteside miró a Showalter.

—¿Sabe qué le hace falta a esa mujer?

Showalter sonrió de oreja a oreja.

—Sí, lo sé.

Ambos se rieron a carcajadas.

En el otro borde de la habitación, cruzado de brazos, el agente especial Abrahms se aclaró la garganta.

—A callar, novato, que esto es una charla de hombres. —Whiteside levantó el portátil del escritorio y se lo tendió.

—Toma, ya hemos terminado con tu ordenador.

Abrahms se acercó y alargó la mano hacia el portátil, Whiteside lo apartó de golpe.

—Basta —dijo Abrahms—, démelo de una vez.

Whiteside se lo dio.

—No lloriquees, niñato.

Showalter soltó una risotada, pero Abrahms dio un paso al frente.

—Es usted un verdadero cabrón, ¿eh, sheriff?

—Hombres mejores que tú me han llamado cosas peores —repuso Whiteside, bajando la voz —. Cuando quieras tener una conversación seria al respecto, sólo tienes que decírmelo: te sacaré por la puerta de atrás y te dejaré bien claro hasta qué punto soy un cabrón.

—Que le jodan —soltó Abrahms alejándose. Se sentó ante el escritorio del que se había apropiado a su llegada, abrió la tapa del portátil y empezó a teclear.

Whiteside le dio una palmadita en el hombro a Showalter y cogió el sombrero de la mesa.

—Échele un ojo al chico, que no se haga daño con ese trasto.

Salió por la puerta lateral acompañado de la risita de Showalter. El sol le dio de lleno y se puso las gafas de espejo que llevaba sujetas al cuello de la camisa. Rodeó el edificio y salió a la calle. Se le acercaron unos cuantos periodistas con miradas inquisitivas y poniendo a punto micrófonos y grabadoras.

—No tengo nada para vosotros —dijo el sheriff apartándolos con desprecio.

La cafetería estaba un poco más tranquila cuando entró, pero seguía teniendo más clientes de los que había visto allí en años. Periodistas, la mayoría. Los ignoró y se dirigió al extremo de la barra. Shelley acudió de inmediato.

—Café para llevar, tesoro —dijo Whiteside.

—¿Otro? —preguntó Shelley—. ¿Cuántos lleva hoy? ¿Seguro que no quiere un descafeinado?

—No, uno normal ya me va bien.

La camarera volvió al cabo de un momento y dejó ante él un vaso grande de cartón con tapa de plástico. El sheriff dejó caer un par billetes sobre la barra, cogió una servilleta y rodeó el recipiente con ella para no quemarse los dedos.

—Eh, Shelley, ¿tienes un momento?

La camarera iba ya de camino a su puesto en la caja, pero se volvió hacia él.

—Claro —contestó.

Whiteside le hizo señas para que se acercara todavía más.

—¿Recuerdas al caballero con el que estabas hablando antes? —dijo en voz baja—. Se sentó ahí, junto a la ventana.

Ella se llevó los dedos a las comisuras de los ojos.

—Ah, te refieres al…

—Sí, el asiático.

—Sí, claro, me acuerdo perfectamente. Era simpático. ¿Qué pasa con él?

—¿De qué habéis hablado?

—De todo esto —indicó con un gesto lo que la rodeaba—, de todo lo que está pasando. No había visto las noticias y le he contado qué ocurría.

—¿Ha preguntado por alguien en particular? ¿Por la señora Kinney o por mí?

Shelley negó con la cabeza.

—Que yo recuerde, no. Sólo parecía interesado en el tema en general; pero, bueno, ¿quién no iba a estarlo?

—Ya. ¿Y por casualidad has visto en qué dirección se ha marchado?

—No, lo siento. Estábamos a tope aquí hace un rato. Estaba demasiado ocupada tomando nota como para ver adónde iba. Ha pedido otro sándwich para llevar y me ha dejado una buena propina, eso es todo lo que sé de él.

Whiteside se acercó todavía más.

—¿Ha pedido otro sándwich?

—Sí —respondió Shelley—, para llevar. Debía de tener hambre.

—Claro, debía de tener hambre…

—¿No creerá que él tiene algo que ver con todo esto, verdad?

—No, nada de eso, era sólo curiosidad.

Dejó otro par de dólares en la barra.

—No dejes que Harvey te haga trabajar demasiado, ¿vale?

Whiteside se llevó el café a la acera y se puso las gafas de sol y el sombrero. Miró a ambos lados de la calle, aunque estaba convencido de que aquel hombre no estaría por allí. «Un sándwich para llevar…», pensó. Quizá estaba hambriento, como había dicho Shelley, pero a Whiteside le parecía que se trataba de algo completamente distinto. Miró hacia la pensión y se preguntó si Audra Kinney se estaría comiendo ese bocadillo ahora mismo.

No era el color de piel lo que le molestaba de aquel hombre, pese a que era poco corriente en el pueblo; más bien se trataba de la clase de hombre que era. Whiteside había conocido a muchos como él a lo largo de los años; uno acababa por reconocerlos a simple vista: un hombre está hecho para matar o no lo está. La mayoría no lo están, pero aquel tipo sí: esa mirada que ve más allá de donde debería, el vacío en los ojos que uno capta si se acerca demasiado…

Whiteside veía cada mañana ese mismo vacío en el reflejo que le devolvía el espejo. Pensar en ello le produjo un escalofrío.

En cualquier caso, ¿para qué se presentaría un tipo así en un pueblo como aquél, y precisamente ahora? Podía tratarse de una coincidencia, pero Whiteside creía tanto en las coincidencias como en Santa Claus. Ese hombre era una amenaza, estaba seguro de ello. Y estaba convencido de que en aquel instante estaba en la pensión y le había llevado comida a Audra Kinney. Sólo podía esperar y observar.

Whiteside se sentó en uno de los bancos en el exterior de la cafetería y tomó un sorbo de café caliente. Desde ahí podía ver la entrada de la casa de huéspedes y unos metros del callejón que discurría junto a ella.

Ni siquiera se había acabado el café cuando todo se fue a la mierda.

28

Tras su encuentro con Whiteside en la cafetería, Danny había ido a dar un paseo. Primero recorrió la calle mayor de principio a fin. Había muchos locales cerrados, tiendas que habían desaparecido tiempo atrás: armas y material deportivo, comida y complementos para animales de compañía, un bar, una boutique de señora, una tienda de tapicería y cortinas y otra de caballero, especializada en ropa de vaquero, con un par de botas con espuelas y un sombrero tejano pintados en el letrero… Todos los locales estaban abandonados, con los escaparates cegados o tapiados con tablones.

Los pocos lugareños con los que se había cruzado por la calle le habían dirigido miradas de interés, un interés que habría sido aún mayor si no hubieran dado por hecho que había aterrizado con la prensa. Danny los saludaba educadamente, con sonrisas e inclinaciones de cabeza. Unos le devolvían el saludo, otros no.

Al final de la calle, llegó al puente que había cruzado un par de horas antes. Recorrió la estrecha pasarela hasta llegar al centro y se asomó a la barandilla. Debajo, el río había menguado hasta convertirse en un arroyo rojizo de aguas mansas que transcurría por en medio de una amplia cuenca de tierra agrietada de color marrón: un río moribundo, como el pueblo en sí.

Danny deshizo su camino y regresó a la orilla que daba al pueblo. Una hilera de casas, la mayor parte vacías, daba a lo que en otro tiempo habría sido una preciosa ribera. Tras ellas discurría un callejón que bordeaba los jardines traseros para ramificarse de nuevo hacia la parte posterior de los locales tapiados que flanqueaban la calle mayor. Desde ese extremo los veía todos, incluso podía ver el muro que circundaba el aparcamiento de la comisaría del sheriff. A medio camino, los conductos de ventilación en la parte trasera de la cafetería echaban aire caliente. Desde donde estaba hasta allí había diez o doce casas, la mayoría desocupadas. Cualquiera de ellas resultaría adecuada para dormir esa noche. Primero probaría a entrar en la tienda de tapicerías: quizá hubiese algo almacenado sobre lo que pudiera tumbarse con cierta comodidad. Se colaría por una ventana o una puerta trasera, tal vez por un tragaluz; Danny era todo un experto en esa clase de cosas.

Volvió sobre sus pasos para salir de nuevo a la calle mayor y miró en ambas direcciones para comprobar que nadie se hubiera fijado en sus idas y venidas. Luego cruzó la calle corriendo para internarse en un callejón idéntico al que acababa de abandonar. Ahora el pasaje pasaba por detrás del ayuntamiento, cuyo terreno protegía una valla. Contó mentalmente. La pensión debería quedar ocho edificios más allá. Echó a andar hacia allí.

La cerca de pino que la rodeaba destacaba sobre las demás: era la única a la que se había aplicado una nueva capa de tinte para madera en los últimos años. Junto al portillo había una

hilera de cubos de basura. Danny retrocedió unos pasos y alzó la mirada: la casa se veía vieja, pero en mejor estado que sus vecinas. Todas las ventanas seguían intactas y nada parecía desvencijado.

Tras mirar de nuevo en todas direcciones, se concentró en el portillo. Había un hueco lo bastante grande para meter una mano y palpar el candado que había al otro lado. Daba igual. Se acercó a uno de los cubos de basura y vio las polvorientas huellas de unas botas en la tapa. Alguien se había subido ahí, quizá para tener una vista mejor de la casa. Danny hizo lo mismo y luego se encaramó para pasar por encima de la valla. Aterrizó al otro lado, silencioso como un gato. Un jardín de buen tamaño, pero poco cuidado: lo que en otro tiempo había sido césped era ahora tierra endurecida por el sol. En un rincón había un pequeño huerto donde sobrevivían algunas plantas, pero en su mayoría estaban demasiado marchitas para alimentar a nadie.

Se quedó inmóvil y escuchando durante unos segundos, por si oía algún grito de alarma ante su intrusión. Nadie lo había visto. Cruzó el jardín y subió unos peldaños hasta el porche trasero, con sus sillas de mimbre y un balancín. Una mosquitera cerrada ante una puerta abierta. Se colocó entre la puerta y la ventana y se acercó poco a poco a la segunda para escudriñar a través del cristal.

La pantalla de un pequeño televisor, sintonizado en el canal informativo de la zona, mostraba imágenes de esa misma calle. No conseguía distinguir lo que decía la voz entrecortada del presentador. Sentada a la mesa, una anciana troceaba tomates.

«Mierda», pensó Danny.

Estaba a punto de volverse por donde había venido cuando de pronto la mujer levantó la cabeza y se quedó inmóvil. Danny hizo lo mismo. Oyó el tintineo de un timbre desde algún lugar en el interior de la casa. La anciana se levantó de la mesa y salió de la cocina.

Danny sacó la lima de uñas del bolsillo y la introdujo entre la puerta de mosquitera y el marco, hurgó hasta mover el pestillo y entró en la cocina. Un ventilador de techo movía el aire caliente de la habitación y emitía un zumbido constante sobre su cabeza. Volvió a cerrar la mosquitera y se acercó con sigilo a la puerta abierta que daba al pasillo. Le llegaron voces del vestíbulo que resonaban en los altos techos. Cruzó el umbral y se agachó para meterse en el hueco bajo la escalera, escondiéndose en las sombras tan agazapado como pudo.

Aguzó el oído y captó una voz de hombre, severa e insistente, y la de la anciana que protestaba. Oyó a la anciana conducir al hombre a una habitación y después subir por la escalera que pasaban por encima de donde él estaba. Esperó en la penumbra mientras oía otra conversación en el piso de arriba, seguida por dos pares de pies que descendían los peldaños.

Se agazapó cuanto pudo bajo la escalera cuando la anciana pasó de regreso a la cocina. Unos segundos más escuchando voces que llegaban de una habitación pasillo abajo y entonces salió del hueco, subió los dos tramos de la escalera hasta el piso de arriba y fue comprobando todas las puertas.

Todas estaban cerradas, excepto la número tres. Entró y esperó.

Pasaron más de veinte minutos hasta que oyó a Audra acercarse a su habitación.

29

Audra se puso en pie de un salto.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

El hombre levantó ambas manos, la bolsa de papel marrón en la izquierda.

—Siento haberme colado así; era la única manera de…

Audra señaló hacia la puerta mientras retrocedía hacia el rincón opuesto.

—¡Fuera de aquí!

—Señora Kinney… Audra… por favor, por lo menos déjame hablar.

—Fuera —insistió ella, todavía señalando—, largo de aquí.

—Por favor, sólo escúchame un momento.

—¡Fuera!

Audra repasó mentalmente los escasos objetos de la habitación preguntándose cuál de ellos podría servirle de arma.

—Me llamo Danny Lee… —dijo él.

—Me importa un bledo cómo te llames, lárgate de aquí.

—Hace cinco años pasé por lo mismo que estás pasando tú.

La rabia de Audra superó al miedo.

—No tienes ni puta idea de lo que estoy pasando.

El hombre dio un paso adelante y ella agarró el jarrón vacío que había sobre la repisa de la ventana.

—Escúchame —insistió él con las manos en alto y la cabeza gacha—. Creo que sé qué van a hacer con tus hijos. Quizá no sea demasiado tarde para ellos, quizá pueda ayudarte a recuperarlos.

Audra se pasó el jarrón de una mano a otra.

—Y una mierda.

—¿Puedes escuchar al menos lo que tengo que decir?

Audra le señaló la mano.

—¿Qué hay en la bolsa?

—Es para ti: un sándwich de la cafetería. ¿Tienes hambre?

Inconscientemente, Audra se llevó la mano libre al estómago.

—Toma —dijo él, y lo lanzó sobre la cama.

Audra abandonó su rincón, dejó caer el jarrón sobre la colcha y cogió la bolsa. La abrió y el

olor a beicon y pan caliente brotó del interior. Su estómago pareció gimotear.

—No está mal —dijo Danny—. Acabo de tomarme uno igual, cómetelo.

Audra sabía que no debía hacerlo: podría haberle puesto cualquier cosa. Pero ese olor delicioso… y el hambre que tenía. Metió la mano en la bolsa, sacó la mitad del sándwich y le dio un mordisco.

—Por qué no te sientas —dijo él—, dame cinco minutos para explicarme.

Audra se sentó en el borde de la cama, masticó y tragó.

—Tienes hasta que me acabe este sándwich, di lo que tengas que decir.

30

Danny y Mya se habían peleado antes de que esta última se fuera. Sara le había preguntado a su padre si pasaba algo y él le había contestado acariciándole el pelo: «No pasa nada, cariño», pero era una niña lista y se dio cuenta: vio en el espejo retrovisor las lágrimas en el rostro de su madre.

Ninguno de los dos lo había llamado «separación», tan sólo iban a pasar un par de días alejados el uno del otro. Mya conduciría unas cuantas horas hacia el norte, hasta la casa de sus padres, situada entre Redding y Palo Cedro. Volvería pasado el fin de semana, dijo, pero ni Danny ni ella estaban convencidos de aquellas palabras.

Cuando llevaba dos horas al volante, había salido de la autopista en busca de un sitio donde comer. A las afueras del pueblecito de Hamilton, un agente de policía, el sargento Harley Granger, le había dado el alto por una pequeña infracción de tráfico. Era algo tan trivial que Danny ni siquiera recordaba los detalles. Según el policía, Mya se mostró nerviosa y poco dispuesta a cooperar, de modo que llamó por radio para que otro vehículo acudiera a ayudarlo, así que entraron en escena dos de los seis coches patrulla del Departamento de Policía de Hamilton. Según Granger y el otro poli, un tal Lloyd, Mya no llevaba a ninguna cría en el coche. Sí tenía una sillita para niños y una maleta con ropa, pero no había rastro de Sara.

Para cuando Danny llegó a la comisaría de Hamilton, Mya estaba al borde de la histeria.

—Se la han llevado ellos —repetía sin cesar—, se la han llevado ellos.

Los del FBI llegaron a la mañana siguiente e interrogaron a Mya durante tres días seguidos. El cuarto, ella trató de ahorcarse en su celda. Después de eso la dejaron marchar y ella y Danny volvieron con el coche a San Francisco. La historia apareció en las noticias regionales y la fotografía de Mya se convirtió en un permanente foco de atención en los informativos de la noche. Sus conocidos, incluso sus amigos, se los quedaban mirando por la calle. Los medios se interesaron por el asunto durante una semana más o menos, luego pasaron a otra cosa, pero los amigos de Danny y Mya no: siguieron mirándolos por la calle, siguieron negándose a contestar sus llamadas telefónicas. Durante todo ese tiempo, ambos acudieron de forma voluntaria a distintas «entrevistas» en la oficina de campo del FBI mientras el Departamento de Policía de Hamilton reunía pruebas.

Danny no se enteró, sin embargo, cuando aquella mañana, la última, el jefe de policía de Hamilton llamó a Mya para decirle que debía entregarse en el término de veinticuatro horas para ser arrestada en relación con el asesinato de su hija; si no lo hacía, se expediría una orden de detención y la policía de San Francisco tendría que cumplirla.

La noche anterior, Danny la había abrazado y le había dado un beso en la mejilla antes de

marcharse a la reunión del Departamento de Asistencia Social para Jóvenes. De haber sido consciente de la irrevocabilidad de aquella escena, la habría abrazado con fuerza, la habría besado de otra forma.

De eso hacía ya casi cinco años. Cuando llegó a casa después de la reunión, estaba exhausto. Llamó a Mya al entrar en el comedor en penumbra y el silencio le indicó que allí pasaba algo. No había rastro de ella en ninguna de las habitaciones de la planta baja. Al subir por la escalera, vio la puerta del cuarto de baño cerrada y la hebilla de uno de sus cinturones atrapada en lo alto, entre la hoja y el marco.

Tuvo que echar abajo la puerta para abrirla, y oyó cómo se soltaba la hebilla y el ruido escalofriante de un peso que caía al suelo al otro lado. Pasó una eternidad ahí plantado, sabiendo de antemano lo que iba a encontrar cuando por fin reuniera el valor necesario para mirar. Terminó por hacerlo: entró en el cuarto de baño, le quitó el cinturón del cuello y acunó a su mujer en sus brazos durante una hora, aullando, cegado por las lágrimas, antes de que se le ocurriera llamar a una ambulancia.

Dos meses después del suicidio de Mya, Danny condujo de nuevo hasta Hamilton. A través de sus contactos en el Departamento de Policía de San Francisco se había enterado de que el sargento Granger había pedido la baja por el estrés provocado por el caso. Se había marchado a México a recuperarse, nadie sabía cuándo iba a volver.

Pero Lloyd seguía por ahí y todas las noches bebía en el pequeño bar, el único del pueblo. Últimamente se había mostrado generoso con las propinas e invitaba a montones de copas a los amigos. Hasta se había comprado un coche nuevo. Nada demasiado ostentoso, un Infinity, pero sí con la categoría suficiente para que quienes solían beber con él se fijaran.

De Lloyd se sabía también que era un idiota.

Danny esperó fuera del bar, vigilante. Lloyd vivía a sólo unos veinte minutos andando, y solía dejar su Infinity nuevo aparcado en la calle para volver en su busca por la mañana. Estaba orinando en un callejón cuando él le echó el guante.

Una hora más tarde, Lloyd estaba atado y suspendido por las muñecas de una viga del techo en un almacén abandonado que Danny había encontrado una semana antes. No había nadie en kilómetros a la redonda para oírlo gritar, de modo que se tomó su tiempo con la navaja. Lloyd no sabía gran cosa, sólo lo que Granger le había contado. Cuando le reveló a Danny que habían obtenido menos dinero del que querían porque la niña era mestiza, éste perdió el poco control que le quedaba y Lloyd murió demasiado deprisa para su gusto. No le importaba: lo compensaría con Granger y descubriría cómo llegar hasta el comprador.

Cuando por fin tuviera al comprador a su merced, lo mantendría con vida el tiempo suficiente como para averiguar qué habían hecho con Sara, para saber si seguía viva o no. En lo más profundo de su ser, conocía la respuesta a esa cuestión, pero la plantearía de todas formas, y lo haría con mucha insistencia.

Danny voló a Cabo San Lucas dos días más tarde pero, cuando indagó por ahí, descubrió que Granger había muerto apuñalado una semana antes: una pelea en un bar.

En una playa, con la arena quemándole las plantas de los pies, Danny lloró a su esposa y a su hija sabiendo que probablemente nunca conseguiría encontrar a los hombres que le habían destrozado la vida.

No le contó nada a Audra sobre las horas que había pasado con Lloyd, mostrándole trozos de su propio cuerpo antes de arrojarlos al fuego, pero sí le habló de Granger. Para entonces, ella

estaba tranquila y había dado cuenta del sándwich. Seguía en la cama, y él se había sentado en una vieja silla de tapicería gastada.

—Hay un grupo de hombres —explicó—, de hombres muy ricos, que pagan grandes sumas de dinero por el niño ideal. Sumas de siete cifras, según tengo entendido. Tienen un cabecilla, un tipo que celebra fiestas en una mansión en algún lugar de la costa oeste. Él y sus amigos se ocupan de que les proporcionen a los niños y luego…

Audra apartó la mirada, Danny se aclaró la garganta.

—Bueno, supongo que ya lo imaginas —continuó—. No les costaría mucho hacerse con víctimas del tráfico de niños, refugiados y qué sé yo, pero ellos quieren críos estadounidenses; blancos, a poder ser. Tienen un método específico, una forma de operar. Utilizan la llamada Red Oscura, una especie de cloaca de internet por la que rondan criminales y pervertidos. Allí hay un círculo de policías corruptos de distintos puntos del país que hablan entre sí. Llevo años intentando encontrar un medio de entrar, pero no lo he conseguido. Me contaron que hablan sobre formas de hacer dinero: trabajitos para la Mafia, manipulación de pruebas, a veces incluso asesinatos por encargo. Y esos hombres ricos publican allí sus peticiones de niños. Si uno de esos polis se cruza con un progenitor que viaja con críos, preferiblemente solo, encuentra una excusa para arrestarlo y luego lo separa de sus hijos y asegura que en el coche en cuestión nunca hubo niños. Si lo hace bien, si da con el blanco adecuado, las sospechas recaen en el padre o la madre. Pueden tener éxito con esa treta quizá una vez al año, dos a lo sumo.

—¿Y por qué no matan al padre o la madre? —quiso saber Audra—. ¿Cómo es posible que Whiteside no se limitara a matarme? Así sería más sencillo, ¿no?

Danny negó con la cabeza.

—Más sencillo para los polis, quizá, pero no para los tipos que ponen el dinero. Verás, mi teoría es que, si se limitan a llevarse a los críos y matar al progenitor, las autoridades sabrían que un asesino anda suelto y se pondrán a buscarlo. Si, en cambio, la madre o el padre en cuestión siguen con vida y las sospechas recaen en ellos, las autoridades pierden días o semanas persiguiéndose el rabo. Mira todos esos casos en los que hay un crío desaparecido: llevan a cabo una gran búsqueda, todo un operativo se pone en marcha y entonces encuentran un cuerpo. ¿Cuántas veces resulta que fue el padre, el padrastro, el tío, el primo…? Como es natural, las autoridades se concentran en el último miembro de la familia que haya visto con vida al crío, y si se trata de un progenitor que haga lo que hizo mi mujer…

Audra acabó la frase por él.

—Entonces el caso muere con él.

—Exacto.

Ella se quedó allí, sentada y en silencio, con la vista clavada en el suelo.

—¿Crees que estoy loco? —preguntó Danny—. ¿Que soy un chiflado que ha aparecido aquí sólo para liarte?

Audra no alzó la mirada.

—No sé qué eres. La prudencia y la sensatez me dicen que te saque a patadas de aquí, pero…

—¿Qué?

—Pero en este momento no tengo a nadie más de mi lado.

Danny se inclinó en la silla.

—Dejemos una cosa bien clara: no hago esto por ti. Si te ayudo es porque todo esto me

ayudará a llegar hasta los hombres que se llevaron a mi hija. Y si ella sigue viva en algún sitio, quizá me ayude también a encontrarla. Yo no soy tu buen samaritano.

—Entonces deja que yo también te deje otra cosa bien clara —terció Audra—: sólo te estoy escuchando porque no tengo otra opción.

—Me parece justo. Pero hay otra cuestión: ¿por qué debería confiar en ti? ¿Y si resulta que ellos tienen razón en lo que dicen?

—No estarías aquí si creyeras eso.

—Así pues, ninguno de los dos tiene motivos para fiarse del otro… pero aquí estamos.

Audra resopló y luego dijo:

—Sí, aquí estamos. Si estás en lo cierto, ¿crees que habrán entregado ya a mis hijos o seguirán reteniéndolos aún en algún sitio?

—Es difícil saberlo —respondió Danny—, pero lo lógico es que su intención sea trasladarlos muy pronto, si no lo han hecho ya. En cualquier caso, no tenemos mucho tiempo.

Audra lo miró fijamente.

—¿Qué puedo hacer para recuperarlos?

Danny comprendió entonces que aquella mujer no era igual que Mya: transmitía una fuerza que su mujer no tenía después de pasar por todo aquello. No sabía a qué había tenido que sobrevivir en el pasado, pero le había dado mucho temple.

—Sólo hay una manera —explicó—: utilicemos a los polis. Has dicho que fue el sheriff quien te arrestó, y que la ayudante se llevó a tus hijos.

—Sí, así fue —contestó Audra—. La ayudante se apellida Collins.

—Muy bien, pues lo haremos a través de ella. La pillamos, le ponemos una pistola en la cabeza y le proponemos una elección bien simple: o nos dice dónde están los niños o nos la cargamos.

Audra se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación negando con la cabeza.

—No, no, yo no puedo hacer eso: no soy esa clase de persona.

—Quizá tú no —replicó Danny—, pero yo sí.

Ella se detuvo a media zancada y volvió a mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Has matado a alguien alguna vez?

Danny no iba a contestar a esa pregunta.

—Tenemos que pillar a la ayudante del sheriff cuanto antes; esta misma noche, a ser posible.

—No —le insistió Audra—, no podemos hacer eso: si algo sale mal, si le causamos algún daño, me harán picadillo. La prensa no ha dicho nada sobre Whiteside y Collins, y supongo que es porque nadie les ha contado mi versión. Para la gente, para la opinión pública, Collins no es más que una ayudante del sheriff que hace su trabajo. Si le hacemos daño, sólo empeoraremos las cosas. Tiene que haber otra forma.

—Si tú tienes un plan mejor —dijo Danny—, soy todo oídos.

—La agente del FBI, Mitchell, acudamos a ella. Cuéntale todo lo que me has dicho. Interrogará a Whiteside y a Collins.

—Tú ya le hablaste de ellos, ¿no? ¿Los ha interrogado hasta ahora?

Audra apartó la mirada.

—No, de momento no, pero aún no ha oído tu historia.

—También hubo un agente del FBI vinculado al caso de Sara. De la Brigada de Intervención Inmediata en Desapariciones de Menores, ¿no es eso?

Audra se limitó a asentir.

—Mi agente se llamaba Reilly. Le conté todo esto antes de… bueno, no sé si no me creyó o sencillamente no quiso lidiar con las consecuencias. Fuera lo que fuese, no hizo nada.

—Pero Mitchell sí lo hará —afirmó Audra—. Sé que sí. Es buena persona.

—Las buenas personas pueden cometer errores, les pasa constantemente.

—Déjame intentarlo. —Se agachó ante él juntando las palmas en un gesto de súplica—. Si consigo que me escuche, ¿hablarás con ella?

—Eso me pondría en una situación de riesgo —repuso Danny.

—¿Por qué?

—A lo mejor no quiero que el FBI o los polis anden husmeando demasiado en mi caso.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

Danny fue incapaz de mirarla a los ojos.

—Me niego a hablar con la policía o con los federales; no nos ayudarán, no sin un empujoncito.

—¿Un empujoncito?

—Presión externa —explicó Danny—. Si Mitchell no ha actuado por iniciativa propia, quizá un pequeño empujón desde otra parte la obligue a hacerlo.

Audra se levantó y empezó a pasearse por la habitación mordiéndose una uña de la que no parecía quedar gran cosa.

—La prensa… —dijo Audra finalmente—. Hablaré con la prensa. Si Mitchell se niega a contarles lo que le dije, lo haré yo. Que la opinión pública lo sepa, así a ella no le quedará otro remedio que interrogarlos.

—Es arriesgado —opinó Danny—: si atacas al sheriff de esa forma, te devolverá el golpe.

Audra dejó de pasearse.

—Correré ese riesgo. ¿Quieren una historia? Pues voy a dársela.

31

Audra lanzó un grito:

—¡Eh!

Varios periodistas se volvieron a mirar, pero la mayoría no.

—¡Eh! ¡Aquí!

Esta vez la vieron unos cuantos más y empezó el ajetreo: micrófonos, cámaras, móviles, cualquier cosa que pudiera captar una imagen o un sonido.

Audra estaba en el peldaño superior de la escalera de entrada a la pensión. Había intentado adecentarse un poco, pero seguía hecha un desastre. «Mientras no parezca una chiflada…», había pensado al mirarse en el espejo del vestíbulo. La señora Gerber la había llamado al ver que se dirigía a la puerta, le había dicho que no pusiera un pie ahí fuera, pero Audra no le hizo caso. Ahora esperaba mientras los periodistas salían disparados hacia ella como cerdos al comedero.

Pronto llegaron los primeros, armados con micrófonos que le plantaron delante de la cara. Preguntaban a gritos, pero ella no respondió: permaneció en silencio hasta que todos se hubieron arremolinado a su alrededor, forcejando unos con otros para conseguir el mejor ángulo. Seguían gritando y cada voz ahogaba las otras.

—Silencio —pidió Audra.

Gritaron todavía más fuerte.

—¡Silencio! —gritó, lo suficientemente alto como para hacerse daño en la garganta—. Tengo algo que decir.

Por fin se callaron y los ruidos de la calle parecieron aumentar de volumen a su alrededor. Enfrente, un poco más abajo, vio al sheriff Whiteside mirándola fijamente desde su banco delante de la cafetería. Audra sabía que iría a por ella si hacía esa declaración, y por un instante se planteó dar media vuelta y volver al interior de la casa, pero se quitó semejante idea de la cabeza. «Hazlo», pensó. «Hazlo por Sean y por Louise.»

—Yo no les he hecho daño a mis hijos —declaró.

El clamor volvió a crecer y ella levantó ambas manos para acallarlo.

—Sean y Louise estaban conmigo, un poco acalorados y cansados, pero a salvo, cuando la policía me hizo parar en el arcén de la carretera a las afueras del pueblo hace dos días.

Señaló al otro lado de la calle. Los labios de Whiteside se convirtieron en una fina línea.

—Ese hombre, el sheriff Whiteside, me dio el alto. Me dijo que mi coche llevaba demasiado peso. Miró en el maletero y encontró una bolsa de marihuana. La bolsa no era mía: fue él mismo quien la puso allí para poder arrestarme. Mis hijos estaban en el coche mientras él registraba el

maletero y me ponía las esposas. Llamó por radio a su ayudante, la agente Collins, para que acudiera a buscar a Sean y Louise. Le pregunté adónde los llevaba y lo único que dijo fue: «A un lugar seguro.» Collins se alejó con los niños en el asiento trasero de su coche, ésa fue la última vez que vi a mis hijos.

Los micrófonos competían unos con otros ante su boca. Hubo un coro de preguntas, pero Audra las ignoró todas.

—Poco después, el sheriff Whiteside me encerró en una celda. Allí, volví a preguntarle por mis hijos y me contestó que, cuando me detuvo, no había ningún niño conmigo. Ha estado mintiendo desde entonces, y la agente Collins también. Le he contado esto a todo el que me ha prestado oídos: a la policía, al FBI… a todo el mundo, y nadie me cree. Ni siquiera les comunicaron mi versión a ustedes, los medios, así que yo misma he tenido que hacerlo: mis hijos están en alguna parte, vivos, y ese hombre sabe dónde están.

Señaló una vez más a Whiteside y el sheriff se levantó del banco y echó a andar calle abajo, alejándose hacia la comisaría.

—Pregúntenle a él —concluyó Audra—, a ver qué tiene que decir al respecto.

Unos cuantos periodistas se separaron del grupo para seguir a Whiteside. El sheriff apretó el paso hasta adoptar un trotecillo sin mirar a ningún sitio que no fuera la entrada de la comisaría.

—Es cuanto tengo que decir.

Audra se volvió hacia la puerta dando la espalda a la lluvia de preguntas. Una vez dentro, cerró y echó el cerrojo. A través del cristal, vio cómo el resto de periodistas se alejaban en persecución de Whiteside, luego se adentró en el pasillo en penumbra.

La señora Gerber esperaba en la entrada de la cocina, casi oculta junto a la escalera, observándola.

—Acaba de conseguirse usted un montón de problemas —dijo muy seria.

Audra no respondió. Se dirigió hacia las escaleras y empezó a subir.

—Ya sabe qué opino de Ronnie Whiteside —añadió la señora Gerber acercándose al primer peldaño—, pero… ¿Mary Collins? Es una buena chica, ¿está segura con respecto a ella?

Audra se detuvo en el rellano:

—Sí, estoy segura —contestó.

—Vaya… una cree que conoce a alguien y… ¿todavía quiere ese café con pastel?

—Sí, por favor —dijo Audra—. ¿Podría ser para dos? Tengo un invitado.

—¿Un invitado? No se permiten visitas en las habitaciones, ¿a quién tiene ahí arriba?

Audra se tomó un momento antes de responder:

—No estoy segura.

Subió hasta el primer piso y se dirigió de vuelta a su habitación. Allí la esperaba Danny, sentado en el mismo sitio en el que lo había dejado.

—¿Y bien? —preguntó.

—Bueno, ya está hecho —respondió Audra—. Habrá que ver si con esto conseguimos cambiar un poco las tornas.

Danny se levantó y hurgó en los bolsillos de sus pantalones de montaña.

—Me imagino que se habrán quedado con tu móvil, toma.

Arrojó sobre la cama un pequeño teléfono.

—Es de prepago —añadió—. Tiene un solo número en la lista de contactos: el mío. Llámame de inmediato si pasa cualquier cosa: tendré el móvil siempre encendido. Tú haz lo mismo.

Audra cogió el teléfono y abrió la tapa.

—Vale —dijo—, gracias.

—En fin… debería irme ya.

—Espera —pidió Audra, sorprendida ante su propio interés en que aquel extraño se quedara. Cayó en la cuenta de que había estado sola desde que se llevaron a sus hijos y no quería volver a estarlo. Al menos todavía no.

—La casera, la señora Gerber, va a subir café y pastel.

Danny se encogió de hombros y se sentó.

—Bueno, si hay pastel…

32

Todas las miradas se volvieron hacia Whiteside cuando entró en la comisaría. Los policías estatales, los federales; todos se lo quedaron mirando, incluida la agente Mitchell, que fue hasta él a grandes zancadas desde el fondo de la habitación.

—Bueno, supongo que todos habrán oído lo que ha declarado esa loca —dijo el sheriff—. No cambia nada: esa mujer está chiflada y punto.

—Cambia un montón de cosas —respondió Mitchell.

—Lo que dice no tiene ningún sentido, y lo saben, ¿verdad? Es posible que ella lo crea, pero es sólo una gilipollez: no pueden tomársela en serio.

—Me lo estoy tomando todo muy en serio. —Mitchell cruzó los brazos—. Lo hago desde que llegué, y ahora mismo no descarto nada.

—Pues vamos —soltó Whiteside acercándose—, arrésteme. Interrógueme o enchúfeme a ese puñetero detector de mentiras. Me someteré a lo que tengan. Su gente registró el coche de la agente Collins, ¿no?

—Sí, en efecto —contestó Mitchell.

—¿Y encontraron algún rastro de que esos críos hubieran estado ahí? ¿No? Estaba limpio, ¿no es verdad?

—Pues sí, estaba muy limpio —repuso Mitchell—: sólo encontramos residuos de lejía, como si lo hubieran frotado a conciencia.

—¿Y qué me dice de mi coche patrulla? —preguntó Whiteside con desprecio—. ¿También quiere registrarlo?

—No será necesario. —Y ya alejándose, Mitchell añadió—: Al menos por el momento.

—Difunda las fotografías —dijo el sheriff.

Mitchell se detuvo.

—¿Cómo?

—Las de la camiseta y los vaqueros llenos de sangre. Difúndalas entre los medios, que sepan que se encontraron en el coche de esa mujer, así pondrá fin a todo esto.

—Lo pensaré —zanjó Mitchell—, ¿algo más?

—Eso es todo.

Whiteside paseó la vista por la habitación mientras Mitchell se alejaba desafiando a los presentes a sostenerle la mirada. Todos parecieron enfrascarse en sus mapas y ordenadores portátiles.

—¿Alguien más quiere hablar conmigo, preguntarme algo? —dijo con voz atronadora.

Ni uno solo alzó la mirada.

—Ya me parecía.

Fue hasta la puerta lateral, empujó la barra y salió a la rampa. Notaba la garganta seca, pero no porque deseara una copa: lo que ansiaba era uno de los pitillos de Collins; ya imaginaba el calor del humo en sus pulmones.

Como si la hubiera llamado por telepatía, la agente apareció en el aparcamiento al volante del coche patrulla del sheriff, que había estado utilizando mientras los federales registraban el suyo. Condujo hasta el fondo hasta encontrar una plaza vacía, pues las demás las habían ocupado los estatales y el FBI. Whiteside bajó por la pequeña rampa y echó a andar para encontrarse con ella a medio camino.

—¿Te has enterado de la noticia? —le preguntó a Collins.

La ayudante del sheriff miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie los oyera.

—Algo he oído. ¿Qué hacemos?

—Nada —contestó Whiteside—. La prensa sigue pensando que está chiflada. Aún quieren verla arder en la hoguera y es posible que yo pueda darle un empujoncito.

—¿Cómo?

—Deja que me ocupe yo de eso.

—A lo mejor…

Lo que quería decir la asustaba tanto que se quedó ahí plantada, boqueando como un pez.

—¿Qué? —quiso saber el sheriff—. Suéltalo ya de una vez.

—Quizá haya una salida, tal vez aún no sea demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando?

—Le decimos a esa mujer que le devolveremos a sus hijos si jura no implicarnos y después declaramos ante la prensa que los hemos encontrado vagando por el desierto: seremos héroes. Sólo tendríamos que asegurarnos de que mantengan la boca cerrada. La recompensa de medio millón que ofreció el padre aún está en pie; no es tanto como esperábamos, pero tampoco está tan mal…

Whiteside la agarró del brazo con fuerza.

—Basta ya. Pensando de esa forma vas a acabar con los dos. Haz el favor de controlarte. Mañana haremos el intercambio y todo habrá terminado… ¿de acuerdo?

La agente asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—De acuerdo.

El sheriff se dio la vuelta, dispuesto a alejarse, pero Collins añadió:

—La niña está enferma.

—¿Enferma? ¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre y el pecho muy cargado, no hace más que dormir.

—¿Y el chico?

—Él está bien, es sólo ella.

—Mierda —soltó Whiteside. Puso los brazos en jarras y se quedó mirando las montañas mientras pensaba—. Tienes medicamentos en casa, ¿verdad? Para tu hijo.

—Sí, algo tengo —respondió Collins.

—¿Y antibióticos? Penicilina, amoxicilina…

—Amoxicilina —contestó ella—: debo tenerla siempre a mano por si Mikey pilla alguna infección.

—Muy bien, llévale un poco a la niña. Que sea esta misma noche, si puedes, y dale una dosis doble para empezar.

—Pero es para Mikey…

—Pues consigue más para él. —El sheriff miró a su alrededor y bajó la voz—. Joder, Mary, tienes que empezar a pensar con la cabeza. Ni se te ocurra cagarla.

Whiteside echó a andar de vuelta a la comisaría esforzándose en aplacar su ira.

33

Foro privado 447356/34
Administrador: RR
Miembros: DG, AD, FC, MR, JS
Título del tema: Este fin de semana
Tema iniciado por: RR

De: DG, viernes, 18.02 h
RR, ¿sigue todo en marcha? No sé qué pensarán los demás, pero me estoy poniendo un poco nervioso. Nunca habíamos tenido tanta atención mediática.

De: MR, viernes, 18.11 h
Me estaba preguntando lo mismo. ¿Deberíamos dar por perdida nuestra inversión a estas alturas?

De: FC, viernes, 18.14 h
Yo ya he pagado mi medio millón. Doy por sentado que todos lo hemos hecho. No he metido todo ese dinero para que la reunión se cancele por algo que han dicho en las noticias.

De: MR, viernes, 18.18 h
FC, aquí hay mucho más que dinero en juego. Si no puede permitirse perder medio millón, no me parece que encaje en este grupo.

De: FC, viernes, 18.20 h
A tomar por culo, MR. Puedo permitirme perder más de lo que has ganado tú este año sin despeinarme siquiera. Si quieres rajarte como un cobarde, por mí adelante.

De: MR, viernes, 18.23 h
FC, qué fácil decir eso cuando se tiene un padre como colchón para amortiguar las caídas.

De: DG, viernes, 18.27 h

Caballeros, seamos civilizados, por favor. Esto no es un chat de Facebook y no hace ninguna falta pelearse. Esperemos a ver qué tiene que decir RR.

De: JS, viernes, 18.46 h

¿Se sabe algo más, caballeros? Debo admitir que yo también estoy un poco nervioso. La noticia está saliendo en todas partes.

De: DG, viernes, 18.50 h

Calma todo el mundo. RR se pondrá en contacto con nosotros a su debido tiempo.

De: RR, viernes, 19.08 h

Caballeros, procederemos como estaba previsto. El vendedor ha establecido contacto y ha asegurado que todo está bajo control.

Además, me he procurado una serie de artículos de importación, así que, incluso si algo saliera mal, contaremos con entretenimiento para la velada. Todos preferimos mercancía de procedencia local, está claro, pero con esto bastará en caso de que no podamos contar con los productos que esperábamos, pese a que no tengo motivos para creer que no será así.

FC y MR: si vuelven a pelearse en esos términos, quedarán fuera del foro.

Hasta mañana.

34

Sean esperaba en la penumbra bajo la escalera. Unos segundos antes había estado tumbado con Louise, abrazándola y notando contra el pecho su cuerpo ardiente como si llevara un horno dentro. Aún tenía la pechera de la camisa empapada del sudor de su hermana y ahora sentía el frío más que antes. En el sótano sólo se oía la respiración de su hermana, cada vez más agitada y sibilante.

Sean se había levantado del colchón al oír el ruido de una moto que se acercaba. Poco después, unas pisadas se acercaron hasta la trampilla. Oyó el tintineo del candado, el chasquido del pasador y luego la luz penetró en el sótano. El chico retrocedió un paso dejando que las sombras lo engulleran.

Collins empezó a bajar con torpeza, pero se detuvo cuando llevaba más o menos una tercera parte de los peldaños. Sean levantó ambas manos, preparándose.

—¿Sean? ¿Dónde estás?

El chico se quedó muy quieto y en silencio, con las manos preparadas.

—He traído un medicamento para tu hermana —dijo Collins—. Vamos, sal ya, haremos que se ponga bien.

Quieto y en silencio.

—Sean, sal adonde pueda verte. No quiero enfadarme contigo.

Bajó un peldaño más, y luego otro.

—Oh, venga, vamos. Estoy muerta de cansancio y no tengo paciencia para esto.

Siguió bajando, más deprisa ahora, y Sean observó sus botas a través de los huecos entre los escalones. Cuando los pies de la agente quedaron a la altura de sus ojos, alargó las manos para agarrarla de los tobillos. Apenas llegó a sujetarla, pero fue suficiente.

El instante siguiente pareció durar una eternidad: Collins tropezando en los peldaños, haciendo aspavientos con los brazos… Cayó hacia adelante y se dio tal golpe contra la escalera que Sean notó cómo vibraban bajo sus zapatos los tablones del suelo. La agente siguió cayendo y golpeándose contra los peldaños. Aterrizó pesadamente en el suelo de madera, boca arriba, y Sean pudo oír cómo soltaba el aire con un gemido.

«Muévete», se dijo. «¡Ahora!»

Salió disparado del hueco de la escalera, saltó por encima de la agente y empezó a subir los peldaños de dos en dos. Desde abajo le llegó un grito de rabia y miedo. No miró atrás, pero cuando casi alcanzaba los escalones más altos sintió el peso de Collins en los primeros peldaños.

Llegó a la abertura y salió al suelo de la cabaña. Sus pies resbalaron cuando intentó detenerse

para darse la vuelta hacia la trampilla. Se levantó rápidamente y vio a Collins subir a toda prisa. Tendió la mano hacia la portezuela, la levantó y la cerró con todas sus fuerzas. La policía volvió a gritar cuando la trampilla le cayó en la cabeza, pero siguió forcejeando para abrirla de nuevo.

Sean corrió hacia la puerta, cruzó el porche y bajó de un salto al suelo lleno de pinaza del bosque. Con el aire fresco y limpio llenando sus pulmones, dejó la motocicleta atrás y salió disparado hacia los árboles.

—¡Alto!

El chico zigzagueó entre los pinos y abetos, a izquierda y derecha, esperando que una bala le diera de lleno.

—¡Sean, detente…!

La voz no sonaba más cerca, tal vez pudiera sacarle ventaja, tal vez…

Entonces tropezó en una raíz y el mundo se puso del revés… Vio perfectamente cómo se alejaba la tierra y cómo volvía a subir mientras él surcaba el aire, ingrávido, volando durante unos instantes. Al caer, rodó cuesta abajo golpeándose una y otra vez los hombros y la cadera contra el terreno blando. Cuando por fin se detuvo, Collins apareció en su campo visual. Con la sensación de que no quedaba aire en el mundo, trató de incorporarse, pero la agente arremetió con fuerza contra él, cuerpo contra cuerpo, y lo dejó tendido otra vez.

«Pelea», se dijo. «Pelea o morirás…»

Apretó los puños, los lanzó contra ella y sintió cómo golpeaban la carne blanda de sus pechos. Collins dejó caer todo su peso sobre él y trató de sujetarlo por las muñecas. El chico se retorció para impedirlo, la golpeó en los costados, le rodeó con una mano la espalda y agarró la tela. La agente le soltó entonces un bofetón; Sean vio un fogonazo blanco y luego puntitos negros. Collins le hincó una rodilla en el pecho, inmovilizándolo.

—¡Madre mía, ¿quieres que te mate o qué?! —gritó y su voz resonó entre los árboles—. ¿Quieres que mate a tu hermana? ¿Es eso lo que quieres?

Sean alzó la vista al cielo, parpadeando. En lo alto, un avión dejaba una estela en el intenso azul del cielo. Pese al miedo, se preguntó si alguien miraría hacia abajo y lo vería ahí, atrapado. Entonces Collins se inclinó sobre él hasta casi rozarle la nariz con la suya y ya no pudo ver el avión.

—Lo haré, no lo dudes ni por un instante…

Alargó una mano hacia atrás, buscando algo.

Durante una fracción de segundo, Sean pensó: «Ay, Dios mío, va a decírselo al sheriff… Sabrá que he intentado escapar y me matará.» La agente le apoyó el cañón de la pistola contra la mejilla y una oleada de alivio recorrió a Sean, tan violenta que casi lo hizo reír.

Collins apretó más la pistola.

—Voy a meterte una bala en la puñetera cabeza, ¿me oyes? Y en la de tu hermana también. Primero la mataré a ella y haré que lo veas. —Le quitó la rodilla del pecho y se incorporó, apuntándole a la frente con la pistola—. Levántate y camina.

Sean se quedó quieto durante unos segundos mirando al cielo en busca del avión. Encontró la estela y la siguió hasta que localizó el aparato a través de las ramas. Luego se puso en pie y se sacudió las agujas de pino de la camiseta y los vaqueros.

Collins hizo un gesto con la pistola, señalando la cabaña.

—Muévete.

El chico hizo lo que le decía y avanzó con la cabeza gacha, tratando de recuperar el aliento.

—No creo que sea capaz de matarnos… —dijo cuando entraban en el claro.

—Cállate —espetó Collins.

—Creo que el sheriff sí lo haría —añadió él, arriesgándose a mirarla por encima del hombro. Vio que todavía le apuntaba con la pistola—. Pero usted no. Porque tiene un hijo de mi edad.

—Cierra el pico y entra.

Un empujón entre los omoplatos lo hizo cruzar a trompicones el porche y el umbral. Se acercó a la trampilla en lo alto de la escalera. Louise seguía tendida donde la habían dejado. Tenía la carita sudorosa y miraba a Sean.

Collins bajó tras él hasta medio camino. Sean se detuvo al llegar al pie y se volvió de nuevo hacia la policía, que le señaló las bolsas de papel que estaban en el suelo.

—Ahí tenéis vuestra comida y un frasco de antibióticos. Dale a tu hermana tres pastillas ahora mismo y otras tres esta noche. Si queréis salir de aquí, tiene que ponerse mejor.

Sean se dejó caer de rodillas, rebuscó en las bolsas y dejó a un lado los sándwiches y la fruta. Encontró un pequeño frasco cuyo contenido repiqueteó al cogerlo. Decía AMOXICILINA.

—Vuelve a intentar escapar —soltó Collins— y verás si soy o no soy capaz.

Se volvió, subió hasta el suelo de la cabaña, dejó caer la trampilla con un golpetazo y la cerró.

—Me has dejado —susurró Louise.

Sobresaltado, Sean volvió la cabeza hacia ella.

—¿Cómo?

—Te has escapado corriendo y me has dejado aquí —insistió la niña, con una expresión dura e implacable en los ojos.

—No, no lo he hecho.

—Sí que lo has hecho, te he visto.

Sean cruzó la distancia que los separaba y se puso de rodillas junto al colchón.

—No, no quería escapar, sólo necesitaba conseguir una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó ella levantando la cabeza.

Él hurgó bajo la cinturilla de sus vaqueros y palpó el metal con las yemas de los dedos.

—Esto —contestó—, mira.

Ante los ojos de Louise, Sean abrió la navaja que había birlado del bolsillo de la agente Collins y le mostró la brillante hoja.

35

Audra estaba viendo las noticias. Se había llevado una mano a la boca.

Desde el plató, habían conectado con la corresponsal Rhonda Carlisle. A su espalda podía verse la calle mayor de Silver Water medio en penumbras.

—Esta tarde, tras la sorprendente declaración de Audra Kinney, ha habido otra gran novedad en el condado de Elder —dijo la corresponsal—. Una fuente anónima, que forma parte de la investigación para averiguar el paradero de Sean y Louise Kinney, ha hecho públicas unas imágenes de algunas de las pruebas halladas en el coche de su madre, a quien se le dio el alto a las afueras de esta pequeña población del desierto hace cuarenta y ocho horas.

Audra vio las fotografías de la camiseta manchada y los vaqueros rotos. Quiso apartar la mirada, pero no pudo hacerlo.

—Según la fuente, un equipo de la oficina de campo del FBI, en Phoenix, ha hallado estos artículos escondidos bajo el asiento del acompañante del coche familiar de Audra Kinney. La misma fuente nos dice también que se han identificado restos de sangre en la parte trasera del vehículo, lo que no ha hecho más que aumentar el temor de las autoridades por la suerte de los niños.

La imagen del televisor volvió a mostrar el plató y el presentador se dirigió a la corresponsal.

—Veamos, Rhonda, ¿es posible que esta filtración sea una respuesta directa a las acusaciones contra el Departamento del Sheriff de Elder hechas por Audra Kinney esta misma tarde?

Nuevo plano de la corresponsal, con expresión severa.

—Desde luego, es una coincidencia sorprendente, Derek. Es pura especulación, pero un posible motivo sería que el equipo que lleva la investigación quisiera reparar el daño causado por las declaraciones de Audra Kinney. Teniendo en cuenta este descubrimiento (recordemos, se trata de varias prendas de ropa infantil ensangrentada) y lo que sabemos acerca de los problemas de salud mental de esta mujer y de sus adicciones, la situación no pinta muy bien para ella, y por supuesto tampoco para sus hijos.

»Pero la fuente no se ha quedado ahí. También nos ha revelado que, con estas pruebas en su poder, la División de Investigación Criminal del Departamento de Seguridad Pública de Arizona tiene ahora todo lo necesario para arrestar a Audra Kinney como sospechosa del asesinato de sus hijos. Sin embargo, según nos dicen, la Brigada de Intervención Inmediata en Desapariciones de Menores del FBI, que encabeza la operación de búsqueda, ha estado manteniendo a raya a la policía estatal con la esperanza de que la señora Kinney revelara la ubicación de sus hijos, estén vivos o no. Según la misma fuente, a las autoridades se les ha acabado la paciencia y tienen previsto ordenar su arresto en algún momento de las próximas veinticuatro horas. Cuando eso

ocurra, esto dejará de ser oficialmente la investigación de una desaparición para convertirse en la investigación de un homicidio.

Audra apagó el televisor y dijo:

—Whiteside ha filtrado las fotografías, tiene que haber sido él.

—Te dije que contraatacaría —respondió Danny. En el suelo, junto a su silla, había una taza vacía y un plato con restos de pastel—. Si tuvieran previsto arrestarte hoy, ya lo habrían hecho. Yo diría que vendrán a buscarte por la mañana. Si vamos a ir a por Collins, tiene que ser esta noche.

—No podemos —dijo Audra—. O al menos yo no puedo, no soy…

Lo miró, pero enseguida volvió a apartar la mirada.

—¿Como yo?

—No quería decir eso, ni siquiera te conozco.

Audra se plantó ante la cama y miró una vez más el mapa que le había dado la señora Gerber.

La casera se había quejado al ver a Danny sentado en la silla del rincón: exigió saber quién era aquel intruso y cómo había logrado entrar. A Audra le costó lo suyo calmarla y asegurarle que todo estaba en orden.

Tras su insistencia y cierta dosis de persuasión, la señora Gerber había ido en busca del mapa y les había señalado distintas zonas.

—Si tuviera que esconder a dos niños —dijo—, no lo haría en el área más desértica. Tiraría hacia las tierras altas del norte, donde no hace tanto calor: en estos bosques de aquí… —Dio unos toquecitos en el papel con la punta del dedo—. Esto es el macizo del Escarpe Mogollon, que se eleva hasta convertirse en la meseta de Colorado. Primero todo son chumberas y cactus, pero enseguida dan paso a arbustos de enebro y luego, sin que uno apenas se dé cuenta, se encuentra a más de dos mil metros de altura, rodeado de pinos y abetos durante kilómetros y kilómetros. Entre ese punto y Flagstaff no hay nada más que bosque. Si quisiera esconder a alguien, es ahí adonde iría.

Audra observaba ahora la zona en cuestión y negaba con la cabeza ante su enorme amplitud.

Danny se plantó a su lado.

—Incluso si lograra sacarte de aquí a escondidas, ¿dónde te pondrías a buscar? Necesitamos echarle el guante a Collins. Es la única manera, sabes que tengo razón.

—Hay otra manera —le recordó Audra—: habla con Mitchell.

—No pienso sacar ese tema otra vez, no puedo…

Un golpe en la puerta lo hizo enmudecer. Miró a Audra y ella a él.

—¿Quién es? —preguntó Audra.

—Soy la agente especial Mitchell. Me acompaña el detective Showalter. ¿Podemos hablar un momento?

Audra se acercó a la puerta, acercó un ojo a la mirilla y vio las figuras distorsionadas de Mitchell y Showalter esperando en la penumbra del pasillo.

—¿Ahora mismo? —preguntó.

—Sí, ahora mismo —dijo Mitchell con cierta irritación en la voz.

Ella se volvió hacia Danny y señaló hacia el cuarto de baño. Él entró sin hacer ruido y cerró la puerta con sigilo. Audra giró la llave en la cerradura, quitó la cadena y abrió la puerta.

Mitchell y Showalter entraron sin esperar a que los invitara.

—He oído una voz —afirmó Mitchell—, pensaba que quizá tendría compañía.

—Era la tele —contestó Audra—. ¿Qué quieren?

Mitchell miró el mapa, todavía desplegado sobre la cama.

—¿Planea irse de viaje?

—Me preguntaba adónde se habrían llevado Whiteside y Collins a mis hijos.

Showalter negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Mitchell lo ignoró.

—¿Y ha llegado a alguna conclusión?

—Al norte —dijo Audra—: a los bosques. Allí no hace tanto calor y hay muchos sitios donde ocultarlos.

Mitchell ladeó la cabeza.

—¿No cree que pueden estar hacia el este, por donde llegó hasta aquí?

Audra se dejó caer en la silla.

—Por favor, estoy muy cansada. ¿Para qué han venido?

—Para decirle que lo que ha hecho antes ha sido una puñetera estupidez.

—Me da igual —terció Audra—: tenía que hacer algo.

Mitchell se sentó en el borde de la cama, se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y juntó las manos.

—¿Quiere hacer algo? Pruebe a decirme dónde están sus hijos.

Audra cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Por Dios, no puedo volver a empezar con eso. Si no tienen nada más, preferiría que se fueran.

Mitchell se puso en pie, cruzó el espacio que las separaba y se puso en cuclillas ante ella.

—Mire, he venido hasta aquí para que pudiéramos charlar de manera informal, extraoficialmente. Sin cámaras, sin tomar notas. Para darle una oportunidad más antes de que la policía estatal entre en acción.

—¿Es que no lo ha hecho ya?

—Audra, no necesitan un cuerpo para acusarla de homicidio: la ropa que encontramos en su coche es prueba suficiente. La única razón por la que todavía no la han arrestado por el asesinato de sus hijos es que yo quería darle la oportunidad de decir la verdad, ponerle las cosas más fáciles. Ahora mismo estoy a cargo de la búsqueda de sus hijos, pero cuando esto pase a ser una investigación por homicidio, Showalter asumirá el mando. Será la División de Investigación Criminal la que decidirá qué va a ocurrir en las próximas horas, no yo. Los he contenido cuanto he podido, pero ya no está en mi mano. Usted se ha asegurado de que así sea con su jugadita de esta tarde. Ahora, por Dios bendito, dígame dónde están Sean y Louise.

—Madre mía —soltó Audra—, ¿cómo puede estar tan ciega?

—Tiene hasta mañana por la mañana, a las diez en punto —dijo Mitchell—. Catorce horas. Ni un minuto más, Audra. Después, su caso pasará a manos de la policía estatal y yo ya no podré hacer nada por usted. ¿Le parece que esto es duro? Ellos se la comerán viva.

Audra se irguió en su silla.

—¿Ha interrogado a Whiteside?

—He hablado con él, sí, pero…

—¿Lo ha interrogado como sospechoso? —insistió Audra en un tono más brusco.

Mitchell negó con la cabeza.

—No, no lo he hecho.

—¿Y qué hay de Collins?

—Tampoco.

—¿De qué me sirve entonces? Me gustaría que se fueran de aquí, agente Mitchell.

No vio a Showalter ponerse a su lado, sólo sintió que su mano la agarraba del pelo y daba un tirón, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Audra jadeó y soltó un grito de dolor. Sus manos se movieron hacia el puño de Showalter, intentando liberarse de sus dedos. Él acercó la cara a la suya y Audra pudo oler el tabaco en su aliento. Sintió su saliva en la cara cuando habló.

—Escúchame bien, zorra chiflada. Si dependiera de mí, te lo sacaría a hostias. Y quizá lo haga. Tienes hasta mañana por la mañana para decirnos qué hiciste con tus hijos; a partir de entonces serás toda mía, y yo no me ando con chiquitas.

Mitchell se puso en pie.

—Detective Showalter, suéltela.

Showalter se acercó todavía más a Audra, le dio otro tirón del pelo.

—Mañana por la mañana, ¿me oyes?

—Maldita sea, Showalter, basta ya.

Audra soltó un grito cuando él le dio un tirón más fuerte.

—Quítele las manos de encima —dijo Danny Lee.

36

Danny había estado escuchando aquel intercambio hasta que no pudo más. Aquellas voces lo habían hecho retroceder cinco años. Las acusaciones, la terca incredulidad. Había estado esperando tras la puerta del baño, apretando los puños, haciendo rechinar los dientes, imaginando a Mya en aquella habitación, imaginando que le hacían a ella esas mismas preguntas. Y entonces oyó el grito de dolor de Audra y las repugnantes palabras del policía.

Cuando abrió la puerta e irrumpió en la habitación, estaba dispuesto a dejar a aquel poli fuera de combate. Pero cuando vio que era Audra quien estaba ahí, y no su mujer muerta tiempo atrás, reaccionó de inmediato.

Los tres se lo quedaron mirando y él pensó: «¿De qué va a servir cualquier cosa que haga? Si no puedo hacerles daño, ¿qué otra opción tengo?»

—¿Y usted quién demonios es? —soltó la agente especial Mitchell con los ojos muy abiertos.

—Me llamo Danny Lee —contestó él dando un paso hacia ellos. Miró al enorme poli que aún sujetaba a Audra del pelo y su voz se llenó de ira contenida—. Señor, le he pedido que le quite las manos de encima.

Showalter la soltó y apartó su cabeza como quien tira algo a la basura.

—Amigo, ya puede ir explicando qué demonios hace aquí o le patearé el culo hasta que cante.

«¿Qué puedo hacer?», volvió a preguntarse Danny.

Y entonces tomó una decisión.

—Señora —le dijo a Mitchell—, ¿puedo hablar con usted?

La agente puso los brazos en jarras.

—¿Sobre qué?

—Preferiría hacerlo en privado —contestó Danny señalando a Showalter con un gesto de la cabeza.

—Eh, un momento… —protestó el detective.

Mitchell levantó una mano para indicarle a Showalter que guardara silencio.

—¿Quiere repetirme su nombre, por favor?

—Danny Lee.

—Pues bien, señor Lee, no tengo ni idea de quién es ni de qué hace aquí. Si he de serle franca, su presencia me parece alarmante y estoy a punto de pedirle al detective Showalter que lo detenga por interferir en esta investigación. Así pues, ¿por qué debería dedicarle mi tiempo?

—Porque quiere encontrar a esos niños —se limitó a responder Danny.

La agente especial Mitchell estaba sentada en silencio, dispuesta a escuchar, con el cuaderno de notas abierto sobre la vieja mesa del comedor. Unos minutos antes había obligado Audra, Showalter y Danny a salir de aquel pequeño dormitorio y a seguirla hasta el piso de abajo. Después le había pedido al detective que esperara en el vestíbulo. Él había protestado, pero Mitchell le había recordado que, al menos por esa noche, era ella quien llevaba las riendas.

Audra apoyó la espalda contra la pared y observó a Mitchell tomar notas mientras Danny hablaba. La agente no lo interrumpió en ningún momento. Él no dejó de intentar interpretar la expresión de su rostro, pero era difícil saber qué pensaba aquella mujer.

Danny se había sentado en la otra cabecera de la mesa, frente a Mitchell, y hablaba en el tono más neutro que podía, sin emoción alguna, incluso cuando le explicó cómo descubrió el cuerpo de su mujer, como si hubiera agotado todas sus lágrimas tiempo atrás, como si ahora sólo le quedara aquella hueca enumeración de hechos.

Cuando dio por terminada su historia, Mitchell permaneció inmóvil con la mirada clavada en el cuaderno. Los músculos de su mandíbula temblaban ligeramente. Unos segundos después, inspiró profundamente y se puso en pie.

—Denme un momento —dijo cogiendo el cuaderno. Salió al pasillo y cerró la puerta detrás de ella.

Audra abandonó su puesto junto a la pared, se acercó a la mesa y se sentó. Danny la miró negando con la cabeza.

—No va a hacer nada al respecto —dijo.

—A lo mejor sí —contestó Audra—. En cualquier caso, teníamos que intentarlo.

Danny se levantó y fue hasta la ventana que daba a la calle. Separó las cortinas y miró hacia el exterior. La pequeña avenida se veía ahora desierta.

—Los periodistas se han ido —anunció—; la mayoría, por lo menos.

—Creo que hay un motel en el pueblo de al lado —explicó Audra—. No te preocupes, volverán por la mañana: no van a perderse la oportunidad de poder conseguir más carnaza; ya lo sabes, a ti también te pasó.

—Por lo que a ellos concierne, tú eres un monstruo —dijo Danny aún mirando a la calle—. Con Mya fue muy duro… pero en tu caso es todavía peor.

—¿Por qué? —quiso saber Audra.

En la ventana, Danny se volvió para mirarla.

—¿De verdad no lo sabes?

Audra negó con la cabeza.

—Porque tus hijos son blancos. Una niñita medio china no les importaba tanto.

—Por Dios… —soltó Audra. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cara—. Si no los recupero, no sé si seré capaz de sobrevivir. Lo que hizo tu mujer… yo haría lo mismo…

—Tú eres más fuerte que Mya, Audra —dijo Danny. Fue hasta la mesa y volvió a ocupar su asiento—. Has pasado por experiencias muy duras, ¿no es así?

Audra apartó las manos de su rostro y contestó:

—Así es.

—Pues saldrás adelante.

Ella sólo fue capaz de asentir y sonreír levemente, pero él vio la duda en sus ojos. No le

ofreció más consuelo y ambos permanecieron en silencio hasta que Mitchell volvió a entrar en el salón.

El rostro de la agente seguía sin mostrar expresión alguna cuando cerró la puerta tras ella. Se acercó a la mesa, pero no se sentó, sino que puso las manos en el respaldo de una silla, sujetándolo con dedos firmes.

—Señor Lee, he conseguido hablar con el agente especial Reilly. Me ha confirmado que su hija desapareció y que su esposa se quitó la vida. Lamento muchísimo su pérdida, señor Lee, pero el agente Reilly me ha dicho que nunca creyó la versión de los hechos de su mujer. También me ha contado que tiene usted un pasado bastante pintoresco. Dos temporadas en prisión por delitos violentos, una larga lista de arrestos, incluyendo uno por homicidio.

—Eso fue hace muchísimo tiempo —repuso Danny.

—De manera que es una persona reformada… pues me parece genial, pero eso no me ayuda en nada en este momento, y tampoco ayuda a la señora Kinney. Y ahora, me gustaría que se fuera del pueblo esta misma noche. Si no lo hace, me ocuparé de que el detective Showalter lo detenga por obstaculizar esta investigación.

Audra alzó la vista hacia Mitchell con los puños apretados. La dura mirada que le dirigió la agente casi le hizo bajar la cabeza de nuevo. Casi.

Mitchell se dirigió ahora a ella.

—Mañana a las diez en punto se dará la orden de proceder a su detención por el asesinato de sus hijos, Sean y Louise Kinney. Tiene esta noche para decidir qué va a hacer. He sido todo lo amable y paciente con usted que he podido, pero una vez se haya dado esa orden de detención ya no podré ayudarla. Créame, no tendrán piedad con usted, la harán pedazos.

Audra se incorporó y se inclinó sobre la mesa en dirección a Mitchell.

—Haga una última cosa por mí. Sólo una, por favor.

—¿Cuál?

—Interrogue a Whiteside y a Collins como me interrogó a mí. Póngalos en un aprieto, presiónelos, trate de encontrar alguna grieta en sus versiones. Y hágalo esta noche.

—Por favor, déjelo ya —dijo Mitchell frotándose la frente con las yemas de los dedos—. Basta, por el amor de Dios…

—Interróguelos —insistió Audra—, así al menos podrá decir que lo ha intentado todo, que ha hecho su trabajo.

—Váyase a la mierda —los ojos de Mitchell soltaban chispas—. Yo hago mi trabajo y puedo asegurarle que lo hago bien: he salvado a más niños que cualquier otro agente de la Brigada de Intervención Inmediata. A la mierda, se lo digo en serio. ¿Por qué se cree con derecho a cuestionar cómo hago mi trabajo?

—¿Por qué? —repuso Audra—. Pues porque, en el fondo, usted no cree que yo les haya hecho daño a mis hijos.

Mitchell no dijo nada. Su mirada parecía querer atravesar a Audra.

—Sólo interróguelos, por favor.

Mitchell negó con la cabeza y suspiró.

—Veré qué puedo hacer. Pero, a menos que me conduzcan directamente a esos dos críos, a usted la detendrán por la mañana. Y espero que no se le pase por la cabeza fugarse: habrá patrullas por todas partes en la calle para asegurarse de que no lo haga. —Señaló a Danny—. A

usted no quiero volver a verlo.

Mitchell se dio la vuelta, salió de la habitación y cerró de un portazo.

—Creo que la has cabreado —comentó Danny.

—Estupendo.

Danny se levantó de la silla y se acercó a Audra.

—Asegúrate de estar lista a las cinco en punto, te estaré esperando.

—¿Por qué?

—Porque esos dos polis no van a renunciar a tus hijos les diga lo que les diga Mitchell, así que por la mañana saldremos a recuperarlos.

Danny fue hacia la puerta y salió sin decir nada más.

37

Whiteside cruzó la calle al salir del ayuntamiento, que era donde se coordinaba ahora el equipo de búsqueda. El tintineo de los teléfonos todavía resonaba en su cabeza: las líneas estaban que ardían tras el anuncio de Patrick Kinney ofreciendo medio millón a quien encontrara a los niños. Fuera, la calle estaba desierta ahora que la prensa se había marchado. Parecía un pueblo fantasma. Se los imaginó a todos en el mugriento motel de Gutteridge, recuperando algo de sueño. La fatiga había empezado a hacer mella en él. Si por un instante se hubiera creído capaz de dormir, se habría ido inmediatamente a casa y se habría metido en la cama, pero Mitchell acababa de llamarlo al móvil para exigirle que se personara en comisaría.

Había llamado y le había dejado varios mensajes a Collins, pero no había recibido respuesta desde que la agente se fuera a la cabaña. La idea de que algo no iba bien lo inquietaba, pero hizo todo lo posible por ignorarla: preocuparse no iba a servirle de nada.

En la comisaría reinaba la calma. Los jefes de la estatal se habían vuelto ya a casa y el frenesí de los primeros días parecía haber dado paso a un sentimiento generalizado de resignación: los niños estaban muertos y punto. Whiteside podía verlo en las caras de los policías y los federales.

Excepto en la de Mitchell, que por lo visto nunca se daba por vencida.

La agente lo esperaba con el gilipollas de Showalter junto a la sala de interrogatorios. Su perro faldero, Abrahms, que estaba sentado ante su portátil, se lo quedó mirando cuando Whiteside se acercó a Mitchell y al detective.

—¿Qué quiere? —preguntó el sheriff—. Estaba pensando en irme a casa y descansar un poco.

Mitchell giró el pomo y dejó que la puerta de la sala de interrogatorios se abriera sola para que pasara el sheriff pero, en vez de entrar, Whiteside miró alternativamente a Showalter y a Mitchell.

—¿Qué quiere?

—Sólo le robaremos unos minutos —dijo la agente—. No le importa, ¿verdad?

—¿Va a interrogarme? —preguntó Whiteside señalando la puerta entreabierta—. ¿En serio?

—Quiero hacerle unas preguntas, nada más.

Whiteside miró a Showalter, que se encogió de hombros con cara de «qué se le va a hacer».

—Como quiera —el sheriff miró a Mitchell y sonrió—. Pero rapidito: la cama me está llamando.

Se sentó ante la mesa mientras la agente manipulaba la cámara de vídeo. El sheriff comprendió entonces qué estaba haciendo Abrahms en su portátil.

—¿Va a mandarle esto al tipo de análisis de conducta, en Phoenix?

—En efecto —contestó Mitchell.

—¿Y qué clase de conducta espera encontrar exactamente?

Mitchell se acercó a la mesa, tomó asiento y colocó el cuaderno y el bolígrafo ante sí.

—Bueno, nada en concreto. Es pura rutina, seguro que lo entiende.

—Sí, claro, lo entiendo. ¿Y ese tipo de los análisis de conducta ha tenido algo que decir sobre sus interrogatorios a la señora Kinney?

—Sí, su informe ha llegado esta tarde.

—¿Y bien?

—La señora Kinney está convencida de lo que dice.

Whiteside iba a protestar, pero Mitchell levantó la mano.

—Por favor, su nombre y su cargo, para que quede constancia.

Whiteside le sostuvo la mirada.

—Me llamo Ronald Whiteside, soy el sheriff del condado de Elder. Es posible que la señora Kinney se crea todas esas tonterías que suelta, pero incluso sin tener en cuenta las pruebas halladas en su coche, ambos sabemos que la señora Kinney está como una regadera.

—El estado mental de la señora Kinney es cuestionable, sheriff, pero se ha mantenido firme en su versión de los hechos desde la primera hasta la última vez que la interrogué.

Whiteside le guiñó un ojo a Showalter.

—Así que está firmemente chiflada.

El detective esbozó una sonrisita.

—Vamos a tomarnos esto en serio, sheriff —replicó Mitchell.

—Me lo estoy tomando muy en serio, créame: me lo he tomado en serio desde antes de que apareciera usted con su traje de marca y su cámara de vídeo. Ahora, adelante, pregúnteme lo que sea que quiera preguntarme para que pueda largarme de aquí.

Mitchell abrió la libreta por una página en blanco.

—¿Dónde tuvo lugar su primer encuentro con la señora Kinney?

—En el aparcamiento de la tienda que hay en la carretera, unos ocho kilómetros antes del desvío hacia Silver Water. Estaba ahí, sentado en mi coche patrulla, tomando café de mi termo, cuando apareció la señora Kinney. Bajó de su coche y miró a su alrededor. Reparó en mi presencia y eso pareció inquietarla de alguna forma.

—¿De qué forma?

—Se esforzaba mucho en actuar con normalidad; ya sabe a qué me refiero. Oiga, le conté todo esto hace dos días.

—No ante la cámara. De manera que tuvo la sensación de que su presencia la ponía nerviosa.

—Exacto, como si no quisiera ver a un poli ni en pintura. Así que, mientras ella estaba dentro de la tienda, rodeé el edificio con el coche y esperé a que volviera a aparecer y se marchara. De esa forma podría seguirla y ver si había algún problema con su coche o con su forma de conducir. Resulta que el coche iba sobrecargado, así que le di el alto por ese motivo.

—¿Y cómo se mostró la señora Kinney cuando usted la abordó?

—Inquieta, como un ciervo cuando sabe que lo tienes en el punto de mira.

—¿Y usted? ¿Cuál fue su actitud?

—Educado, relajado, simpático. Como soy siempre, vamos.

Whiteside procuró ahora visualizar la conversación: vio a Audra Kinney en el asiento del conductor con ambas manos sobre el volante.

—¿En ese momento reparó en la sillita para niño en el asiento trasero?

El sheriff visualizó la sillita vacía.

—Sí.

—¿Le pareció extraño ver una sillita para niño vacía?

—La verdad es que no —contestó Whiteside—: muchos padres no quitan nunca la sillita del coche.

—El coche llevaba matrícula de Nueva York —insistió Mitchell—, ¿quiere decir que le pareció normal que alguien hiciera todo el trayecto hasta aquí desde el estado de Nueva York con una sillita de bebé, pero sin un crío?

—En ese preciso instante me pareció normal, pero después…

—¿Le hizo alguna pregunta a la señora Kinney sobre la silla o sobre el niño o los niños que la utilizaban?

Él negó con la cabeza.

—No, no lo hice: nadie mencionó a ningún niño hasta que la hube encerrado en ese calabozo de ahí atrás. Fue en aquel momento cuando me preguntó dónde estaban sus hijos.

—¿Y cuál fue su respuesta?

Whiteside intentó interpretar la expresión de la agente. Nada. Se preguntó qué cartas escondería en la manga.

—Le dije: «¿Qué niños?» En ese momento empezó a alterarse, así que la dejé allí un buen rato, con la esperanza de que se calmara. Cuando volví más tarde, le expliqué que no había ningún niño en el coche cuando le di el alto y ella me atacó, como habrá visto en la grabación de las cámaras de seguridad. Después empecé a indagar sobre esos niños y di el aviso a las autoridades pertinentes. Fue más o menos entonces cuando usted se autoinvitó y apareció por aquí.

—¿Dónde estaba su ayudante Collins en ese momento?

—Estaba patrullando: hace un recorrido por el pueblo y las carreteras cercanas por si hay problemas de tráfico u otras cosas parecidas. Después se fue a casa, por lo menos hasta donde yo sé. Vive con su madre y su hijo en Ridge Road. ¿También va a interrogar a Collins?

—Aún no he podido contactar con ella —añadió Mitchell—, ¿tiene idea de dónde puede estar?

Whiteside consultó su reloj de pulsera.

—Su turno ya ha terminado, y es viernes por la noche. Estará relajándose con una cerveza o una copa de vino, si tiene algo de sentido común. Puede que haya apagado el móvil.

Mitchell volvió la página.

—Hablemos de la versión de los hechos de la señora Kinney.

—Por Dios —soltó el sheriff—, y ya puestos, hablemos también de que el aterrizaje en la luna fue un montaje, o de que el once de septiembre fue una conspiración de nuestro gobierno.

Mitchell ni se inmutó.

—La señora Kinney insiste en que, cuando usted le dio el alto, sus hijos Sean y Louise estaban en el asiento de atrás. Dice que usted habló con ellos, que incluso regañó al niño y le

ordenó que volviera a subir al coche. También insiste en que usted llamó por radio a la agente Collins para que acudiera a buscar a sus hijos y se hiciera cargo de ellos. Asegura que ustedes dos los metieron en el asiento trasero del coche y que, desde que la agente Collins se marchó, no ha vuelto a saber de ellos.

Whiteside esperó a que continuara, pero sólo se encontró con la mirada fría y penetrante de Mitchell.

Cuando quedó claro que ésta no iba a añadir nada más, dijo:

—Ya, ésa es su versión de los hechos, pero no es la verdad, por más veces que la repita. Según el marido, esa mujer lleva años sufriendo trastornos de personalidad. Es inestable. Dios sabe qué clase de fantasías brotarán en su cabeza. No dice más que sandeces. Así que Collins y yo raptamos a sus hijos… Pero, vamos a ver, ¿para qué demonios íbamos a hacer algo así? ¿Alguna vez ha oído algo semejante?

Mitchell esbozó una sonrisa fría.

—De hecho, sí. Esta misma tarde.

La mirada de Whiteside fue de Mitchell a Showalter, que se encogió de hombros, y de vuelta a Mitchell.

—¿Cómo? —exclamó Whiteside—. ¡Déjese de putos juegos conmigo, Mitchell!

La sonrisa de la agente se volvió aún más gélida.

—Hace apenas una hora un hombre me ha contado una historia interesante. Su mujer emprendió un trayecto en coche con la hijita de ambos y un policía le dio el alto y la arrestó por un supuesto delito. Cuando la mujer preguntó qué había sido de su hija, el poli contestó: «¿Qué hija? No había nadie con usted cuando la he parado.» ¿Le suena?

El sheriff visualizó al hombre de aquella mañana en la cafetería, el hombre que había pedido un sándwich de más para llevar, el tipo que decía saber lo que Whiteside había hecho.

—Así que alguien más se inventó una historia parecida. ¿Y qué? Déjeme adivinarlo… ¿Ese cuento no se lo habrá contado un chino?

—Un asiático-americano, sí. Otro detalle de la historia también le resultará familiar: la culpa recayó en la madre. Todo el mundo estaba convencido de que la mujer le había hecho daño a su hija en el trayecto entre su casa y el lugar donde la paró el policía.

—Este país es muy grande —se defendió Whiteside—, debe de haber cientos, miles de ocasiones cada día en las que se da el alto a alguien por una infracción de tráfico. ¿Y cuántos niños desaparecen? Y de todas las desapariciones de niños, y esto debería usted saberlo muy bien, ¿cuántas veces no resulta que ha sido uno de los padres quien les ha hecho daño? De manera que tiene usted una historia parecida de otro chalado… pues muy bien: los locos se atraen entre sí como imanes. Me apuesto lo que sea a que eso también lo ha visto antes.

Mitchell no dejó de esbozar aquella puñetera sonrisa, como si tras ella escondiera todos los secretos del universo. Whiteside concentró todos sus esfuerzos en impedir que su rostro expresara algo; quizá una leve irritación por aquella intrusión, pero nada más.

—Había ciertos detalles de interés… —dijo Mitchell.

Whiteside tuvo ganas de borrarle la sonrisa de una bofetada.

—¿Como por ejemplo? —quiso saber.

—Habrá oído hablar de la Red Oscura, ¿no?

—Sí, me suena —contestó el sheriff encogiéndose de hombros—. Es algo así como la cloaca

de internet. Ahí se comparte porno infantil, o por lo menos eso tengo entendido.

—Entre otras cosas —puntualizó Mitchell—. Pornografía infantil, películas con torturas y asesinatos reales, *software* ilegal, herramientas para la piratería informática…, cualquier cosa de ese estilo que uno quiera compartir en secreto con personas de gustos similares. Cualquier tipo de actividad ilegal, en realidad. Se conciertan ventas de drogas y armas, incluso asesinatos a sueldo. Y en un sucio rinconcito de esa red, un grupo de hombres muy ricos utiliza a policías corruptos para procurarse niños.

De pronto, Whiteside tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar; una gota de sudor frío le bajaba lentamente por la espalda, pero consiguió que su rostro no mostrara expresión alguna. Apenas parpadeó, no movió un solo músculo de la cara: permitirse un desliz, por pequeño que fuera, equivalía a sacar la pistola ahí mismo y meterse una bala en la cabeza.

Se pasó la lengua por los labios secos y finalmente dijo:

—No sé nada de todo eso. Parece un asunto de lo más feo.

—Lo es —replicó Mitchell—. Supongo que no querrá entregarle todos los ordenadores, tabletas y móviles a mi compañero, el agente especial Abrahms, para que los inspeccione, ¿verdad?

Otra gota de sudor y un levísimo movimiento bajo el ojo izquierdo, leve como la caricia de un ángel, pero Mitchell lo notó. Sus ojos se dirigieron durante un segundo a ese punto y luego volvieron a donde estaban.

—Supone bien —respondió el sheriff—. Si quiere inspeccionar cualquiera de mis posesiones, tendrá que enseñarme una orden judicial. Bueno, creo que ya es suficiente, se acabó la conversación. Necesito dormir y me voy a casa a hacer exactamente eso. Si quiere volver a interrogarme, tendrá que arrestarme y hacerlo en presencia de un abogado.

Se puso en pie, apartó la silla de un empujón, fue hasta la puerta y añadió:

—Buenas noches a los dos.

Fuera, en la oficina, el brillo de la pantalla del portátil iluminaba la cara aniñada de Abrahms, que llevaba puestos unos auriculares y garabateaba algo en su cuaderno. Whiteside resistió el impulso de hacerle soltar el bolígrafo de un manotazo y romper en pedazos sus notas. En vez de eso, se dirigió con paso firme hacia los lavabos de hombres, abrió la puerta de una patada y dio un portazo tras él.

Una vez dentro, pasó de largo los urinarios, se metió en el único cubículo y echó el cerrojo.

—Joder, joder… —soltó—. Me cago en esa cabrona hija de puta…

Lo recorrió un estremecimiento que pareció surgir de lo más profundo de su ser y se extendió por brazos y piernas. Le temblaban las manos. Se llevó el puño a la boca y se mordió un nudillo con fuerza, esperando que eso le despejara la mente, pero fue en vano. Respiraba agitadamente, su pecho subía y bajaba como si una mano gigante le hiciera un masaje cardíaco. Una constelación de estrellas negras le nublaba la vista y tenía la sensación de que la cabeza le flotara muy por encima de los hombros. El corazón le latía a toda prisa.

Tenía un ataque de pánico.

«Estoy teniendo un ataque de pánico», pensó.

Se sentó en la taza del váter y apoyó ambas manos en las paredes del cubículo para no caerse.

—Mierda —exclamó—, Dios santo…

Se inclinó y puso la cabeza entre las rodillas. «Respira», se dijo. «Respira… inhala por la

nariz. Uno, dos, tres, cuatro. Aguanta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Exhala por la boca. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…» Repitió el ejercicio una y otra vez: «Inhala. Aguanta. Exhala…»

Poco después, el mundo se enderezó lo suficiente como para que el sheriff pudiera levantar la cabeza y escapar de aquel hedor de años de orina y excrementos. Un par de minutos más y consiguió volver a respirar con normalidad. Otro más y fue capaz de ponerse en pie.

Hurgó en su bolsillo en busca del teléfono móvil. Titubeó, consciente de que no debería usar el móvil habitual, sino el de prepago, pero no había tiempo para eso. Por quinta vez aquella noche, llamó a Collins. Escuchó el tono de llamada, convencido de que no iba a contestar.

—¿Hola?

El sheriff ahogó un grito de sorpresa.

—¿Hola? ¿Ronnie?

—Mary, escúchame bien. No vuelvas a la comisaría. No vayas a tu casa. Encuéntrate conmigo dentro de media hora ya sabes dónde.

—Ronnie, ¿qué está…?

Whiteside colgó y volvió a meterse el móvil en el bolsillo. Tiró de la cadena, salió del cubículo y se lavó las manos. Luego salió del cuarto de baño, cruzó a grandes zancadas la oficina sin mirar a Mitchell, Showalter o Abrahms y se dirigió hacia su coche.

38

Danny se despertó en medio de la oscuridad más absoluta, desorientado y con la vertiginosa sensación de estar cayendo. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba: en el almacén de la primera planta de la tienda de tapicería y cortinas que había inspeccionado unas horas antes.

Tras haber dejado a Audra en la pensión, había ido derecho a su coche para alejarse de Silver Water y ascender hasta salir del valle, internándose en las montañas. Una vez allí, se detuvo y esperó a que el cielo pasara del azul oscuro al negro.

Había observado cómo las montañas iban devorando la franja naranja que había en el horizonte y reflexionado sobre la belleza de aquellos parajes. A lo largo de su vida, no había salido muy a menudo de San Francisco. Mya le había hablado alguna vez de viajar cuando Sara fuera mayor, de explorar Estados Unidos, tal vez incluso Europa. Ese sueño se había convertido en polvo junto con su mujer.

Una vez que la oscuridad lo hubo cubierto todo, se dirigió de vuelta al pueblo. Apagó las luces cuando circulaba entre las humildes casas prefabricadas de las afueras y luego cruzó el puente y se metió por el callejón en la parte alta de la calle mayor. Aparcó el coche allí, donde no podía verse desde la calle, y echó a andar por la parte trasera de varios locales hasta que dio con el de tapicerías y cortinas. No tardó ni dos minutos en entrar: la tienda no tenía alarma. En el piso de arriba encontró una caja llena de cojines sin funda, los volcó en el suelo, formó con ellos un nido y puso el despertador del móvil a las tres de la mañana.

Ahora estaba despierto y alerta. Consultó el reloj: las dos con cuarenta y seis. Pero ¿qué lo había despertado?

Aguzó el oído.

Ahí estaba: un movimiento, una pisada. Susurros de cuero contra linóleo, de tela contra tela.

Danny tanteó en busca del montoncito de pertenencias que había dejado junto a su nido: los zapatos, la cartera, el teléfono… El Smith & Wesson modelo 60 y la munición seguían ocultas en el coche de alquiler, en el maletero, bajo la rueda de recambio, junto con las abrazaderas de plástico, los alicates, la cinta aislante, la navaja y otros artículos que había comprado en la ferretería de Phoenix.

Ruido en la escalera. Dos pares de pisadas, unas más pesadas que las otras.

Supo entonces de quiénes se trataba y sintió alivio por haber dejado la pistola en el coche. De haberla llevado encima, les habría proporcionado la excusa que necesitaban para abatirlo a tiros. Se puso en pie, metió todas sus cosas en los bolsillos, retrocedió hasta la pared y levantó las manos.

Oyó el siseo de pies que se arrastraban y susurros al otro lado de la puerta que daba a la

escalera. Una luz se movía en los resquicios de la puerta.

—Los he oído —dijo—. Pueden entrar, no voy armado.

Siguió un instante de silencio, luego la puerta se abrió de par en par y lo cegó la luz de una linterna. Levantó la mano derecha para protegerse los ojos.

Se oyó un clic y los fluorescentes del techo parpadearon y se encendieron.

Whiteside y Collins estaban de pie frente a él, ambos con ropa de civil. Collins lo apuntaba con una Glock mientras Whiteside apagaba la linterna.

—Así que sólo estaba de paso, ¿eh? —dijo Whiteside.

—Decidí que me quedaría por aquí un día más —contestó Danny, todavía con las manos en alto—. ¿Cómo me han encontrado?

—No ha costado mucho. Sabía que no se iría del pueblo como le pedí y enseguida imaginé que buscaría colarse en uno de tantos locales vacíos. Sólo he tenido que buscar algún indicio de allanamiento de morada y ya está.

—Aquí me tiene —corroboró Danny.

—Debería haber ido al motel de Gutteridge —dijo Whiteside—. No es gran cosa, pero… vaya, mejor que esto…

—Me conformo con poco.

—Ya, pero por lo visto va bien sobrado de labia… Bueno, todo esto me plantea un dilema… ¿Debo arrestarlo por vagabundeo, por allanamiento de morada o por ambas cosas?

—O podría dejarme seguir mi camino —propuso Danny—. No he causado ningún daño.

—¿Que no? —Whiteside soltó una carcajada—. Joven, no me haga reír. Ha hecho un montón de daño. ¿Dice que no va armado?

—Así es —contestó Danny, sonriendo—. Qué lástima, ¿verdad?

Whiteside sonrió a su vez.

—Tal vez podría haber simplificado las cosas. Aun así, no le importará que lo compruebe, ¿no? Póngase las manos en la cabeza y dé un par de pasos hacia aquí.

Danny hizo lo que le decía, y luego se quedó quieto y en silencio mientras Whiteside lo cacheaba y le registraba los bolsillos. Después, el sheriff examinó sus hallazgos: hurgó en el contenido de la cartera, estudió las tarjetas de visita, contó el dinero. Sacó el carnet de conducir, leyó los datos y volvió a deslizarlo en su sitio.

A continuación le tendió la cartera y el móvil. Danny bajó las manos, los cogió y volvió a metérselos en los bolsillos.

Vio venir el puño del sheriff, pero demasiado tarde para pararlo.

El golpe lo alcanzó en la parte izquierda de la mandíbula, empujando su cabeza hacia atrás. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor y sintió cómo le fallaban las piernas. Cayó de costado contra el suelo. Aunque todos sus instintos le decían que se pusiera en pie, que peleara, se obligó a quedarse donde estaba. Cuando su mente y su visión volvieron a la normalidad, se llevó una mano a la mejilla y comprobó el estado de su mandíbula. No estaba rota; quizá se le había aflojado algún diente, nada más. Había superado cosas peores.

—Arriba —ordenó Whiteside.

Danny escupió en el suelo y vio sangre en el linóleo.

—Estoy bien aquí —dijo.

—¡En pie, maldita sea!

El sheriff le soltó una patada en el costado, bajo las costillas. El diafragma de Danny se convulsionó, expulsó el aire de sus pulmones y lo dejó sin aliento para volver a llenarlos. Intentó ponerse a cuatro patas y alejarse, pero la bota de Whiteside volvió a alcanzarlo, esta vez en el muslo. Rodó hasta quedar de costado y levantó las manos, indicando que ya era suficiente.

—¡En pie! —insistió el sheriff—. Dispone de diez segundos antes de que le rompa todas las costillas a patadas.

Danny consiguió ponerse de rodillas, pero un ataque de tos lo obligó a doblarse por la cintura y le emborronó la vista. La mano de Whiteside lo agarró con dureza del brazo y lo levantó de un tirón.

—Muy bien —dijo el sheriff dando un paso atrás—. Señor Lee, le agradecería mucho que se pusiera los zapatos y nos acompañara a la agente Collins y a mí.

—¿Estoy detenido?

Whiteside sacó un revólver que llevaba a la espalda, sujeto a la cintura del pantalón, lo amartilló y apuntó hacia el vientre de Danny.

—No, no está detenido.

39

A Sean le sangraban las manos y le dolían los hombros. Llevaba toda la noche rascando la madera con la navaja, clavando y girando la hoja, haciendo saltar astillas y esquirlas. Primero había pasado la navaja por el borde de la trampilla hasta conseguir ubicar el cerrojo. La portezuela estaba formada por nueve tablones atornillados desde fuera a un armazón en forma de zeta. Se había planteado tratar de separar los tablones del marco haciendo palanca, pero sabía que la hoja se rompería sin haberlos aflojado siquiera, así que se concentró en la zona alrededor del cerrojo. El tablón al que este último estaba sujeto tenía poco más de un centímetro de grosor y la madera era vieja. No estaba podrida, pero no era tan firme como lo habría sido en otro tiempo. Aun así, era una tarea ardua y lenta, y le corrían hilillos de sangre por los antebrazos.

Poco antes había hecho una pausa para descansar y darle a Louise la segunda dosis de antibiótico. La primera ya parecía haber hecho efecto: no tenía la frente tan caliente y había dejado de temblar. Ahora estaba sentada sobre el colchón, observando a su hermano en lo alto de la escalera.

—¿Te falta poco? —preguntó con voz ronca.

—No —contestó él.

Louise volvió a toser y se aclaró la garganta:

—¿Y cuándo crees que acabarás?

—No lo sé, todavía tardaré un rato.

—Pero ¿cuánto?

—¡Un rato! —repitió él levantando la voz.

—Cuando salgamos, ¿encontraremos a mamá?

—Sí.

—¿Dónde crees que estará?

—No lo sé.

—Entonces ¿adónde iremos?

—Tampoco lo sé. Correremos, trataremos de llegar lo más lejos posible.

—Pero ¿hacia dónde?

—No lo sé, Louise. Venga, túmbate y duerme un poco. Te avisaré cuando haya terminado.

La niña hizo lo que su hermano le sugería y se tendió sobre el colchón con las manos juntas bajo la mejilla, a modo de almohada. Sean sintió una punzada de arrepentimiento por haberse mostrado tan brusco con ella, pero lo dejó correr y se puso manos a la obra otra vez.

Un recuerdo brotó de pronto de algún remoto rincón de su mente: un sermón de su padre, en

una de aquellas pocas ocasiones en que Patrick Kinney había tratado de comunicarse con su hijo. Era sobre la importancia de trabajar arduamente. Nada bueno podía conseguirse en la vida si no se ganaba con esfuerzo. Así había hecho él su fortuna, trabajando arduamente. Pero Sean hacía ya tiempo que sospechaba que el dinero de la abuela tenía mucho que ver con el éxito de su padre.

Después de rascar un buen rato habría descubierto dos de los tornillos que aseguraban la trampilla. Suponía que habría cuatro. Sólo tenía que ir rebajando la madera alrededor de los tornillos y luego empujar la portezuela con todas sus fuerzas hasta que el cerrojo saltara. Le había llevado unas cuantas horas localizar el primer tornillo, pero desde ahí había podido calcular la posición del segundo. Ahora estaba teniendo problemas para encontrar el tercero.

Probó suerte con un punto más cercano al borde. Dio un golpe hacia arriba con la navaja y consiguió hundir por lo menos medio centímetro de la punta. Después la movió hacia delante y hacia atrás en la misma dirección en que iban las vetas y luego en la contraria, volviendo más y más ancha la incisión. La clavó otra vez, volvió a hacer lo mismo y consiguió desprender un pedazo de madera del tamaño de una uña. Una vez más y…

Ahí estaba. Algo duro en el interior, algo que no cedía: el tornillo. Ahora tenía que rodearlo, ir arrancando poco a poco la madera para que no tuviera nada a lo que sujetarse.

No pudo evitar sonreír de oreja a oreja, disfrutar de aquel placer primitivo.

Al cabo de unos minutos había conseguido deshacerse de dos terceras partes de la madera que rodeaba el tornillo. Ya podía imaginar el crujido de la madera astillada al desprenderse el cerrojo y la sensación del aire fresco en sus rostros cuando él y su hermana estuvieran en el exterior, entre los árboles. Sería maravilloso… Alentado por esos pensamientos, cavó más profundo y con más fuerza, retorciendo más la navaja.

Entonces, la hoja se partió.

Había estado cargando todo el peso de su cuerpo sobre la navaja, empujando desde los hombros, y de pronto la hoja desapareció y ya sólo empujó aire. Cayó hacia delante, todavía sujetando el mango con firmeza entre los dedos ensangrentados. Lo soltó y alargó la mano herida para cogerse de la barandilla, pero una astilla clavada lo hizo gritar de dolor. Su cuerpo siguió girando y sus piernas titubearon; se dio un fuerte golpe en el hombro.

Se quedó ahí colgado, con una mano en la barandilla y la espalda contra los escalones, viendo cómo el mango de la navaja rebotaba escalera abajo hasta el suelo. Miró hacia arriba: la hoja seguía clavada en la madera. Encontró un peldaño palpando con el pie y consiguió incorporarse. Se examinó la palma de la mano y las astillas clavadas en el pulgar.

—Mierda —soltó, arrancándose la más grande.

—Has dicho una palabrota —dijo Louise.

—Sí, y voy a decir unas cuantas más.

Volvió a alzar la vista hacia la hoja, luego hacia el mango que descansaba en el suelo del sótano, y supo que su única oportunidad se había desvanecido. Apoyó los codos en las rodillas, agachó la cabeza y se echó a llorar sin importarle que Louise pudiera verlo.

40

Llevaban casi una hora de trayecto, Danny al volante de su coche de alquiler y Whiteside sentado detrás de él. De vez en cuando, Danny notaba el cañón de la pistola presionando el respaldo del asiento. A través del retrovisor, veía el solitario faro de la motocicleta con la que los seguía Collins.

El coche daba saltos y sacudidas en el camino de tierra. Hacía rato que habían salido de la carretera y ahora transitaban por las pistas sin asfaltar que usaban los rancheros con sus vehículos todoterreno y camionetas. Danny pensó que nunca en su vida se había encontrado tan alejado de la civilización.

Sólo había un motivo para que lo llevaran tan lejos: probablemente ni siquiera lo enterrarían, se limitarían a abandonar su cuerpo en el desierto, junto a su coche, para dejar que los carroñeros picotearan en sus restos hasta que alguien pasara casualmente por el lugar al cabo de unos meses, quizá años. Pensó en Sara, ¿estaría igual cuando volviera a verla? ¿Tendría para siempre la misma edad que cuando se la llevaron o habría crecido? Si alguien se lo hubiera preguntado, Danny habría negado creer en esas cosas, pero en el fondo percibía un vínculo que lo unía a su mujer y a su hija.

Pensó en Audra Kinney y en sus hijos; estaba seguro de que los críos seguían vivos, y se preguntó si aún habría esperanza para ellos o ya estarían perdidos.

—Más despacio —ordenó Whiteside.

Danny levantó el pie del acelerador y pisó el freno. Pasó de cuarenta por hora a veinte, a diez, y luego a avanzar muy poco a poco.

—Desvíate ahí, a la izquierda.

El coche dio una sacudida y bajó dando tumbos por una cuesta poco pronunciada. Danny tuvo que eludir varios cactus. Más allá, los faros iluminaron las formas de un afloramiento rocoso.

—Ahí —le indicó Whiteside—, entre esas rocas. Para y deja el motor en marcha.

Danny accionó el freno de mano, puso ambas manos en el volante y observó a Collins detenerse junto al coche. La agente apagó el motor de la motocicleta, puso la pata de cabra y se bajó. Colgó el casco del manillar. Danny reparó por primera vez en el segundo casco sujeto al asiento trasero y supo cómo pensaban volver al pueblo.

La agente desenfundó la Glock y apuntó a la cabeza de Danny a través del cristal, alargó una mano y abrió la puerta.

—Fuera —ordenó.

Él hizo lo que le decía, aunque con movimientos suaves y lentos, tomándose su tiempo. Collins no pudo ocultar el temblor de su mano cuando le indicó con la pistola que se pusiera delante del coche. Se abrió la puerta trasera y Whiteside se apeó y se puso a su lado. Los tres quedaron iluminados por los faros.

—Me figuro que comprendes qué está pasando aquí —dijo el sheriff.

—Sí —contestó Danny.

—Entonces, de rodillas.

—No —replicó él.

Whiteside se acercó un paso más.

—¿Cómo dices?

—No me he arrodillado ante nadie desde que murió mi padre y no pienso arrodillarme ante ti, maldito hijo de puta.

Con el rabillo del ojo, Danny vio el movimiento de Collins y un instante después sintió la patada detrás de la rodilla izquierda y cómo su pierna se doblaba. Clavó la rodilla en tierra.

—Sólo quiero que me respondáis a una cosa… —dijo Danny.

—Lo siento, amigo, nada de últimas palabras.

—¿Por qué hacéis esto? Sabéis muy bien por lo que van a pasar esos niños… ¿Creéis que el dinero os va a librar de las pesadillas?

—Estuve en la Guerra del Golfo —contestó Whiteside—. Vi más mierda allí de la que puedas imaginar. No he dormido bien una sola noche desde que dejé el ejército, así que esto no me va a dejar mucho peor. En cuanto al porqué, es bastante simple: estoy hasta las putas narices de ser pobre. He cumplido los cincuenta y cinco y no tengo nada; nada de nada, maldita sea, ¿te parece razón suficiente?

Danny entrecerró los ojos tratando de mirar a Whiteside a la cara bajo el resplandor de los faros.

—Mi hija se llamaba Sara. Le gustaba bailar y leer. Quería ser gimnasta o adiestradora de perros, no conseguía decidirse. Tenía seis años cuando se la llevaron. Intento no pensar en lo que le hicieron, pero no puedo evitarlo. Eso mató a mi mujer, y me mató a mí también, sólo que aún no me han enterrado.

—Vamos, hazlo —le dijo Whiteside a Collins.

La agente puso la Glock en la sien de Danny. Él volvió un poco la cabeza para poder ver el miedo en su rostro, el pánico: cómo subía y bajaba su pecho, la rapidez con que se movían sus ojos…

—Se llaman Sean y Louise. Él tiene diez años y ella seis, la misma edad que tenía mi hijita. Sabéis muy bien lo que van a hacerles.

—¡Cállate! —soltó Collins.

—Aprieta el gatillo —dijo Whiteside.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Danny, y vio el fugaz cambio en la expresión de la agente—. Sí, ¿verdad? ¿Dos? ¿Tres?

—He dicho que cierres el pico.

Whiteside dio un paso más.

—Maldita sea, Collins, dispara ya.

—Quizá sólo tienes uno —dijo Danny—. Sólo uno, ¿no es eso? ¿Niño o niña?

Collins arremetió con la Glock contra la nuca de su prisionero. Danny vio las estrellas: sintió un fogonazo detrás de los ojos. Cayó hacia adelante, pero apoyó las manos y volvió a incorporarse.

—¿Haces esto por tu hijo? Lo importante es que tu crío no sufra, ¿verdad? Pero Sean y Louise sí van a sufrir. Cada dólar que tú te gastes les costará a esos niños la…

Otro golpe, otra luminosa explosión de estrellas, pero esta vez Danny se desplomó en el suelo; la arena y la grava le hirieron el rostro. Una oleada de dolor se expandió por su cerebro, como un globo al hincharse. «No te desmayes», se dijo. «No te desmayes…» Puso las manos en el suelo y se incorporó una vez más.

—¡Por el amor de Dios, hazlo de una vez! —bramó Whiteside—. ¿O tengo que hacerlo yo?

Danny lo ignoró y se volvió de nuevo hacia Collins. Los ojos de la ayudante del sheriff estaban abiertos de par en par y ella jadeaba y apretaba los dientes.

—¿De verdad estás dispuesta a dejar que esos niños sufran? ¿A dejar morir a Sean y a Louise por dinero? —Danny señaló a Whiteside con la cabeza—. Él puede vivir con eso, pero tú no eres como él, ¿o sí? ¿Eres capaz de enfrentarte a…?

Collins blandió el arma de nuevo, pero esta vez Danny estaba preparado.

Echó a un lado la cabeza para eludir el golpe, agarró la muñeca de la agente con la mano izquierda y, aprovechando la inercia, dejó que le cayera encima. Su mano derecha se cerró sobre la de ella, tiró del brazo hacia fuera y hacia arriba, encontró su dedo en el gatillo y la obligó a disparar una vez, luego otra. Ambos disparos silbaron en el aire sobre el hombro de Whiteside. No dieron en el blanco, pero bastaron para que el sheriff se arrojara al suelo.

Danny arrancó la pistola de la mano de Collins y apoyó el cañón aún caliente en su sien mientras Whiteside seguía allí, tirado en el suelo. La agente forcejeó, pero Danny presionó aún más con la Glock.

—Basta —le dijo—, quieta.

Ella obedeció y Danny plantó las suelas en la tierra y apoyó la espalda contra la calandra del coche. Se empujó hacia arriba con las piernas obligando a Collins a levantarse con él. Whiteside se puso de rodillas, pero Danny dejó que otro disparo reverberara sobre su cabeza.

—Quédate en el suelo, y suelta el arma.

Whiteside se lamió los labios, flexionó los dedos.

—No lo hagas —advirtió Danny— o te vuelo la cabeza. Suéltala.

El sheriff se quedó quieto durante unos segundos, mirándolo con odio. Luego arrojó el revólver hacia el mar de tinieblas, más allá de la luz de los faros del coche.

—Las manos sobre la cabeza —le ordenó Danny, luego acercó sus labios al oído de Collins y susurró—: Saca las llaves de la moto del bolsillo y tíralas hacia allí.

Señaló la negrura con el cañón de la Glock. Collins hizo lo que le decía y se oyó un leve tintineo en las sombras.

—Vámonos.

Retrocedió rodeando el coche y, al llegar a la puerta del conductor, se detuvo a abrirla; encañonó la nuca de Collins con la Glock, para retenerla ahí mientras abría la puerta de atrás.

—Cuando yo te lo diga, entra y cierra la puerta —indicó Danny, y acto seguido añadió—: Ahora.

Ambos se agacharon para subir al coche, Collins al volante y él en el asiento trasero.

Whiteside los observaba con ira en los ojos cuando las puertas se cerraron al unísono.

—Muy bien —dijo Danny. El sheriff estaba ante ellos, mirándolos bajo el resplandor de los faros—. Ahora, llévame de vuelta a Silver Water.

Cuando Collins empezó a dar marcha atrás, un grito de Whiteside reverberó por encima del ruido del motor.

41

Audra soñaba con la casa de su infancia: una casa antigua a las afueras de un pueblo cerca de Albany. Tenía un jardín grande con un manzano al fondo. Había algunas habitaciones que le daban miedo y a las que no debía entrar jamás porque su padre se lo había prohibido. Si desobedecía y entraba, se pondría furioso y blandiría los puños y también el cinturón.

Soñaba con su habitación en lo alto de la casa, con la luz que se colaba por su ventana y con el cielo que veía a través de aquel rectángulo iluminado. Era como si la casa flotara muy por encima del suelo; imaginaba que era Dorothy volando hacia un lugar maravilloso.

El despertador en la mesita de noche la arrancó del sueño y tuvo la sensación de caer con la cama desde gran altura y de rebotar en el colchón. Cuando se despertó del todo, se preguntó a qué hora se habría quedado dormida. Aún estaba vestida. Había estado tumbada mirando al techo hasta pasada la medianoche, preguntándose qué estarían haciendo Sean y Louise.

Confiaba en que estuvieran dormidos.

Confiaba en que no tuvieran miedo.

Confiaba en que estuvieran a salvo.

Cuando se decidió a poner el despertador a las cuatro y media de la mañana, no albergaba esperanza alguna de poder dormir, pero lo había conseguido y se alegraba de ello. Se incorporó, se levantó de la cama y cruzó descalza la habitación hasta el baño. Orinó y luego se lavó la cara y el cuerpo con el agua fría del lavamanos. Se miró al espejo y vio nuevas arrugas alrededor de sus ojos y su boca…, nuevas canas en el pelo. Sin pensar lo que hacía, alargó una mano para tocar su reflejo; resiguió la forma de su rostro con las yemas de los dedos.

Un sentimiento nuevo y repentino la asaltó de pronto: el duelo. El duelo por sí misma, por la niña que había sido, por los años perdidos en un matrimonio que le había consumido el alma, dejándola vacía. Era demasiado tarde para recuperar esos años, pero no para tener un futuro. Aun así, sólo podría seguir adelante con sus hijos: sin ellos no tendría sentido, nada tendría sentido.

De nuevo en la habitación, se puso la única camisa limpia que tenía, por mal que le quedara, y se abrochó los botones. Luego se cambió los calcetines y se puso aquellas deportivas un número más grandes. Salió con sigilo de la habitación y cerró la puerta tan suavemente como pudo: no quería despertar a la señora Gerber. La madera de la escalera crujió bajo sus pies y se estremeció con cada paso. Llegó al rellano y se dirigió hacia la cocina.

Cuando abrió la puerta, vio a la señora Gerber sentada a la mesa con una taza de café delante y un cigarrillo a medio fumar suspendido sobre un cenicero limpio. Se miraron durante unos segundos, cada una sorprendida en una situación que no quería que la otra presenciara.

—Sólo fumo uno al día —explicó la señora Gerber—; algunas veces dos, si estoy

preocupada.

Audra asintió y se dirigió hacia la puerta trasera.

—¿Se escapa? —quiso saber la casera.

—No —respondió Audra—, voy en busca de mis hijos.

La señora Gerber le dirigió una mirada severa, con los ojos entornados.

—Yo no les hice daño —añadió Audra—. Por favor, pase lo que pase, no lo olvide.

La anciana hurgó en el bolsillo de su bata y sacó un juego de llaves que deslizó sobre la mesa.

—Las necesitará para la puerta y el candado de la verja. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el abrigo que pendía de un colgador, junto a la salida—. Me las ha quitado del bolsillo, las encontraré en el callejón dentro de un rato.

Audra las cogió y abrió la mosquitera. Miró por encima del hombro y dijo:

—Gracias.

La señora Gerber se la quedó mirando mientras Audra hacía girar la llave en la cerradura.

—Maté a mi marido —confesó.

Audra se detuvo y se volvió hacia ella.

—Fue hace casi quince años —le explicó la anciana—. Una noche volvió a casa borracho y lo esperé en lo alto de las escaleras. Ni siquiera lo empujé; al menos no exactamente: sólo alargué la mano y la puse donde tenía que estar su centro de gravedad. Todavía recuerdo la expresión de absoluta sorpresa en su cara. Y es curioso, ¿sabe?, porque me siento más culpable por fumarme un pitillo que por haberme quedado mirando cómo se rompía el cuello el muy imbécil. —Dio otra larga calada y añadió—: Espero que los encuentre.

Ella la miró durante unos segundos y a continuación se limitó a asentir. La señora Gerber hizo lo mismo. Audra abrió la puerta.

En el jardín corría una suave brisa que le refrescó la piel. Fue hasta la verja, abrió el candado y salió al callejón. Luego dejó caer las llaves en el suelo de tierra endurecida por el sol.

Miró a ambos lados, pero no vio ni rastro de Danny. Sacó del bolsillo el móvil que él le había dado el día anterior. Mientras abría la lista de contactos en busca del único número, el teléfono le vibró en la mano. Pulsó la tecla de responder y se llevó el aparato a la oreja.

—¿Danny?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—A un par de calles, detrás de la pensión. Hay un coche de los estatales patrullando por la calle mayor; no es que le pongan mucho empeño, pero aun así no podemos arriesgarnos a que nos vean. Ve hacia el sur por el callejón, en dirección al río. A unos veinte metros, verás otro callejón a tu izquierda. Síguelo hasta la calle siguiente, crúzala y ve hasta el callejón que queda enfrente. Estoy al otro lado. Pero ten cuidado, no dejes que nadie te vea.

Audra colgó, guardó el teléfono y echó a andar. Encontró el primer callejón a la izquierda, tal como Danny había dicho, y lo siguió hasta la siguiente calle. A apenas unos palmos de la esquina, oyó una voz y se quedó paralizada.

—Hazlo —dijo un hombre—. Joder, hazlo ya.

Audra se pegó a la pared tanto como pudo y aguzó el oído.

—Está bien, como quieras, pero si vuelves a cagarte en casa, te juro que voy a meterte un

corcho por el culo.

Observó a un tipo menudo de mediana edad pasar ante el callejón llevando de una correa a un chucho rechoncho. El hombre salió de su campo de visión, pero el perro se quedó plantado en la acera, mirando hacia la boca del callejón con los cuartos traseros temblando. Soltó un ladrido agudo, pero la correa se estiró y Audra oyó de nuevo la voz del hombre:

—A casa, ya es hora de volver, joder.

Audra contó hasta diez antes de salir a la calle. Vio al hombre y al perro más allá, en la acera: el chucho tiraba de la correa para mirar hacia donde estaba ella, el hombre iba prácticamente arrastrándolo. Al otro lado de la calle distinguió el siguiente callejón y en él una forma oscura que podía ser un coche. Se acercó a paso rápido, agachando la cabeza y procurando hacer el menor ruido posible.

Al llegar al otro extremo, vio a Danny en las sombras apoyado sobre un Chevrolet cubierto de polvo. Los pulmones le pedían aire a gritos mientras se acercaba caminando a toda prisa. Se detuvo a unos palmos de distancia y vio la sangre que apelmazaba el pelo de Danny y su labio hinchado.

—Dios santo, ¿qué ha pasado?

Danny sonrió, hizo un gesto de dolor y se tocó los labios.

—He tenido una charla con el sheriff Whiteside. Toma, tengo algo para ti.

Se llevó una mano a la espalda y sacó una pistola de la cintura del pantalón.

Audra dio un paso atrás cuando se la ofreció sujetándola por el cañón.

—Madre mía, no. No quiero.

—Cógela —insistió Danny—, tenemos que ir armados.

—Pero si ni siquiera sé cómo usarla…

—Es una Glock —explicó él—. No tiene seguro: sólo tienes que apuntar y apretar el gatillo, así de fácil. Cógela.

Audra se acercó. Asió el arma y sintió la empuñadura fría en la mano. Danny presionó el cañón con dos dedos para apartarlo, de modo que apuntara al suelo.

—Mantén el dedo lejos del gatillo —dijo—. No apuntes a nada, a menos que estés dispuesta a disparar, ¿entendido?

—Creo que sí. ¿De verdad vamos a hacer esto? ¿Vamos a secuestrar a Collins?

Danny la miró de reojo.

—Vaya, ¿aún no te lo he dicho?

Tendió la mano hacia la manecilla de la puerta trasera del coche y la abrió al tiempo que se hacía a un lado.

—Ay, mierda… —soltó Audra.

La agente Collins yacía en el suelo ante el asiento trasero. Tenía los tobillos atados con abrazaderas de plástico a las piezas metálicas de debajo del asiento del copiloto y las muñecas atadas a la espalda. Una tira de cinta americana le tapaba la boca. Miraba a Audra con los ojos muy abiertos.

—Están en una cabaña, hacia el norte —dijo Danny—, en el bosque que circunda la meseta de Colorado, exactamente en la zona que señaló la casera en el mapa. Queda a un par de horas en coche.

Audra sintió una oleada de calor en los ojos, un nudo en la garganta… Abrazó a Danny con

fuerza y le plantó un beso en la mejilla. Se apartó cuando él soltó un resoplido de dolor.

—Gracias —le dijo.

—Todavía no los hemos encontrado —repuso él—. Vámonos ya. Whiteside sigue ahí fuera. Tenemos que estar muy lejos de aquí para cuando él consiga volver.

Danny conducía y Audra iba en el asiento del acompañante. Salieron del pueblo hacia el este por un camino de tierra y después tomaron una pista hacia el norte. El sol asomaba ya entre las montañas hacia las que se dirigían y cada vez hacía más calor. Danny subió el aire acondicionado. Había obligado a Collins a sentarse apoyada en la puerta, las manos todavía atadas a la espalda. La agente había dejado escapar un gruñido cuando le quitó la cinta adhesiva de la boca dejándole un rectángulo enrojecido alrededor de los labios. Ella los guió hasta el camino por el que ahora transitaban, una ruta utilizada en otro tiempo para llegar a la mina cerrada años atrás. Las ruedas de la maquinaria pesada que se había utilizado en la zona habían dejado enormes roderas en la tierra polvorienta y sus huellas fantasmales aún eran visibles a la primera luz del día.

Unos veinte minutos después dejaron atrás aquel maltrecho camino de tierra y se incorporaron a una estrecha carretera que serpenteaba colina arriba. El ascenso era tan brusco que empezaron a notar la presión en los oídos. Poco después, con el sol brillando plenamente en el cielo, el calor empezó a apretar y Audra deseó haber traído las gafas de sol que había dejado en el asiento del acompañante de su viejo coche familiar. Bajó el parasol del parabrisas e hizo visera con la mano sobre los ojos.

De pronto, un recuerdo de cuatro días atrás irrumpió en sus pensamientos. Un recuerdo aleatorio, pero que acudió a ella con total claridad. Audra había acercado el dorso de la mano al parabrisas y enseguida había tenido que apartarla con la piel enrojecida por el calor. Recordó haberle dicho a Sean que lo probara. El chico lo hizo, exclamó «¡ay!» y apartó la mano soltando una risita.

Audra volvió la cabeza para mirar a través de la ventanilla. Trató de disimular su respiración temblorosa en su esfuerzo por contener las lágrimas.

—Si sirve de algo —dijo Collins—, lo siento.

Audra se enjugó los ojos y contestó:

—Vete al infierno.

42

Transcurrió una hora más sin que ninguno de ellos dijera nada.

La carretera seguía su tortuoso ascenso hacia las montañas como una cinta desenrollada. Sólo adelantaron a un vehículo: una ranchera que conducía un viejo de pelo entrecano. Cuando lo pasaban, levantó un índice del volante a modo de saludo. Las largas rectas se veían interrumpidas por tramos de curvas cerradas (Audra recordó que aquello era el macizo del Escarpe Mogollon) y, tras ascender un buen rato, la temperatura había bajado tanto que Danny apagó el aire acondicionado.

Llegaron a una meseta y la carretera se enderezó. Los pinos los rodeaban por todas partes y se extendían hasta donde alcanzaba la vista. A ratos, el terreno descendía a uno u otro lado y veían bosques que se extendían hasta el horizonte. Era hermoso y terrible, pensó Audra: cientos de kilómetros sin otra cosa que árboles y más árboles.

«Mis hijos están por ahí, solos», se dijo. «Pero he venido en su busca.»

Una pregunta apareció entonces en sus pensamientos como salida de la nada, y se sintió desesperada por conocer la respuesta.

—¿Cuánto?

Danny la miró, pero Audra se volvió en el asiento para encararse a Collins.

—Conteste, ¿cuánto?

La agente siguió mirando hacia la ventanilla.

—Medio millón —contestó—. Ronnie sacaba más tajada, no sé cuánto en total.

—Medio millón de dólares… —repitió Audra—. ¿Qué hubieras hecho con ellos?

—Pues conseguirle a mi hijo la asistencia que necesita. —A Collins le brillaron los ojos—. Tiene un problema de corazón. Los medicamentos son carísimos y mi seguro médico no cubre ni la mitad. Mi madre ha tenido que hipotecar su casa por segunda vez y el dinero ya casi se ha esfumado. Cuando empeora o tiene una crisis tenemos que llevarlo al hospital y cuesta un riñón. No me queda nada… absolutamente nada. Yo sólo quería que mi hijo estuviera bien, sólo eso.

Audra estudió su rostro, las huellas de las lágrimas.

—Y tú estabas dispuesta a sacrificar a otros dos niños para conseguirlo.

—Pues sí… —Collins apartó la vista del cristal y miró a Audra a los ojos—. Resulta que ellos no son mis hijos.

De pronto, a Audra le pareció que hacía más frío y se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Es aquí arriba, a unos cien metros —dijo Collins—. Hay una salida que da a un camino de tierra, tienes que tomarlo.

Danny aminoró la marcha, tomó el desvío y las ruedas traquetearon sobre una rejilla que impedía el paso del ganado. El terreno era más blando allí, menos implacable que en la zona desértica; un lecho de pinaza amortiguaba los baches.

—Sigue por este camino durante quince o veinte minutos —indicó Collins—, luego tendremos que bajarnos e ir andando.

Hicieron el resto del trayecto en silencio hasta que la agente le dijo a Danny que detuviera el coche.

Audra se bajó, estiró las piernas y se estremeció; el aire allí era mucho más frío. Tuvo que recordarse que aún era temprano: según la pantalla táctil del Chevrolet no eran ni las siete y media. Danny rodeó el coche hasta ella y abrió la puerta trasera.

—Coge la Glock —dijo.

Audra abrió la puerta del acompañante y sacó la pistola de la guantera. Volvió a notarla fría y pesada en la mano y sintió un escalofrío.

—Apúntala —le indicó Danny—. Si intenta cualquier cosa, dispárale en la pierna o el brazo, no la mates.

—Intentaré no hacerlo —contestó Audra al tiempo que levantaba la pistola para apuntar, más allá de Danny, al muslo de Collins. Él cortaba las abrazaderas de plástico con los alicates.

Danny se apartó y Collins bajó del coche. Dio dos pasos antes de perder el equilibrio y dar con el hombro contra el suelo, incapaz de parar la caída con las manos, que todavía llevaba atadas a la espalda.

—Mierda —soltó.

—Vamos —dijo Danny tendiendo una mano para ayudarla a levantarse—. Camina, da un par de vueltas para que la sangre circule.

Le dieron un par de minutos para recuperarse y luego Audra preguntó:

—¿Por dónde?

Collins miró más allá del coche.

—Por ahí, hay que andar diez o quince minutos.

—Pues vamos —dijo Audra—, tú vas delante.

Collins salió del sendero y se abrió paso entre los árboles. Audra y Danny la siguieron.

Avanzaban despacio y Audra empujó a Collins entre los omoplatos para meterle prisa. La agente dio un traspié, pero no volvió a caer. Miró a Audra por encima del hombro.

—Si me desatarais las manos, podría andar más deprisa, así no puedo mantener el equilibrio.

Audra miró a Danny, que se encogió de hombros.

—No voy a hacer nada —añadió la agente—: seguís teniendo las pistolas.

—Está bien —dijo Audra, que apuntó al hombro de la agente con la Glock.

Danny sacó los alicates del bolsillo y se acercó. Cortó la abrazadera y la dejó caer al suelo. Collins se frotó las muñecas, estiró los brazos, desentumeció los hombros.

—Y ahora, andando —ordenó Audra.

El aire se volvió un poco menos frío a medida que caminaban y Audra notó que el sudor empezaba a resbalar por su espalda. Los pájaros cantaban en las copas de los árboles y en el sotobosque otros animales correteaban y susurraban entre las sombras. Audra mantenía la vista fija más allá de Collins, buscando cualquier indicio de la cabaña.

Y ahí estaba, entre los pinos.

Audra se quedó paralizada: ahí estaba… Sus hijos habían estado allí durante todo ese tiempo.

Se lanzó a la carrera, pateando el suelo del bosque y batiendo los brazos. Dejó atrás a Danny y a Collins y corrió como en el colegio, hacía años, cuando corría por el puro placer de hacerlo. Danny la llamó a gritos, pero ella lo ignoró.

—¡Sean! —La voz de Audra resonó entre los árboles—. ¡Louise!

No aminoró el paso al irrumpir en el claro, tampoco al subir las escaleras del porche ni al abrir la puerta de un empujón. Sus pies resbalaron en el suelo de madera cuando intentó detenerse, y perdió por completo el equilibrio. Aterrizó sobre la cadera, pero no se detuvo: se puso a cuatro patas, todavía asiendo la Glock, y avanzó hacia la trampilla abierta gritando sus nombres…

¿Abierta?

Vio la portezuela astillada y apoyada sobre las cadenas. Vio el cerrojo arrancado de la madera en el suelo, todavía colgando de la chapa. Se asomó al sótano… y estaba vacío.

Aun sabiendo que no podían oírla, Audra volvió a llamar a sus hijos a gritos.

43

Sean y Louise seguían andando. Louise se iba quedando atrás y Sean había dejado de animarla para que fuera más deprisa. Era consciente desde hacía un buen rato de que se habían perdido, así que no tenía mucho sentido apresurarse. Aun así, tenían que seguir avanzando, fuera como fuese.

—Quiero agua —exclamó Louise desde tres o cuatro metros más atrás.

—Has bebido hace poco —respondió su hermano—. Ya te lo he dicho, nos tiene que durar. No sé cuánto tiempo vamos a pasar aquí fuera. Puede que sean días, tenemos que reservar las provisiones.

Sean llevaba todo lo que tenían en una bolsa de plástico: dos botellines de agua, cuatro barritas de chocolate y caramelo, dos manzanas y un plátano. Se había atado las asas a la muñeca porque la palma de la mano todavía le dolía y le sangraba. La bolsa parecía pesar mucho pese a lo poco que contenía, y cada vez le dolía más el hombro. Sus pulmones también se resentían por el esfuerzo: por muy hondo que respirara, no parecía haber aire suficiente. Sería por la altura, supuso; y estaba claro que a Louise también le costaba respirar.

No sabía cuánto rato llevaban en marcha, pero calculaba que por lo menos una hora. El camino hasta la carretera no quedaba tan lejos de la cabaña: era consciente de que habían tomado la dirección equivocada. Se maldijo por ello. Había tenido tanta prisa por poner tierra de por medio que no se fijó en hacia dónde huían. Había tenido la impresión de que el terreno ascendía y descendía en algunas partes, de que podía encontrar la forma de bajar de cota, pero al cabo, por más que caminaban, seguían en el bosque, a la misma altura. Quizá conviniera hacer una parada pronto y compartir una de las barritas y el plátano, pero todavía no.

Lo que más deseaba en el mundo, además de ver a su madre, era tumbarse sobre aquel lecho de pinaza y dormir. Aquella noche no había pegado ojo y las manos le seguían sangrando después de aquel esfuerzo. El mango de la navaja había ido a parar en el primer peldaño y, desde lo alto de la escalera, Sean se lo había quedado mirando durante un buen rato, enfadado con la navaja por haberse roto y consigo mismo por pensar que la hoja resistiría. Finalmente bajó y lo recogió. Se lo pasó de una mano a otra varias veces mientras lo estudiaba.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la hoja no se había partido: era el propio mango el que se había roto; sus dos mitades se habían separado y la hoja se había salido. Empujó las dos mitades con los pulgares, comprobó que eran flexibles… Se sentó en el último peldaño y volvió a observar el mango un rato más. A esas alturas, Louise estaba dormida y roncaba en el colchón sumida en un sueño de verdad, no en el dormitar febril del día anterior.

Alzó la vista hacia la trampilla: la hoja aún estaba clavada junto al tercer tornillo. Una hoja y

un mango era cuanto necesitaba, ¿no? Sólo le hacía falta encontrar la manera de unirlos. Subió la escalera y, ya en lo alto, examinó la hoja. Se quitó la camiseta, se envolvió la mano derecha con ella y tiró del metal. Tras forcejear un poco, la arrancó de la madera.

La gruesa base de la hoja encajó en el mango con facilidad; ahora tenía que mantener las dos mitades unidas de algún modo. Necesitaba algo con que sujetarlas. Se miró los pies y reparó en los cordones de sus deportivas. En menos de un minuto estaba ya a punto de atar el mango de la navaja con ellos, pero entonces se detuvo. Había una manera mejor, ¿verdad?

Sí, sí que la había.

Puso el mango de lado de manera que, unido a la hoja, formaran una T invertida. Vio la imagen mentalmente: las partes atadas con el cordón, quizá añadir un trozo de su camiseta para no hacerse daño en la mano. En cuanto lo vio claro, la operación no le llevó mucho tiempo.

Volvió a ponerse manos a la obra armado con su nueva herramienta. La hoja sobresalía entre sus dedos, la mayor parte envuelta en el algodón de su camiseta, con sólo un par de centímetros a la vista. Ahora podía arrancar más madera con menos esfuerzo. Aun así, le llevó horas, pero no le importó, sobre todo cuando oyó un glorioso crujido al empujar la puerta.

En ese instante pensó que todo iba a salir bien.

Pero ahora ya no estaba tan seguro.

Se detuvo y dio una vuelta completa sobre sí mismo buscando un hueco entre los árboles, un claro, un edificio, un camino…, cualquier cosa. No quedaba otra opción que caminar y no perder la esperanza.

—¿Podemos parar? —preguntó Louise.

—No —contestó Sean con más firmeza de la que pretendía—, no te quedes atrás.

Se recordó que todavía estaba enferma. Lo peor había pasado, pero la fiebre la había dejado débil y cansada. Le daría otra dosis de antibiótico cuando pararan.

—¿Esto es como la selva? —quiso saber Louise.

—Supongo —respondió Sean.

—Pero en la selva la gente se muere, ¿no?

—Puede —contestó su hermano—, a veces.

—¿Vamos a morir, Sean?

—No —respondió él—, no vamos a morir.

Siguieron andando.

44

Audra apuntó con la Glock a la frente de Collins.

—¿Dónde están?

De pie en el claro, la agente levantó las manos.

—Yo los dejé aquí anoche, no sé…

—¡¿Dónde están mis hijos?!

Audra bajó del porche y fue directa hacia ella sosteniendo con firmeza la pistola.

—¡Juro por Dios que anoche cerré la trampilla! —respondió Collins—. Estaban aquí, te lo juro; estaban…

Audra le propinó un bofetón con la mano izquierda. La agente retrocedió con la mejilla enrojecida, trastabillando ante la fuerza del golpe.

—¿Qué clase de monstruo haría algo así?

Una vez más, Collins levantó las manos y una vez más Audra le propinó un golpe, y otro más, que en esta ocasión la alcanzó en la nariz y la hizo sangrar. Danny dio un paso atrás y observó la escena con expresión impasible.

—¡De rodillas! —ordenó Audra.

Collins abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—¡De rodillas! —insistió Audra, y sintió que la recorría una oleada de calma—. Ahora mismo.

Collins se puso de rodillas con las manos en alto y mirando a Audra.

—No sé qué te propones hacer, pero por favor no lo hagas…

—Cállate, no me mires.

—Por favor… —rogó Collins.

Audra acarició el gatillo de la Glock con el dedo y puso el cañón contra la sien de la ayudante del sheriff.

—Por favor, no lo hagas… —suplicó Collins.

Audra miró a Danny.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo él.

—Oh, por Dios, no… —susurró Collins. Le temblaban las manos. Juntó las palmas—. Por favor, Señor, perdona mis pecados.

En la entrepierna de sus vaqueros apareció una mancha oscura.

—Por favor, Dios mío, perdóname. Cuida de mi niño, Señor, te lo ruego, cuida de mi madre y de mi niño. Por favor, Dios mío, ten piedad de mí.

Audra la observó rezar e imaginó la bala atravesando la cabeza de aquella mujer, su vida esparcida en el lecho del bosque.

—Maldita sea… —masculló, y acto seguido levantó la Glock, apartándola de la cabeza de Collins, pero enseguida volvió a bajarla para asestarle un culatazo en el cráneo. Notó la fuerza del golpe en la muñeca y cómo le recorría el brazo hasta el hombro.

Collins se desplomó en el suelo, parpadeando y con un hilillo rojo oscuro cruzándole la oreja hasta la mejilla. Murmuró algo incomprensible sobre el suelo de pinaza.

Danny miró a Audra desde el otro lado del claro.

—¿Y ahora qué?

Audra dio una vuelta completa sobre sí misma, contemplando los leves jirones de niebla entre los árboles.

—Salimos en busca de mis hijos.

—¿Ahí fuera? —Danny se plantó a su lado—. A estas alturas podrían estar en cualquier parte.

—¿Y cómo vamos a encontrarlos?

Danny señaló a Collins, todavía medio inconsciente en el suelo.

—La llevamos de vuelta al pueblo y se la entregamos a Mitchell. Ellos pueden organizar una partida de búsqueda, ahora que sabemos dónde concentrarla.

—Hemos tardado dos horas en llegar aquí, y vete a saber cuántas más costará poner en marcha a Mitchell y a los estatales.

Volvió a dar una vuelta entera, preguntándose qué dirección habrían seguido los niños. Si supieran dónde estaba el sendero, sin duda habrían intentado encontrarlo para seguirlo hasta la carretera, ¿no? Aguzó la mirada, buscando algo, lo que fuera…

Se detuvo. ¿Qué había sido eso? Su mirada había distinguido algo. Repitió el mismo gesto, despacio, buscando lo que había llamado su atención. Búscalo, búscalo…

Ahí.

Un destello rosa en la alfombra marrón de pinaza. Volvió a perderlo cuando la brisa movió las ramas bajas de los árboles, ocultando el puntito de color. Sin decir nada, echó a correr y se internó en el bosque, agachándose para evitar las ramas bajas y brincando sobre las raíces.

¿Era posible que fuera…?

—¡Audra, espera! —gritó Danny.

Ella lo ignoró y siguió corriendo hasta llegar al punto preciso. Y ahí estaba: *Gogo*. Medio enterrado en las agujas de pino pegadas al gastado peluche. Se detuvo, sin aliento y mareada, y se arrodilló para coger el viejo conejo, el guiñapo que tantas veces Louise había impedido que ella tirara a la basura.

Se llevó a *Gogo* a la nariz y la boca, inhaló, dejó que el aroma de su hija llenara su cabeza.

—Ay, Dios mío… —susurró, notando cómo le ardían los ojos—. Mi niñita… voy a encontrarte, voy a dar contigo…

Volvió la cabeza y vio a Danny acercándose entre los árboles.

—Han ido por aquí —le dijo—, podemos seguir su rastro.

Les llegó un ruido del claro tras ellos, una especie de gemido animal. Danny se volvió en

redondo y él y Audra vieron a Collins alejarse dando traspiés hacia los árboles del otro lado, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio y haciendo eses.

—Mierda —soltó Danny, y salió tras ella sacando el revólver del cinturón.

—Déjala —dijo Audra.

Él aflojó el paso, pero siguió andando.

—Las llaves del coche están puestas. Si llega primero, nos dejará aquí tirados.

—No importa, deja que se vaya.

Danny se detuvo y volvió la cabeza hacia Audra.

—Mira —dijo ella—. Es *Gogo*. Se le ha caído a Louise: han pasado por aquí.

—Pero ¿cuánto puede hacer de eso?

—¿No lo ves? —dijo Audra mientras acariciaba con los dedos la cabeza del peluche y volvía a notar las lágrimas en sus mejillas—. Está seco. Todo lo demás está cubierto de rocío, pero *Gogo* está seco, y eso significa que no hace mucho que han pasado por aquí. Si los seguimos, los encontraremos.

Danny caminó hacia ella, se agachó y tocó el pelo de *Gogo* con las yemas de los dedos.

—Pues más vale que nos pongamos en marcha.

45

Sean tenía la sensación de que las piernas ya no lo soportaban. Le dolían los pies y notaba el calor húmedo de las ampollas bajo los calcetines. Conseguir que Louise avanzara le exigía un esfuerzo constante. Su hermana le pedía que descansaran cada veinte metros, o eso le parecía a él, y se sentaba sobre la pinaza sin que le diera permiso. En dos ocasiones, Sean le había gritado que se levantara y en otra la había agarrado del brazo para tirar de ella, pero no había conseguido que dejara de sollozar.

—No quiero ser malo contigo —le había dicho él—, pero tenemos que seguir caminando.

Así que continuaron durante otra hora por lo menos, quizá más, por un terreno que a ratos subía y a ratos bajaba. Sean no sabía qué dirección seguían, y ni que lo mataran habría recordado si el sol iba del este al oeste o al revés. Lo único que podía hacer era asegurarse de tenerlo en todo momento sobre el hombro derecho, y así sabía al menos que seguían una dirección constante.

—No pienso caminar más —anunció Louise a su espalda.

Sean se dio la vuelta sólo para ver cómo se dejaba caer en el suelo una vez más. Volvió sobre sus pasos y se sentó a su lado.

—De acuerdo. Cinco minutos y ya está, luego tenemos que seguir.

Sacó una botella de agua de la mochila, desenroscó el tapón y se la ofreció a su hermana. Ella la cogió, echó un trago y se la devolvió. Él tomó un sorbo y se enjuagó los dientes y la lengua; luego volvió a guardar la botella.

—No, hoy no pienso caminar más —declaró Louise. Hundió los deditos en el lecho marrón de agujas de pino y los movió, creando pequeños senderos.

—Tenemos que hacerlo —dijo Sean.

—No, podemos montar un campamento aquí y seguir caminando mañana.

—¿Cómo vamos a montar un campamento? No tenemos tienda de campaña.

—Puedes hacer un refugio con ramas —explicó Louise—: lo vi en la tele.

—No sé cómo. Y esta noche hará mucho frío.

—Entonces podemos hacer un fuego.

—Tampoco sé cómo hacerlo. Esta zona está muy alta, ¿sabes? Son las montañas. Puede haber osos, y pumas; incluso lobos, qué sé yo.

—Cállate —dijo Louise haciendo un mohín.

—Es verdad —repuso Sean.

—No, no es verdad. ¿Cómo es posible que no hayamos visto ninguno?

—Porque salen sobre todo por la noche. Por eso tenemos que seguir caminando hasta que encontremos ayuda. Más nos vale no estar aquí fuera cuando se despierten los osos y los lobos.

—Estás diciendo mentiras y pienso contárselo a mamá cuando venga a buscarnos.

Sean alargó la mano para asir la de su hermana, pese a que su palma en carne viva le ardía. A lo largo de aquellos días se habían cogido de la mano un montón de veces. Apenas conseguía recordar la última vez que habían hecho eso antes de que los raptaran; probablemente no pasaba desde que Louise tenía dos años.

—Óyeme bien —dijo Sean—. ¿Te acuerdas de que antes me has preguntado si íbamos a morir aquí, en medio del bosque? Yo te he dicho que no, ¿verdad?

Louise asintió con la cabeza, se sorbió la nariz y se la limpió con la manga.

—Pues te he mentido —confesó él—. La verdad es que sí podría pasar; si no seguimos, si no encontramos ayuda, podríamos morir. A lo mejor esta noche no, pero sí mañana o pasado. Moriremos y nunca más volveremos a ver a mamá.

Louise se echó a llorar encogiendo los hombros. Se puso roja.

—No te digo esto porque sea malo, sino porque necesito que entiendas que debemos seguir caminando. Tenemos que encontrar ayuda, a alguien que pueda llamar a mamá o incluso llevarnos hasta ella. Porque quieres volver a ver a mamá, ¿a que sí?

Louise se sorbió otra vez la nariz y contestó:

—Ajá.

—Entonces tenemos que seguir caminando. ¿Lista?

La niña se enjugó los ojos con la mano y repitió:

—Ajá.

—Muy bien, pues vamos.

Sean se levantó y ayudó a su hermana a hacer lo mismo. Luego hizo ademán de ponerse en marcha, pero la niña tiró de su mano. Cuando se volvió hacia ella, Louise le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cara en su pecho.

—Te quiero —dijo.

Sean la abrazó.

—Yo también te quiero.

Echaron a andar de nuevo a través de los árboles, cogidos de la mano, con el sol todavía sobre el hombro derecho de Sean. En algún punto del camino empezaron a cantar cancioncillas infantiles que Sean no cantaba desde el parvulario y que ahora brotaban de él a pleno pulmón, de modo que oía resonar su propia voz en el bosque: «En la granja de mi tío, ia, ia, o, hay diez vacas que hacen muuu…» Se sintió un poco mareado: en aquel lugar tan alto no había aire suficiente para ponerse a cantar mientras iba andando, pero no le importó. Cantó de todas formas, tan fuerte como pudo.

Durante el trayecto perdió la noción del tiempo, así que no tenía ni idea de qué hora era cuando el bosque se volvió menos denso y por fin consiguieron ver un trozo de cielo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Louise.

—No lo sé —contestó él apretando el paso y arrastrando consigo a su hermana.

Se habría puesto a correr de haber podido. Unos instantes después, salieron del bosque. Esperaban encontrarse en un claro, pero se trataba de algo completamente distinto.

Estaban en lo alto de una colina poco pronunciada en la que la maleza y la hierba daban paso

a una superficie llana que se ensanchaba hasta mucho más allá. Parecía una sartén, con el fondo plano y los bordes inclinados hacia arriba, aunque no era redonda, sino ovalada. Se extendía a derecha e izquierda hasta donde alcanzaba la vista; frente a ellos, en cambio, podían ver el otro lado de la cuenca, y luego más y más árboles. Entremedio había una superficie de tierra pelada y agrietada: un paisaje extraterrestre salido de un relato de ciencia ficción.

—¿Qué es eso? —quiso saber Louise.

—Diría que antes era un lago, pero ahora está seco.

—¿Y adónde ha ido a parar toda el agua?

—No lo sé. Se habrá evaporado, supongo.

—Yo sé qué quiere decir *evaporado* —dijo Louise orgullosa de sí misma—: es cuando el sol chupa toda el agua y luego la suelta como lluvia en algún otro sitio.

—Pues sí —contestó Sean—, supongo que es eso lo que pasó.

Un movimiento en la distancia, sobre los árboles, captó su atención: un ave de gran tamaño volaba en círculos, planeando sobre los pinos. Sean se puso la mano a modo de visera para protegerse los ojos y observó aquellas alas enormes que apenas se movían al planear mientras el ave describía un amplísimo arco. Parecía estar muy lejos y aun así se veía grande. El cuerpo y las alas eran de un marrón muy oscuro y la cabeza y la cola, en forma de delta, del blanco más puro.

Sean la señaló con el dedo.

—¿Sabes qué es?

—No, ¿qué es?

—Estoy casi seguro de que es un águila calva.

—Es muy grande —comentó Louise.

—Sí. No sabes la suerte que tenemos: no es muy común y la mayoría de la gente nunca llega a ver una en libertad. Mira, va a posarse sobre aquel árbol.

Ambos observaron cómo el águila planeaba hasta la copa de un pino de los más altos, a una distancia de al menos kilómetro y medio, según calculó Sean, quizá más. Redujo la velocidad levantando ligeramente las alas y extendió las garras. La copa del pino se bamboleó de un lado a otro bajo su peso.

Sobre aquel árbol, en lo alto, se veía una levísima cinta gris, poco más que un retazo en el cielo.

Sean entornó los ojos tratando de ver mejor.

¿Era lo que pensaba? Sí, sí que lo era.

—Humo —soltó, y se le escapó una risa atolondrada.

—¿Qué?

—Hay humo: alguien ha hecho un fuego, allí hay alguien.

Agarró con más fuerza la mano de Louise y ambos echaron a andar ladera abajo, hacia el lecho seco del lago, con la vista clavada en aquel fantasmal zarcillo de humo.

46

Cruzaron la calle a grandes zancadas, con Showalter a la cabeza, acompañado por un policía de uniforme. Llevaba la orden de arresto en la mano. Mitchell los seguía y a su lado iba Whiteside, con la sensación de que el cerebro iba a explotarle y a salírsele por las orejas. Estaba tan agotado que tenía la impresión de tener los ojos llenos de arena, y era consciente de la torpeza de sus movimientos.

—¡Vaya, menuda pinta de hecho polvo tiene! —le había dicho Showalter cuando el sheriff llegó a la comisaría, veinte minutos atrás.

A duras penas había tenido tiempo de ponerse el uniforme, y no se había afeitado. Lavarse la cara con un poco de agua fría no le sirvió de mucho.

Whiteside estuvo tentado de decir algo; de hecho, le hubiera gustado soltarle un bofetón a aquel estúpido, pero se contuvo. Era consciente de que su mente estaba al límite; cuando se sentía así solía tomar decisiones precipitadas y no podía permitirse cometer errores en este momento.

Había tardado horas en encontrar las llaves de la moto de Collins. Se había puesto a caminar en círculos, con pasitos muy cortos, iluminando con su linterna la tierra y los matorrales, temeroso de encontrar una serpiente en vez de las llaves: una cascabel o una coral americana podían convertir una situación complicada en una putada auténtica. No fue hasta que el sol asomó por las montañas que atisbó un brillo metálico en un punto por el que había pasado antes en diez o doce ocasiones por lo menos. Soltó una carcajada al encontrarlas y se tapó la boca con la mano al captar la locura en su propia risa.

Tenía que mantenerse entero, no quedaba otra.

Sin embargo, se daba cuenta de que se estaba viniendo abajo: sabía que sólo hacía falta que alguien tirase del hilo adecuado y el ovillo se desharía.

«Mantén la compostura», se dijo.

El dinero se había esfumado a esas alturas, eso ya no tenía remedio, pero aún era un hombre libre y pretendía seguir siéndolo. Sólo tenía que ocuparse de unas cuantas cosas, y la primera era aquella mujer. En cuanto Showalter le mostrara la orden y volvieran a llevarla a comisaría, sólo necesitaría encontrar la manera de estar a solas con ella. Entonces echaría mano de un trozo de sábana, de un cinturón o incluso de una pernera de los pantalones de la prisionera, le rodearía el cuello y la colgaría en la celda. Mucha gente se suicidaba en calabozos como aquél, ella bien podía hacer lo mismo.

Pero primero tenían que arrestarla.

Showalter llamó a la puerta principal de la casa de huéspedes y, momentos después, la pálida

forma de la señora Gerber se dibujó al otro lado del cristal como un fantasma que rondara por el vestíbulo. Abrió sólo un resquicio y se asomó.

—Señora —dijo Showalter—, traigo una orden de detención para Audra Kinney. Esta orden me autoriza a entrar en este establecimiento y…

—No está —interrumpió la señora Gerber.

—¿Perdone?

—Esta mañana, cuando he bajado a desayunar, la puerta trasera y la verja del jardín estaban abiertas. He salido y he encontrado mis llaves tiradas en el callejón, luego he vuelto, he ido a la habitación de esa mujer y he comprobado que había desaparecido. Lo ha dejado todo y se ha marchado; así, por las buenas.

Mitchell se volvió y miró a Whiteside con una expresión de rabia en el rostro.

Showalter agitó la orden de detención ante la anciana.

—Supongo que entenderá, señora Gerber, que mis colegas y yo tenemos que entrar de todas formas para registrar su casa.

La anciana se hizo a un lado y abrió la puerta de par en par.

—Pasen y hagan lo que tengan que hacer.

Showalter y el policía de uniforme desaparecieron en el interior. Mitchell se quedó en el porche con los brazos en jarras y negando con la cabeza.

—¿Tiene alguna idea de adónde puede haber ido la señora Kinney? —preguntó.

La casera se la quedó mirando.

—Pues, ya que me lo pregunta, yo diría que lo más probable es que haya salido en busca de sus hijos —dijo la casera—. Por lo visto nadie más parece estar ocupándose de eso, así que supongo que hace bien.

Mitchell no pudo ocultar su irritación.

—Señora Gerber, ¿hay algo que quiera contarme?

—Pues no, nada que se me ocurra —respondió la anciana negando con la cabeza—. Sólo que sé reconocer la locura cuando la veo y una mentira cuando la oigo. Y por cierto, sheriff Whiteside, no es usted bienvenido a mi casa: haga el favor de salir de mi porche y esperar en la acera.

La puerta se cerró y Whiteside se dio la vuelta, bajó por los peldaños y cruzó la calle. Oyó las pisadas de Mitchell a su espalda cuando la agente correteó para darle alcance.

—Déjeme en paz.

—Sheriff, tenemos que…

Whiteside se volvió en redondo y la apuntó a la cara con el dedo.

—¡Arrésteme o déjeme en paz, ésas son sus putas opciones!

Dejó a Mitchell ahí plantada y se fue directo al aparcamiento de la comisaría. Grietas y más grietas: todo se estaba viniendo abajo. El puñetero mundo entero se astillaba y se convertía en polvo. Negó con la cabeza, como quien trata de espantar una mosca fastidiosa.

—Esto se está viniendo abajo… —dijo en voz alta sin poder contenerse.

Cuando estaba a punto de llegar al aparcamiento, el móvil vibró en su bolsillo y Whiteside soltó un grito. Lo sacó y miró la pantalla: el número de su propia casa. Se detuvo. Notó un sudor frío en la frente, apretó el botón verde con el pulgar.

—¿Quién es?

—Soy yo —contestó Collins.

Whiteside se volvió, buscando a la agente Mitchell, pero no la vio por ningún sitio.

—¿Qué haces en mi casa?

—No se me ocurría otro sitio adonde ir. No puedo ir a la mía y tampoco a la comisaría…

—Vale. Pues espera ahí, donde nadie te vea. No tardaré en llegar.

Corrió hasta el coche patrulla, se sentó al volante y puso en marcha el motor. Los neumáticos chirriaron en el asfalto cuando salió del aparcamiento.

Whiteside cruzó la verja de su patio con el coche patrulla y distinguió, bajo una de sus viejas lonas, la forma de un vehículo. El Chevrolet de alquiler de ese tal Lee, supuso. Aparcó detrás, tan cerca que los dos parachoques casi se tocaron, y se apeó para dirigirse a la puerta trasera de su casa. La mosquitera estaba entreabierta. Se acercó poco a poco, puso el pie en el único peldaño y advirtió que habían forzado la puerta. Ésta soltó un chasquido cuando la empujó para entrar en la cocina.

—¿Dónde estás? —llamó.

Collins apareció en el umbral que daba al pasillo. Tenía la mejilla arañada y amoratada y un rastro de sangre casi seca, pero todavía brillante, le bajaba por el cuello desde una herida en la cabeza. El sheriff cogió un trapo que había junto al fregadero y se lo lanzó. Su ayudante olía a orina y sudor.

—Joder, me estás llenando de sangre toda la casa.

Collins presionó el trapo contra la herida.

—Lo siento, no sabía qué hacer.

—¿Qué ha pasado?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Collins.

—Ese tío me hizo conducir hasta el pueblo, me dejó atada al asiento trasero mientras iba en busca de Audra Kinney y luego me obligó a llevarlos a ambos hasta la cabaña.

Whiteside notó una ligera presión detrás de los ojos y un pequeño temblor en la mandíbula; de no haber apoyado la mano en la mesa de la cocina, probablemente habría sido incapaz de mantenerse en pie.

—¿Los has llevado hasta allí?

—No tenía elección…

—¡¿Los has llevado hasta allí?! —El grito le lastimó la garganta.

Collins dejó caer el trapo en una silla y retrocedió hacia el pasillo. El sheriff dio dos pasos hacia ella con los puños apretados.

—Espera, escúchame… ¡Los niños no estaban! Cuando llegamos, la trampilla había sido forzada y los críos habían desaparecido. No sé adónde habrán ido. De no haber conseguido escapar, me habrían matado… He estado pensando mucho en todo esto, Ronnie… Ya no nos queda alternativa, tenemos que entregarnos…

—¡Ni se te ocurra! —gritó él.

—¿Qué otra opción tenemos? —preguntó ella mientras retrocedía pasillo abajo. Su voz parecía un lamento.

Whiteside la siguió.

—Cállate de una vez, Mary.

—Es la única forma…

—He dicho que cierres el pico —insistió él.

—Se acabó… Pase lo que pase, van a pescarnos. Si me entrego, quizá consiga que…

Whiteside notó cómo crujía la nariz de la agente bajo su puño y sintió la oleada de dolor que le recorría el brazo antes siquiera de ser consciente de haber lanzado el puñetazo.

Collins se desplomó y su nuca impactó contra el suelo de baldosas. Parpadeó durante unos instantes, mirando al techo. Luego tosió y escupió parte de la sangre que le chorreaba de la nariz y le cubría labios y mejillas.

—¡Mierda! —soltó Whiteside—. ¡Joder, joder…!

El sheriff se llevó ambas manos a las sienes como si pretendiera mantener la cabeza en su sitio, como si su mente pudiera resquebrajarse y venirse abajo si no la sujetaba con bastante firmeza.

—Dios mío… —añadió con un lamento agudo.

Collins consiguió volverse de costado y después boca abajo. Intentó empujarse hacia adelante, huir arrastrándose por el suelo.

Whiteside se arrodilló y tendió las manos para cogerla. Ella trató de zafarse, pero el sheriff la atrajo hacia sí y la abrazó desde atrás.

—Lo siento… —dijo—. Joder, lo siento, Mary… No era mi intención hacerte esto.

Collins volvió a toser manchándole las mangas de rojo. Se retorció y pataleó tratando de liberarse.

—Lo siento muchísimo…

Cuando él le rodeó el cuello con el brazo derecho, la barbilla de Collins encajó a la perfección en el pliegue de su codo. Utilizó el brazo derecho para ayudarse a apretar.

—No sabes cuánto lo siento, Mary…

El cuerpo de Collins se sacudió y pateó; sus manos trataron de sujetar los brazos y los hombros de Whiteside, intentaron arañarle el rostro.

—Lo siento.

De pronto, la agente se quedó inmóvil y él la besó en la coronilla. Las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas empaparon el pelo de su ayudante.

47

—¿Lo amabas? —quiso saber Danny.

—Eso creía —contestó Audra—, y también creía que él me amaba a mí, al menos al principio. Deseaba que fuera así. Me decía que las cosas irían a mejor, que él cambiaría, pero no lo hizo.

Estaban sentados, con la espalda apoyada en el mismo tronco: unos minutos de descanso tras una implacable caminata a través del bosque. Ya duraba casi dos horas, según el reloj de Danny. Audra se había quedado afónica de tanto llamar a gritos a sus hijos y la única respuesta había sido el eco de su propia voz. Ahí arriba era más difícil respirar, quizá no debería haber malgastado el aliento gritando de aquella forma, pero no se le ocurrió otra cosa.

No tenían cobertura, de modo que no les quedaba otra opción que seguir adelante. La brújula del móvil de Danny les había permitido saber qué dirección seguían, pero aun así el riesgo de perderse en aquellos bosques era muy alto. Cuanto más se alejaran de la cabaña donde sus hijos habían estado prisioneros, más difícil sería encontrar el camino de regreso. Audra había convencido a Danny para caminar una hora más, pero si no encontraban nada tendrían que volver sobre sus pasos, salir de nuevo a la carretera y confiar en que pasara algún coche.

—Háblame de tu mujer —le pidió Audra.

—Mya fue como un milagro —dijo Danny—, me salvó la vida. Sin ella, estaría en la cárcel o muerto. Ella y mi pequeña lo eran todo para mí y esos malnacidos me las quitaron; cuando los encuentre…

No hizo falta que acabara la frase.

—Confío en que lo hagas —dijo Audra.

—Me he pasado cinco años pensando en que no debería haber dejado que Mya se marchara aquella mañana. Debería haberle rogado que se quedara, pero fui demasiado orgulloso, un maldito cabezota… Y ahora ellas ya no están, jamás podré recuperarlas…

Ambos guardaron silencio rodeados por los susurros de los árboles y el canto de los pájaros.

Audra oyó sollozar a Danny, se volvió y advirtió que tenía la cabeza gacha. Acercó una mano a las suyas.

—Arreglaremos las cosas —dijo—. Haremos lo que tengamos que hacer.

Los dedos de Danny apretaron su mano.

48

El lecho seco del lago era más ancho de lo que Sean creía. Parecía que llevaran una eternidad cruzándolo, y la tierra bajo sus pies era más dura que una piedra. El sol se había elevado sobre los árboles y su calor se abría paso en el aire fresco de la montaña quemándoles la piel.

Para cuando llegaron al otro lado, la columna de humo se había vuelto más gruesa y oscura. Sean no soltó la mano de Louise mientras ascendían la ladera opuesta y volvían a internarse en el bosque. Con las ramas impidiendo el paso del sol, la temperatura se hizo más soportable.

Sean oteó entre las copas de los pinos y experimentó un instante de pánico cuando no consiguió ver el humo. Se detuvo, soltó la mano de Louise y luego giró sobre sí mismo.

—¿Qué pasa? —quiso saber su hermana.

—Lo he perdido.

—¿Qué has perdido?

—El humo. Tenemos que seguir el humo, pero no consigo encontrarlo.

Dio una vuelta más con la vista clavada en los retazos de cielo que era capaz de ver a través de la bóveda que formaban los árboles. «Piensa», se dijo. «¿Dónde está el lago seco?» Se volvió hacia esa dirección. «Vamos a ver, ¿dónde estaba el águila?» Extendió un brazo como si fuera la aguja de una brújula y giró hasta que tuvo la seguridad de que sus dedos apuntaban en la dirección correcta. Luego alzó la vista y miró con atención.

Ahí. Gracias a Dios ahí estaba: el pálido borrón gris en el cielo.

—Vamos —dijo cogiendo de nuevo la mano de Louise.

Se abrieron paso entre los árboles. Sean centraba toda su atención en la columna de humo, temiendo volver a perderla; sin embargo, por rápido que caminaran, por mucho trecho que cubrieran, el humo no parecía estar más cerca: era como un fantasma en el azul del cielo, un espejismo que los atraía para que se internaran cada vez más en el bosque.

—¿Podemos parar? —preguntó Louise al cabo de un rato.

—No —contestó Sean—, ya casi hemos llegado.

—Has dicho eso hace siglos y aún no hemos llegado. ¿Podemos parar a comernos una barrita?

—No —repitió Sean apretando el paso y sujetando con más fuerza la mano de Louise—, seguiremos tan sólo un poquito más, te lo prometo.

Alzó la vista hacia el cielo y se detuvo en seco, haciendo que Louise chocara con él.

No veía el humo: había vuelto a perderlo. El pánico amenazó con desatarse en su interior. Ahora estaban demasiado lejos del lago seco como para usarlo de referencia. Ni siquiera estaba

seguro de ser capaz de volver a hallarlo si volvían sobre sus pasos.

—Mierda —soltó.

—Has dicho una palabrota —lo regañó Louise.

—Ya lo sé, quédate callada un momento.

«Busca, busca, sólo tienes que buscar…», se dijo. Observó el cielo hasta que le dolieron los ojos. No se atrevía a moverse de donde estaba, no fuera a perder por completo la orientación. Entornó los ojos en busca del más mínimo rastro de humo. Nada. Bajó la vista al suelo, dispuesto a rendirse, pero algo llamó su atención: un parpadeo naranja. Levantó de nuevo la vista buscando a través de los árboles.

Ahí estaba otra vez, como un ojo brillante que parpadeara en la distancia: era un fuego, seguro.

Dejó caer la bolsa de las provisiones, aferró la mano de Louise y echó a correr arrastrándola detrás de él. La niña protestó a gritos, pero Sean siguió corriendo tan deprisa como podía sin soltarla. No tardó en aparecer un claro ante sus ojos, un haz de luz entre los árboles.

—¿Lo ves? —preguntó él, casi sin aliento.

—No —contestó Louise—, ¡no vayas tan deprisa!

—Mira, es un fuego.

Ahora lo veía bien: unas llamas sobresaliendo del borde de un bidón metálico. El claro se acercaba a ellos a medida que Sean corría más y más rápido, olvidando por completo las llagas en sus pies. Y de pronto, entre una estrecha hilera de árboles, vio una pequeña cabaña y una ranchera de color rojo que destacaba entre las ramas.

Cuando salieron al claro desde el bosque, Sean se detuvo. Louise continuó un poco más, hasta que la mano que la sujetaba la hizo parar. El bidón estaba ante la cabaña y las llamas lamían una parrilla puesta encima. No se veía a nadie.

Unos ladridos los asustaron a ambos y Louise se pegó a Sean. Rodeando la cabaña, apareció un perro, un chucho desaliñado de lanudo pelaje negro y ojos ambarinos y brillantes. El animal avanzó hacia ellos enseñando los dientes. Sean agarró a Louise y la puso detrás de él, extendiendo los brazos para protegerla.

—¿Qué pasa, *Constance*?

Un anciano con ropa de color caqui salió de detrás de la cabaña. Llevaba un montón de cartones y papeles en los brazos y se detuvo al ver a los dos niños en el borde del claro.

—Quieta aquí, *Constance*.

La perra siguió ladrando.

—¡*Constance*, he dicho que tranquila, maldita sea!

Los ladridos del animal se convirtieron en un profundo gruñido. Continuó mirando fijamente a los visitantes.

—¡A la cama! —ordenó el viejo—. *Constance*, a la cama ahora mismo. Diría que estos dos son demasiado pequeños para haber venido a robarnos.

El animal fue con un trotecillo hasta el porche de la cabaña, miró atrás hacia Sean y Louise y luego se instaló en un jergón para perros. El viejo se acercó al bidón, dejó caer la brazada de cartón y papel y utilizó unas pinzas para quitar la parrilla. Recogió de nuevo su carga y la arrojó al bidón. Las llamas se avivaron un instante y salió más humo. Luego el viejo volvió a poner la parrilla en su sitio y dio unos pasos hacia Sean y Louise.

—Bueno, ¿qué hacen unos críos como vosotros en el culo del mundo?

Sean dio un paso adelante y la perra levantó la cabeza y soltó un ladrido. El viejo volvió a decirle que se callara de una puñetera vez, se volvió de nuevo hacia Sean e insistió:

—Habla, chaval.

—Señor, nos hemos perdido. Necesitamos ayuda.

El anciano miró alternativamente a ambos niños.

—Vaya, no me digas. Entonces supongo que lo mejor será que entréis.

49

Whiteside pasó por encima del cuerpo de Collins, metió en su bolsa de viaje los pocos cientos de dólares que tenía y la dejó junto a la puerta trasera. Unas cuantas prendas de ropa, un poco de dinero… Como resumen de toda una vida, no era gran cosa.

Esa clase de pensamientos no habían dejado de torturarlo durante aquella última hora mientras deambulaba por la casa reuniendo lo que pudiera llevarse. En cincuenta y cinco años no había logrado nada, absolutamente nada. Cada vez que volvía a pensar en ello, una oleada de profunda amargura lo obligaba a dejar lo que estuviera haciendo para tranquilizarse y no echarse a llorar como un crío.

No sabía hacia dónde huir. La opción más obvia era dirigirse al sur y cruzar la frontera, pero ¿qué haría entonces, una vez en México? Trescientos dólares y algo de calderilla no lo llevarían muy lejos… Aun así, ¿qué otra cosa podía hacer?

Su última tarea consistiría en borrar cualquier rastro de sus conversaciones en la Red Oscura. Su viejo portátil estaba sobre la mesa de la cocina. Apenas sabía nada de informática, pero tenía muy claro que, si los federales se apoderaban del ordenador, sin duda encontrarían todo lo que necesitaban para empapelarlo.

Eso sin tener en cuenta el cadáver en el suelo del pasillo de su casa, ¿no?

Una risa ridícula emergió de su vientre y Whiteside se llevó una mano a la boca. «Ya basta», pensó. Esa locura que afloraba de vez en cuando sin que pudiera hacer nada terminaría condenándolo. No era momento de enloquecer.

Cogió el portátil, le dio la vuelta y examinó la base. El disco duro se hallaba bajo una tapa rectangular sujeta por un cierre de plástico. Accionó el cierre con el pulgar y la tapa saltó. Sacó el disco duro, le quitó el conector de cable plano y lo dejó caer al suelo. Tenía la caja de herramientas en el cajón de abajo del aparador. La sacó, la abrió, cogió el martillo de carpintero y se agachó junto al disco duro. Tras cinco o seis buenos golpes, le pareció que era suficiente. Dejó los pedazos en el suelo y salió al pasillo, donde pasó una vez más por encima del cuerpo de Collins.

Se detuvo y se la quedó mirando.

Se preguntaba qué debía hacer con ella. Podía dejarla ahí, simplemente, consciente de que Mitchell y su gente aparecerían tarde o temprano por la casa, buscándolo, y se la encontrarían allí tirada. O podía intentar esconderla; quizá trasladarla al maletero del coche de alquiler que ella había aparcado en el garaje.

¿De qué iba a servirle algo así? De nada, tal vez, pero tenía la sensación de que debía hacerlo de todas formas.

Cuando ya se inclinaba para coger a Collins de los tobillos, el móvil vibró en su bolsillo y el sheriff dio un respingo. Lo sacó y miró la pantalla, pero no reconoció el número. Apretó el botón verde con el pulgar y se llevó el teléfono a la oreja sin decir nada.

Oyó una voz de hombre.

—¿Hola?

—¿Quién es? —preguntó Whiteside.

—¿Ronnie? ¿Es usted?

—Sí. ¿Quién llama?

—Hola, Ronnie, qué tal. Soy Bobby McCall, de Janus.

El sheriff Bobby McCall, que ya rondaba los setenta años, llevaba más de cuarenta trabajando en el condado de Janus. Tenía dos ayudantes más que Whiteside, y también más presupuesto.

Whiteside se aclaró la garganta y trató de serenarse.

—Hola, Bobby, ¿qué puedo hacer por usted?

—Verá, es que acabo de recibir por radio una llamada de un pelmazo aún más viejo que yo, John Tandy, que vive en los bosques de por aquí. Tiene una casa en medio de la nada, cerca del lago Modesty…, o de lo que era el lago Modesty antes de la sequía. El viejo cabrón está como una puta regadera: es uno de esos que se obsesionan por una catástrofe inminente. Ya era un preparacionista antes de que existiera siquiera un nombre para eso. Vive en medio del bosque, armado con escopetas y cuchillos y apenas sale de su cabaña, excepto para conseguir provisiones más o menos una vez al mes. Bueno, pues resulta que John acaba de llamarme por radio, porque no tiene teléfono, y me dice que han aparecido dos críos en su puerta.

Whiteside tragó saliva. La cabeza empezó a darle vueltas y sintió que se mareaba.

—¿Dos… críos? —repitió.

—Exacto, un niño y una niña. Dice que han salido de pronto de entre los árboles y le han pedido ayuda. Por supuesto, he pensado de inmediato en el problema que tenéis ahí, en Silver Water, así que he llamado a la comisaría, pero como no he conseguido establecer comunicación, he probado a llamar a su móvil. Espero que no le moleste.

Whiteside apoyó la frente contra la pared.

—En absoluto. El padre de los críos ofreció una recompensa por ellos y los teléfonos están colapsados desde entonces. Ha hecho lo correcto, gracias.

—De nada, pero la verdad, como le decía, es que John Tandy es el cabrón más chiflado con el que se encontrará en su vida. No hace ni dos meses me llamó por radio para decirme que había gente del gobierno, de la Agencia de Seguridad Nacional o el Servicio Secreto, espiándolo entre los árboles. Y un mes antes me contó que había visto algo muy parecido a un ovni sobrevolando el lago, pero que no se había dejado engañar: en realidad no era un ovni, sino una aeronave experimental del gobierno… En fin, debo decirle que hay muchas probabilidades de que el viejo John se haya enterado de algún modo de todo el lío que tienen en Elder con lo de los dos críos desaparecidos y que se haya imaginado verlos aparecer por su finca. De hecho, diría que eso es bastante más que probable. Se ha ofrecido a traérmelos con el coche, pero he pensado que primero lo consultaría con usted, a ver cómo quiere manejar este tema.

—¡No deje que los mueva de ahí! —exclamó Whiteside demasiado deprisa, con demasiada aspereza. Tomó aire para calmarse un poco—. Verá, es el FBI quien dirige este espectáculo, y

hay una mujer, una tal agente Mitchell…

—¿Esa señora negra que ha salido en televisión?

—Sí, ésa. Es dura de pelar, de las que tiene que estar al mando en todo momento. Ya sabe cómo son esas mujeres. Querrá organizar un equipo para que vaya hasta allí. Si se entera de que he permitido que la puentee, me arrancará la piel. Más vale dejar que se ocupe ella.

—Ay, no sé… —vaciló McCall—. Como le decía, John Tandy es un preparacionista y su cabaña está llena de armas. Si ve acercarse a los federales, es probable que se ponga a disparar.

—Le diré qué vamos a hacer —sugirió Whiteside—. ¿Y si le propongo a Mitchell y a su equipo que pasen por su comisaría de camino a la cabaña y lo lleven con ellos? Así podrá poner un poco de paz con ese tal Tandy.

Siguió un silencio mientras McCall consideraba la propuesta.

—Bueno, pues supongo que será mejor así —concluyó—. Aunque, como ya le he dicho, es más que probable que todo esto no sea más que una pérdida de tiempo para todos. Llegaremos hasta allí y el viejo John Tandy nos dirá que los críos se han marchado diez minutos antes. Pero si cree que lo mejor es hacerlo así, por mí adelante. ¿Tiene un número para que pueda ponerme en contacto con esa agente?

—No se preocupe, ya la avisaré yo —respondió Whiteside—, así le ahorro la molestia. ¿Puede darme las coordenadas de GPS de ese sitio?

—Sí, ¿tiene un bolígrafo a mano?

—Claro, dígame.

Whiteside se garabateó los números en el dorso de la mano, le dio las gracias a McCall y colgó. Luego tuvo que apoyarse en la pared, cuando brotó de su interior un torrente de risas tan fuertes y duraderas que se mareó y sus rodillas amenazaron con doblarse. Cuando le pareció que no podía soportarlo más, se abofeteó con fuerza una, dos, tres veces. La claridad volvió a él en una oleada imparable.

Se incorporó y dijo en voz alta:

—Muy bien, ya sabes qué tienes que hacer.

El cuerpo de Collins ya no tenía importancia: la encontrarían más temprano que tarde, daba igual qué hiciese con ella. Ahora había una tarea más urgente de la que tenía que ocuparse.

Salió de la casa por la puerta principal, caminó a grandes zancadas hasta el coche patrulla y abrió la puerta del acompañante. Una vez en el asiento, bajó la guantera y buscó el teléfono móvil. Esperó a que se encendiera y luego abrió el navegador. Poco después ya había entrado al foro.

Tenía un nuevo mensaje:

> De: ZorroRojo
> Asunto: Re: Artículos en venta
> Mensaje:
>
> Estimado AZMan:
> El intercambio tendrá lugar hoy a las cuatro de la tarde en el emplazamiento anteriormente mencionado. En cuanto se haya llevado a cabo, el dinero se depositará en la cuenta a su nombre. Le ruego confirmación.

Una vez más, le recuerdo la importancia de la discreción. La seguridad es nuestra preocupación primordial.

Saludos cordiales,

ZorroRojo

Whiteside le dio a «responder».

Para: ZorroRojo
Asunto: Re: Artículos en venta
Mensaje:

Estimado ZorroRojo:

Confirmo que el intercambio se llevará a cabo hoy a las cuatro de la tarde según lo convenido.

Saludos,

AZMan

Whiteside envió el mensaje, luego apagó el teléfono y lo ocultó de nuevo bajo la guantera. Regresó a la casa, cogió la bolsa de viaje y volvió al coche. Unos minutos más tarde ya había introducido las coordenadas que le había dado McCall en el GPS de su teléfono móvil habitual y maniobraba con el coche patrulla para salir del jardín.

Una hora y cincuenta y cuatro minutos, según la calculadora de ruta.

Menos de dos horas y los habría recuperado.

Cuando acabara con aquello, se dirigiría hacia al sur en dirección a la frontera y sería tres millones de dólares más rico.

50

Foro privado 447356/34
Administrador: RR
Miembros: DG, AD, FC, MR, JS
Título del tema: Este fin de semana
Tema iniciado por: RR

De: RR, sábado, 10.57 h

Caballeros, el asunto está en marcha. El vendedor ha confirmado que esta tarde hará entrega de los artículos, de los que se ocupará mi ayudante. Mi chófer los recogerá en el aeropuerto en dos grupos, a las 17.00 y 18.00 h, respectivamente.

No olviden que disponemos también de otros tres artículos de importación, de modo que habrá de sobra para todos.

Estoy deseando verlos a todos, amigos, y compartir con ustedes una velada deliciosa.

De: DG, sábado, 11.05 h

Salgo ahora hacia el aeropuerto, confío en poder dormir un poco en el vuelo. También estoy deseando verlos a todos, pero aún tengo más ganas de ver los artículos.

De: FC, sábado, 11.13 h

Lo mismo digo. Hasta pronto, caballeros.

De: MR, sábado, 11.14 h

Estoy en camino, va a ser una velada maravillosa.

De: AD, sábado, 11.20 h

Cómo me alegro de que todo se haya resuelto. ¡Ahí nos vemos!

De: JS, sábado, 11.27 h

Excelente. Y gracias a todos, una vez más, por permitir que me haya unido a este grupo. Me faltan palabras para decirles hasta qué punto me satisface encontrar a gente que piensa como yo. Me he sentido aislado y solo muchas veces con esto dentro, pero ya

no volverá a ocurrirme.

Y gracias, RR, por procurarnos estos artículos. Todos hemos visto las fotografías en las noticias y tiene usted toda la razón: son preciosos..

51

Danny se detuvo y apoyó la mano en un árbol para recuperar el aliento. Sacó el móvil del bolsillo y echó un vistazo a la brújula. A su entender, habían seguido más o menos en línea recta la dirección que creían que habrían tomado los niños. No era *boy scout*, no tenía ni idea de cómo seguir un rastro, pero le parecía que había sido un buen intento. Si no habían conseguido nada, no era precisamente por falta de esfuerzo.

—Deberíamos volver ya —dijo sabiendo que ella no estaría de acuerdo.

—Ni hablar —contestó Audra—. Son niños: no pueden haber llegado muy lejos. No podemos abandonar.

—La cuestión no es hasta dónde habrán llegado, Audra. —Danny se empujó para apartarse del árbol y plantarse ante ella—. No tienen nada con qué orientarse: pueden haberse desviado en cualquier dirección. Además, no estoy hablando de abandonar. Volveremos sobre nuestros pasos, buscaremos la carretera e intentaremos llegar a un pueblo. Desde allí podremos contactar con Mitchell y contarle lo que ha pasado, y ellos organizarán una partida de búsqueda. Dispondrán de aviones de reconocimiento, perros, etcétera. Ellos saben cómo buscar, nosotros, no.

Los ojos de Audra se llenaron de lágrimas, pero se las secó con el dorso de la mano.

—Tienen que estar muy cerca… Están por aquí, lo sé.

Danny la estrechó entre sus brazos.

—Cuanto más lejos vayamos, más tiempo perderemos. No podemos seguir dando tumbos por estos bosques. Incluso es posible que alguien los haya encontrado ya. Tenemos que buscar un pueblo o llegar a algún sitio con cobertura de móvil y llamar a Mitchell cuanto antes.

—Una hora más —rogó ella—. Treinta minutos…

—No, Audra, tenemos que…

Ella abrió muchísimo los ojos y le tapó la boca con la mano.

—Escucha.

Danny hizo lo que le decía, pero no oyó nada. Se quitó la mano de Audra de la boca y tomó aire, dispuesto a protestar, pero ella volvió a sellarle los labios con la palma.

—Escucha.

Ahora sí lo oyó: un ruido sordo, no muy lejos. Un traqueteo metálico. El sonido de un motor que subía y bajaba de revoluciones con los cambios de marcha.

—Por aquí —dijo Audra—. ¡Corre!

Salió disparada entre los árboles y Danny fue tras ella. Aunque le dolían los pulmones, las piernas y la espalda, aguantó el ritmo, a sólo unos metros por detrás. Más allá, vio que el bosque

se volvía menos denso, advirtió un cambio en la luz. Había una carretera o un camino. El ruido del motor se oía más cerca.

La pista de montaña, pues ahora veía que sólo era eso, ascendía de derecha a izquierda hacia lo alto del bosque. Pendiente abajo, Danny vislumbró un destello blanco: un coche subía a toda velocidad.

—¡Vamos! —exclamó Audra sin aliento, cerca ya de donde acababan los árboles.

El coche se acercó y Danny vio la insignia dorada, las letras en azul oscuro… Las luces azules y rojas en el techo.

—¡No! —dijo—. ¡Agáchate!

Si Audra lo había oído, no dio muestras de ello. Siguió moviendo los brazos en plena carrera, pateando con fuerza el suelo. Danny sacó fuerzas de flaqueza y consiguió ir más deprisa. Gritando por el esfuerzo, alargó la mano hacia la camisa de Audra y asió el faldón entre los dedos. La hizo caer de rodillas y él aterrizó pesadamente a su lado.

—Pero ¿qué estás…?

—Espera —la interrumpió—. Mira.

El coche pasó ante ellos y los dos vieron el rótulo con claridad: DEPARTAMENTO DEL SHERIFF DEL CONDADO DE ELDER. El conductor de manos anchas y hombros aún más anchos era Whiteside.

—El sheriff… —susurró Audra.

—Ajá —respondió Danny entre jadeos.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé, aunque no creo que sea una coincidencia.

—Tenemos que ir tras él.

—Sí, pero no nos separemos mucho de los árboles, por si tenemos que escondernos. Vamos.

Mantuvieron un trotecillo constante, avanzando por el lado derecho del camino de tierra, incluso cuando el ruido del motor se fue apagando en la distancia. Entonces oyeron disparos.

Y echaron a corer.

52

Sean estaba sentado frente al viejo. Tenía las manos sobre la mesa y la sensación de que tenía la cabeza llena de algodón. El cansancio apenas le permitía mantener los párpados abiertos. Louise, tumbada en un sofá y tapada con pieles de animales, dormía profundamente emitiendo pequeños ronquidos y resuellos. De vez en cuando tosía con fuerza, con aquella tos que resonaba en su pecho.

En las paredes de la cabaña había un montón de armas colgadas en soportes y ganchos. Rifles, escopetas, pistolas, un par de arcos con su correspondiente carcaj, incluso una ballesta. Renunció a contarlas. El anciano, que decía llamarse John Tandy, había contactado con alguien a través de una radio enchufada a una batería de coche. El lugar olía a cerrado, como si el aire llevara años sin moverse de allí.

—¿Va todo bien, chaval? —preguntó Tandy rascándose la mejilla sin afeitar—. ¿Quieres un pitillo?

—No, gracias, señor.

—¿Y algo de beber?

Sean no se había dado cuenta hasta ese momento de la sed que tenía. La mera idea de un poco de agua, tal vez incluso un refresco, hizo que se relamiera.

—Sí, por favor —contestó.

Tandy se levantó, fue hasta una caja junto a la chimenea y sacó dos botellas de cristal. Las llevó hasta la mesa, les quitó la chapa en el borde de madera y plantó una delante del chico.

Era cerveza, según descubrió Sean.

—Siento que no esté fría —dijo Tandy—, aquí no tengo nevera. Te prepararía algo de comer, pero el sheriff McCall debería aparecer en cualquier momento. Cuando llegue, hazme un favor, ¿quieres?

—¿Cuál? —quiso saber el niño.

—No le cuentes que tenía un fuego encendido: se supone que no debería encender ningún fuego porque aquí arriba está todo muy seco. Podría acabar quemando todo el puñetero bosque.

—No se lo diré.

Tandy le guiñó un ojo.

—Buen chico.

Sean miró la botella. El viejo extrajo una bolsa de tabaco del bolsillo, sacó un librito de papel de fumar y empezó a liarse un cigarrillo.

—Bebe un poco —dijo—, te sentará bien.

Sean cogió la botella, se la llevó a los labios y tomó un sorbito. No pudo evitar hacer una mueca de desagrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tandy encendiendo el pitillo—. ¿En el sitio donde vives no tienen cerveza?

—Para niños, no.

Tandy soltó una risa como un ladrido acompañada de una bocanada de humo.

—Mi padre me dio mi primera cerveza a los cinco años y mi primer cigarrillo a los seis. Mi madre nunca se lo agradeció, por cierto, pero no me quejo.

Sean tomó otro trago, esta vez no le supo tan mal.

—¿Vive solo? —preguntó.

—Ajá, desde que murió mi madre. Eso fue… bueno, hace ya unos veinte años. Está enterrada en el jardín, junto con mi padre. ¿Tus viejos siguen por ahí?

—Sí, pero se separaron. Nosotros vivimos con mamá.

—¿Te llevas bien con tu padre?

Sean negó con la cabeza.

—La verdad es que no creo que le importemos mucho.

—Pues no me extraña —dijo Tandy dando otra calada—. Verás, la mayoría de los hombres, salvo tú y yo, suelen ser unos gilipollas, por eso guardo las distancias.

Sean volvió a pasear la vista por la habitación.

—Le gustan las armas.

—Podría decirse que sí, y pretendo conservarlas hasta el día de mi muerte. Si alguien del gobierno aparece por aquí con la intención de quitármelas… Vaya, puedo asegurarte que se va a encontrar con una buena refriega.

Sean tomó otro trago de cerveza, que le pareció mucho más buena esta vez.

—¿Alguien del gobierno?

—Los federales —explicó Tandy. Se inclinó sobre la mesa y, en un susurro lleno de ira, añadió—: Esos cabrones están por todas partes… Siempre andan vigilándome. Creen que no me doy cuenta, pero sé perfectamente que están ahí. Si le veo el pelo por aquí a cualquiera de ellos, le meto dos cartuchos de perdigones por el culo, óyeme bien.

Sean soltó una risita, aunque no supo muy bien por qué lo encontraba divertido.

—Mira aquí abajo —dijo Tandy señalando el suelo.

Sean vio la trampilla y se le pasaron las ganas de reír.

—Mi padre cavó eso con sus propias manos y lo forró de hormigón; eran los tiempos en los que se pensaba que la bomba caería en cualquier momento. Todavía lo tengo lleno de provisiones: hay suficiente comida enlatada para un par de años por lo menos. Si los federales aparecen por aquí, los freiré a tiros y luego me encerraré ahí dentro. Los del gobierno no podrán con John Tandy, ni ahora ni nunca.

Fuera de la casa, *Constance* lanzó un gruñido.

Sin levantarse de la silla, el viejo se volvió para mirar a través de la ventana.

Los gruñidos de *Constance* se convirtieron en ladridos.

—Parece que el sheriff McCall se ha decidido finalmente a hacer acto de presencia —dijo Tandy.

Se levantó de la mesa, fue hasta la puerta y la abrió. Sean oyó el ruido de un coche; el motor rugía al enfilar la cuesta que llevaba hasta el claro. Se puso junto a Tandy para ver cómo se acercaba. El coche patrulla blanco emergió de las sombras de los árboles.

—Un momento… —dijo el viejo—. Ése no es McCall.

A Sean se le encogió el estómago. El vehículo aminoró la velocidad hasta detenerse, pero el conductor dejó el motor en marcha. Sean miró hacia el parabrisas, aunque no consiguió distinguir a quien fuera que estuviera al volante. Tandy no apartaba la vista del coche.

—Hijo, acércate ahí y tráeme ese rifle, sé buen chico —dijo sin mirarlo.

Sean fue hasta el rincón y cogió el arma. Pesaba mucho más de lo que había imaginado. La llevó hasta la puerta y se la dio al viejo. Se puso detrás de él y asomó la cabeza para ver el coche patrulla.

—¡Baje del coche! —exclamó Tandy—. Déjeme echarle un vistazo.

Transcurrieron unos instantes antes de que se abriera la puerta del conductor. *Constance* se abalanzó de inmediato hacia el coche lanzando ladridos histéricos que parecían salir de lo más hondo de su cuerpo.

—¡*Constance*, quieta! —ordenó Tandy.

La perra se detuvo en seco, gruñendo.

El sheriff Whiteside bajó del coche y Sean sintió una repentina presión en la vejiga.

—No… —dijo en un susurro.

Tandy miró atrás y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Él no —dijo Sean—, no deje que se nos lleve.

Tandy levantó el rifle y apuntó al pecho de Whiteside.

—¡Quédese donde está, amigo! Yo he llamado por radio al sheriff McCall y usted no es él. Diga a qué ha venido.

—Soy el sheriff Ronald Whiteside, de Silver Water, en el condado de Elder. Es posible que lo haya visto usted en las noticias: esos niños llevan desaparecidos cuatro días y he venido para llevarlos de vuelta con su madre. ¿Me haría el favor de llamar a su perro?

—No tengo televisor, así que no estoy muy al día de las noticias. En todo caso, el chico me dice que no quiere irse con usted, así que supongo que ha hecho el viaje en balde. Lo mejor será que dé media vuelta y se largue por donde ha venido.

Whiteside estaba de pie detrás de la puerta de su coche.

—Me temo que eso no es posible: los niños tienen que estar con su madre y yo le prometí que se los llevaría sanos y salvos. A ver, no convirtamos esto en un problema…

Tandy sonrió.

—Pues vaya, amigo, yo creo que usted sí ha tenido que lidiar con algún que otro problema: viendo que hace un par de días que no se afeita y que lleva la camisa manchada de sangre, diría que no trama nada bueno. Tiene más o menos diez segundos para meterse de nuevo en su coche y largarse de aquí antes de que le diga a *Constance* que se le eche al cuello.

El viejo miró a Sean por encima del hombro y habló en voz baja:

—Llévate a tu hermana al sótano y cierra por dentro.

Sean miró hacia la trampilla.

—No.

—Hazlo ahora mismo, muchacho. ¡Vamos!

Sean corrió hasta el sofá, donde Louise ya se había despertado. La niña se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Tenemos que escondernos —contestó él cogiéndole la mano para levantarla.

La llevó casi a rastras hasta la trampilla, le soltó la mano y asió el tirador. Hizo un gran esfuerzo, pero la portezuela apenas se movió.

—Ayúdame —dijo.

Louise se agarró a las manos de Sean y entre ambos tiraron de la trampilla. Por fin se levantó y pudieron ver la escalera de mano en su interior.

—Baja por ahí, Louise.

—No —contestó ella.

—Hazlo, vamos, no hay tiempo.

La niña empezó a bajar por la escalera sintiendo que los brazos y las piernas le temblaban. Cuando llegó al último peldaño, Sean la siguió estirando el brazo y esforzándose en mantener la portezuela el mayor tiempo posible abierta mientras bajaba. Oyó que Tandy decía algo, que hacía alguna clase de advertencia, justo antes de que la trampilla se cerrara del todo. Tanteó en la oscuridad en busca del pestillo, dio con él y lo echó.

Bajó de un salto los últimos peldaños al tiempo que arriba resonaban los primeros disparos.

53

Whiteside desenfundó la pistola reglamentaria, una Glock 19, y la sostuvo detrás de la puerta del coche, donde el viejo no pudiera verla. Tenía muy claro que Tandy lo llenaría de plomo con ese AR-15 antes de que pudiera siquiera apuntar hacia él, no digamos ya disparar.

—Le diré lo que vamos a hacer —dijo el sheriff alzando la voz—, ¿qué tal si baja ese rifle de asalto y llama por radio al sheriff McCall? Él le contará que ha llamado a mi comisaría y me ha pedido que viniera.

—Me parece que no —repuso el viejo—. No sé si lleva la cuenta, pero ya han pasado los diez segundos y algunos más. Voy a darle una última oportunidad de largarse, ¿piensa aprovecharla?

Whiteside se preparó.

—Creo que no.

—Vale, como quiera. —Tandy asintió con la cabeza y escupió en su porche—. ¡*Constance*, a por él!

La perra salió disparada como si tuviera muelles en las patas traseras. Whiteside se metió a toda prisa en el coche y procuró cerrar la puerta, pero su pie izquierdo quedó atrás. El animal lanzó una dentellada al talón de su bota mordiendo sobre todo la suela de goma, aunque varios dientes consiguieron perforar el cuero. Whiteside aulló mientras trataba de liberar el pie, pero la perra gruñía y sacudía la cabeza de un lado al otro, negándose a soltar su trofeo.

El sheriff volvió a abrir la puerta, apuntó al lomo de la perra y le descerrajó dos tiros en la cruz. A través del zumbido en sus oídos pudo oír perfectamente el gemido de *Constance*, pero el animal siguió sin abrir las fauces, pese a que ya le fallaban las patas. Whiteside le propinó entonces una patada en el hocico con el pie derecho y la perra, con los ojos desorbitados, finalmente lo soltó.

Ya se disponía a apearse del coche patrulla cuando una bala pasó silbando sobre su cabeza. Se agachó, utilizando la puerta de escudo, y otro tiro hizo añicos la ventanilla del conductor. Le llovieron fragmentos de cristal en la cabeza y los hombros.

Whiteside contó hasta tres, imaginando mientras lo hacía la posición del viejo en el umbral y la distancia entre ambos. Entonces se incorporó, apuntó con la Glock a través de la ventanilla rota, con las mirillas delantera y trasera alineadas, y apretó el gatillo tres veces.

El tercer disparo alcanzó a Tandy en el hombro derecho y el anciano cayó hacia atrás en el interior de la cabaña. Whiteside pudo oír perfectamente el ruido que hizo su cuerpo al caer al suelo, seguido por el golpeteo del rifle. Luego llegó hasta él una sarta de insultos.

El sheriff se incorporó y rodeó la puerta del coche con la Glock en alto, apuntando al oscuro interior de la cabaña. Dentro, las maldiciones habían dado paso a unos leves gemidos. Whiteside avanzó con cautela hacia la casa, desviándose hacia la izquierda para no ser visto desde el umbral.

Advirtió un movimiento cerca del suelo y, por puro instinto, se agazapó y se echó hacia un lado. El restallido en la boca del cañón iluminó el interior de la vivienda durante una fracción de segundo y los ojos muy abiertos y los dientes de Tandy fueron visibles en la penumbra. El disparo erró el blanco por mucho y la bala hizo trizas una rama de pino en el otro extremo del claro.

Agachado, el sheriff se lanzó hacia el porche manteniéndose fuera del alcance del viejo. Llegó a la cabaña, apoyó la espalda contra la pared junto a la ventana y aguzó el oído.

—Maldito seas, hijo de… hijo de la…

Se acercó más a la ventana y se asomó el tiempo suficiente para ver que Tandy tenía el rifle de asalto en el brazo izquierdo y apuntaba hacia la ventana. Whiteside se agachó de nuevo justo cuando la bala hizo estallar el cristal; gateó hasta el umbral acusando la presión en las rodillas y, al llegar al marco de la puerta, lo rodeó con la mano, apuntó a ras de suelo y disparó a ciegas al interior de la cabaña. Tres veces. Por unos instantes reinó el silencio, excepto por el eco de los disparos resonando en el bosque. Luego oyó un gemido de dolor. Todavía a cuatro patas, avanzó un poco y se asomó.

Tandy estaba tendido boca arriba con el rifle a un lado. Una bala le había atravesado la suela del zapato izquierdo, la segunda se había alojado en su entrepierna y la tercera en la parte superior del muslo. Aun así, todavía respiraba; gemía de angustia y desesperación.

Whiteside se puso en pie sin dejar de mirar y apuntar al viejo. Entró en la cabaña, se acercó a él, y apartó el rifle de una patada.

—¿Dónde están? —preguntó mientras rodeaba a Tandy hasta el lado derecho.

—Vete a tomar por culo —respondió el viejo con un hilo de voz.

El sheriff plantó una bota sobre el hombro herido del anciano y apoyó en ella todo su peso. Tandy aulló.

—¿Dónde están?

El viejo soltó una risa sibilante.

—¿Aún estás ahí? Creía haberte dicho que te fueras a tomar por culo.

Whiteside paseó la mirada por el interior en penumbra de la cabaña. Una puerta abierta daba a un dormitorio, pero allí no había nadie. Tampoco había nada tras lo que ocultarse.

Entonces advirtió el tirador en el suelo.

—Da igual. Creo que ya los he encontrado.

Whiteside sostuvo la Glock a un par de centímetros de la frente de Tandy. El anciano no tuvo tiempo de volver a insultarlo.

54

Audra corría tan deprisa como se lo permitía su debilitado cuerpo. Pisaba con fuerza la tierra de la pista de montaña, fuera ya del amparo de los árboles. Danny iba unos pasos más atrás, con una respiración tan acompasada como entrecortada era la de ella. Hacia el este, Audra distinguía una larga extensión de terreno, el lecho seco de un lago que había desaparecido tras años de sequía. Fuera cual fuese el origen de aquellos disparos, estaba convencida de que estaba al final de aquel camino.

¿Cuántos tiros habían sonado? No lo sabía con certeza. Habían llegado en oleadas. Sabía que correspondían a dos armas distintas: restallidos secos frente a detonaciones atronadoras que resonaban entre los árboles. El último disparo le había parecido definitivo, como si viniera a ajustar una cuenta pendiente.

La pista parecía ascender sin cesar y Audra tenía la sensación de que los pulmones iban a estallarle. Sus muslos pedían oxígeno a gritos y estaban tan debilitados que apenas la sostenían. Tropezó y estiró los brazos ante la caída inminente, pero Danny la sujetó por el hombro y la mantuvo en pie. Siguieron avanzando.

—Ahí —le indicó entre aliento y aliento.

Danny señalaba un sendero más estrecho que daba a un claro donde se veía una cabaña y un par de coches. Audra dejó que la guiara por ese camino, y de algún modo, en algún sitio, encontró una reserva de energía que le permitió seguir adelante.

Cuando ya casi llegaban al claro, Audra abrió la boca dispuesta a llamar a sus hijos, pero Danny la silenció tapándole los labios con la mano. La sujetó del brazo y la obligó a detenerse.

Se señaló los ojos y luego las orejas. Observa. Escucha.

Ambos retrocedieron hasta quedar al amparo de los árboles, donde se agacharon, vigilantes. El coche patrulla de Whiteside tenía el morro hacia la cabaña y el maletero abierto. Junto a la puerta del conductor, un perro yacía en medio de un charco de sangre. Había fragmentos de cristal en el suelo. A un lado de la casa había un bidón que lanzaba perezosas volutas de humo, restos de un fuego. La puerta principal estaba entreabierta, y una de las ventanas, hecha añicos.

Danny se adelantó, encorvándose y manteniendo en todo momento el coche patrulla entre él y la cabaña. Audra lo siguió, agachada, y sacó la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón. Él se detuvo junto a la puerta abierta del coche y escudriñó a través de la ventanilla. Los cristales crujieron bajo los pies de Audra cuando se unió a él.

—Mira —susurró—, en el umbral.

Audra escrutó la penumbra del interior y distinguió los pies de un hombre; imaginó que sería el cuerpo del dueño de la casa, fuera quien fuese. Luego oyó un gruñido procedente del interior

de la vivienda seguido por una serie de maldiciones por lo bajo. Miró a Danny y él asintió; sí, también lo había oído. Señaló hacia el lado derecho de la cabaña, el que tenía la ventana intacta, y luego hizo un gesto hacia el suelo para indicarle que siguiera agachada.

Danny retrocedió hasta la parte trasera del coche patrulla, lo rodeó y avanzó por el otro lado con Audra pisándole los talones. Observó el umbral durante unos segundos y luego echó a correr encorvado hacia la cabaña. Se detuvo justo antes de llegar al porche y subió los peldaños de uno en uno, tan despacio como pudo.

Del interior surgieron más gruñidos y palabrotas.

Danny le indicó a Audra que se acercara y ella, que aún estaba junto al coche patrulla, inspiró profundamente y corrió con la cabeza gacha. Llegó al porche, se quedó mirando los tablones de madera y se preguntó cómo iba a recorrerlos sin que crujieran como truenos. Danny volvió a hacerle señas y ella cruzó el porche en dos zancadas ligeras y sin hacer apenas ruido.

—¡Vamos! —refunfuñó la voz del interior.

Audra oyó un fuerte chasquido seguido de un golpeteo metálico. Luego unos crujidos rítmicos acompañados por gruñidos. Se incorporó despacio y miró a través de la ventana. Daba a un dormitorio sin decoración alguna, apenas una cama individual de estructura metálica en el centro. Danny se acercó poco a poco a la puerta aprovechando los ruidos del interior para enmascarar el susurro de sus movimientos, Audra lo siguió.

Cuando llegaron al umbral, Danny se enderezó del todo y Audra se puso a su lado e imitó su postura con la Glock en alto y lista.

Dentro, el sheriff Ronald Whiteside, de rodillas y con la camisa manchada de sangre, sudoroso y con los dientes apretados, hacía palanca con una barra metálica y trataba de abrir una trampilla. Tan concentrado estaba en la tarea que no advirtió su presencia.

Un último crujido y lo que fuera que mantenía cerrada la trampilla desde dentro cedió. El sheriff soltó un rugido de satisfacción, se pasó la palanca a la mano izquierda, asió el tirador y abrió la portezuela.

—Whiteside —dijo Danny.

Al oír su nombre, el sheriff se volvió con los ojos muy abiertos y su mano derecha fue directa a la pistola que había en suelo. Danny apretó el gatillo, pero Whiteside se dejó caer y la bala hizo un agujero en la pared.

Con la pistola en la mano, el sheriff rodó sobre el costado hasta la abertura del sótano y desapareció.

55

Whiteside rodó hacia la oscuridad. Por puro instinto, soltó la palanca y buscó algo de lo que agarrarse con la mano izquierda; sus dedos resbalaron en un travesaño de la escalera, pero consiguió aferrar el siguiente. Mientras la palanca aterrizaba con estrépito en el sótano, su propio peso casi le descoyuntó el hombro. No pudo evitar soltarse y cayó al duro suelo de hormigón de espaldas. Gritó de dolor.

Se oyeron pies que correteaban sobre los tablones de la cabaña y ese tal Lee apareció en el borde de la trampilla. Whiteside levantó la Glock y disparó dos veces hacia la luz, pero la cabeza del chino volvió a desaparecer. Luego el sheriff rodó de costado hacia las sombras y se puso de rodillas.

—¡Dios santo! —dijo entre dientes y haciendo sisear las eses.

La explosión de dolor en su espalda amenazó con borrar todo lo demás, pero consiguió controlarse. Lamentarse no le serviría de nada ahora mismo. Procurando no gritar, se obligó a ponerse en pie y retrocedió un poco más para alejarse del cuadrado de luz mortecina que el hueco de la trampilla proyectaba en el burdo suelo de cemento.

Su talón topó con la palanca que yacía en el suelo y estuvo a punto de caer de nuevo. Al volverse, se dio en la nuca con algo que parecía colgar del techo. Levantó la mano y se encontró con una linterna suspendida de una viga. Sujetándola, describió un círculo en la penumbra, recorriendo con la vista los distintos tonos de aquella negra oscuridad que lo rodeaba. Luego apretó el interruptor y un haz de luz horadó las tinieblas arrojando sombras descontroladas por todo el sótano mientras la linterna se mecía bajo su cordel.

La mirada del sheriff barrió las hileras de latas de comida, los montones de mantas y ropa, el inodoro químico… Y ahí, tras unas cajas al fondo del sótano, vio a los niños. Avanzó hacia ellos, tambaleante, y apuntó al pecho de la niña con la Glock.

El chico se interpuso, pero el sheriff le soltó un bofetón y lo arrastró por el cuello de la camiseta hasta el centro del sótano. Luego hizo lo mismo con la niña. Los dos empezaron a chillar cuando Whiteside los rodeó con el brazo libre y los atrajo hacia sí. Apuntó a la trampilla con la Glock.

—¡Mamá! —gritó el niño.

—¡Cállate! —replicó Whiteside—. Cierra el pico o los mataré a todos.

La cabeza de la mujer apareció en el hueco, mirando hacia abajo. Sean volvió a gritar, pero la voz del sheriff se impuso a la del chico.

—¡Escuchad! ¡O tú y tu amiguito os largáis de aquí o les vuelo la cabeza a tus hijos!

El rostro desapareció del hueco y por un instante Whiteside creyó que aquella mujer había hecho caso a su advertencia. Entonces aparecieron sus pies y encontraron la escalera de mano.

—¡Audra, no! —dijo una voz desde arriba.

Ella empezó a bajar. Iba desarmada, pero Whiteside la apuntó con la pistola mientras descendía por los peldaños. Cuando llegó abajo, se volvió para mirarlo cara a cara y sus ojos brillaron de furia cuando el haz de la linterna les dio de lleno. El rostro de Lee apareció una vez más en el hueco.

—Audra, ¿qué…?

—Quédate ahí —lo interrumpió ella—. Si intenta salir de este zulo, dispárale y mátalo.

—Audra, escucha…

—Haz lo que te digo y ya está —zanjó ella acercándose un paso más.

—Será mejor que retrocedas —advirtió Whiteside—. Voy a llevarme a estos niños y punto.

—No —replicó Audra, que dio otro paso hacia adelante—. No vas a volver a quitármelos.

Whiteside retrocedió arrastrando con él a los críos, a los que todavía rodeaba con el brazo izquierdo.

—¡Maldita sea! —gritó, y su voz resonó en las paredes de cemento—. ¡Detente ahora mismo!

—Sean, Louise —dijo Audra—, no va a pasaros nada.

—¡Cierra el pico! —estalló el sheriff sin dejar de apuntar con la pistola—. Voy a llevármelos. No me obligues a hacerles daño. He matado a Collins, he matado a ese viejo; más te vale creer que volveré a hacerlo si me presionas.

Ella se acercó aún más.

—Suelta a mis hijos.

Whiteside sintió aquella risa histérica brotando del interior de su garganta, pero se la tragó.

—Óyeme bien, hay un hombre que me paga un millón de dólares por crío. Tres millones por una parejita. Ya puedes rogar, suplicar y amenazar todo lo que tú quieras…, nada de lo que puedas decir valdrá más de tres millones…

Audra se agachó para recoger la palanca del suelo. Arañó el cemento cuando la levantó y se incorporó de nuevo; la sostuvo junto al costado.

—Por última vez, suelta a mis hijos.

Whiteside miró la palanca que tenía en la mano.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso? —preguntó.

Ella lo miró fijamente a los ojos y el miedo hundió un dedo frío en el corazón del sheriff.

Audra levantó entonces la palanca y asestó un golpe de lado contra la linterna, que salió volando a través del sótano. La bombilla parpadeó y se apagó.

56

Audra vio el fogonazo brotar del cañón de la pistola justo cuando se echaba al suelo y acto seguido sintió la presión de la detonación en los oídos. A través del silbido, oyó el correteo de unos piececitos en la oscuridad y luego el grito airado del sheriff.

Se puso a cuatro patas y empezó a avanzar en la negrura del sótano.

Otro fogonazo, esta vez en la dirección en la que habían correteado los pies. Contuvo el aliento ante el sonido del cemento pulverizado que caía al suelo hasta que volvió a oír las pisadas corriendo hacia el otro extremo.

Whiteside volvió a disparar y Audra sintió silbar la bala junto a su cabeza. Se echó boca abajo y se quedó muy quieta mientras oía cómo caían y repiqueteaban las latas de los estantes y un líquido que se vertía de un envase con un gorgoteo. El sheriff soltó un grito de rabia que fue subiendo de tono hasta convertirse en un aullido desgarrador.

Audra empezó a reptar con la vista fija en el punto del último fogonazo del arma y la palanca lejos del suelo para no delatarse.

—¡Maldita seas! —gritó Whiteside—. ¡Ojalá te pudras en el infierno!

Su voz le permitió a Audra ubicarse. Avanzó unos centímetros más con el áspero cemento raspándole codos y rodillas.

—Maldita seas… —repitió el sheriff, con la voz reducida a un lamento agudo.

Justo en ese momento ella se puso de rodillas y blandió la palanca imprimiéndole fuerza con los hombros. El metal topó con algo y Whiteside soltó un aullido de dolor. Audra pudo oír perfectamente cómo caía al suelo y se puso en pie con la palanca en alto, dispuesta a arremeter contra cualquier parte del cuerpo de Whiteside que pudiera encontrar.

Volvió a ver un fogonazo, ahora cerca del suelo, y sintió un tirón caliente en el hombro. Antes de que su mente pudiera siquiera registrar el dolor, lanzó con fuerza la palanca hacia adelante y notó que rompía algo al golpear. Se oyó un tamborileo cuando la pistola rodó por el suelo de cemento, un ruido metálico cuando a ella se le cayó la palanca y luego un grito de dolor.

Se puso sobre Whiteside bramando con furia animal y empezó a soltar un puñetazo tras otro, una y otra vez. Cada golpe reverberaba en sus muñecas, en sus codos, en sus hombros. Oyó machacarse la carne y cada crujido le sonó a música. Empezó a reír y reír hasta que no le quedó aire en los pulmones.

Alguien gritó: «¡Basta, basta, por favor!», pero la voz sonaba apagada en la oscuridad: sólo era un patético lloriqueo que no significaba nada para ella.

Un relámpago, un brillante parpadeo, inundó la habitación y por un instante vio a Whiteside

debajo de ella, con los brazos en alto para protegerse el rostro. Luego se oyó un ruido como de palmadas, y un traqueteo, y hubo más destellos, de modo que pareció que el sheriff bailara bajo sus rodillas, moviéndose bruscamente bajo franjas de luz roja.

—Mamá… —dijo Sean.

Ella se quedó inmóvil con los puños ensangrentados en alto y luego se volvió hacia la voz de su hijo.

Ahí estaba Sean, en el otro extremo del sótano, con la linterna en las manos y su hermanita a su lado. Agitaba y golpeaba la linterna tratando de que la bombilla no se apagara.

—Mamá, ya está —añadió.

Danny apareció tras ellos con el revólver apuntando a Whiteside.

Audra dejó caer las manos. Se apartó del sheriff y se arrastró hasta sus hijos. Se puso de rodillas y abrió los brazos. Los niños se abalanzaron hacia ella y notó la piel húmeda y caliente de sus rostros en las mejillas. Los tres se fundieron en un abrazo.

Con la luz vacilante danzando en torno a ellos, Audra se echó a llorar.

57

El sol brillaba muy alto sobre los árboles e inundaba el claro de una luz cálida. Audra sentía el calor en la piel, y lo disfrutaba. De todas las cosas importantes para ella en aquel momento, el sol tenía que ser la última, pero igualmente lo disfrutaba.

Whiteside estaba sentado en el porche con la cabeza gacha; tenía la cara llena de sangre y se sujetaba el magullado brazo derecho sobre el regazo. Le habían puesto sus propias esposas. Había gritado de dolor cuando Danny le puso en su sitio el brazo roto, ahora temblaba y su sudor se mezclaba con la sangre que le brotaba de la nariz y los labios y resbalaba por su barbilla.

Sean estaba de pie ante él, observándolo. Había pedido que le dejaran una pistola para vigilar al sheriff y, por un instante, Audra se había preguntado si su hijo tendría el valor suficiente para blandir un arma contra otra persona. Entonces advirtió una nueva frialdad en sus ojos y supo que sí: algo había cambiado en él. Al comprenderlo, sintió una punzada en el corazón. Le dijo que no: Whiteside no iba a ir a ningún sitio.

Danny había encontrado un viejo botiquín de primeros auxilios en el sótano de la cabaña y ahora curaba la herida en el hombro de Audra, que tenía a Louise hecha un ovillo en el regazo. Según él, era sólo un arañazo, pero le dolió como el demonio cuando le aplicó un antiséptico. Luego le cubrió la herida con un montón de gasas y esparadrapo para taponarla.

—Estarás bien —dijo—. Hará falta que te pongan algunos puntos cuando volvamos a la civilización, pero sobrevivirás hasta entonces.

Danny hizo ademán de incorporarse, pero Audra lo detuvo:

—Eh.

Él volvió a acuclillarse a su lado.

—Gracias —añadió ella—. Te lo debo… todo.

Danny tendió una mano y le acarició la mejilla con los dedos.

—Tú cuida de ellos, con eso será suficiente.

Cuando Danny se puso en pie, Audra le hizo una seña a su hijo para que se acercara. Sean cruzó el porche y se acurrucó junto a su madre. Ella sintió una descarga de dolor al levantar el brazo para rodearlo, pero lo hizo de todas formas y le dio un beso en la coronilla cuando se arrebujó contra su cuerpo.

Danny se acercó a Whiteside, plantó un pie en el porche a su lado y se inclinó hacia él.

—¿Dónde y cuándo iba a hacerse el intercambio? —preguntó.

—Que te jodan —contestó el sheriff.

Danny le dio un puñetazo en el brazo roto y Whiteside gritó de dolor.

Louise enterró la cara en el pecho de su madre, pero el chico se quedó mirando. Audra lo atrajo hacia sí y lo obligó a mirar hacia otro lado.

Danny sacó de la funda que llevaba sujeta al cinturón un cuchillo que acababa de coger de la pared de la cabaña del viejo. Lo sostuvo ante los ojos de Whiteside y el sol hizo destellar el metal. Luego agarró la oreja del sheriff y preparó la hoja.

—Contesta o te enseñaré por qué me llaman el Cuchillo.

—A las cuatro —dijo Whiteside entre dientes—, a medio camino entre Las Vegas y Silver Water, en un centro comercial cerrado junto a la autopista 40.

Danny le soltó la oreja.

—Eso queda… ¿a cuánto? ¿A un par de horas?

—Más o menos.

Danny consultó su reloj, se quedó callado unos instantes y luego miró a Audra:

—Estamos a dos horas de Silver Water, quizá dos y media. Tenemos que ir allí y entregarle este pedazo de mierda a la agente Mitchell.

—No —dijo Audra.

Danny la miró confuso.

—¿Cómo?

—El intercambio será al noroeste de aquí dentro de dos horas, a las cuatro.

—Eso dice él.

—¿Qué hora es? —quiso saber Audra.

Danny volvió a mirar el reloj.

—Las dos menos veinte.

—Yo puedo ocuparme de Whiteside —afirmó Audra. Miró hacia la vieja y oxidada camioneta aparcada junto a la cabaña y de nuevo a Danny—. Sólo tienes que ayudarme a meterlo en el coche patrulla y yo lo llevaré de vuelta. Habrá una reja entre nosotros, ya no puede hacernos daño. Tú coge esa camioneta, ve al punto de intercambio, encuentra a esos tipos y haz que respondan la pregunta que no te contestaron los polis que se llevaron a tu hijita.

Danny la miró a los ojos durante unos segundos y luego apartó la vista.

—Ya sé la respuesta.

—No, no la sabes —terció Audra—; no con certeza.

Danny exhaló un largo suspiro.

—Tal vez no quiera saberla, tal vez me haya acostumbrado a la idea de no encontrar jamás a esos hombres.

—No lo creo, y no estarás en paz hasta que la sepas.

—Y si les hago la pregunta… y no me dan la respuesta correcta.

Volvió a mirarla a los ojos y comprendió que estaba pidiéndole permiso, como si ella pudiera concedérselo.

—Entonces haz lo que tengas que hacer —zanjó Audra.

58

Danny vio entrar el monovolumen negro en el aparcamiento vacío a través del sucio parabrisas de la ranchera. Echó un vistazo a su reloj: las cuatro menos cinco. Él había llegado casi un cuarto de hora antes. Aquella vieja ranchera había traqueteado y resoplado tanto durante el trayecto que temió que no lo llevara hasta su destino. Pero ya daba igual: si las cosas salían como planeaba, no volvería a necesitarla.

El aparcamiento se extendía cientos de metros en todas direcciones. El asfalto era de un gris desvaído, de tan cocido por el sol. A sólo ochocientos metros de la interestatal, aquel lugar debería estar lleno de coches y de gente yendo y viniendo con su dinero y sus bolsas, pero los distintos edificios del centro comercial se apiñaban como niños abandonados: una inversión inmobiliaria que se había torcido, víctima sin duda de la crisis económica. Danny imaginó que alguien habría perdido hasta la camisa con aquello.

El monovolumen cruzó poco a poco el aparcamiento hacia donde esperaba Danny. Tenía las ventanillas tintadas, así que no pudo distinguir a sus ocupantes, que, en cambio, seguro que podían verlo pese a la densa capa de suciedad en el parabrisas de la ranchera. Había amontonado mantas en el asiento del acompañante para dar la impresión de que alguien se arrebujaba allí, y tenía a su alcance el rifle de asalto del viejo, que había cogido del suelo de la cabaña.

¿Sería aquél el día de su muerte?

Pensó que era muy posible, y no le importaba, siempre y cuando hiciera lo que tenía que hacer, siempre y cuando averiguara lo que necesitaba saber… y siempre que ellos pagaran.

El monovolumen se detuvo a unos diez metros delante de la ranchera. Danny esperó y observó, y lo mismo hicieron los ocupantes del otro vehículo. Tendió una mano para coger el rifle del asiento de al lado y ponérselo en el regazo; puso la mano encima de la empuñadura y el dedo en el seguro del gatillo. Según su reloj, transcurrió más de un minuto sin que pasara nada.

Finalmente, se abrió la puerta del conductor del monovolumen. Unos segundos más tarde, un tipo grandote con la cabeza afeitada y traje negro sacó su corpachón del coche. Dejó la puerta abierta y se dirigió hacia la ranchera con pasos lentos. Danny los fue contando mientras se acercaba, calculando cuánto tiempo le llevaría a aquel tipo correr de nuevo hacia el monovolumen si emprendía la huida. El grandullón se detuvo a medio camino entre los dos vehículos. Tenía las palmas abiertas en los costados y el peso repartido entre ambos pies.

Danny bajó la ventanilla del conductor y el tipo ladeó la cabeza y entornó los ojos al oír el silbido del cristal que bajaba. Siguieron varios segundos de silencio. El hombre miró por encima del hombro hacia el monovolumen y de nuevo hacia la ranchera.

«Ahora», se dijo Danny.

Abrió la puerta de par en par, se bajó del vehículo, empuñó el rifle y apuntó a través de la ventanilla abierta. El grandullón abrió mucho los ojos, sorprendido, e hizo el gesto de llevarse la mano a la pistolera, bajo la americana.

—No lo hagas —exclamó Danny.

Tal vez el tipo no lo oyó o tal vez pensó que podría desenfundar y disparar con la suficiente rapidez, pero aquello ya no importaba porque el disparo del rifle lo dejó tumbado boca arriba y la pistola rodó sobre el asfalto.

Danny no vaciló. Rodeó la puerta abierta y se dirigió a grandes zancadas hacia el monovolumen, ignorando los gritos de dolor del hombre que había abatido. Cuando se acercaba al vehículo, oyó la voz casi sin aliento de una mujer:

—Ay, Dios… por favor… Dios mío, no… por favor…

Danny aflojó el paso cuando llegó a la altura de la puerta del conductor, todavía abierta. Se asomó al interior y vio a una mujer tratando de cambiarse de asiento: se había agarrado al volante e intentaba pasar las piernas al asiento del conductor, pero un bolsillo del pantalón azul marino del traje de chaqueta se le había enganchado en el cambio de marchas. Debía de rondar los cuarenta y llevaba el largo cabello rojizo atado en una coleta para domar los rizos. Alzó la vista hacia Danny, parpadeando.

—Por favor, no me mates —rogó.

Danny miró hacia los asientos traseros y comprobó que no había nadie más.

—¿Adónde ibais a llevarlos? —preguntó.

—A Las Vegas —respondió la mujer—, a una casa en Summerlin donde hay una fiesta.

Le reveló el nombre del propietario de la casa, el cabecilla del grupo, y Danny visualizó su rostro: un multimillonario de internet, tan famoso por su filantropía como por su dinero.

—Hace cinco años hicisteis lo mismo con una niña… —dijo Danny—. ¿La recuerdas? Tenía seis años, el pelo negro y los ojos oscuros.

Ella negó con la cabeza, al tiempo que soltaba el volante.

—No lo sé… Ha habido tantos…

Danny apoyó el cañón del rifle en la cabeza de la mujer, ella cerró con fuerza los ojos.

—No me acuerdo, lo siento… Por favor, no lo hagas, por favor, no me…

—Llévame allí —ordenó él.

La mujer abrió los ojos, respiró hondo para calmarse y preguntó:

—¿Si te llevo me perdonarás la vida?

—Ya veremos —contestó Danny.

59

Audra iba al volante. El aire que entraba por la ventanilla rota le revolvía el pelo empapado en sudor y le refrescaba la frente. Sean y Louise se acurrucaban en el asiento del acompañante, profundamente dormidos. Whiteside iba detrás, separado de ellos por la reja metálica. A través del retrovisor, Audra lo veía derrumbado contra la puerta, con los párpados cerrados y la boca entreabierta; de sus labios caía un hilillo de baba sanguinolenta.

Había cogido el teléfono del sheriff y utilizado el GPS para encontrar el camino de regreso al condado de Elder. Llevaba dos horas al volante y aún faltaban veinte minutos. La herida del hombro le ardía y escocía cada vez que hacía un movimiento, pero le daba igual: lo que más deseaba en este mundo era meterse en la cama con sus hijos y dormir abrazándolos.

Unos minutos más tarde vio el letrero indicador de Silver Water. Redujo la velocidad, se detuvo en el arcén y puso el freno de mano. Un poco más allá, al otro lado de la salida, se hallaba el lugar donde Whiteside le había dado el alto tan sólo tres días atrás.

—Collins tenía razón.

La voz del sheriff la sobresaltó. Alzó la mirada hacia el retrovisor y vio que la observaba con aquellos ojos brillantes.

—¿En qué? —quiso saber ella.

—Debería haberte matado.

—Pero no lo hiciste. Y aunque lo hubieras hecho, habrías acabado aquí; aunque hubieras conseguido todo ese dinero, habría sido una maldición para ti. Lo sabes, ¿verdad?

Él apartó la vista del retrovisor y un instante después volvió a mirarla.

—¿Harías algo por mí?

—¿Qué?

Whiteside exhaló un largo suspiró que pareció un lamento. Por su mejilla ensangrentada rodó una lágrima.

—Mátame —pidió—: méteme una bala en la cabeza y déjame aquí tirado.

Ahora fue Audra quien apartó la mirada para volver a centrarla en el ondulante desierto. Vio las montañas distantes, la inmensidad azul en lo alto.

—Sé que deseas hacerlo —insistió el sheriff.

Audra dejó que sus ojos volvieran a posarse en el retrovisor y le sostuvo la mirada.

—Es verdad, pero no lo haré. No te preocupes, tendrás lo que te mereces.

Audra giró la llave en el contacto, metió la primera y emprendió la marcha de nuevo. Tomó el desvío e inició el tortuoso ascenso recordando haber estado en el asiento trasero de ese mismo

vehículo, al otro lado de la misma reja, sin tener ni idea de lo que le esperaba. La invadió una profunda tristeza cuando coronó la cima y empezó a descender hacia el pequeño valle de Silver Water.

Las mismas curvas cerradas y cambios de rasante, las mismas casas prefabricadas, la misma desesperada pobreza de unos días atrás… Ahora, sin embargo, todo parecía distinto. Sabía que nada volvería a ser como antes, ni para ella ni para sus hijos.

Whiteside moqueaba y gimoteaba en la parte de atrás mientras se acercaban al puente tendido sobre lo que quedaba del río, lo cruzaban y entraban en Silver Water. El sheriff empezó a dar cabezazos contra el cristal, una, dos, tres veces, dejando un reguero de sangre.

Audra condujo el coche patrulla hasta el otro extremo de la calle mayor, donde los coches de la policía estatal se apiñaban ante la comisaría y el ayuntamiento. Las furgonetas de los medios de comunicación estaban aparcadas a lo largo de la calle y los periodistas formaban corrillos aquí y allá con caras de estar aburriéndose. Audra detuvo el coche en medio de la calzada y apagó el motor, luego puso la mano en el centro del volante y tocó el claxon. No paró hasta que todos los policías y periodistas levantaron la cabeza y miraron hacia ella, entonces abrió la puerta del coche hasta donde lo permitieron las bisagras.

Uno de los polis estatales la vio.

—Dios santo, es ella…

Audra se apeó del coche luchando contra el agotamiento. El policía vio la Glock que llevaba en la mano y empuñó su propia pistola.

—¡Tire el arma!

Los demás polis se acercaron corriendo desenfundando sus armas reglamentarias. Eran diez o doce, quizá más. Hubo un coro de gritos: «¡Arrójese al suelo, tire el arma!» Audra levantó las manos por encima de la cabeza y mostró que tenía el dedo lejos del gatillo, pero no soltó el arma: aún no estaba dispuesta a entregarla, aún no.

Los periodistas se movían de aquí para allá enfocándola con las cámaras. Los polis se acercaron, estrechando el círculo. El coro subió de volumen: «¡Al suelo, tire el arma!» De no ser por las cámaras, sin duda la habrían acribillado a tiros allí mismo. Sabía que debería estar aterrorizada, pero desde que había detenido el coche sentía una extraña calma, como si flotara en una balsa de aceite. Ni una docena de federales apuntándola y dispuestos a volarle la cabeza eran capaces de alterar la fría paz que parecía emanar del centro mismo de su ser.

Una voz se alzó sobre las demás y Audra la reconoció de inmediato: era la de la agente especial Mitchell.

—¡Alto, no disparen! ¡No disparen!

Se abrió camino entre los policías, casi sin aliento y con los ojos muy abiertos.

—Audra, entrégueme el arma.

—Todavía no —contestó ella.

Fue hasta la parte trasera del coche patrulla con las manos todavía en alto. Bajó la izquierda hasta la cerradura y abrió la puerta. Whiteside cayó por el hueco con el hombro por delante, aunque no llegó a tocar el suelo. Audra lo agarró del cuello de la camisa y tiró de él hasta sacarlo del todo. El sheriff soltó un grito de dolor al caer sobre el asfalto.

Mitchell negó con la cabeza.

—Dios mío, Audra, ¿qué ha hecho?

—Este hombre se llevó a mis hijos —declaró ella levantando de nuevo la mano izquierda. Luego fue hacia la parte delantera del coche con pasos lentos pero firmes.

Los policías la apuntaron y algunos volvieron a gritar.

—¡He dicho que no disparen! —exclamó Mitchell.

Audra rodeó el capó del coche patrulla y abrió la puerta del acompañante. Sean se había despertado, pero Louise seguía dormida.

Mitchell se acercó al costado del coche y se asomó al interior.

—Ay, Dios mío… —soltó. Se volvió en redondo y empezó a gritar—: ¡Bajen las armas! ¡Bájenlas ahora mismo!

Uno por uno, muy lentamente, los agentes obedecieron. Mitchell se volvió de nuevo hacia Audra y tendió la mano.

—Entrégueme el arma, por favor.

Audra ya no vaciló. Bajó las manos y le entregó la pistola a Mitchell. La agente hizo saltar la bala de la recámara y sacó el cargador.

Audra se agachó junto a la puerta abierta, alargó la mano para acariciarle el pelo a Sean y rozó la mejilla de Louise para despertarla. La niña abrió los ojos y parpadeó.

—Mami, ¿ya estamos en casa? —preguntó.

—Todavía no, cariño. Pero falta poco. Ven.

Sacó a Louise del coche y Sean bajó tras ella. Con Louise rodeándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas y Sean cogido de la mano, atravesó el cerco de policías y periodistas. Ignoró los rostros boquiabiertos y las miradas sorprendidas y dejó atrás las preguntas hechas a gritos.

Calle abajo, la puerta de la pensión estaba abierta de par en par. La señora Gerber esperaba en el umbral tapándose la boca con las manos y con lágrimas en los ojos.

Mitchell llegó corriendo hasta ellos.

—Audra, ¿adónde va?

Ella miró por encima del hombro sin aflojar el paso.

—A meter en la cama a mis hijos —contestó.

60

A su llegada al hospital de Scottsdale, las enfermeras habían tratado de separarlos y ponerlos en habitaciones distintas, pero Audra se había negado, aferrándose a Sean y Louise. Fue la agente Mitchell quien intervino e insistió en que el hospital les proporcionara una habitación privada para los tres. Al cabo, sólo pudieron ofrecerles una sala lateral con dos camas.

Una de ellas estaba ahora vacía, pues Audra se acurrucaba con sus hijos en la otra. Le habían administrado a Louise otra dosis de antibiótico y ahora dormía con la cabeza apoyada en el pecho de su madre, roncando suavemente. Sean descansaba al otro lado, viendo la televisión instalada en lo alto de la pared.

Audra se había cansado de los boletines de noticias, que no dejaban de repetir las mismas imágenes temblorosas: ella rodeando el coche, Whiteside cayendo sobre el asfalto, los niños en el asiento del acompañante… Los periodistas habían agotado ya sus hipérboles y daba la sensación de que la noticia empezara a enfriarse, de que estuviera a punto de empezar a narrarse en pasado.

Las únicas imágenes nuevas en la última hora habían sido las de Patrick ayudando a su madre a entrar en una berlina negra aparcada ante un hotel y diciéndoles a los periodistas que se apiñaban a su alrededor que se abstenía de hacer comentarios.

Cuando todo volviera a la normalidad, Audra sí que haría comentarios: cuando los de la prensa acudieran como buitres a pedirle su versión de la historia, les contaría hasta el último acto miserable que su marido y su suegra habían cometido. Dejaría que sus ricos y poderosos amigos los vieran como eran de verdad. Le encantaba la idea, pero aún no había llegado el momento.

Tendió una mano hacia el mando a distancia y estaba a punto de cambiar de canal cuando el tono del presentador del informativo cambió. Estudiaba una hoja de papel que alguien acababa de ponerle delante.

—Dejaremos durante un momento los acontecimientos en Silver Water —dijo sin que pareciera tener muy claro lo que tenía ante los ojos, y acto seguido procedió a leer en voz alta—: Según un informe de última hora, ha… habido múltiples víctimas mortales en un tiroteo multitudinario en una mansión de lujo en la zona residencial de Summerlin, en Las Vegas. El nombre del propietario todavía… no se ha hecho público, pero según nos dicen es un hombre muy rico y una figura prominente de la industria tecnológica. Todavía no se conocen los detalles, pero al parecer uno o más pistoleros han entrado en la finca en algún momento entre las seis y las siete de la tarde y han abierto fuego sobre sus ocupantes. Todavía no se ha determinado el número de víctimas y tampoco el destino del tirador o los tiradores… Lo que sí sabemos es que todos los fallecidos eran adultos y que tres niños han salido ilesos. Les daremos más detalles

sobre el incidente a medida que nos vaya llegando más información.

El presentador pasó entonces a hablar de un mitin en Washington D. C. y la pantalla mostró a unos manifestantes con pancartas en las manos y gritando consignas. Audra apagó el televisor.

—¿Ése ha sido Danny? —preguntó Sean.

—No lo sé —contestó Audra.

—Espero que esté…

Sean fue incapaz de acabar la frase: la mera idea lo sobrepasaba.

—Yo también —dijo Audra.

Le dio un beso en la frente a su hijo y aspiró el aroma de su pelo: todavía olía al aire puro del bosque, pese a la ducha caliente que se había dado unas horas antes.

La agente Mitchell había acompañado a Audra al interior de la pensión y esperado a que acostara a los niños para hablar un rato con ella en el pasillo. A Whiteside lo habían detenido de inmediato: lo buscaban desde que habían descubierto el cuerpo de Collins en su casa, aquella misma tarde. Ahora estaba en algún lugar del mismo hospital para que le enyesaran el brazo y se ocuparan de sus heridas. Audra le había hecho jurar a Mitchell que no dejaría que se quitara la vida, que se aseguraría de que lo juzgaran por lo que había hecho. La agente la tranquilizó: tendría vigilancia constante para impedir que se suicidara.

Audra tenía por delante días muy duros y lo sabía: la agente Mitchell le había advertido que los interrogatorios serían interminables, que las autoridades y la prensa se empeñarían en sacarle hasta la última gota de información. Pero por el momento el mundo estaba en calma. Saborearía la paz mientras pudiera.

—¿Aún vamos a ir a San Diego? —quiso saber Sean.

—No lo creo —contestó Audra.

—¿Regresaremos a Nueva York?

—¿Quieres volver? Tu padre está allí.

Sean lo consideró unos instantes y luego respondió:

—No, no quiero volver allí.

—Yo tampoco —dijo Audra.

—Y entonces ¿adónde iremos?

Cuando Sean volvió la cabeza para mirarla, Audra vio en sus ojos al hombre en el que se convertiría.

—No lo sé, ya se nos ocurrirá algo. Pero lo decidiremos juntos.

AGRADECIMIENTOS

Muchas y muy diversas personas me han ayudado a dar forma a esta novela, a todas ellas les debo mi gratitud.

A mis agentes, Nat Sobel, Judith Weber, y al resto del equipo de Sobel Weber Associates que tan arduamente han trabajado y tantísimo apoyo me han prestado, así como al extraordinario Caspian Dennis, de Abner Stein.

A Nathan Roberson, Molly Stern y demás miembros del equipo de Crown; a Geoff Mulligan, Faye Brewster, Liz Foley y el resto del equipo de Harvill Secker y Vintage Books: gracias por correr riesgos con mi novela.

Tres personas me ofrecieron una colaboración inestimable a la hora de documentarme para este libro y a cada una de ellas le debo varias cervezas: mi viejo amigo y excelente escritor Henry Chang, que me ayudó a que Danny Lee cobrara vida; John Doherty, de la Universidad del Norte de Arizona, que me llevó a recorrer aquel estado por carretera, un viaje cuyos detalles se han abierto paso hasta estas páginas; y, por último, Jim McSorley, detective del Departamento de Policía de Los Ángeles, que impidió que metiera la pata en cuestiones legales. Todos los errores de esta novela, lo mismo que las libertades con respecto de la realidad, son achacables solamente a mí.

Debo un agradecimiento especial a mis muchos amigos en la comunidad de la novela policíaca: vuestra amistad y vuestro apoyo me mantienen a flote.

Y a mi familia, sin la que este libro no existiría.